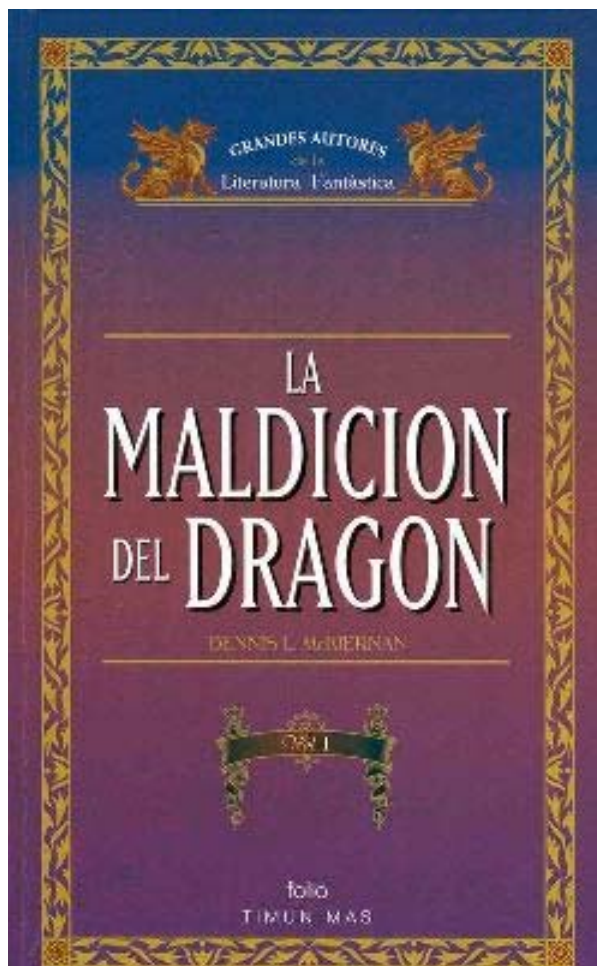


LA MALDICION DEL DRAGON I



DENNIS L. MCKIERNAN



Dennis L. McKiernan

Título original: Dragondoom

Traducción: Francisco Rodríguez de Lecea

© 1990 by Dennis L. McKiernan

© 1992 Editorial Timun Mas S.A.

ISBN: 84-413-0825-X

Edición digital: Kitiara

R6 12/02

*A mis dos hijos:
Daniel Kian McKiernan
y Patrick Shannon McKiernan,
que no aparecen en esta historia.*

Prólogo

En ocasiones me han preguntado: «¿Cuánto tiempo se tarda en escribir una novela cualquiera?». Podría haber esquivado la respuesta y decir: «Bueno, si sólo pretendes escribir cualquier novela, apenas nada. En cambio, si quieres escribir para que la gente la lea...»

En general, no empleo ese argumento con personas que pretenden averiguar con seriedad algo acerca del proceso de escribir; por el contrario, les explico mi forma de trabajar en la creación de una historia: les detallo las distintas etapas de la escritura, desde la concepción hasta la edición final; les hablo de las extensas investigaciones necesarias y del tiempo de reflexión esencial para dejar madurar la historia, para que los esquemas y las sinopsis elaborados adquieran vida propia; de los ficheros que es preciso trabajar, de la elaboración de mapas y dibujos, y así consecutivamente. Hasta el momento nadie ha rechistado, pero temo que cualquier día alguien me agarre por las solapas de la americana, me zarandee sin contemplaciones y me grite:

—¡No te he pedido una conferencia, maldito emborronacuartillas! ¡Cierra la boca y dame una respuesta clara! ¿Cuánto tiempo?

Muy bien, de acuerdo. No hay necesidad de enfadarse. La maldición del dragón me costó seis años. ¡Seis años!

(Ahora, por favor, olvídenlo... ¿De acuerdo?)

Pero déjenme explicarles... (Nosotros los emborronacuartillas siempre estamos dispuestos a ofrecer alguna especie de conferencia, exposición, tratado, manual ilustrado...)

En enero de 1982, La maldición del dragón empezó a exigir ser escrita. En aquel tiempo yo estaba tan ocupado que únicamente conseguí garabatear un prólogo (que más tarde se convertiría en los capítulos 1 a 6).

En octubre de 1985, en la World Fantasy Convention de Tucson, Patrick LoBrutto, un amigo y editor de Doubleday, me preguntó en qué estaba trabajando.

—La maldición del dragón —le respondí, y el Destino impregnó mi voz.

—¡Humm! ¡Buen título! ¿De qué trata?

—De pájaros rojos y pájaros azules.

Pat me miró con una sombra de reproche en sus ojos.

—Vamos, Dennis, a mí puedes contármelo. Después de todo, soy un editor, ¿sabes?

—De verdad, Pat; petirrojos y azulejos. (Más tarde cambié de idea: ahora se trata de vencejos y golondrinas.)

El acondicionador de aire del coche en el que viajábamos resollaba fatigosamente - aunque estábamos en el mes de octubre, después de todo se trataba de Tucson...- mientras nos dirigíamos a un restaurante mexicano (Tucson... Tucson).

—¿Capa y espada? ¿Brujería? (Se dio por vencido en lo relativo a los pájaros.)

—Una historia de amor.

—Me he acercado bastante.

Nos estrechamos las manos.

En febrero de 1986, Pat me envió un contrato por La maldición del dragón, pero yo tenía muchas dudas y me resistía a firmarlo. El caso es que hasta aquel momento yo había escrito tan sólo por el placer de escribir, y no por dinero. En mayo, después de una llamada de Gerald Gladney, la mano derecha de Pat, acabé por estampar a regañadientes mi X en la línea de puntos. Debía entregar las primeras 75.000 palabras en mayo de 1987.

A finales de junio de 1987 empecé a escribir la historia (hasta ese momento todo lo que había hecho era el prólogo escrito en 1982, además de pasar muchos, muchísimos días y noches pensando en el cuento), y en septiembre envié a Pat por correo el primer borrador (80.000 palabras aproximadamente), para demostrarle que la historia trataba de pájaros

rojos y azules (vencejos y golondrinas), y de que era una historia de amor. (Por supuesto, todo ello no aparece con claridad hasta las segundas 80.000 palabras de la historia.)

A finales de junio de 1988, reanudé la redacción de La maldición del dragón, y en septiembre había terminado de contar la historia y de revisarla en los puntos necesarios, y envié el borrador final a Pat, el manuscrito completo en esta ocasión. (Por lo que respecta a la escritura, quedaba aún por elaborar el original editorial, revisar las galeradas y todo lo demás, pero en lo esencial el trabajo de creación de la historia estaba ya finalizado.)
¿Cuánto tiempo cuesta, por consiguiente, escribir una historia?

Tal vez un centenar de días, ésta en particular..., dispersos a lo largo de seis años y medio.

(¡Seis años y medio!)

(Humm, bueno, Pat, ya ves, considerando el título y todo lo demás, parecía apropiado terminarlo en 1988, el año chino del Dragón, Considéralo un augurio extraordinariamente bueno para el manuscrito. Y el dragón, después de todo, vive durante un período muy largo. Muy, muy largo.)

¿Cuánto tiempo me costará, por consiguiente, escribir mi siguiente historia?

Sin duda, un centenar de días más o menos..., dispersos a lo largo de..., veamos, ¿dónde he puesto la baraja del tarot?

¡Ah! Y sí que es cierto que La maldición del dragón trata de pájaros rojos y azules (vencejos y golondrinas). Y se trata de una Historia de amor. Pero también tiene dragones, y magos, y gigantes y enanos, y humanos y...

Dennis L. McKiernan
Septiembre 1988

Notas

Nota 1: La fuente de esta historia es una copia estropeada y parcialmente quemada de los Comentarios a las trovas del bardo Estor, un descubrimiento increíblemente afortunado que data de una época contemporánea a los hechos relatados. Compilados por un erudito anónimo, los Comentarios registran los títulos de todas las trovas de Estor, aumentados posteriormente con reseñas históricas de los acontecimientos relativos a las leyendas reflejadas en las obras del bardo. Por desgracia, la música se ha perdido y también la letra exacta de las trovas, aunque en ocasiones el texto contiene citas de determinados pasajes de las mismas. Parece obvio que Estor adquirió fama cantando las hazañas de Elgo, Elyn y Thork, y las historias de Sleeth y Kalgalath el Negro.

Nota 2: En muchos momentos de la historia, los enanos, humanos y otros, hablan en sus propias lenguas nativas; no obstante, para evitar trasladar al lector la pesada carga de la traducción allí donde se hacía necesario, he vertido sus palabras al pellarion, la lengua común de Mithgar. Con todo, algunas palabras resultaban intraducibles y no las he tocado; otras, pueden parecer erróneas y sin embargo son correctas; por ejemplo, DelfSeñor es una sola palabra, por más que entre sus letras figure una S mayúscula.

Nota 3: En mi estudio de los Comentarios, he llegado a la conclusión de que la lengua arcaica de los utruni tiene una construcción similar a la del pellarion arcaico, pero con un deje distinto. He intentado traducir esa lengua conservando su perfume peculiar, aun a costa de la literalidad.

Nota 4: En líneas generales, ésta es la historia de Elyn de Jord. Pero su historia está tan imbricada con la de los dragones, los magos, los enanos y los hombres, que deliberadamente me he movido atrás y adelante en el tiempo: los capítulos señalados con el subtítulo [Presente] relatan la historia de la Búsqueda del Kammerling y los acontecimientos posteriores; los capítulos subtitulados [Este año] relatan acontecimientos ocurridos en el mismo año de la Búsqueda, por lo común algunas semanas o meses

antes, aunque en ciertos casos lo que se relata ocurre al mismo tiempo que la Búsqueda; los subtítulos incluidos en otros capítulos proporcionan asimismo referencias temporales relativas a la Búsqueda.

Dennis L. McKiernan
Septiembre 1988

«Dime, hijo mío, ¿cuál es el color del Dragón?»
«Carmesí, Maestro, siempre carmesí,
por más que la vista perciba un color distinto.»

1

Llega volando un dragón
Noche Larga Anual, 3E8
[Muchos siglos atrás]

Los grandes ojos amarillos de Sleeth se abrieron; detrás de las membranas transparentes, las largas pupilas rasgadas se dilataron al máximo en aquella negrura de ébano. Su gran lengua bífida se movió a uno y otro lado, sondeando la oscuridad de la caverna: vacía. Una horrenda baba goteaba de sus agudos colmillos, y dondequiera que cayera la espuma, hacía crepitar y disolverse la roca con un estallido. Sleeth segregaba jugos en abundancia porque estaba terriblemente hambriento, pero esa noche no pretendía llenar la panza: buscaba una presa distinta.

Alzando su enorme mole, Sleeth se deslizó pesadamente hacia adelante, arañando la roca con sus largas garras mientras sus poderosas patas lo impulsaban hacia la salida de su guarida. Una débil luz, parpadeó en el extremo del túnel, ante él, y Sleeth se aproximó a ella con precaución aunque sabía que aquel brillo procedía de la Luna y las estrellas; porque Sleeth estaba sometido a la Prohibición, y salir a la luz del Sol equivalía para él salir a la muerte.

Había caído la Noche Larga Anual, y Sleeth asomó su hocico, exponiéndolo al claro y frígido aire invernal. A su alrededor se erguían los picos cubiertos de hielo de las inhóspitas montañas de lo Colmillos de Gron, que parecían querer ensartar las brillantes estrellas en las puntas dentadas de la cordillera. Sleeth contempló la luces que tachonaban el cielo: la noche había empezado apenas una hora; disponía de tiempo más que sobrado.

Deslizándose fuera de su madriguera, Sleeth cruzó el amplio saliente de roca, tanteando en busca del borde del precipicio. El risco caía vertical delante de él, hasta desvanecerse en las sombrías profundidades del abismo. La luz plateada de la Luna se filtraba por entre los negros picos del fondo, y los pálidos rayos iluminaba las escamas iridiscentes de su piel: una protección acorazada, virtualmente indestructible. Los grandes músculos de Sleeth se contrajeron y se estiraron y, con un rugido que resonó y despertó ecos profundos en los peñascos helados, se alzó en el aire, desplegando amplias alas escamosas en el cielo de cristal, y ascendió hacia la estrellas.

Trazando círculos y espirales, subió más y más, hasta sobrevolar los vertiginosos riscos. Y luego se dirigió al oeste, en dirección al Ángulo de Gron, mientras los vientos se desencadenaban en noche.

—¡Alerta, pueblo de Mithgar! Llega un dragón.

2

Asalto en el Khalian Mire
Finales de verano, 3E1602

[Presente]

De nuevo se escuchó el relincho de un corcel presa de pánico, quebrando el súbito silencio, a pesar de que una espesa cortina formada por juncos de los pantanos impedía a Elyn ver nada situado más allá de unos pocos metros a su alrededor. Además, obstaculizaban su visión las largas sombras proyectadas por el Sol poniente. Se encontraba aún a una distancia indeterminada, pero considerable, del extremo más lejano del Khalian Mire, y por consiguiente no podía perder tiempo en distracciones; porque aquél era un lugar de reputación siniestra, y le era preciso llegar más allá del límite oriental de las marismas antes de que muriera el día, so pena de verse retenida toda la noche en aquel entorno maligno. Y sin embargo, aquello parecía un corcel en apuros, y ella era una vanadurin.

Empuñando el sable que había desenvainado instintivamente al oír los relinchos, Elyn avanzó abriéndose paso por debajo de los largos filamentos grises de un falso musgo que colgaba de las ramas secas de un cercano ciprés muerto, inclinado sobre el suelo fangoso.

—Ánimo, Viento —susurró a su yegua, al tiempo que rozaba con sus talones los flancos grises, para estimularla a avanzar. Y en el pantano que la rodeaba, todos los gorjeos, los gorgoteos y la pisadas furtivas se detuvieron, como si sus atónitos habitantes esperaran, conteniendo la respiración, el descubrimiento del terror agazapado delante de ella. Únicamente la incesante nube de mosquitos, moscas y tábanos que zumbaban por encima de su cabeza y de sus hombros no parecía sentirse afectada; su avidez de sangre empujaba de tanto en tanto a uno o dos de aquellos insectos fuera del enjambre y a través del olor acre de la hierba gila, hasta conseguir picarla a ella o al caballo. Elyn procuraba pasar por alto esos picotazos mientras, con los nervios en tensión, fijaba su atención en lo que tenía al frente.

Poco a poco la yegua gris siguió avanzando, y de nuevo resonó el relincho aterrizado, al que respondió Viento con un suave bufido.

Los juncos empezaron a clarear, y de algún lugar llegó el chapoteo de un animal que pataleaba en el lodazal. También se oyó una voz grave que mascullaba juramentos.

—¡Kruk! ¡Dók, praug, dök!

Gradualmente los ruidos se fueron debilitando, y Elyn se encontró en el borde de una pequeña charca, de unos diez metros de diámetro. Cerca del centro de la misma se debatía un poni presa de pánico; y detrás, hundido en el barro hasta el pecho, forcejeando y renegando —los ojos de Elyn se estrecharon con un súbito resplandor de odio—, se revolcaba ¡un enano!

Mientras Viento se abría paso entre los juncos, el poni dejó súbitamente de agitarse. El enano levantó la vista, y al tropezar con Elyn, sus ojos —igual que los de ella antes— se estrecharon ante presencia de aquella ¡mujer! alta, agraciada, de ojos verdes y cabelle cobrizo, vestida de cuero y tocada con un casco de acero.

El crepúsculo avanzaba con rapidez. Pasaron unos instantes largos, tensos, mientras ellos se cruzaban miradas de aborrecimiento ninguno de los dos rompía el silencio.

«¿Debo, puedo, ayudar a uno de ellos?» Elyn sentía agitarse en su interior las emociones en un torbellino. Pero cuando su mano: dirigió a la cuerda atada a su silla de montar...

—No se te ocurra ayudarme, mujer, porque antes prefiero hundirme en este cenagal hasta llegar al mismísimo Neddra, que ser ayudado por un jinete. —En su boca, las palabras «mujer» y «jinete» parecían insultos, y en los ojos sombríos del enano, fijos todavía en los de ella, se percibía una intensa hostilidad.

Elyn envainó el sable y tiró de las riendas de Viento para da media vuelta. «¡Puah! He sido una loca al pensar siquiera en salvar a un enano.» Pero en el momento en que la yegua reulaba, el poni empezó a chapotear de nuevo, a gruñir y relinchar, con los ojos

desorbitados por el terror. Elyn apretó los dientes y obligó a dar de nuevo la vuelta a Viento, desenrollando al mismo tiempo la soga.

—No puedo dejar que un corcel muera por mi culpa, enano; soy una vanadurin.

Ahora era Elyn quien parecía haber proferido un insulto al pronunciar la palabra «enano».

Después de formar un lazo en el extremo de la cuerda, Elyn la lanzó hacia la cabeza del caballito, pero falló porque el aterrorizado animal se movía continuamente a un lado y otro. Elyn recogió la cuerda y volvió a lanzarla, y en esta ocasión el lazo rodeó la cabeza del poni, que pataleaba, pero enseguida los tirones furiosos del animal lo libraron del lazo.

Entre resoplidos de disgusto, empujones y tirones a los arreos de su montura, el enano consiguió colocarse delante del animal.

—Aquí, mujer, echa la cuerda —ordenó con arrogancia.

Elyn lanzó de nuevo la soga, y el enano deslizó el lazo sobre la cabeza del poni, y lo colocó en torno a su cuello.

Elyn hizo pasar el extremo de la cuerda con una doble vuelta por el pomo de su silla de montar, y gritó:

—¡Vamos, Viento! ¡Tira!

Y mientras Elyn sujetaba con todas sus fuerzas la cuerda atada al pomo y daba gritos a su yegua, y Viento reculaba y tironeaba, y el poni avanzaba tratando de asentar sus patas en suelo firme, el enano cruzó también la zona de arenas movedizas, agarrado a la cola y empujando a su montura hasta que, finalmente, el animal se encontró a salvo.

Y con él, también el enano.

Elyn no podía ver el aspecto de su detestado enemigo, porque estaba cubierto de barro, empapado y rodeado por una nube de insectos que se precipitaban sobre él; además, olía al gas de los pantanos; el olor fétido a huevos podridos que emanaba de él y de su poni asaltó su nariz, y aquel hedor le impedía fijar en él su atención. Sin embargo, como todos los enanos, tenía entre metro veinte y metro y medio de estatura —metro cuarenta o cuarenta y cinco, juzgó ella—, con hombros proporcionalmente mucho más anchos que los de un hombre. Aparte de aquello, nada podía decir, porque la luz del crepúsculo había dejado paso a una penumbra cada vez más cerrada, y él no era otra cosa que una vaga silueta recortada contra la oscuridad.

Elyn se arrellanó en la silla y miró hacia abajo, llena de desprecio, a aquel odiado enano, al tiempo que acariciaba con la mano el puño de su espada; y él miraba con fijeza a la detestada jinete, empuñando una maza y un hacha de doble filo. Ninguno de los dos decía una palabra.

No puede decirse lo que podía haber ocurrido después, porque en aquel mismo momento, con un estremecimiento de terror, el poni reculó de un salto, y habría escapado a todo correr de no estar sujeto por la cuerda.

¡Ssss! ¡Ssssh! Venidas al parecer de ninguna parte, unas flechas de astas negras pasaron zumbando a su alrededor, invocando al Muerte con el silbido de su vuelo. De todos lados surgieron aullidos salvajes, mezclados con el estrépito de los juncos rotos.

—¿Qué...? —gritó Elyn, incapaz de ver aquellos mortíferos proyectiles que cruzaban silbando la oscuridad, pero reconociendo por el sonido lo que eran.

—¡Squam! —gritó al mismo tiempo el enano, que saltó a la silla del poni y liberó el cuello del animal de la soga que lo rodeaba ¡Rápido!

Los dos se lanzaron velozmente adelante, con Elyn al frente blandiendo su sable. Ante ella se alzaron unas sombras oscuras «¡Enemigos! ¡Armados y atacando!».

¡Shkkk! ¡Shkkk! Elyn blandió el sable, y un líquido negruzco salpicó al brotar con fuerza de unos enemigos que vacilaban y caía ante aquella hoja afilada, muertos antes de tocar el suelo.

Viento cruzó el cerco de hierro, y muy pronto corría libre entre los matorrales. Detrás, Elyn podía oír el antiguo grito de guerra de los enanos:

—¡Châkka shok! ¡Châkka cor!

Y también escuchó el ¡chunk! de la maza del enano al machacar huesos de los enemigos, mientras el poni conseguía asimismo librarse de la emboscada.

Y en la distancia, el viento traía también los aullidos de los pe seguidores.

¡Ssssh!, silbaban los juncos, cimbreándose como la flexible hoja de acero de una espada ante los flancos de Viento y las piernas de Elyn, y parecía que también ellos intentaban dar tajos a aquellos «intrusos», herir de alguna forma a jinete y montura en fuga ¡del tétrico cenagal.

Mientras cruzaba al galope los espesos matorrales, entre maldiciones, Elyn soltó la soga que arrastraba sujeta aún al pomo de su silla de montar, temiendo que se enganchara en alguna rama e hicieron caer juntos a caballo y jinete.

Elyn no podía ver nada salvo sombras negras que se precipitaba sobre ella en la oscuridad, vagas formas de ébano que iba dejando atrás en su carrera.

«No puedo seguir a esta velocidad de locura.»

¡Y de repente, Viento se encontró chapoteando con el agua a la altura del vientre!

¡Zas! Tirando con fuerza de las riendas de Viento, Elyn forzó a la yegua a retroceder hacia la orilla. En ese momento pasaba el poni al galope, y el enano tiró del ronzal con fuerza atrás y a la izquierda, obligándolo a detenerse.

—¡Kruk, mujer!. —gruñó la voz del enano entre las sombras de ébano-, ¡nos están persiguiendo de cerca! ¡Cabalgas como si estuvieras ciega!

Elyn clavó los talones en los flancos de Viento y gritó en respuesta:

—¡Estúpido enano...!

Unos aullidos guturales rasgaron la oscuridad. De nuevo, las flechas negras silbaron a su alrededor, cuando ya Viento había conseguido volver a la orilla.

—Sígueme, jinete; los ojos de los châkka ven mejor que los tuyos.

El enano espoleó al poni y se lanzó de frente contra una sombra oscura que había salido de entre los juncos que bordeaban el camino. ¡Chunk! La maza de combate quebró el tulwar que se le oponía, y aplastó el casco y el cráneo del enemigo.

Elyn espoleó su yegua tras el caballito lanzado al galope, mientras una flecha invisible en la oscuridad chocaba contra su yelmo.

El poni aceleró la marcha, corriendo en zigzag por el fétido pantano, siempre en dirección al este, tratando de llegar a la linde del gran Khalian Mire para poder escapar. Elyn no podía saber con exactitud cuántos obstáculos eludía el enano, ya se tratara de precipicios, lodazales, lagunas, arenas movedizas, ciénagas o cualquier otra cosa, y tampoco sabía por qué razón lo seguía, dadas las circunstancias en que se habían conocido ambos, pero el caso es que lo siguió. Sólo en muy pocas ocasiones, a lo largo de aquella carrera en la oscuridad, pudo Elyn atisbar fugazmente al enano y a su pequeño caballo en alguno de los frecuentes cambios de dirección que emprendían, abriéndose paso por entre el espeso follaje de ébano que los azotaba al pasar. Pero era Viento, y no Elyn, la que seguía; y eso es todo lo que podía hacer la yegua, dada la menor corpulencia y superior agilidad del poni.

Lejos a la derecha, Elyn podía oír los aullidos de los enemigos y el estruendo de la persecución entre la maleza. Los perseguidores conocían los caminos de aquella ciénaga traicionera, y habían tomado un atajo esperando cortar el paso de sus presas.

De nuevo el poni torció a la izquierda, y luego a la derecha; y Viento lo siguió. Al este, delante de ellos, Elyn pudo ver la Luna que se alzaba sobre los árboles, de modo que sus rayos plateados despertaban reflejos en el agua del Mire. Sus ojos agradecieron la aparición de aquel círculo de plata, porque ahora podía reconocer lo que eran en realidad las sombras que se cruzaban a su paso: montículos, árboles de cuyas ramas colgaba musgo, macizos de juna altos floridos, y núcleos impenetrables de matojos en un mar inacabable de maleza. También empezó a ver los obstáculos que evitaban el enano y el poni, a medida que la luz creciente espejeaban las superficies líquidas que se extendían a

derecha e izquierda; aunque en algunos lugares no era el reflejo de las aguas lo que brilla sino los espectrales resplandores de los fuegos fatuos, que algunos llaman luces fantasmas.

—¡Brik! ¡Ñik! Blap...

Los habitantes de la ciénaga callaban cuando el poni y la yegua pasaban chapoteando a su lado, y transcurría mucho tiempo de que recomenzaran sus cantos nocturnos.

De nuevo se escucharon más cercanos los aullidos de los seguidores, y ahora Elyn pudo oír el chapoteo producido por muchos pies que corrían sobre el fango, a su derecha, aproximándose cada vez más con la intención de cortarles el paso, según supuso Pero el enano y el poni seguían corriendo en línea recta, sin girar porque a ambos lados se veía el reflejo del agua, y Elyn sólo podía esperar lograr rebasar el punto de intercepción antes de que los engendros llegaran a él.

Pero no había de ocurrir así, porque unas sombras negras se destacaron del fondo oscuro, tanto delante como detrás del camino seguían, dando gritos y aullidos guturales, y agitando porras y cuchillos. Y a la luz de la Luna, Elyn pudo ver por primera vez a sus enemigos: «¡Rutcha! ¡Rutcha armados con cimitarras, tulwar, porras y bastones!».

Los engendros tenían aproximadamente metro veinte de estatura, piel atezada, ojos amarillos, piernas vendadas, brazos arqueados, orejas largas y puntiagudas, y unas sonrisas ávidas mostraban unos colmillos aguzados, muy separados; y habían irrumpido en medio del camino que seguían sus presas.

El enano espoleó a su poni y Elyn a su yegua, porque no les quedaba más alternativa que intentar abrirse paso por la fuerza.

Cuando Elyn se precipitó sobre el primer grupo, una porra rutch le golpeó la pierna, y ella dejó de sentir la presencia de su pie derecho. También sufrió una herida de tulwar en el brazo izquierdo, y sintió cómo la sangre caliente se mezclaba con el sudor bajo el cuero de su vestido.

¡Shhkh! A la pálida luz de la Luna el sable de Elyn cortó con mortífera precisión, de un tajo, el brazo del rutch que se había agarrado a su estribo, y éste cayó hacia atrás con un aullido, sujetándose el muñón sangrante. Otros dos seres se cruzaron en su camino, espoleó a Viento, pasó de un salto por encima de ellos, y una vez más consiguió salir de aquel círculo de hierro. Delante corrían el poni y el no cuya maza estaba manchada de sangre negra.

Tres veces más, en el curso de aquella noche llena de peligros, los rutcha les cortaron el paso, porque para interceptarlos el Falso Pueblo tomaba atajos desconocidos para la pareja, en tanto que Filos seguían las revueltas de un camino tortuoso y lleno de barro, que rodeaba cientos de charcas y otros obstáculos. Y en cada ocasión la pareja consiguió atravesar el cerco entre gritos de batalla, golpes y estocadas con maza y sable, aprovechando el ímpetu de la yegua y del poni para dispersar a los rutcha. No salieron indemnes de la aventura, porque a pesar de su torpeza los rutcha eran muy capaces de golpear con fuerza, y los dos sufrieron un durísimo asalto en el encuentro final.

Pero finalmente, molidos y ensangrentados, salieron libres de la trampa del gran Khalian Mire y llegaron a su linde oriental. Allí el caballito y la yegua pudieron ya correr sin obstáculos por las llanuras de Aralon, camino de su Destino.

3

Skaldfjord
Primavera, 3E1601
[El año pasado]

Descendían por las estepas de Jord, los cuarenta jinetes. Eran orgullosos, fuertes, y cabalgaban en corceles rápidos y fogosos; eran vanadurin, hombres de cabellos rubios.

Sus rostros aparecían graves y resueltos, y sus ojos agudos recorrían toda la extensión de aquellas tierras, porque se disponían a llevar a cabo una misión audaz y peligrosa.

Marchaban en columna de a dos sobre el suelo rocoso, y los cascos forrados de acero martilleaban sobre la piedra helada. Sables, dagas, arcos y flechas, largas lanzas, todas sus armas estaban enfundadas durante la larga cabalgada, aunque dispuestas para ser empuñadas en cualquier momento si la ocasión lo requiriera. Los hombres llevaban cascos de acero, oscuros y de superficie mate, aunque adornados con crines de caballo, cuernos y plumas que ondeaban al viento. Sus cuerpos se cubrían con vestes de lana sobre que pendían cotas de anillas de acero enlazadas, y largas capas para preservarse del viento gélido de aquel amanecer dominado por niebla que se alzaba del lejano océano nuboso y, sobrepasando los abruptos acantilados de la orilla, invadía el desierto altiplano rocoso.

Al frente de la tropa, sobre un corcel de color azabache, cabalgaba un guerrero de cabellos de color de cobre y ojos verdes, nombre joven llegado a la edad viril apenas hacía siete veranos, que a pesar de ello, y de que la cimera de su casco no lucía adornos, era el capitán de la mesnada. A su lado cabalgaba un veterano cuyos rizos rubios habían empezado ya a salpicarse de gris, y con unas plumas negras de cuervo flotando hacia atrás prendidas en el acero de su casco. Se trataba de Elgo, el joven, y Ruric, su lugarteniente; y tras ellos cabalgaban treinta y ocho hombres más del pueblo rubio de los harlingar. Se dirigían a Skaldfjord, a orillas del mar Boreal.

Era la primavera temprana del año 3E1601, una época en la que los vanadurin habitaban todavía en sus dominios del norte, en Jord, antes de que se produjera su Wanderjahr, siglos más tarde, y arrebataran las grandes llanuras herbosas de Valon al usurpador de Caer Pendwyr. Entonces abandonarían el Jordreich, al terminar la guerra del Usurpador, y se asentarían en el extremo sur, sobre la amplia extensión de las tierras verdes, sagradas gracias a la sangre derramada por sus muertos. Con aquel reino quiso el Rey Alto premiar a los harlingar por el papel que desempeñaron en la victoria sobre el falso Pretendiente.

Pero faltaban aún cerca de cuatrocientos años para que todo aquello sucediera; y en la época del presente relato, los vanadurin todavía cabalgaban por las altas estepas de Jord, donde en los largos, larguísimos días del suave verano la tierra aparecía verde, florida y llena de luz y de calor, mientras que el invierno era duro; el hielo cubría el paisaje, el viento soplabo despiadado, y en la noche auroral se desplegaban cortinas de wereluz de colores extraños y cambiantes.

Pero ahora reinaba la primavera, el momento en que la sangre empieza a circular con mayor rapidez, los espíritus despiertan y, hombres se disponen a llevar a cabo las cosas que planearon durante la larga y gélida temporada de oscuridad.

Así le sucedía a Elgo. Y había reunido una mesnada de cuarenta harlingar dispuestos a ayudarlo, aunque en aquel momento eran sólo treinta y nueve quienes cabalgaban a su lado, porque uno de ellos se había adelantado al grupo.

Alto y orgulloso era Elgo, un príncipe de sangre real puesto que era el único hijo varón del rey Aranor, y el llamado a sucederle al frente de los harlingar. Pero no se encontraba a gusto en la corte enredado en los tediosos asuntos de Estado. Igual que su padre, joven Elgo era un hombre de acción: apenas habían pasado dos años desde que el príncipe Elgo, sin ayuda de nadie y actuando según un plan ideado durante el invierno, con extremado sigilo y astucia y no escaso valor puso fin con sus manos a la vida de Golga, el ogro cruel del paso de Kaagor, un desfiladero largo, estrecho, con paredes cortadas a pico, en las montañas del Murallón Sombrío. La muerte de aquel enorme troll había devuelto la seguridad a aquella importante vía comercial.

Y además de la mencionada hazaña, había habido más aventuras llenas de riesgo; por ejemplo, la ocasión en que el príncipe y un puñado de hombres persiguieron a los invasores naudron hasta obligarlos a cruzar de nuevo la frontera oriental y regresar a su gélido reino; o el viaje de tres días enteros, a través del altfjelt, en persecución de Llama,

el garañón rojo, que finalizó con la captura del gran caballo en las aguas azules de Skymere; o el día en que Elgo raptó a la hermosa Arianne delante de las propias narices de Hagor, y se llevó a la rubia doncella a lomos de Sombra, para hacerla su esposa.

Pero no eran sólo estas u otras hazañas de Elgo, ni su extraordinaria audacia, lo que llevaba a los hombres a agruparse bajo su bandera; y tampoco lo hacían porque fuera el hijo de Aranor, sino, sobre todo, porque el príncipe era un cabecilla lleno de recursos y un guerrero poderoso —a pesar de su juventud y de su temeraria confianza en sí mismo..., o tal vez precisamente a causa de ellas—, y allí donde iba surgía la aventura.

Y ahora Elgo había ideado un nuevo plan.

¡Esta vez iba en busca de un Dracongield!

A medida que avanzaba la mañana, el Sol naciente disipaba las pálidas nieblas. Los jinetes llegaron finalmente a la cresta, azotada por los vientos, de los escarpados farallones. Bajo sus pies, el océano golpeaba la antigua roca, precipitando arena, sal y olas contra su pétrea enemiga y avanzando milímetro a milímetro en una interminable contienda que le daba una imperceptible victoria en este frente; mientras que en algún otro lugar lejano, en las simas abisales surgía de las entrañas del mundo el magma en fusión y, también de forma imperceptible, una nueva tierra emergía lentamente de las misteriosas profundidades en las que se desarrollaba la eterna lucha por el predominio.

La columna giró para dirigirse hacia el norte de aquel frente concreto de la incesante guerra de los elementos, mientras los hombres escuchaban sin prestar atención la eran batalla que se desarrollaba debajo de ellos.

Durante dos horas aún, los harlingar prosiguieron su cabalgada hacia el norte, y finalmente llegaron a un estrecho entrante del mar aprisionado entre riscos verticales, coronados de abetos. Era Skaldfjord: el profundo y cristalino Skaldfjord. Como un golpe monstruoso descargado por el hacha de un gigante, el fiordo mordía profundamente aquella tierra rocosa, y el flujo helado del mar Boreal penetraba por él hasta cubrir aquella oscura cicatriz geológica. Aunque las aguas de Skaldfjord eran transparentes, su profundidad daba un color casi negro. Aquella enorme mordedura penetraba la tierra hacia el este para curvarse después en dirección norte, frías aguas del color del ébano se perdían de vista más allá curva; y el mismo camino, bordeando la escarpada orilla, siguieron los hombres.

Cuando acabaron de recorrer el amplio arco de la ría, pudieron ver en la lejanía, delante de ellos y al borde del agua, un pequeño establecimiento: apenas algunas viviendas apiñadas y protegidas tras una empalizada de troncos de pino que rodeaba el conjunto.

En el momento en que vio a lo lejos la aldea fortificada, alzó la mano y la columna se detuvo con una intensa vibración caballos piafaron, crujieron los arneses de cuero. Y durante rato, los vanadurin tomaron asiento y observaron.

Tenuas columnas de humo ascendían de las chimeneas aquí y allá, y se advertía movimiento de gente entre los edificios lejanos.

Pero no era únicamente la aldea lo que atrajo sus miradas, que amarrados a las estacas del muelle había cuatro drakkares, que a pesar de su longitud parecían pequeños debido a la distancia. También estaban anclados tres knorrs de aguas profundas, barcos de carga empequeñecidos por sus vecinos de quillas lustrosas. Y por das partes cruzaban botes de pesca, bamboleándose como boya corcho.

Elgo ordenó a sus hombres que desmontaran, y reunió a los guerreros a su alrededor. Y les habló en valur, la antigua lengua guerrera de los harlingar, en voz baja pero de forma que todos pudieran oírle.

—[Harlingar, ot i markere fram...] Hijos de Harl, desde el punto en adelante no hablaremos jamás de nuestra misión, por podrían escucharnos oídos indiscretos..., oídos capaces de prender incluso el habla de los vanadurin. Y en el caso de que ¡desastre

imprevisto nos afligiera, nuestros planes quedarían en manos ávidas de esas gentes, y el tesoro que buscamos se perdería.

»Ahí tenéis nuestro primer objetivo: Skaldfjordstad. Podéis ver que Reynor ha cumplido su misión, porque los drakkares fondea en el muelle nos llevarán a las riberas del país lejano en el que está situado nuestro objetivo último. Esos barcos serán tripulados por fjordsmen; ellos conocen los caminos del mar, y nosotros no. ni siquiera esos leales aliados deben compartir nuestro secreto, porque se dice que la maldición del Dracongiel actúa de formas previstas en el interior de los corazones de los hombres.

«¡Cuidado! En adelante, guardad silencio respecto de lo que vamos a buscar. Si resultara indispensable hablar de ello, hacedlo únicamente en valur, porque se trata de una lengua conocida por muy pocos que no sean de la sangre de Harl... E incluso entonces, procurad expresaros de forma críptica.

Los ojos de Elgo buscaron los de sus hombres, y recibió en respuesta miradas llenas de resolución, porque nadie deseaba que el botín fuera a parar a manos distintas de las de los vanadurin.

Elgo hizo una seña a Ruric, y a la breve orden del canoso guerrero todos volvieron a montar, y la columna espoleó a sus monturas en dirección a la lejana aldea. Pero una idea importuna volvía una y otra vez a la mente de Ruric, llenándole de inquietud: «Si la maldición del Dracongiel actúa de formas imprevistas en los corazones de los hombres, mi arrogante príncipe, ¿qué no podrá hacer en el interior de cada uno de nosotros?».

Cabalgaron siguiendo un camino escarpado y pedregoso que cruzaba el bosque de pinos situado en lo alto del farallón del fiordo, y desde abajo les llegó el sonido grave de un cuerno de toro negro: ¡Ta-ru! ¡Ta-ru! ¡Tan-tan, ta-ru! [¡Vía libre! ¡Jinetes y aliados, vía libre!]

Al oír la llamada, Elgo se llevó a los labios su propio cuerno de toro negro: ¡Ra-tan-ta! [¡Entendido!].

Camino abajo cabalgaron hasta salir del bosque y llegar a la zona abierta situada delante del thorp, talada para facilitar la defensa frente a posibles asaltantes ocultos. Elgo tiró de las riendas de Sombra para detenerlo, y el caballo negro le obedeció al instante. Y todos los vanadurin se desplegaron y detuvieron sus monturas rodeando a su príncipe, con Ruric al lado de Elgo, en posición de alerta a pesar de que todas las armas siguieran descansando en sus vainas.

De las sombras de la empalizada surgió el joven Reynor montado en un bayo; al acercarse, pudieron ver que sus ojos azules chispeaban, y una gran sonrisa iluminaba su rostro.

— ¡Hál, mi príncipe! —gritó aquel muchacho rubio, un año más joven que el propio Elgo, que apenas sumaba veintidós veranos—. ¡La stad espera que te dignes hacer tu entrada! —Y al decirlo, se volvió y señaló a los centinelas que asomaban sobre los muros.

Mientras la columna de harlingar cruzaba a caballo las puertas de troncos, abiertas de par en par, Elgo pudo ver que todo el pueblo se había reunido a recibir al príncipe que los visitaba. Pero aquí y allá, entre aquellos rostros de pescadores, alcanzó a ver también los más duros guerreros, las tripulaciones de los drakkares. Todos eran fjordsmen, por más que algunos extraían del mar su sustento, mientras que otros encontraban en la navegación su medio de vida.

Los cabellos y las barbas de los fjordsmen eran de color amarillo, cobrizo o rojo, y su piel era blanca o rubicunda; algunos lucían amplios bigotes. Las mujeres se peinaban con largas trenzas rubias, trigueñas o de color castaño, y todas tenían el cutis muy claro salpicado de pecas en algunas de ellas. Y en todas partes, ojos de color azul claro contemplaban con fijeza a los jinetes.

Los fjordsmen eran un pueblo rubio, y en ese aspecto se parecían a los vanadurin; pero el hecho no sorprendió a Elgo, porque se decía que fjordsmen y vanadurin procedían del

mismo tronco, por más que uno de los dos pueblos había optado por lanzarse al mar en barcos, mientras que el otro prefería vagabundear a caballo cruzando mares de hierba.

Reynor guió a la columna al stadholl, una casalonga con techumbre de hierba, situada en el centro de la aldea. Allí, sobre los escalones de madera, esperaban al príncipe los ancianos del pueblo y, junto a ellos, los capitanes de los drakkares.

El recibimiento formal fue corto, pero cordial; y Elgo y sus hombres agradecieron sobremanera el festín que vino a continuación, porque habían pasado muchos días cabalgando, y las raciones de campaña resultaban cada vez más insípidas para sus paladares.

Hubo cochinito asado, pescado y pan recién horneado, de grandes fuentes de verduras estofadas. Circulaban con profusión los cuernos llenos de cerveza y de hidromiel, y los skalds de los barcos cantaron las hazañas de los héroes de los días antiguos. Los ojos verdeazules de Elgo se iluminaron al oír las gestas de aquellos hombres. En el curso de la fiesta, un poeta cantó la trova de Sleeth el Orm y de cómo arrebató el tesoro de Piedra Negra. Y mientras recitaba, era difícil para los vanadurin mantener una actitud de amable interés; entre ellos se hizo el silencio, y todos miraban cualquier parte para no intercambiar miradas; pero a ninguno de los fjordsmen pareció extrañarles aquella estudiada indiferencia. Pasó el momento de tensión, y otro bardo entonó la oda procaz de Snorri, hijo de Borri, y la Doncella Mística del Maelstrom, y los harli cantaron alegres a coro con el resto de los presentes.

Carne y pan y cerdo y estofado y cerveza se consumieron en cantidades prodigiosas, y los thralls corrían acá y acullá para llenar de nuevo las fuentes vacías, los platos rebañados y las jarras secas. Cayó la noche y acabó el festín, pero todavía siguieron sonando las canciones. Finalmente, como incluso los jóvenes necesitan descansar, también ellos se rindieron. Algunos quedaron dormidos delante de sus platos, y otros se acurrucaron en el suelo; también hubo quien encontró una muchacha complaciente, y no debe decirse dónde pasaron la noche. Y otros, en fin, marcharon del stadholl para dormir en otros lugares que habían sido dispuestos para ellos; entre estos últimos estaban Elgo y Ruric.

Y mientras el sopor invadía sus miembros, los pensamientos de Ruric se volvieron hacia Sleeth el Orm. Y la mente del guerrero vanadurin se remontó a la época pasada en que Elgo había oído hablar por primera vez del enorme dragón del Frío que se apoderó de

Piedra Negra. Porque, por así decirlo, había sido Ruric quien familiarizó a los muchachos con aquella historia.

4

La Prueba

Primavera, verano y otoño, 3E1589

[Trece años antes]

¡Bok! ¡Noc, nok! ¡Clak-klak!

Ruric tiró con fuerza de las riendas de Pedernal, y el ruano con manchas blancas se detuvo sobre la hierba húmeda. El guerrero que montaba a Pedernal inclinó la cabeza a un lado y aguzó el oído, tratando de percibir un ruido distinto del resuello de su corcel.

¡Dok! ¡Klak! ¡Nok!

«¡Allí! —la mirada de Ruric escudriñó el punto del que procedían los ruidos—. Vienen de los arbustos. Parecen bastones.»

Ruric desmontó en silencio y condujo a Pedernal por entre los árboles, sujetando la rienda a una rama.

¡Dok! ¡Dok! Nok!

El guerrero se abrió paso por entre los arbustos, y llegó al fin al borde de un claro del bosque, donde estaban atadas dos monturas. Desde el bosquecillo, inmóvil y en silencio, Ruric observó maravillado a dos jóvenes que peleaban en medio del entrecocar de los bastones que empuñaban, relucientes a la luz del sol.

De súbito, uno de ellos retrocedió tambaleándose, y al caer pesadamente por la fuerza del golpe recibido, su bastón voló por el aire, sin que consiguiera sujetarlo.

—¡Elyn! —la rabia desencajaba las facciones del joven—. Lo has hecho a propósito!

Elyn no contestó enseguida; resollaba con fuerza y el sudor corría en gruesos goterones por su rostro.

—Ven, deja que me cuide de eso.

Su voz era amistosa. Dejó a un lado su bastón y se arrodilló en la hierba junto al muchacho, al tiempo que desanudaba la banda de tela que sujetaba sus cabellos y la acercaba al rostro de él.

—¡No! —gritó Elgo, girando a un lado la cabeza, mientras su nariz manaba un chorro de sangre—. ¡No! —gritó de nuevo, poniéndose en pie de un salto y corriendo hacia los caballos.

Elyn le miró correr, y luego se puso en pie y se anudó de nuevo el cabello. Se agachó a recoger su bastón y fue detrás de él, una niña larguirucha de casi once años de edad, detrás de un chico también de casi once años.

¡Uuuf! De nuevo el joven Elgo se tambaleó, y habría caído sobre su trasero una vez más de no haberlo sujetado una mano firme cuando ya perdía el equilibrio.

—¡Más cuidado, mi príncipe!

La voz de Ruric revelaba malhumor, y Elgo lo miró boquiabierto, porque en su rabia el chiquillo no había prestado atención a lo que le rodeaba, y había ido a topar con el guerrero oculto en las sombras del borde del claro.

—Maestro de armas Ruric, no os había visto. —Elgo baje cabeza y la giró hacia un lado, sorbiendo por la nariz para intentar esconder la sangre que manaba de ella.

Pero Ruric no se anduvo con miramientos; se inclinó sujetando al chico por la barbilla, y le hizo alzar la cara para verlo bien.

—Veamos, mozuelo, qué remedio podemos poner a ese pico que gotea.

Y, como Elyn se acercaba ya, añadió:

—Tenías razón, princesa: necesitaremos tu cinta del pelo.

El maestro de armas condujo a los dos a la orilla cubierta de musgo de un arroyuelo claro; el agua salpicaba y cantaba entre los árboles, Elgo seguía malhumorado y Elyn jugueteaba con los bastones al tiempo que se soltaba el cabello, mientras Ruric se sonreía secretamente a sí mismo.

—Orgullo, muchacho, orgullo —gruñó Ruric, hincando la rodilla junto a la corriente y sumergiendo la cinta en el agua helada. Después de pedir al chiquillo que se tendiera sobre la blanda alfombra que formaba el césped, el guerrero apretó el paño húmedo contra la nuca de Elgo—. El mismo orgullo que ha sido causa de la ruina de tantos hombres. Fueron demasiado orgullosos para aprender la lección de sus propios errores, y en definitiva eso los llevó a la perdición. Y también te perderá a ti, a menos que aprendas a controlar ese temperamento orgulloso y esas maneras llenas de altanería.

Elyn se sentó sobre el suave musgo, adornado ya en la primavera temprana con tiernas florecillas, arrancó una de ellas y aspiró con suavidad su débil fragancia, mientras Ruric arrancaba otro pedazo de tela de su propia manga y, después de humedecerlo, lo colocaba sobre la nariz de Elgo.

—Aspira a través de esa venda, rapaz, te refrescará por dentro y parará ese goteo de tu nariz.

Elgo aspiró con alivio aquel frescor, y el maestro de armas se recostó en el tronco de un abedul, miró de reojo a Elyn y sonrió. Luego se dirigió de nuevo a Elgo, y la voz del guerrero adquirió un tono gruñón.

—Te lo repito, el orgullo no debe ocupar el lugar del aprendizaje. Deja que te pregunte, rapaz, cómo pudo Elyn burlar tu guardia y rebasar la posición de tu bastón con el suyo. ¿Lo sabes?

—¡Hizo trampa...! —empezó a decir Elgo con voz enojada, pero se vio obligado a callar ante el rugido que salió de inmediato de la garganta del maestro de armas.

—¡Silencio! —El ceño ensombreció las facciones de Ruric, que la ira hizo enrojecer, de modo que Elgo y Elyn se estremecieron al verlo—. ¿No has oído una sola palabra de lo que te he dicho? Por los huesos de un troll y la guarida de un dragón, rapaz, ¿cómo puedes esperar llegar a ser rey si persistes en tu estupidez?

Ruric dirigió una mirada irritada al joven, y poco a poco la rabia pareció desvanecerse.

—Vamos a probar otra vez, rapaz —dijo, ya relajado, recostándose de nuevo en el árbol—, pero ahora sin gimotear como un cachorrillo; piensa en lo que hablas. Dime ahora como guerrero, como vanadurin, como uno de los harlingar: ¿cómo pudo Elyn sorprender tu guardia?

Elgo, algo escarmentado pero todavía mohíno, consideró el problema con impaciencia.

—No lo sé —respondió por fin, con voz áspera.

—¡Ah! —gruñó Ruric, inclinándose hacia adelante—. ¡Ahí te duele, rapaz, no lo sabes! ¡Y si todo lo que haces es ponerte a patalear, nunca lo sabrás! —La voz del guerrero adquirió un tono agudo-. Y la próxima vez cometerás el mismo error, y recibirás otro golpe en la cara. Y si caes en la misma clase de error cuando seas hombre..., bueno, lo más seguro es que no vivas lo bastante para contarlo.

Una vez más, Ruric se recostó en el abedul, y su voz se suavizó.

—Orgullo, rapaz, orgullo. Será tu ruina si no pones remedio. La manera de vencerlo es aprender de tus errores, y el mejor maestro para ello es la persona que te derrotó.

»Entiéndeme, rapaz; no quiero decir que pierdas tu fiereza, sino que aprendas de quienes son mejores que tú. Y en cuestión de bastones, por el momento Elyn es mejor. Es a ella a quien deberías preguntar, caso de que, de verdad, quieras aprender, si sabe lo que hizo y cómo lo hizo. Incluso en el caso de que sólo haya sido un golpe afortunado, tendrás ocasión de examinar por qué sucedió..., y entenderás algo.

Ruric calló, y durante unos momentos sólo se oyó el rumor arroyo y de las hojas de los árboles agitadas por una suave brisa.

—¿Cómo lo hiciste, Elyn? —dijo finalmente Elgo a regañadientes, en voz baja y malhumorada.

Elyn levantó la vista de la florecilla que tenía en las manos y miró a Ruric; éste le hizo un gesto de asentimiento, y entonces se volvió a su hermano gemelo.

—Cada vez que das un paso atrás con el pie izquierdo y luego vuelves a adelantarlo, bajas el hombro derecho para atacar de abajo arriba. Me limité a esperar el momento, y golpeé con mi bastón por encima del tuyo cuando dabas el paso adelante.

—¡Aja! —exclamó Ruric—. ¡Una doncella guerrera!

—¡Sí! —gritó Elyn, dejando caer la flor e incorporándose sobre sus rodillas llena de excitación, con el rostro iluminado por un repentino flujo de sangre—. ¡Sí! Eso es lo que deseo ser, maestro de armas Ruric. Una doncella guerrera, como en la época de nuestros abuelos.

Una expresión de desconcierto, y después de admiración, asomó al rostro de Ruric.

—¿Doncella guerrera...? —empezó a decir, pero no pudo continuar porque Elyn le interrumpió.

—Sí, maestro de armas, una doncella guerrera como las de antes —repitió. Los ojos claros de Elyn tenían en aquel momento un brillo de color verde mar, y sus palabras se atropellaban las unas con las otras en su prisa por salir—. Soy ya experta con la honda, y Elgo me ha estado enseñando el manejo del bastón. Pero necesito entrenarme con el arco..., y..., y también con el carro.

Al oír la última frase, Ruric lanzó una carcajada.

—Vamos, chiquilla, ¿también el carro?

Elyn apartó su mirada del maestro de armas, herida por el tono de burla. Al ver el efecto de sus palabras en la joven, Ruric recuperó rápidamente su seriedad.

—Debes saber, princesa, que hace mucho que no se utiliza carros, a excepción de los juguetes que se emplean en las de la fiesta de la Mitad del Año. Vamos, no hay un solo carro de combate real en todo el país, ni lo ha habido desde hace cientos de años. En fin, quizás haya alguno almacenando polvo en el museo del rey de Aven, pero en Jord, chiquilla, no queda ni rastro de un auténtico carro, y las doncellas guerreras que los conducían son cosa del pasado.

Al oír esas palabras, Elgo dio un bufido y de nuevo la sangre empezó a gotear de su nariz. Lleno de frustración, volvió a apretar el trapo húmedo contra su rostro, y dijo con una voz sofocada en la que se percibía la irritación:

—¡Lo yes, Elyn! ¡Te dije que era una estupidez! Siento haberte hecho caso.

Ruric miro de soslayo al muchacho.

—Los sueños nunca son estúpidos, rapaz. Equivocados, tal vez; pero nunca estúpidos.

Elgo resopló.

Exasperada por su hermano, pero animada por las palabras de Ruric, Elyn habló con voz llena de fervor:

—Sí, maestro de armas, he tenido un sueño: ser una doncella guerrera como las de la época de Harl el Fuerte. Conductoras de carros de combate. Lanzadoras de jabalina. Arqueras. Honderas. Expertas en el manejo del bastón, y sí, también de espadas y otros tipos de armas en combates cuerpo a cuerpo. Exploradoras y mensajeras también, porque el peso menor de una muchacha permite un alcance mayor a lomos del caballo, y resulta una ventaja cuando es preciso recorrer largas distancias. —La voz de Elyn se extinguió, y ella se echó atrás y bajó la vista al suelo—. Eso es lo que quiero ser, maestro de armas. Eso es lo que me gustaría ser.

—Ah, chiquilla, pero todo eso se acabó con la Gran Guerra —respondió Ruric—, porque el pueblo de los vanadurin quedó devastado, casi hasta el punto de extinguirse, tanto los hombres como las doncellas guerreras. Entonces las mujeres supervivientes decidieron dejar a un lado las armas y abandonar la guerra para dedicarse al hogar y a la casa, y llevar en sus brazos pequeñuelos en lugar de armas, porque no había otro medio de que los harlingar sobrevivieran. De ninguna otra forma podríamos habernos recuperado los harlingar hasta volver a ser una nación poderosa. Y ésa, mi niña, es la razón de que no existan hoy doncellas guerreras.

—Pero, maestro de armas, ¿eso sucedió hace miles de años! -protestó Elyn—. Los harlingar vuelven a ser fuertes. Ya no se necesita que todas las mujeres se dediquen al hogar, que todas las mujeres den de mamar a las criaturas, que todas las mujeres hagan guardia al lado de la cuna. Por tanto, debería volverse a hacer lo que ya se hizo en el pasado: es hora de que vuelvan las doncellas guerreras.

Elyn proyectó su mandíbula hacia adelante, y por primera vez brilló en sus ojos verdes una luz de desafío al encontrarse con ojos azules de Ruric.

—¡Y eso es lo que quiero ser yo, maestro de armas, eso que me gustaría ser!

—¡Bah! —resopló Elgo con desdén.

—¡Hum! —gruñó Ruric, enojado por la actitud del muchacho y suspirando por tenerlo bien sujeto sobre las rodillas para darle una lección que no pudiera olvidar jamás. En lugar de ello, el guerrero disimuló su rabia y se volvió a la princesa—. De acuerdo, mocita, vamos a hacer un pacto. Yo te enseñaré todo lo que debe saber una doncella guerrera, pero tú tendrás que ser constante en el aprendizaje. Si te echas atrás o pierdes interés, quedaremos en paz; pero mientras trabajes y progreses, yo no dejaré de enseñarte lo que deseas aprender.

Ruric tuvo la satisfacción de oír refunfuñar a Elgo y ver el príncipe se tapaba totalmente la cara con el trapo húmedo no ver a Elyn pasar sus brazos por el cuello del guerrero

gruñón. Pero enseguida, el júbilo del maestro de armas al ver el desconsuelo de Elgo se desvaneció al darse cuenta de la difícil tarea a la que acababa de comprometerse.

Fiel a su palabra, una y otra vez Ruric fue a encontrarse Elyn en el bosquecillo situado junto al arroyo. Y obediente a las órdenes del maestro de armas, Elgo asistió también a aquellas sesiones de entrenamiento, porque Ruric sabía que Elyn necesitaba adiestrarse peleando con un adversario de su misma talla; y, tal como el propio Ruric esperaba, Elgo no sólo aprendió también, sino que se esforzó al máximo para impedir que su hermana le sobrepasara. El ingreso de Elgo en los campos de entrenamiento de los vanadurin no debía producirse hasta un año y dos meses después cuando cumpliera los doce de edad; de modo que el príncipe estaba ansioso por aprender, y por comprobar sus progresos en una «batalla», aunque habría preferido con mucho enfrentarse a chicos varones de su misma edad. Aun así, Elgo solía llevar la peor parte porque Elyn estaba en una edad en la que, por lo menos durante dos o tres años, sería más fuerte, más rápida y más ligera de pies que su hermano gemelo, que aún no había comenzado el tránsito a la adolescencia.

Y de ese modo, el soto resonaba con los ecos del choque de sables de madera, y el nok-bok de los bastones. Y se oía el temblor de la cuerda, el silbido y el golpe de la flecha al volar y dar blanco, y también el chasquido, el zumbido y el impacto de los proyectiles lanzados con la honda. Y los dos lanzaron jabalina y pelearon con «dagas», y Ruric consiguió incluso hacerse con un carro del festival y enseñarles la forma de maniobrar con él en una batalla.

En el claro se oían las exhortaciones del maestro de armas cuando una y otra vez les ponía delante una nueva tarea, una nueva forma de rechazar un ataque, una nueva técnica que aprender.

Y aprendieron los dos, por más que en no pocas ocasiones Ruric detuviera la acción para dar al uno o al otro una buena reprimenda verbal.

«¡Quietos! Por las negras uñas de Andrak, muchacho, ha sido tu orgullo otra vez. ¿No aprenderás nunca, príncipe? Atiende. La princesa Elyn mantuvo la cabeza fría cuando tú la atacabas, y en cambio tú te irritaste cuando ella contraatacó, y tu temperamento ha podido contigo y le ha permitido a ella vencerte.»

«Elyn, Elyn, ¿qué voy a hacer contigo? En este ejercicio, tu trabajo consiste en conducir el carro, y el de Elgo, tirar la jabalina. Deja de gritarle «¡Ahora!» cuando a ti te parece que debería lanzarla. Le toca a él decidir. Por el martillo de Adon, muchacha, ocúpate de que los caballos corran derechos y aprisa, en lugar de dejar que hagan esos como patos borrachos.»

La primavera dio paso al verano, y el verano cedió su lugar al otoño, y las lecciones seguían todavía. Muy pronto aquellas sesiones de entrenamiento se convirtieron en un secreto a voces en la corte, pero el rey Aranor disimuló, porque le complacía que el aprendizaje de Elgo hubiera comenzado tan pronto, y la afición de Elyn por las armas suponía para él tan sólo un ligero contratiempo. Pero la tía soltera de Elyn, Mala, hija del conde Bost de las Llanuras de Fian, en Pellar, y hermanastra mayor de la madre de los gemelos, Alania, fallecida años atrás, se escandalizó del comportamiento de Elyn. Después de todo, Mala había vivido durante cierto tiempo en la corte del Rey Alto en Caer Pendwyr, y como Mala decía: «... ninguna dama de aquella corte pensaría ni por un instante en aprender el manejo de las armas, y mucho menos en llegar a ser una guerrera.»

Mala criticó y criticó hasta que finalmente, llegado el otoño y a pesar de las objeciones de Ruric, Aranor ordenó al maestro de armas que condujera a Elyn a la liza de armas, para poner a prueba el ánimo de la doncella guerrera frente a algunos muchachos de más edad, con el fin de que, para decirlo con las palabras de Mala, «...pueda ver lo ridículo de su conducta y dedicarse a cosas más adecuadas para una gentil muchacha de noble cuna».

Poco a poco la luz se extendió sobre la tierra, y la fría neblina del amanecer lo envolvió todo. En el fondo de los valles la niebla espesa se amontonaba a ras de tierra, pero en lo alto de las murallas el vaho flotaba frágil e impalpable, y rodeaba con halos vaporosos la luz de las antorchas. Las puertas del castillo se abrieron en par, y apareció el rey rodeado de su séquito, mientras los lacayos se precipitaban a su encuentro desde los establos, conduciendo los caballos. Con un gran estruendo y el rechinar de los mecanismos de las cadenas y los trinquetes, se levantó el rastrillo y se bajó puente levadizo, mientras los cortesanos montaban a caballo, atravesaban el patio empedrado y salían a afrontar la niebla que los campos.

Cuando llegaron a la liza de armas, todos desmontaron y ocuparon sus lugares respectivos.

Aranor, un hombre con aspecto de haber cumplido los cuarenta y cinco años, se sentó en el pabellón del rey, y ninguno de sus gestos reveló que conociera a Elyn. Pero cualquiera que viera a comprendería de inmediato que Elyn y Elgo habían nacido de su simiente. Unos ojos verdes brillaban en su rostro bien parecido, y su amplia frente estaba coronada por una mata de cabello cobrizo, y en ambos detalles se parecía a sus hijos. Pero era sobre todo su porte —erguido, lleno de gracia y de fuerza— lo que le señalaba como padre de los gemelos, y también la profundidad de su mirada: «mirada de halcón», decían algunos; «no, mirada de águila», respondían otros. Fuera de águila o de halcón, la misma intensidad podía percibirse en las facciones de Elyn y Elgo; y había ocasiones en las que los movimientos de los gemelos mostraban una fluidez y una facilidad que recordaban los de su padre. Aunque, si le preguntaban, Aranor siempre aseguraba que era de la madre de habían heredado los gemelos aquella gracia llena de elegancia.

Al lado de Aranor fue a sentarse Mala, rígida y ceñuda, con el cabello negro anudado según su costumbre en un moño tieso sobre la nuca. No estaba acostumbrada a levantarse a aquellas horas, y bien a las claras lo revelaban la gélida mirada de sus ojos azules y sus labios delgados y prietos. Sin embargo, un brillo indefinible en aquella mirada fija y helada anticipaba el momento del triunfo esperado, porque ahora Elyn vería por fin lo insensato de su forma de comportarse, y en adelante sería educada como debe serlo una princesa de verdad.

Elgo, molesto porque se sentía atrapado en aquella debacle, buscó asiento en uno de los bancos dispuestos para los escuderos delante del pabellón, a nivel del suelo. Varios muchachos de su edad se sentaron con él.

En la liza, Elyn aparecía pálida, como si hubiera pasado la noche sin dormir. Pero sus ojos tenían un brillo transparente.

También en la liza, se colocó un blanco para arqueros: la silueta de uno de los engendros rutcha.

Ardon, un muchacho de catorce primaveras, se situó a veinte pasos del perfil oscuro y esperó, empuñando el arco.

Mientras Ruric caminaba al lado de Elyn hacia el lugar señalado, habló muy poco.

—Ánimo, rapaza. Recuerda: haz una inspiración profunda. Exhala a medias el aire y retén el resto. Elige un punto de referencia. Apunta con precisión. Suelta.

Elyn ocupó su lugar al lado del muchacho. Cada uno recibió cuatro flechas. Elyn se mantenía erguida como un junco, mientras colocaba el proyectil en la cuerda y atisbaba el blanco lejano a la luz incierta del amanecer.

—Con toda seguridad no podéis oponer ninguna objeción a esto, señora —murmuró Aranor al tiempo que miraba de reojo Mala, que se había llevado a la boca un delicado pañuelo de encaje como protección contra el relente matutino—. Las damas tienen por costumbre ejercitar su puntería con el arco y las flechas.

—Bromeáis, señor —protestó Mala—. El blanco es horrendo, totalmente inapropiado. Y ella no maneja uno de los arcos de las damas de la corte, sino otro mucho más brutal, fabricado para el uso de guerreros: un arma mortífera.

—No es el feo arco lo que mata al enemigo, señora, sino la esbelta flecha —respondió Aranor en tono cortés.

Los dos guardaron silencio, en un ambiente enrarecido por la desaprobación de Mala y el enfado de Aranor; su atención se centró en los dos arqueros de la liza, y observaron cómo Ardon y Elyn dirigían sus letales saetas contra la silueta.

¡Shik! ¡Sstok! ¡Tac! ¡Toe! Las flechas impactaron veloces en el blanco y los cuatro jueces se adelantaron a valorar el resultado, acompañados por Ruric.

—¡Todos son tiros mortales, señor! —informó Agnor, el más veterano de los jueces—. Tres flechas de Ardon están más juntas que las de la princesa Elyn, pero la cuarta ha quedado más desviada. ¡Señor, considero que ha habido empate!

Irritado por aquella decisión, Ruric resopló y, dando media vuelta sobre sus talones, se alejó del blanco a largas zancadas.

—¡Cuatro más! —ordenó Aranor, ignorando el suspiro exasperado de Mala.

Mientras Ardon y Elyn se preparaban de nuevo para disparar sus flechas contra la silueta, Ruric se aproximó a la princesa.

—Mantente firme, rapaza. Aparta de tu mente todo tipo de distracción. Piensa únicamente en lo que has aprendido. Y piensa que ves tu proyectil golpear el corazón del enemigo elegido.

De nuevo las ocho flechas volaron hacia el blanco, y los jueces adelantaron y observaron la disposición de los impactos.

—¡Otra vez todos son tiros mortales, señor! —informó Agnor-. La mano de un guerrero podría cubrir los cuatro tiros de Ardon —el corazón de Elyn dio un vuelco—, ¡pero la palma de un niño cubriría los de la princesa! ¡Ella es la vencedora!

Dedicando a Elyn una amplia sonrisa, Ruric recogió el arco y le tendió un bastón.

En el banco de los escuderos, al ir a sentarse Ardon entre ellos se produjo un murmullo burlón de los demás muchachos, por haber dejado que le derrotara una niña.

Y Elgo procuró pasar inadvertido.

En el pabellón, el rey Aranor sonrió a la dama Mala, pero ella desvió la mirada sin contestar.

Como adversario de Elyn con los bastones se había designado a Bruth, de doce años de edad. De nuevo la princesa se enfrentaba a un rival de mayor estatura, porque él, como Ardon, le saca al menos media cabeza. Pero si bien la altura de la persona es un irrelevante en el tiro con arco, en cambio en los bastones Bruth disponía de una ventaja evidente.

Los jueces se colocaron formando un cuadrado alrededor de los contendientes, la mirada bien alerta; el cuadrado se movería siguiendo las evoluciones de la pelea.

A una señal de Agnor, Bruth se precipitó sobre Elyn y la obligó a retroceder con la furia de su carga. ¡Bok! ¡Nok! ¡Clak! ¡Dok! Los bastones se entrechocaban con violencia, y Elyn cedía más y terreno, mientras sus muñecas temblaban por el martilleo del bastón de Bruth. Pero en su interior oía el susurro de la voz de «Retrocede cuando te encuentres delante de un rival más fuerte, rapaza. Deja que se canse atacándote. Observa sus debilidades, y espera el momento adecuado; cuando llegue, golpea como lo hace víbora: ¡rápido y mortal!».

Y así la princesa retrocedió ante el empuje de Bruth, deteniendo con su propio bastón los golpes, duros como martillazos, de su rival, y desviándolos por debajo y a un lado, o por encima y lejos de ella, al tiempo que buscaba algún resquicio vital por el que poder contraatacar.

En el pabellón, Mala se volvió ofendida hacia el rey.

—Aranor —siseó—, ¡detén de una vez este bochorno! ¡Ese patán tan está golpeando a una princesa!

—Señora —la voz de Aranor tenía una nota de exasperación en el campo de batalla no hay ninguna clase de jerarquía entre combatientes. No se detiene una pelea por el hecho

de que uno de los guerreros sea de noble cuna, y el otro no. Lo mismo ocurre entre quienes compiten en esta liza. Aquí no hay realeza. ¡Aquí únicamente hay vanadurin!

Mala hizo rechinar sus dientes con furia, pero al observar la forma en que sobresalía la mandíbula del rey, evitó cualquier comentario.

No obstante, a pesar de sus palabras, Aranor tenía los puños tan apretados que los nudillos estaban blancos.

Largo rato pugnó Bruth, bastón contra bastón, pero no pudo perforar la defensa de Elyn, porque su constante martilleo fue siempre desviado, y poco a poco empezó a remitir la furia de sus golpes. Y con mucha cautela, la princesa empezó a ensayar sus propias técnicas ofensivas, poniendo a prueba la resistencia de su propio brazo. De súbito, con la celeridad del rayo, el bastón de Elyn relampagueó sobre el de Bruth, y éste recibió un golpe en su casco al tiempo que soltaba el bastón, que resonó al caer sobre la tierra apisonada.

Al tiempo que la voz estentórea de Agnor anunciaba la victoria de Elyn, se oyeron gritos de rabia en el banco de los escuderos, que dedicaban los insultos más amargos a Bruth por su derrota. En el pabellón, Aranor desplegó una sonrisa triunfal, y Mala fingió no haberse dado cuenta de nada.

Después de un corto descanso, Elyn se enfrentó a Hrut, un muchacho de trece veranos, que le sobrepasaba toda la cabeza en estatura. En la mano derecha mostraba un sable de madera con el filo embotado, y en el rostro una ligera expresión de desdén.

Ruric se acercó a la princesa y puso en sus manos un arma similar.

—Ésta será la tercera y última prueba, rapaza —su voz era muy baja, para que únicamente ella pudiera oírle—, y escúchame bien, no necesitas vencer porque ya has conseguido una puntuación de dos sobre tres.

Elyn hizo un leve gesto con la cabeza, y dirigió al maestro de armas una mirada clara pero resuelta.

—Dios me valga, chiquilla, veo que sigues tan decidida como al principio. Escúchame, pues. Él es más fuerte y posiblemente también más rápido que tú, pero si eres lista dispondrás de una oportunidad: tiene tendencia a escorarse del lado derecho, rapaza; del lado derecho.

Y sin más instrucciones, Ruric dio media vuelta y se alejó, dejando a Elyn empequeñecida y sola.

De nuevo los jueces se colocaron formando en torno a los contendientes un cuadrado, que también debía moverse en función del desarrollo de la batalla.

Cuando Aranor dio el grito de «¡Adelante!», Hrut saludó a Elyn con su arma, y ella hizo lo mismo. El muchacho extendió el sable, trazando círculos con su punta, e inició un cauteloso asalto.

¡Tic! ¡Tac! En toda la liza resonaba el entrechocar de la madera, y la confianza de Hrut empezó a crecer a medida que sus repetidas fintas le revelaban los límites de la habilidad de su rival: él era claramente superior. No iba a ser tan estúpido como Bruth, y atacar a paso de carga agotándose a sí mismo con una lluvia de golpes desatinados. ¡Ni hablar! El no haría el tonto. Por el contrario, con seguiría con su mayor habilidad y su fuerza superior que fuera ella la que se agotara.

¡Clic! ¡Clac! ¡Clac! El certero sable de Hrut penetraba por uno por otro lado y la hoja de Elyn apenas conseguía detenerlo en el último instante; su agilidad natural era todo lo que podía interponer entre ella misma y la derrota.

¡Clic! ¡Clic! ¡Clac! ¡Clac! Toda la liza se estremecía con el percutir de hoja de madera contra hoja. Se oyeron gritos de chicos procedentes del bando de los escuderos, animando a Hrut y burlándose de Elyn, porque podían ver que Hrut estaba ganando, iba a derrotar a aquella niña. ¡Por fin alguien iba a colocarla en su lugar!

Elgo guardaba silencio, y sus labios se apretaban hasta formar una delgada línea blanca.

Hrut la forzó a retroceder más y más, con fintas, estocadas, paradas y floreos. Atrás, atrás iba Elyn, defendiéndose a la desesperada de la brutal habilidad de Hrut, sabiéndose ya derrotada pero negándose a renunciar.

Y no podía soportar la sonrisa de desprecio que iba dibujándose cada vez más nítida en el rostro del muchacho.

«... si eres lista dispondrás de una oportunidad...», las palabras de Ruric resonaron en su mente. «... Tiene tendencia a escorarse del lado derecho, rapaza; del lado derecho.»

Hrut lanzó un rápido tajo hacia arriba, parado a duras penas por Elyn, seguido por una estocada a fondo dirigida contra su pecho.

Elyn se apartó tambaleante hacia el lado izquierdo de Hrut, resbaló en la hierba húmeda y con un grito de desamparo cayó de rodillas, la punta de su espada dirigida al suelo, los ojos en blanco, dorso de la mano sobre la boca para ahogar un sollozo.

Un resplandor de júbilo iluminó las facciones de Hrut, que avanzó un paso para asestar el golpe definitivo. Pero la víctima llorosa se había transformado súbitamente en un felino al acecho, y con un movimiento estudiado durante mucho tiempo, Elyn, todavía de rodillas, empujó a fondo su arma contra el bajo vientre descubierto de su adversario, y la mueca de desdén de Hrut se transformó en un «¡Oh!» de sorpresa y de dolor; el muchacho dejó caer su espada y, sujetándose el vientre, se dejó caer al suelo al lado de su vencedora, entre bascas y boqueadas para procurarse más aire.

Con alaridos de rabia y gritos de «¡Trampa!», los demás muchachos saltaron del banco de los escuderos y cargaron contra Elyn, alzados sus sables de madera para golpearla. Elgo saltó el último de todos, pero corrió tan ligero que los adelantó y se colocó al frente de la oleada de asaltantes. Ruric gritó alguna orden, pero sus palabras no fueron atendidas. Y Elyn levantó la vista, dejó caer su espada y corrió.

Aranor se puso en pie, con los puños apretados, pero nada dijo, mientras a su lado Mala aullaba:

—¡Detenlos! ¡Detenlos! ¡Quieren pegar a una princesa!

Elyn corrió fuera del cuadrado formado por los jueces, hacia su caballo. Pero no era su caballo lo que buscaba, sino el bastón olvidado en el suelo. Y al tiempo que lo recogía, Elgo llegó a su altura y se colocó hombro con hombro junto a ella, alzando desafiante su sable, mientras escupía juramentos vengativos sobre los muchachos.

¡Crac! ¡Clac! ¡Tud! El revoleo del bastón y los tajos del sable se cobraron sus víctimas. Los chicos caían a uno y otro lado, sujetándose la cabeza con las manos, las costillas molidas y arrastrándose con penas y dolores. También Elyn y Elgo recibieron su ración de palos, porque sus adversarios los superaban abrumadoramente en número, y no podían defenderse de los golpes de todos.

La batalla tuvo un rápido final cuando Ruric, Agnor y los demás jueces irrumpieron a gritos y empezaron a zarandear a los muchachos como si fueran sacos de paja.

Finalmente, de toda la chiquillería únicamente Elyn y Elgo quedaron en pie; molidos, magullados, con hilillos de sangre aquí y allá. Pero se mantenían erguidos, con la cabeza alta, mirando de frente al rey en su pabellón.

—Mi señor —se oyó la voz firme de Elyn—, tanto en buena lid como en desigual pelea, Elgo y yo hemos derrotado a cuantos has enviado aquí para probarme. Ahora debes declararme apta, debes declararnos aptos a los dos, para adiestrarnos en esta liza con el mejor de los derechos.

Al oír las palabras de Elyn, Ruric no pudo contener una estentórea carcajada.

—Por el botín de Sleeth, hija —declaró Aranor desde el pabellón, mientras una amplia sonrisa de orgullo se dibujaba en su rostro—, ¡tendrás lo que deseas!

Mala abrió desmesuradamente los ojos ante esa declaración, y se apresuró a volverse hacia Aranor:

—¡Pero, señor, no habláis en serio! ¡Habéis permitido que os cieguen esas victorias casuales! ¡Bromeáis, sin duda! Después de todo lo que he dicho y hecho, no podéis...

—¡Cierra el pico, mujer! —ladró Aranor, y su cara se puso lívida y amenazadora...

...Y desde aquel momento en adelante, nunca nadie se atrevió a decir nada para oponerse al adiestramiento como doncella guerrera de Elyn, hija de Aranor, hermana de Elgo, vanadurin y princesa de Jord.

5

Piedra Negra

Noche Larga Anual, 3E8

[Muchos siglos atrás]

A mucha profundidad bajo las montañas de Rigga, en la antigua fortaleza de enanos de Piedra Negra, el ambiente estaba cargado de anticipación. Finalizaba la solemne ceremonia desarrollada durante los doce días anteriores, y estaba a punto de comenzar la alegre fiesta que debía prolongarse doce días más. Cheol —la Fiesta del Invierno— debía comenzar a medianoche de la más larga de las mareas oscuras, y una vez más las luces y los adornos iluminarían las salas excavadas en el interior de la montaña.

Había llegado el tiempo sagrado de la renovación, no sólo para los châkka —los enanos— de Piedra Negra, sino para los de todas las fortalezas de enanos repartidas por Mitheor: en las Cavernas Rojas y Mineholt Norte, en el Salón Azul y las colinas de Cuarzo y Cielaire, en Kachar y en la poderosa Kraggen-cor; en todos los lugares donde habitaban enanos.

Doce días habían transcurrido desde que dejaron descansar sus herramientas. Todos los trabajos se detuvieron: picos y azadones dejaron de excavar las menas metalíferas; las carretillas permanecieron inmóviles; se extinguieron los fuegos de las forjas, los hornos se enfriaron, los crisoles se oscurecieron; martillos y yunques guardaron silencio; ni molió la muela, ni taladró la barrena; los fogones ya no cocinaban, ni giraban los asadores, ni hervían las ollas. Todo se detuvo: las minas, las forjas, los talleres, el martilleo, el girar de las ruedas, los hornos, las cocinas..., todo.

Y durante doce días, un intenso silencio se apoderó de las cavernas. Y los châkka meditaron profundamente sobre el Honor, la Vida y la Muerte, sobre su propia orgullosa Historia, y sobre las Sombras de sus respetables Antepasados. Sí, en la vida de cada châk había doce largos días y noches al año dedicados a la contemplación meditativa, y sólo una guerra calamitosa u otra urgente necesidad podía ser la causa de que un enano quebrantara el rito de ese cuestionamiento interior de la esencia del Châkka dom.

En esa misma época, los maestros en las tradiciones reunían a los jóvenes châkka, y también a otras muchas personas, y les hablaban de la Creación, de la Muerte y de la Misión. Éstas son las palabras de los maestros en las tradiciones:

Cuando Adon creó Mitheor, era un país verde y exuberante. Los peces nadaban en sus aguas, las bestias rumiaban en sus tierras, los pájaros llenaban el aire. La lluvia y el Sol, el viento y la noche, la Luna y las estrellas, el día, las montañas y ríos, la hierba de las llanuras, las cálidas arenas de los desiertos y las extensiones deshabitadas cubiertas de nieve y de hielo; todas esas cosas y más aún formaban parte del designio Adon, y se mostraban satisfechas por ello.

Pero Elwydd miró la obra de su Señor, y vio que no había ningún pueblo en el mundo. Y entonces intervino con sus suaves manos en la Creación. Los utruni, los hombres, los châkka, los waerans: desde los más grandes hasta los más pequeños, creó a todos esos pueblos —y tal vez a más incluso— y los repartió por la faz de Mitheor.

Con respecto a sus múltiples misiones, Elwydd no las dio a conocer, pero Ella conoce cuáles son; sin embargo, permite que cada pueblo elija su propio destino y busque su camino, pero ningún pueblo sabe con certeza si los caminos elegidos por él en cada momento le aproximan o no a los objetivos ocultos.

Sin embargo, sí que sabemos una cosa: a los chåkka nos dio el reino situado bajo las montañas, y el dominio sobre la piedra y el fuego. Piedra y fuego: ellos gobiernan nuestra vida y ayudan en la muerte, porque es a través de la piedra preciosa, sin mezcla de imperfección, o del fuego purificador, como nuestros espíritus se liberan después de la muerte..., se liberan para vagar entre las estrellas hasta que llegue el momento de comenzar un nuevo ciclo: renacer, vivir, morir, y caminar otra vez por la bóveda del cielo.

Y mientras nuestros espíritus pasean entre las estrellas, palpamos su maravillosa belleza y conocemos el secreto de su brillo. Y aunque en cada renacimiento nuestro no podemos recordar la forma en que están hechas, las estrellas siguen siendo maravillosas para nosotros, y sus ecos pueblan nuestros sueños. Y todas las cosas que fabricamos, todo lo que construimos, no es sino un intento de igualar su gracia; porque estamos convencidos de que ésa es la misión que nos ha asignado Elwydd: tocar las estrellas.

Así pues, fue Adon quien creó Mitheor... Pero fue Elwydd, Su Hija, quien colocó a los pueblos en el mundo. Y Ella misma colocó ante ellos las misiones para las que fueron creados, y los misterios que deben resolver...

... O al menos, así lo explican los maestros en las tradiciones.

Durante doce días y doce noches los enanos habían conmemorado y meditado sobre tales enigmas, así como sobre la Historia, los Antepasados, el Honor, la Vida y la Muerte. Pero esa meditación anual estaba, una vez más, a punto de concluir, porque con la invocación a la Luz de las Estrellas, celebrada a medianoche de la Noche Larga Anual, la contemplación y la celebración darían paso a doce días de regocijo y festejos. Y cuando también finalizaran esos doce días, se encenderían de nuevo las forjas y los hornos, se excavarían las vetas de minerales, se refinarían los metales, se tallarían las gemas, y el gran taller productor de armas, armaduras, joyas, herramientas y todos los demás artículos habituales de la industria de los chåkka, recomenzaría una vez más sus actividades.

Y a medida que la Noche Larga Anual iba avanzando, los aromas de succulentos asados, panes recién horneados, especias raras y pasteles calientes se extendían por las salas y las cámaras de cada holt, porque los preparativos para el banquete se habían iniciado con la puesta de sol.

En Piedra Negra —conocida como la Joya de los Châkkaholts, porque en ella se extraían y se trabajaban el oro, la plata y las piedras preciosas—, el DelfSeñor Bokar observaba a los chåkka que comenzaban a congregarse en el gran salón occidental porque se acercaba ya la medianoche.

Bokar cruzó el postigo lateral de la poderosa puerta de la fortaleza, y salió a aspirar el aire claro de la montaña, en aquella noche invernal. Hizo una señal a los centinelas que vigilaban, y paseó por el amplio patio situado frente a la puerta; sus botas resonaban en el suelo de granito. Al llegar al centro del patio, se detuvo y observó la disposición de las estrellas.

Había llegado el momento.

A una señal de Bokar, un centinela desapareció por el pequeño postigo lateral. De inmediato se descorrieron los cerrojos, se retiraron las barras y las puertas macizas se abrieron pesadamente hacia el exterior, hasta quedar detenidas por los muros laterales de piedra. ¡Bum! ¡Bum!

Una luz amarilla se desparramó por el patio, y el aire frío del exterior invadió el holt, haciendo estremecer a los enanos congregados en la gran sala. Se habían reunido allí todos, jóvenes y ancianos, sanos y lisiados, varones y hembras; incluso los enfermos incapaces de moverse por sí mismos habían sido trasladados allí porque todos debían participar en aquella noche sagrada.

A una nueva señal de Bokar, los chåkka reunidos salieron al patio, a la noche diáfana bajo el brillo de las estrellas. Pero aunque el cielo hubiera estado cubierto y se desencadenara una tempestad, de todas formas los chåkka habrían salido de debajo de

la montaña para contemplar el cielo, cualquiera que fuese su aspecto. Porque ésta era la noche de la Invocación a la Luz de las Estrellas, y una mera cuestión climática no podía impedir a los enanos reafirmar su fe... fuera la noche clara u oscura, con o sin luz de estrellas. Pero esta noche era realmente cristalina, perfecta, y la Luna llena resplandecía sobre sus cabezas.

Y cuando se hubieron reunido todos los châkka, Bokar se encaramó a un pedestal de roca situado en medio de la explanada y los ojos de todos los enanos quedaron fijos en él; y así fue como ninguno vio la enorme silueta siniestra que se deslizaba delante de la faz plateada de la Luna para de inmediato desvanecerse silenciosamente hasta convertirse virtualmente en indetectable sobre el fondo de la bóveda estrellada.

El DelfSeñor levantó su rostro y sus brazos hacia los cielos tachonados de estrellas e inició el recitado en voz alta de la gran letanía, a cada una de cuyas estrofas respondían de forma unánime el resto de los châkka, como solista y coro, de modo que el eco de sus súplicas resonaba en los abruptos peñascos de las montañas de Rigga.

[Elwydd...
... Lol an Adon...]
Elwydd...
... Hija de Adon
Te damos gracias...
Por tu suave mano
Que nos dio...
...El hálito de la vida
Haz que éste sea...
...El año dorado
En que los châkka...
... Toquen las estrellas.

Bokar bajó los brazos, y largo rato después los ecos de las campanas dejaron de sonar y se hizo un silencio reverente. Todo lo que podía oírse era el suave gorgoteo del agua que corría bajo la capa exterior de hielo en algún lugar cercano.

Por fin el DelfSeñor se aclaró la garganta, y todos los rostros se volvieron expectantes a él. Dirigió de nuevo la mirada a las estrellas, que parecían lentejuelas que giraran silenciosas sobre su cabeza. Y una vez más se maravilló al comprobar su disposición, brillante y fija, aunque trazaba rutas distintas y propias para cada uno de los cinco errantes conocidos. «¿Qué destino se esconde en vuestro brillo esta noche? —se preguntó—, ¿qué presagios ocultan vuestras luces?» Sacudió la cabeza para alejar esos pensamientos, y volvió a la realidad que lo circundaba, porque los cielos habían rebasado ya el ápice culminante de la marea oscura. Y su voz gritó:

—Estamos en Piedra Negra y es medianoche. ¡Que comience la Fiesta del Invierno de Cheol!

Un clamoreo alegre ascendió a los cielos, y los enanos se dispusieron a volver de la fría noche de invierno a la cálida luz amarilla de su querida fortaleza, en el interior de las macizas puertas abiertas de par en par.

Pero los gritos de alegría quedaron ahogados por un insolente rugido.

Y el batir de unas amplias alas nervudas generó un viento arrollador que hizo caer de rodillas a muchos châkka.

Y un enorme monstruo escamoso se precipitó en medio de los enanos que aún estaban en el patio, delante de las puertas, aplastándolos bajo su inmensa mole.

Sleeth el Orm había llegado, y su presencia era terrible.

Las hachas de doble filo volaron a las manos de los châkka, pero entraron en acción unas garras grandes como cimitarras, que rajaban y partían en dos a los enanos que

encontraban en su camino. Los guerreros se precipitaron adelante lanzando gritos bélicos, pero se abrieron las enormes mandíbulas, y los dientes desgarraron y trituraron, hundiéndose tanto en la carne como en el acero de las armaduras. Los pelotones de châkka retrocedieron para reagruparse, pero una inmensa cola sinuosa hendió el aire y golpeó, martilleó aplastó por doquier.

Pero lo más devastador eran los chorros de baba mortal que salían de la garganta de Sleeth. Allí donde tocaban, la piedra hervía, el metal se derretía y la carne se quemaba, aunque no había llama porque Sleeth era un dragón del Frío, privado de su fuego por Adon. Aun así, el aliento de aquel orm era mortal, porque proyectaba por su boca una nube de veneno hirviente, y los enanos morían entre boqueadas, con los pulmones inflamados por los gases tóxicos.

En cambio los enanos no conseguían herir a Sleeth, porque sus hachas rebotaban contra la piel acorazada del dragón, y Sleeth daba cuenta de ellos mientras mantenían aún desesperadamente alzadas sus armas para asestar un segundo golpe. Muchos châkka fueron abatidos mientras intentaban esquivar a Sleeth y buscar refugio detrás de las poderosas puertas del holt de Piedra Negra, con la esperanza de cerrarlas e impedir así el acceso del dragón del Frío al interior de la fortaleza. Pero Sleeth se había colocado precisamente delante del portal, y no permitía el paso.

Jóvenes y ancianos, sanos y lisiados, varones y hembras, padres y madres, hijos: nadie se libraba. Sleeth mataba indiscriminadamente. Con sus colmillos, sus garras y su poderosa cola, con su baba abrasadora y su aliento venenoso, acababa con todos ellos. La Muerte encarnada se había presentado en Piedra Negra y, entre gritos de desesperación, los châkka sucumbían a centenares. No todos perecieron, porque algunos pudieron escapar a la fría noche invernal pero más de las dos terceras partes fueron víctimas del dragón, ninguno, ni tan sólo un enano, consiguió rodear al horrible monstruo y refugiarse en el interior del Châkkaholt.

Y cuando todos los enanos fueron exterminados o huyeron llorosos a la noche helada, Sleeth dio un rugido triunfal, con una voz semejante al ruido de dos inmensos, macizos y toscos bloques de bronce al chocar e incrustarse el uno en el otro, y su poderosa voz resonó atronadora en la noche. Y mientras los ecos provocaban aludes y resquebrajaban los hielos de las montañas, el gran orm se dio la vuelta y con sus poderosas garras desencajó las grandes puertas de sus bisagras, y luego se deslizó pesadamente dentro de Piedra Negra para hacer de aquel holt su guarida; se deslizó dentro de Piedra Negra para adueñarse de sus tesoros; se deslizó dentro de Piedra Negra, en cuyas salas estaba preparado, a la espera de los comensales, el gran banquete de la Fiesta del Invierno; un festín que ningún châk probaría jamás...

... y pasaron mil seiscientos años.

6

El enemigo de mi enemigo es mi enemigo
Finales de verano, 3E1602
[Presente]

A lo largo de toda la noche, Elyn y el enano cabalgaron en dirección este hacia Aralon, mientras la Luna ascendía hasta su cenit y descendía después hasta acariciar con sus últimos y pálidos resplandores las amplias estepas herbáceas. Ninguno de los dos dirigió la palabra al otro, aunque se detuvieron el tiempo necesario para cuidar de sus heridas más graves, y cada cual vigiló por turno mientras el otro se vendaba las propias heridas. Tampoco se entretuvieron demasiado en esa operación, porque ambos estaban ansiosos por reanudar su camino, y podían sentir una voluntad malévolamente que seguía sus huellas, por más que no se apreciara ninguna señal de persecución.

Dosificando con cuidado las fuerzas de sus corceles, cabalgaron hasta que la luz del alba iluminó el oriente, y entonces buscaron un lugar donde descansar, porque los dos se sentían fatigados hasta la médula de los huesos.

En el borde de un bosquecillo acogedor encontraron un arroyo, y allí decidieron instalar el campamento, mirando cada cual con disgusto al otro. El enano estaba cubierto aún por el lodo de la ciénaga, ahora seco, y parecía algún grotesco troglodita iluminado por los brillantes rayos del Sol, que justo en aquel momento asomaba por el horizonte. Por su parte, Elyn no ofrecía un aspecto mucho mejor salpicada también ella de barro seco, de la cabeza a los pies.

—Cuatro horas cada uno, jinete —declaró el enano en una voz que no admitía réplica—, y yo me encargo de la primera guardia. Duerme ahora, estoy cansado.

—No antes de que atienda a Viento, enano.

Cojeando, Elyn llevó a la yegua gris a beber, le dio de comer un montoncito de una mezcla de avena, trigo y cebada, que extrajo de un saco colocado en su silla de montar, y almohazó al animal mientras éste comía. Cuando el grano hubo desaparecido, ató a Viento a un prado con abundante hierba.

De vuelta al campamento, Elyn miró al enano, y sus ojos se estrecharon.

—¿Una tregua? —preguntó.

—De acuerdo —repuso él, y entonces ella se dejó caer sobre el césped y al instante quedó dormida.

Cuatro horas más tarde, zarandeada por el enano, Elyn despertó aturdida. «¡Adon! ¡Cómo me duele el cuerpo!» Entumecida, se puso en pie, sintiendo cada uno de los rasguños, magulladuras y cortes que le habían infligido los wrg. Apenas había advertido la presencia del enano mientras recogía su lanza y los sacos que cargaba en la silla de montar, y se acercaba cojeando hasta un remanso del arroyo; pero cuando miró atrás, lo vio ya tendido sobre la hierba verde y profundamente dormido.

Rápidamente se quitó la bota izquierda, y con mucho tiento también la derecha. Por encima del tobillo, el lugar golpeado por las porras de los rutchá presentaba una hinchazón dolorosa al tacto, pero que le permitía caminar. Con una mueca de dolor se despojó cuidadosamente de su mugriento arnés de cuero —«¡Gam! ¡Tengo todo el cuerpo de color púrpura!»— y se sumergió en el agua fría y centelleante. Se lavó sin dejar de vigilar con mirada atenta el paisaje vecino, cuidando de frotar especialmente los cortes y arañazos. En una de sus frecuentes ojeadas a la pradera no pudo dejar de advertir que también los lomos del poni habían sido cepillados, y que estaba atado a una estaca, cerca de allí. «¡Hum! Al menos el enano se ocupa de su montura.»

Después del baño, salió del arroyo y se sentó sobre la hierba de la orilla para dejar que la secaran los cálidos rayos del Sol, pero mantuvo el pie derecho sumergido en la fresca corriente, con la esperanza de que la hinchazón disminuyera.

Finalmente, tomó un poco de ungüento de una de las bolsas de su silla de montar, y lo aplicó a sus heridas —el brazo izquierdo, la pantorrilla izquierda—, que cubrió después con vendas limpias. Se puso un justillo nuevo y unos calzones, y luego las botas, resoplando de dolor al introducir el tobillo hinchado en la caña.

Elyn lavó las vendas usadas, y las tendió para que se secaran; luego rascó pacientemente con su daga el barro adherido a su arnés de cuero y lo limpió con un trapo húmedo; finalmente lo volvió del revés y restregó también la parte interior hasta eliminar los rastros de sudor, sal y sangre seca.

Cuando hubo terminado, volvió al campamento y empuñó el sable, probó con el dedo la agudeza del filo, y miró con expresión hosca al enano dormido. Era obvio que también él había empleado su centinela en adecentarse: ya no estaba manchado de lodo; su cabello negro como el carbón y su barba negra partida estaban limpios y relucientes; llevaba unos calzones de color castaño oscuro y un justillo crema; también él se había colocado vendas limpias en ambos brazos y, supuso Elyn, en la pierna herida. Asimismo, sus

armas y su arnés habían sido limpiados y frotados con aceite: el casco de acero oscuro, la cota de malla de hierro negro, una maza de guerra de acero con mango forrado de cuero, y un hacha de doble filo para ser manejada a dos manos, además de una ballesta ligera con virotes de color rojo.

«¡Bah, poco importa si sabe cuidar o no de sí mismo! ¡Sigue siendo un enano!»

Y como apenas podía esperar el momento de perderlo de vista, jugueteó con la idea de ensillar la yegua y continuar de inmediato su viaje.

Elyn se giró, y su mirada fue a caer sobre... «¡Un escudo de piel de dragón...! ¡Bah, imposible! Será una imitación... ¿Dónde puede haber encontrado un enano (o cualquier otra persona) algo parecido?»

Con la mente convertida en un torbellino, Elyn limpió su sable y lo engrasó, y lo mismo hizo después con el resto de sus armas, incluido el casco. Más tranquila después de aquella limpieza rutinaria, empuñó su honda y caminó por la pradera, en busca de un pequeño montículo, al tiempo que vigilaba la posición del Sol.

Al acabar sus horas de centinela, Elyn regresó con dos conejos al campamento, los dejó en el suelo y despertó al enano con unos toques escasamente cariñosos de su bota.

—Esta vez serán dos y dos horas, mujer —gruñó el enano—, porque para entonces el Sol estará ya bajo, y las maldades siempre se traman de noche.

Sin decir nada del escudo, Elyn se acomodó en la hierba y durmió de nuevo.

Cuando el enano la despertó, una apetitosa fragancia de conejo asado se extendía por el aire: y en efecto, uno había desaparecido y el otro colgaba espetado sobre un hogar improvisado, cuyas brazas se avivaban con la grasa que goteaba. Y al lado había un pequeño montón de leña seca para mantener la llama. Tan pronto como el enano se sumió en un profundo sueño, ella mordió la carne caliente y jugosa, procurando evitar quemarse pero sin conseguirlo del todo. Una mirada al Sol la informó de que apenas faltaban dos horas para que la marea crepuscular inundara la tierra, tan sólo dos horas para que llegara el momento de separarse de aquel enano. También advirtió que el poni estaba ahora ensillado, aunque seguía atado junto a la hierba jugosa.

Cuando hubo acabado de comer el conejo, Elyn añadió un poco de leña al fuego, y luego se acercó al riachuelo a lavarse las manos grasientas y la cara. A continuación, se colocó su arnés de cuero, y dio a Viento otra pequeña ración de grano; mientras la yegua comía, Elyn se dedicó de nuevo a almohazarlo y lo ensilló, deslizando a continuación en las fundas de la silla de montar la lanza, el arco, el sable y el cuchillo largo; finalmente, se colgó del hombro su cuerna de toro negro por la correa de cuero y deslizó su daga en el cinturón.

Cuando el Sol tocaba ya el horizonte, Elyn atizó el rescoldo del fuego, añadiendo una o dos ramas para reavivar la llama, y puso a hervir un pequeño pote con agua. Y cuando el crepúsculo empezó a instalarse sobre la tierra, el olor de un té fuerte perfumaba el aire.

Despertó al enano, se agachó a llenar una frágil taza con el líquido caliente, y sin decir palabra le ofreció también un poco.

Sentados en silencio, saborearon el té mientras empezaba a soplar el aire frío de la noche, y observaron cómo la luz anaranjada del atardecer iba desvaneciéndose y adquiriendo matices rosados primero y luego violetas. Cuánto tiempo estuvieron así sentados inclinados sobre sus tazas calientes y conscientes de todos sus cortes, arañazos, magulladuras y dolores, no habrían sabido decirlo. Pero el cielo se había cubierto de estrellas titilantes, y una Luna plateada había empezado su ascensión nocturna antes de que hablara uno de los dos.

—¿Hacia dónde te diriges, enano? —dijo Elyn al tiempo que removía los rescoldos con un bastón.

—Al este, mujer. Voy al este.

—¡Rach! ¡Es mi dirección!

—No pienses en acompañarme, jinete, porque no voy a tardar en librarme de ti. ¡Nuestra alianza de la noche pasada terminó! ¡Se acabó! ¡Ojalá no te hubiera encontrado nunca! —Y, a la luz del fuego, los ojos negros del enano brillaban con rencor.

—¡Si no me hubieras encontrado, enano —la voz de Elyn escupía veneno—, estarías ahora en el fondo de una charca inmunda, sirviendo de abono a los juncos de la ciénaga!

—¡Y tus huesos, jinete, estarían dando sustancia a la sopa en la olla de algún ukh!

—¡Pedazo de borrico, enano! —las palabras de Elyn estaban cargadas de malevolencia—. ¡Me hiciste perder mi mejor cuerda!

Furioso, el enano se puso en pie y rebuscó impaciente en su equipaje y sus pertenencias; luego regresó con actitud ofendida.

—Toma, jinete, ¡no quiero deberte nada! —Y agitó delante de ella un rollo de cordel de seda—. No encontrarás nada mejor, porque ha sido fabricado por châkka.

Furiosa, Elyn se puso en pie de un salto.

—¡Maldito cerdo...! —Pero un movimiento captado con el rabillo del ojo llamó su atención: entre los árboles habían aparecido unas siluetas recortadas contra la luz de la Luna. Se precipitó sobre el enano y lo empujó a un lado al tiempo que una lanza dentada pasaba silbando por el espacio que había ocupado él, y se clavaba en el suelo, unos metros más allá.

Cuatro drokha saltaron del bosquecillo y los atacaron. Mientras el enano asía su hacha, Elyn arrancó la lanza wrg del suelo y la lanzó con toda su fuerza, ensartando a uno de los engendros antes de que hubiera dado cinco pasos a la carrera.

El enano se colocó delante de ella para detener la carga, con su hacha de doble filo sujeta con las dos manos: la derecha arriba, cerca de la doble hoja, y la izquierda abajo, junto al extremo del mango. Dada la forma del hacha de batalla de los enanos, puede utilizarse el astil a modo de bastón, para detener los golpes de las armas de los hroks; y es posible atacar con ella como con una lanza, haciendo servir la mortífera punta de hierro que sobresale al extremo del astil, o bien variar la posición de las manos para dar furiosos mandobles laterales, en los que la doble hoja, manejada por los anchos y potentes hombros de los enanos, suele tener efectos devastadores.

Elyn no contaba más que con la daga de su cinto, porque el sable, el arco y las flechas, la honda y sus balas, y también la jabalina, estaban enfundados en sus vainas en la silla de montar de Viento. «¡Rach! ¡Debía haber conservado la lanza del drokh!»

Maldiciéndose a sí misma por su falta de previsión, Elyn dio media vuelta y corrió hacia el caballo atado, mientras uno de los wrg la perseguía de cerca. Si conseguía llegar a tiempo a donde la esperaban sus armas... Pero Viento había olfateado el olor de la sangre derramada por el drokh y —con los ojos en blanco y los ollares palpitantes por el pánico— se había encabritado y no dejaba aproximarse a Elyn.

Ahora el drokh había llegado junto a ellos, y su siniestro tulwar brillaba a la luz de la Luna. Parecía un rutch, pero con las piernas más rectas, y su estatura y peso eran también mayores, similares a los de un hombre; pero la piel era oscura, los ojos amarillos, y las orejas apuntaban hacia fuera como las alas de un murciélago. Y los drokha son hábiles guerreros, al contrario que los torpes rutch que sólo si disponen de una gran superioridad numérica consiguen vencer a sus enemigos. Y este drokh en particular estaba a punto de atravesar a Elyn con su largo sable curvo.

Con rápidos movimientos, la doncella guerrera consiguió mantener el caballo entre su enemigo y ella, amagando primero hacia un lado, después hacia el otro, mientras Viento, que había olido la sangre, piafaba y coceaba atado a la estaca, y el drokh daba pequeños saltos para esquivar a la yegua desde el lado opuesto, y observaba fugazmente a su presa por entre las patas en constante movimiento de la yegua gris, buscando el medio de alcanzar a la mujer.

Elyn no podía coger su sable porque quedaba del lado del drokh. Y un tulwar en manos expertas podía derrotar con mucha facilidad a una daga; y si la lanzaba y fallaba el tiro...

De súbito, la doncella guerrera se abalanzó sobre el ramal que trababa a la yegua y, sujetándolo con una mano, lo cortó de un tajo con su daga, dejando libre al animal al tiempo que el wrg se abalanzaba hacia adelante y su tulwar silbaba al trazar en el aire una mortífera curva de arriba abajo.

Elyn lo evitó con un salto desesperado de lado y cayó al duro suelo; allí rodó sobre sí misma sin quedar quieta un momento, gritó:

—¡V'ttacku, Vat! ¡Doda!

El drokh se lanzó gruñendo sobre ella, la espada curva alzada para el golpe final..., y murió cuando los cascos de Viento le aplastaron la parte posterior del cráneo. Luego la yegua gris pisoteó el cadáver tendido, obediente a la orden de ataque que había gritado la doncella guerrera:

—¡Ataca, Viento! ¡Mata!

A un agudo silbido de Elyn, Viento detuvo sus cabriolas sobre el cuerpo del enemigo muerto, suspendió sus embestidas y se quedó quieta, mostrando el blanco de los ojos, resoplando con esfuerzo por los ollares, las patas temblorosas..., pero quieta. La princesa montó y sacó la jabalina de su funda, dispuesta a ensartar a los desde lo alto de su montura. Pero no necesitaba haberse molestado porque cuando miró hacia el escenario de la batalla vio que el enano se acercaba corriendo, el hacha ensangrentada en las manos, puesto a ayudar en lo que hiciera falta porque sus dos hroks yacía muertos en sendos charcos crecientes de líquido grumoso de color oscuro.

—Eres buena luchadora, jinete —gruñó en tono ronco, mientras contemplaba a la doncella guerrera a la luz de la Luna.

—Tú también, enano —respondió ella.

«Tal vez...»

«Tal vez...»

La misma idea cruzó por las dos mentes.

De repente, Elyn se estremeció. «Alguien acaba de pisar mi tumba»; el dicho acudió espontáneamente a su conciencia. Pero sabía que el temblor procedía, por el contrario, de la sensación de que algo invisible y maligno los acechaba en aquel mismo momento.

—Mira, enano, tú mismo dijiste que «las maldades siempre se tramán de noche». Hemos sido atacados ya en dos noches consecutivas. Tal vez deberíamos seguir juntos el viaje.

—Mira tú, mujer —gruñó en respuesta el enano—. Eres una jinete. Nunca seré tu camarada...

—¡Cómo! —escupió Elyn—. ¡Olvídalo, enano! Yo tendría...

—¡Espera! —la detuvo el enano con un bramido—. ¡Mujer estúpida! ¡Escúchame antes de ponerte a maullar! Estoy de acuerdo en que debemos cabalgar juntos por algún tiempo más. Con sumo gusto haría exactamente lo contrario, pero mucho me temo que en efecto se están tramando maldades, y no nos queda otra opción. Por mucho que me disguste personalmente, la tregua que hemos acordado entre nosotros debe ampliarse una noche más. Aun así, no cometas el error de pensar en mí como un camarada, porque eso nunca ocurrirá.

—¿Camarada, yo? ¿Que yo piense en ti como un camarada? —La voz de Elyn expresaba una incredulidad atónita. Luego estalló—. ¡Una noche más, enano! ¡Eso es todo!

Furiosa, Elyn desmontó y empezó a colocar sus sacos de viaje en la silla de montar.

—Y otra cosa, enano... No me llames «mujer estúpida» nunca más; soy una doncella guerrera; me llamo Elyn.

Se miraban el uno al otro, y el silencio beligerante que había entre los dos iba tensándose más y más..., hasta que finalmente se rompió.

—Pues este «pedazo de borrico» se llama Thork —dijo el enano haciendo rechinar los dientes.

Y así, llenos de tirantez y hostilidad, Elyn y Thork recogieron sus pertenencias y apagaron y esparcieron los últimos rescoldos del fuego; y sin mirar hacia atrás los cadáveres de los drokha, partieron de nuevo en dirección al este, dos siluetas desparejas que cabalgaban hacia la Luna que asomaba en el horizonte.

7

Lobos sobre la mar
Primavera, 3E1601
[El año pasado]

Los cuatro drakkares —Wyrmlargo, Bisonte Marino, Alce de Espuma y Cabalgaolas— estaban varados en la estrecha lengua de tierra situada en el fondo del fiordo. En medio de una gran barahúnda, embarcaron en ellos un número considerable de fjordsmen, tal vez sesenta o setenta en cada barco, todos ellos guerreros y cada uno con sus armas, arneses y un cofre de marino lleno de ropa y otros efectos personales. Se disponían a efectuar una incursión, relacionada con una venganza; pero llevarían a los harlingar hasta las riberas de la tierra en la que estaba situado su objetivo particular, antes de continuar su viaje y cobrarse el pago debido por la ofensa que se les había hecho.

Se cargaron los suministros; provisiones de boca y agua en su mayor parte. Sin embargo, para asombro de los fjordsmen, la carga de cada una de las naves incluía una pequeña carreta desmontada, así como una extraordinaria cantidad de lona para velas. También se cargaron a bordo aparejos de repuesto, cabos de cuerda, baldes, herramientas, y fardos y sacos que contenían mercancías desconocidas, traídas a lomos de caballo por los vanadurin. Finalmente, subieron también a bordo los harlingar y sus caballos, diez en cada drakkar; Elgo condujo a Sombra por la pasarela hasta el barco Wyrmlargo, y Ruric le siguió con Pedernal. También subieron a bordo de cada barcolargo dos robustos ponis, y todos los caballos se reunieron en el centro del barco, separados entre sí por pértigas ligeras sujetas a las bancadas, que cruzaban el barco a lo ancho una regala a la otra. Estas sencillas estructuras que servían de establo eran comunes en los drakkares, porque los fjordsmen acostumbraban a llevar monturas en sus viajes por mar, cuando se disponían a efectuar una incursión tierra adentro desde playas lejanas a su país; de modo que un total de cuarenta caballos y ocho ponis repartidos en cuatro barcos no era un acontecimiento excepcional para ellos.

Como cada barco iba a plena carga, tanto la tripulación como los pasajeros se agruparon en la popa para reducir el peso de la proa y entre jadeos, gruñidos e inocentes juramentos, los hombres de la stad arrastraron los barcos hasta sacarlos del bancal de arena en que estaban varados y llevarlos al agua.

Finalmente, los barcos salieron a flote, listos para empezar el viaje. Y en medio de las ovaciones del stadfolk de la orilla, los capitanes vocearon sus órdenes y los remos hendieron el agua; le estribos trabajaron de firme, empujando el uno hacia adelante el timón, mientras el otro lo colocaba atrás, para conseguir que los barcos pusieran proa al mar abierto; y los barcos se deslizaron con lentitud hasta que los fieros rostros tallados en sus mascarones miraron hacia la distante curva del fiordo, y se dirigieron al mar Boreal situado detrás de ella. Las velas estaban desplegadas y cada beita en su lugar, orientando la vela rectangular para captar en la posición más adecuada el escaso viento que soplaba en aquel fiordo abrigado.

Luego, majestuosos, en fila, con el Wyrmlargo en primer lugar; el Bisonte Marino en cola, entre los crujidos de los remos al jugar en las chumaceras y los golpes de las palas en el agua, los cuatro grandes drakkares recorrieron la oscura ensenada para salir a mar abierto.

Y mientras tomaban la curva del fiordo, el joven Reynor, alegre hasta casi reventar con la perspectiva del botín, se llevó a los labios su cuerno de toro negro y dio un toque tan sonoro que repercutió en las paredes verticales del acantilado y se prolongó en ecos más débiles que parecían reclamar el acompañamiento de sus compañeros. Y así fue; todos los harlingar soplaron sus cuernos e hicieron vibrar los farallones del fiordo con sus orgullosas llamadas hasta que los barcos cruzaron la boca de ébano de la ría y se adentraron en la inmensidad tenebrosa.

Día y noche, los cuatro barcolargos surcaron la superficie de gran mar Boreal, hinchidas las velas por vientos favorables, y corrieron como lobos veloces sobre la extensión de zafiro.

Los cuatro barcos eran los mayores de entre todos los drakkares de los fjordsmen, y nunca antes habían surcado las aguas los cuatro juntos. Fue el joven Reynor quien reunió a la manada, al cabalgar desafiando el áspero viento costero para convocar a los capitanes a navegar hasta Skaldfjord por la primavera, mediante un pago en oro y la promesa de más oro.

Pero además, los capitanes de los barcos se habían planteado una misión propia, posible por la reunión de los cuatro grandes barcolargos.

Unos diez años atrás, Atli, un guerrero de Jute, había sido el único superviviente juto de una batalla naval entre fjordsmen y jutlanders. Atli había peleado con tal bravura que los fjordsmen le perdonaron la vida, y lo acogieron entre ellos como si fuera un hermano, en su propia stad. En el poblado del fondo del fiordo, Atli se ganó la estima de todos, porque manejaba el hacha de combate de una forma que nadie había visto antes, y enseñó a los demás aquella técnica. Pero una noche, durante una pelea de borrachos, Atli mató a Olar, el hijo del jefe del poblado. En el juicio, Atli se negó a pagar el bloodgiel establecido por una muerte injusta: doscientas onzas de plata. Proscrito, recibió sus ropas en un hatillo, su hacha y su escudo, más un plazo de cuatro horas antes de que los parientes de Olar iniciaran su persecución a caballo. Sin embargo Atli, a pie, consiguió por algún medio escapar a la persecución.

Dos años después, una incursión salvaje arrasó la stad; Atli regresó acompañado por cien guerreros jutlanders, en dos drakkares. Y mataron a más parientes de Olar — hombres, mujeres y niños— sin consideración a la edad ni al sexo, y sin tener en cuenta si sus víctimas luchaban o se rendían. Fue entonces cuando los fjordsmen descubrieron que Atli era nada menos que un príncipe de Jute.

Durante siete años, la numerosa parentela de Olar alimentó en silencio su odio a Atli; entonces llegó la noticia de que ahora era rey de Jute, y la furia llegó a su paroxismo. Pero fue Reynor quien les proporcionó la ocasión que buscaban, porque sus gestiones para asegurarse los servicios de los cuatro grandes drakkares espolearon al fjordclan a utilizar esa circunstancia como medio para apagar su sed de sangre, prolongando la navegación de la flota hasta las mismísimas riberas de Jute para tomarse una rabiosa venganza sobre Atli.

Y los drakkares posibilitaban el cumplimiento de esa misión, porque eran lo bastante grandes para transportar a todos los guerreros del Olarkith, además de la mesnada de Elgo.

El Wyrmlargo era el mayor de los cuatro, con más de treinta y un metros de eslora y veinticinco pares de largos remos de pala estrecha, de longitudes diferentes con el fin de herir el agua simultáneamente, en golpes cortos y acompasados.

Alce de Espuma y Cabalgaolas eran los siguientes en tamaño; cada uno de ellos medía unos veintinueve metros de eslora y llevaba veintidós pares de remos.

Bisonte Marino era el menor de los cuatro: veintiocho metros de eslora y veinte pares de remos.

Las planchas de roble solapadas con que estaban contruidos los cuatro barcos daban a los cascos una flexibilidad serpentina y les permitía surcar las aguas con una agilidad imposible de conseguir tan sólo con su estrecha quilla.

Y eran esos cascos, que silbaban al cortar el agua, los que conducían a Elgo y sus harlingar hacia su inmutable destino, y a los Olarkith también hacia el desconocido desenlace de su misión.

Durante el primer día, algunos vanadurin sintieron cierta debilidad de estómago, pero pronto la olvidaron porque ellos y sus camaradas estuvieron muy ocupados con los caballos y los arreos; hubieron de atender a sus monturas, almohazarlas, alimentarlas con grano, lavarlas, limpiar sus excrementos y fregar el puente para eliminar el hedor a orines, al tiempo que bromeaban continuamente con los fjordsmen sobre las faenas a que obligaba un establo en alta mar, y se preguntaban si no sería posible adiestrar a los animales para que se aliviaran por encima de la borda, como el resto de los pasajeros.

Y frotaban con sebo las correas, las sillas y los arreos.

Los harlingar empleaban también su tiempo en preservar de la humedad sus armas y arneses, frotando el acero con aceite para evitar la corrosión.

Los fjordsmen, por su parte, afilaban sus armas porque la misión que habían emprendido era difícil y ardua.

Elgo, lleno de infatigable energía, recorría el barco de punta al punta, una y otra vez; se abría paso entre los guerreros, hablaba a sus hombres, comprobaba el estado de los caballos y ponis, y se detenía de vez en cuando a observar cómo hacían virar los fjordsmen sus barcolargos, tirando con fuerza del timón hacia un lado y colocando la pértiga del beitass de modo que la vela escarlata recogiese todo el viento favorable. Pero la mayor parte de las veces pasaba largos ratos acodado en la proa, como si quisiera que su vista volara por encima de las olas oscuras hasta tierras remotas, para espiar allí su lejano objetivo. En otras ocasiones se situaba de pie en la popa, cerca del remo del timón, y hablaba en voz baja con Arik, el capitán del Wyrmlargo.

—Sí, príncipe Elgo, vamos a atacar a nuestros enemigos de Jute.

Arik se acariciaba la barba rubia. Barba y trenzas rubias tenía el capitán del Wyrmlargo, un hombre alto y robusto de unos cuarenta y cinco años de edad, vestido con un justillo de color verde claro y calzones verde oscuro, botas grises y chaqueta de lana. Rodeaba su frente una banda de cuero negro, en la que había incrustadas unas runas de plata. Los ojos eran de color gris, y miraban con la expresión de la persona avezada a la inmensidad del océano, aunque ahora endurecía sus facciones la expresión severa del vengador.

—Tienen con nosotros una deuda de sangre, una deuda vencida hace ya mucho tiempo. Vamos a cobrarnos con nuestras hachas y nuestras espadas el weregiold, el tributo que no quisieron pagar por su libre voluntad. Pero ahora el pago será más gravoso, y no sólo en oro, sino en sangre.

Ese día, Arik, Elgo y Ruric estaban reunidos en la popa del barco, cerca del timonel. Varios guerreros merodeaban por las proximidades.

—Pues bien, Arik —gruñó Ruric—, recauda tanto como quieras. Pero no te olvides de que tenemos una cita en la segunda Luna llena después del Día Largo del Año.

—No temas, Viejo Lobo —rió Arik—. No te dejaré colgado en las playas de Rían...

Arik interrumpió lo que iba a decir, y se hizo visera con una mano para avizorar en dirección sur.

—Njal —gruñó—, un cuarto a estribor. Avisa también a los demás.

El timonel voceó la orden y la tripulación se apresuró a cumplirla, colocando en una nueva posición la pértiga de barba para orientar la vela, mientras Njal tiraba con fuerza del remo del timón.

Un miembro de la tripulación hizo sonar una trompa, que fue contestada con sendos toques por los otros tres barcos, y también éstos viraron a estribor.

Arik señaló al sur, y en un punto muy bajo sobre el horizonte, Elgo y Ruric pudieron ver lo que parecían ser unas enormes zarpas blancas engaritadas hacia el cielo, que se extendían hacia el este y el sur por encima del mar.

—Son los Colmillos de Gron —la voz de Arik era grave—, las Garras de Modru. Penetran en el mar, perdiéndose de la vista de los hombres, y se hunden en el abismo helado. ¿Sabéis lo que se dice de ellas?

—Algunos dicen que las montañas avanzan por debajo del mar hacia el oeste —respondió Elgo—, y que las islas aparecen en los lugares en que se encuentran los picos que afloran sobre la superficie del agua.

—Sí —respondió Arik—, he oído eso. Y lo cierto es que hay unas islas en el lugar que ocuparían las montañas si continuaran marchando hacia el oeste sobre el abismo. Unos riscos rocosos, muy altos: las islas del Peligro.

«Viramos para evitar esas islas. Son aguas heladas y mortíferas. Allí está el Maelstrom, habitado por los temibles krakens, que esconden entre sus remolinos.

—¿Krakens? —Una luz centelleó en los ojos de Elgo, y su mano descendió hacia la empuñadura de su espada.

—Eso es —afirmó Arik—. Monstruos odiosos, príncipe. Son todo tentáculos poderosos y ventosas que absorben. Ojos fijos y un gran pico en forma de garra. Una fuerza descomunal.

—Compañeras de los dragones, según dicen —añadió Ruric.

Arik frunció el entrecejo, pensativo.

—Compañeras de los dragones, sí. Entre mi gente se dice que en ciertas ocasiones, una vez cada muchos y muchos años, los dragones se reúnen encima de aquel pico. —Arik señaló una montaña lejana, apenas discernible sobre el horizonte—. Allí está la cha del Dragón, la última montaña de los Colmillos de Gron. Desde la mitad de su altitud, la ladera es una pared que cae a plomo sobre el mar helado. Pero cerca de la cumbre, se dice que el flanco de la montaña está agujereado por muchas guaridas de dragones, y abundan los salientes en los que se tienden los wyrms en celo a esperar la llamada de sus amigas del mar. Desde ese mirador, dicen que un hombre puede ver el propio Maelstrom, aunque no sé de ningún hombre que afirme haber estado allí y mirado. Y el hombre que lo hiciera sería un loco, habiendo tantos dragones en las cercanías, porque dicen que los dragones pueden sentir a los intrusos que invaden sus demesnes.

»Sea como fuere, los dragones se reúnen, esperan, y braman rijosos al cielo, una y Otra vez. Y de tanto en tanto, a lo que parece, pelean unos con otros, aunque por lo general se dice que saben, quiénes son los más fuertes, y a ellos les reservan los lugares más altos, de modo que el más poderoso se instala en la repisa de roca más alta, y los demás se colocan por orden en las siguientes, hasta el último que es el más bajo.

—Según eso —habló el joven Reynor, que estaba acodado en la borda, cerca de ellos—, Kalgath el Negro debe de ser el que se sienta en la percha más alta.

—Así será sin duda —respondió Arik—. Luego vendrían Ebonskaith y Skail..., y el siguiente sería Garras Rojas. Después, tal vez Sleeth el Orm, seguido por Silverscale. Después de éstos, cualquiera sabe.

Al mencionar el nombre de Sleeth, Elgo, Ruric y Reynor se intercambiaron miradas, pero nadie comentó nada, y Arik no pareció advertirlo.

—Se instalan allí y braman: los dragones de Fuego, de sol a sol; los del Frío, por la noche —prosiguió Arik—. Y dicen las leyendas que durante la marea oscura, uno a uno, los krakens acuden a su llamada, primero los más grandes y luego los menores, todos ellos ardiendo con el brillo verde del daemonfuego de las profundidades, y girando en los grandes remolinos del Maelstrom. —La voz de Arik bajó de tono hasta convertirse en un susurro lleno de temor—. Y uno a uno, los dragones se sumergen en esa horrenda vorágine y quedan aprisionados en el poderoso abrazo de esos odiosos tentáculos, cada dragón arrastrado por una monstruosa compañera, y los amantes son aspirados por los

remolinos hacia el negro abismo del fondo, y depositan sus huevos en algún lugar situado más allá de la luz de cualquier clase de conocimiento.

»Y más tarde, de alguna manera los dragones regresan: irrumpen en la superficie del mar en la oscuridad, y luchan por elevarse en el aire nocturno. Pero sólo los más fuertes sobreviven.

Arik guardó silencio, mientras todos los hombres meditaban sus palabras. Finalmente, habló Reynor:

—Ah, capitán Arik, ¿y qué ocurre con las crías? ¿Cuál es el resultado de ese monstruoso apareamiento entre dragones y krakens? ¿Qué clase de hijos tienen?

Arik señaló el océano con un gesto vago.

—Pues serpientes marinas, muchacho, dragones de mar, los wyrmlargos de los océanos. ¿De dónde crees que sacó nuestro pueblo el nombre de drakkar, muchacho? De los dragones de mar, por supuesto.

»Las grandes serpientes ascienden desde las profundidades marinas. Ellas son las crías de ese horrendo apareamiento: ¡las serpientes marinas!

—Pero entonces, capitán —Reynor parecía confuso—, si el único fruto de esa unión son las serpientes de mar, ¿de dónde salen los propios dragones, o bien los krakens?

—Ah, muchacho, eso es un misterio —respondió Arik con un encogimiento de hombros—. Dicen los que son lo bastante sabios para afirmarlo, que tanto los dragones como los krakens proceden de las serpientes de mar.

»Mira, muchacho, ¿no has visto las mariposas y las polillas? Sí, las dos salen de gusanos, gusanos que comen hierbas hasta tener la tripa bien rellena, y que luego se envuelven en un capullo. ¡Y hop!, del capullo sale una criatura con alas: mariposa o polilla.

»Lo mismo sucede con las serpientes de mar, aunque si hay capullo o no, eso no puedo decirlo de cierto. De todos modos, dicen que después de siglos y siglos en el mar, las grandes serpientes descienden hasta lo más profundo de los abismos del mar, allí donde no llega la luz. Entonces sufren una poderosa metamorfosis. Y de la misma manera que algunas orugas se transforman en mariposas y en cambio otras en polillas, pues bien, igual ocurre que unas serpientes (los machos, dicen) se convierten en dragones, y otras (las hembras) en krakens.

»Al menos, eso dicen los sabios.

»Y yo me lo creo. Escucha: nadie ha visto un nido con huevos de dragón en tierra firme: parece claro que no ponen huevos. Y nadie ha visto nunca una cría pequeña de dragón: todos parece enormes desde el principio. Y tampoco ha visto nadie un dragón hembra: todos son machos.

»Y en cuanto a los krakens, bueno, no sabría decir lo que son pero los sabios aseguran que se aparean con los dragones.

Un humor sombrío cayó sobre los cuatro que miraban a través de las aguas aquella tierra lejana, borrosa en la distancia. Después de una larga pausa, Arik rompió el silencio:

—En fin. Dragón, kraken, serpiente de mar, no lo sé bien, pero sé que muchos barcos se han perdido por culpa de algo que existe en esas aguas, sea el Maelstrom o sea un monstruo. Nadie ha vivido para contarlo.

De nuevo los cuatro quedaron en silencio, aunque Elgo, perdido en sus pensamientos, seguía acariciando la empuñadura de su espada.

—Ah, príncipe Elgo —añadió pensativo Arik—, veo el fuego que brilla en vuestra mirada a la mención del combate con esos engendros viles. Pero escuchadme: ningún hombre, ninguno, ha matado nunca un kraken. ¡Jamás! Por más que se afirma que son muchos los que han caído entre los tentáculos de esas horrendas criaturas. ¡Ai! Y ningún hombre ha escapado nunca de la vorágines del Maelstrom, una vez atrapado en sus remolinos.

»¡Creedme! Un hombre ha de estar loco para enfrentarse tanto al Maelstrom como a un kraken. ¡Por Hèl! ¡Tanto daría que fuera allá abajo, a Rian, hasta Piedra Negra, y peleara con el propio Sleeth!

De repente, como cegado por un relámpago, el rostro curtido de Arik mostró una expresión desconcertada, y se quedó mirando boquiabierto, primero a Elgo y luego a Ruric; y de los dos, Ruric apartó la mirada, pero Elgo se limitó a reír con fuerza.

—¡Ai! No será ésa la razón por la que vais allí, ¿verdad? —La voz de Arik revelaba su temor—. No estaréis pensando en...

—¡Capitán Arik! —Las palabras venían del inquieto Reynor, deseoso de cambiar de inmediato de tema—. Dices que nadie ha escapado al Maelstrom, pero te olvidas de Snorri, hijo de Borri, y de la Doncella Mística del Maelstrom. ¡Él se libró del torbellino!

Y la voz clara de Reynor se alzó en el aire, entonando la última estrofa de la oda procaz:

El viejo Snorri en su barco,
y con su perro de tres patas,
volvió a navegar por el mar Boreal.

Y la Doncella Mística
se quedó por fin satisfecha
y en premio dejó marchar a Snorri, hijo de Borri.

—¡Hai! ¡Muchacho! —gritó Arik, mientras relucía su blanca dentadura—. Había olvidado a Snorri del Mango Largo. Pero sospecho que el Maelstrom con el que se enredó no era el mismo de las islas del Peligro, aunque me imagino que chuparía con tanta hambre, por lo menos, como éste.

Reynor, Elgo y Ruric celebraron con risas las palabras de Arik, y el capitán se sumó a sus carcajadas.

En medio de tantas risas maliciosas, Arik no volvió a referirse a la ominosa amenaza situada al sur, ni hizo ninguna nueva mención a Sleeth el Orm, aunque en ocasiones lanzaba miradas de inteligencia a Elgo o a Ruric.

Y los cuatro barcolargos surcaron las aguas heladas, mientras las cumbres nevadas de las montañas de los Colmillos de Gron asomaban apenas por el horizonte, al sur, seguidas más tarde por los hoscas peñascales de las islas del Peligro, que se deslizaron lentamente en la lejanía por sotavento hasta desaparecer finalmente en el horizonte por la popa.

Los drakkares siguieron su ruta en dirección oeste-sudoeste, después de pasar delante del extremo de los Colmillos de Gron, luego de las rocosas islas del Peligro, y también, por más que no resultara visible, a lo largo de la extensa costa del temible reino denominado de Gron.

Gron, el lugar donde moraba Modru en los tiempos antiguos. Por más que, al terminar la guerra de la Prohibición, el malvado mago hubiera huido a los Yermos del norte..., o así se afirma en las historias que se cuentan delante del hogar sobre la Gran Guerra entre Adon y Gyphon.

La batalla fue terrible, y toda la creación pendía de los platillos de la balanza. Y en aquel conflicto, Modru fue el lugarteniente de Gyphon en Mithgar; y le faltó apenas el espesor de un cabello para alcanzar la victoria total aquí, en el mundo medio, pero finalmente fue derrotado en el último instante por un golpe inesperado, un golpe que pudo ser asestado gracias a la participación del pueblo diminuto de la leyenda, o así lo afirman los sabios.

Y aunque aquellos sucesos siniestros habían ocurrido miles de años atrás, y Modru había huido, Gron seguía siendo un lugar de desolación.

Hasta el día de hoy se habla de Modru en susurros, como si el solo hecho de invocar su nombre pudiera de alguna manera provocar su regreso. Y son muchos los que trazan

en el aire signos de salvaguarda si en la conversación surge el nombre del vil mago o de su funesta patria.

Y el reino de Gron, con las tierras que lo circundan hasta más allá del horizonte, sigue abandonado por todos salvo por el falso pueblo: rutchá, drokha, ogrus siguen habitándolo, así como los vulgs, guula, hël-corceles y otras criaturas inmundas. Privadas en esta época de un cabecilla en Mithgar, no suponen una amenaza para el buen gobierno del mundo medio; pero de forma ocasional, aquí o allá, bandas de engendros realizan incursiones nocturnas, y saquean y destruyen todo lo que encuentran en su camino. Pero a todos les está prohibida la luz del día, y sufren la Muerte marchita si se ven sorprendidos al descubierto por un rayo del Sol de Adon.

Aun así, los sabios temen que algún día el vil Modru regrese a su gélida Torre de Hierro de Gron, para dirigir a sus numerosos súbditos en un nuevo asalto por el dominio del mundo. Otros se burlan de semejante «absurdo», porque ¿acaso no sufre el falso pueblo la Prohibición de Adon? Haría falta un milagro o un cambio radical de la situación actual para que pudiera ocurrir algo parecido; y por ahora, Modru no habita en su torre de Gron, ni es probable que vuelva a ella nunca más.

Pasado su temible reino, el Ángulo de Gron, los drakkares de los fjordsmen llevaron a sus rubios guerreros, los Olarkith y los harlingar, a otras riberas; tanto para los unos como para los otros, el término del viaje estaba situado más allá de los límites del antiguo reino de Modru.

Cruzaban el ancho mar los barcolargos, marchando ahora en dirección oeste. Todavía un día entero siguieron ese rumbo, hasta que el capitán Arik dio una nueva orden y enfilaron entonces sus proas hacia el sur.

Y de nuevo aparecieron tierras altas en el horizonte; eran ahora las montañas de Rigga las que se hundían en el mar Boreal, en el punto en que termina Gron y comienza el reino de Rian. Hacia esta última tierra se dirigió a la carrera el Wyrmlargo, velozmente seguido por los tres barcos restantes.

Caía ya la noche cuando finalmente las quillas rompieron la última ola y encallaron en la arena guijarrosa de una pequeña ensenada. La tripulación saltó por la borda a la orilla y arrastró con! gruesas maromas los drakkares hasta vararlos en terreno seco, sobre la playa desierta. Nadie había allí para dar la bienvenida a los aventureros: a la mesnada de los vanadurin de Elgo y a los incursores fjordsmen de Arik.

De inmediato se desembarcó a los caballos, que piafaban y se revolvían en su ansia por pisar tierra firme. También descendieron los ponis; sus pequeños cascos repiquetearon en la rampa de madera e hicieron crujir la arena. Finalmente, se depositaron en tierra las carretas y el resto del equipaje de los harlingar.

Mientras levantaban el campamento, intercambiaron canciones: los fjordsmen entonaron aires marineros, y los vanadurin baladas de las llanuras. Con la leña recogida en las proximidades encendieron hogueras que proporcionaron luz, calor y lumbre para cocinar un enorme estofado.

Y como suelen hacer los jóvenes de todas las épocas, se sentaron y hablaron de muchas cosas mientras la marea oscura invadía la Tierra; de cosas que recordaban y de cosas que habían de suceder, y de las cosas por las que valía la pena vivir, y de aquellas otras por las que valía la pena morir.

Pero aunque los fjordsmen hablaron mucho sobre la deuda de sangre que se disponían a hacer cumplir a costa de los lejanos jutos, los harlingar no dijeron nada de su propósito. En su lugar, hablaron de la familia, de las hazañas cumplidas y de su valor; y ni una sola palabra sobre Piedra Negra, Sleeth o el Dracongield asomó a sus labios.

Elgo habló mucho de la bella Arianne y también de su pequeño Bram, un tierno bebé que todavía mamaba del pecho de su madre, pero que ya trataba de agarrar la vaina de plata de la espada de empuñadura negra de su audaz padre.

—...Y quería quitarme el arma, arrancándola de mis propias manos.

Un fuego especial brillaba en el fondo de los ojos de Elgo.

—Ai, será un valeroso guerrero cuando tenga edad para ello.

Finalmente, con los estómagos llenos y los párpados pesados, se tendieron todos a dormir, salvo los fjordsmen encargados de la centinela de los barcos, y los harlingar que cuidaban de los caballos, atados en un prado próximo.

A primeras horas de la mañana siguiente, los vanadurin ensillaron sus caballos y los fjordsmen se dispusieron a hacerse de nuevo a la mar. Arik, Elgo y Ruric se alejaron unos pasos de los demás, y hablaron entre ellos en voz baja.

—Sí, príncipe Elgo —dijo Arik, la mirada fija en el oeste sobre el mar frío y gris—, haremos una larga incursión contra Jute. Pero pasadas dos quincenas y una semana después del Día Largo del Año, día más día menos, nos encontraremos de nuevo en esta playa. Esperaremos una semana si es necesario, y luego, en el caso de que vos y vuestra mesnada no hayáis aparecido, nos haremos de nuevo a la mar.

»No diré una sola palabra de lo que me ha parecido adivinar de vuestra misión, pero de nuevo os invito a venir con nosotros a la guerra, y a olvidaros de la locura que os proponéis llevar a cabo.

Elgo rió y sacudió negativamente la cabeza.

—Agradezco la oferta, capitán, pero nuestro plan no es tan descabellado como temes. Así pues, dentro de ocho semanas, esperamos ver vuestros grandes drakkares en esta playa, y tal vez para entonces tendremos algo adecuado con que llenar sus bodegas.

Resonó un cuerno fjordman, y Arik apretó con su mano la de Elgo, y después la de Ruric.

—Pero no olvidéis, príncipe, que se dice que el Dracongield está maldito. No me gustaría cargar mi Wyrmlargo con oro encantado.

Con estas ominosas palabras resonando en la mente de Ruric, Arik descendió a la orilla y saltó al interior de su barco.

A una orden suya, de nuevo sonó el cuerno, y las tripulaciones de cada barcolargo arrastraron hasta el agua los cascos, haciendo que las quillas se deslizaran de popa por la arena; luego treparon ágilmente por la borda y los remos se hundieron en el agua y empezaron a batirla al ritmo marcado por un atabal.

Los harlingar contemplaron cómo sus remotos parientes regresaban al mar avanzando de popa, y cómo luego hacían virar los barcos, y cada tripulación colocaba la pértiga del beitass de la forma más adecuada para que la vela captara la brisa que soplaba con viveza.

Poco a poco, los drakkares ganaron velocidad, hasta cortar con ligereza las olas y salir de la ensenada a mar abierto, rumbo al oeste.

Ruric dio una breve orden, y todos los vanadurin montaron caballo. Elgo se revolvió en la silla y se llevó a los labios el cuerno de toro negro, para tocar una llamada de despedida a los distantes fjordsmen: ¡Taaa-tan, tan-taaa, tan-taaa! [¡Hasta la vista, adiós, adiós!] Y el mismo toque repitieron todos los cuernos de los harlingar, contestados a lo lejos por los débiles ecos de los cuernos de los drakkares.

Después, los vanadurin dieron media vuelta e iniciaron la cabalgada hacia el sur, a un paso cómodo, en una larga columna formada por los caballos más las tres carretas tiradas por ponis, colocadas en el centro y cargadas con la lona de velas; mientras las altas laderas rocosas de las montañas de Rigga se desplegaban a su izquierda.

Y así comenzó la siguiente etapa de dos aventuras concebidas en las largas noches de invierno, cuando las wereluces espectrales bailan en el cielo cristalino..., y tal vez otra luz fantasmal baila también en las mentes y en los corazones de los hombres audaces: los drakkares corrían hacia el oeste, en busca de venganza y bloodgield; los harlingar se dirigían al sur, y sus objetivos eran el Dracongield y la fama.

Las palabras del bardo
Primavera, 3E1594
[Ocho años atrás]

Dicen que es tan rápida como cualquiera de los chicos, y que compensa con astucia la fuerza que le falta.

Pincharon las agujas y silbaron los hilos al atravesar las telas tensadas en los bastidores, mientras las damas de la corte sopesaban la afirmación de Aldra. Como solía suceder con frecuencia, el tema de la charla era Elyn, porque desde el acontecimiento ocurrido cinco años atrás, la idea de que alguien, y con mayor razón una princesa, deseara convertirse en una doncella guerrera era permanente motivo de maravilla y de asombro para todas.

—Dicen que nadie es más rápido que ella, salvo tal vez Elgo.

El comentario fue seguido por un suspiro anhelante, y las demás damas se intercambiaron miradas significativas y sonrieron con disimulo, porque era descaradamente obvio para todas lo que sentía la joven Jenna por el impetuoso príncipe.

—Tal vez sea así, Jenna —respondió Aldra—, pero a sus quince años, dicen que sus proezas con las armas igualan o superan a las de los muchachos de su edad.

—Quince años ahora, pero ya muy pronto dieciséis: la edad de matrimonio. —Y la voz de Lissa adquirió un tono y un porte que caricaturizaban tan bien a la ausente Mala que las demás damas no pudieron evitar risas sofocadas.

Jenna suspiró:

—Me pregunto cómo debe sentirse, al ser una doncella guerrera.

—Gritos y maldiciones —replicó Kyla—, a eso se reduce todo. ¿No has ido nunca a la liza de adiestramiento ni has escuchado como les grita Ruric?

En ese momento, Mala irrumpió en la habitación y fue a sentarse en su lugar habitual, frente al bastidor colocado junto a la ventana norte; se hizo en el grupo un silencio momentáneo, porque, al menos en el círculo de costura, la tía soltera de Elyn prohibía cualquier discusión sobre las doncellas guerreras. Rápidamente se abordó un nuevo tema, y las damas especularon sobre las canciones y las historias que contaría aquella noche un bardo que visitaba la corte.

Fuera, en la liza de adiestramiento, Ruric sonrió para sí mismo! porque la princesa estaba eludiendo con celeridad el ataque del muchacho que tenía enfrente, y le forzaba a retroceder más, más y siempre más, mientras la punta de su espada zumbaba y trazaba en el aire dibujos caprichosos. Era cierto que la desventaja que podía tener en fuerza física, la suplía más que con creces su destreza. ¿Y su rapidez? Ach, nadie era más rápido, salvo tal vez Elgo.

Cada nuevo día, el maestro de armas podía comprobar cómo progresaba la destreza de ambos gemelos.

Y además, se daba cuenta de que la comprensión de la estrategia y de la táctica también aumentaba día a día en ambos, porque eran astutos. En ese aspecto, Ruric estaba convencido de que los dos superarían a su padre.

Sin embargo, no faltaban ocasiones en las que Ruric soltaba una ristra de juramentos y conjuraba las iras de los dioses, los magos y los dragones, cuando la actitud distraída de los gemelos conseguía sacarlo de sus casillas.

«Por el botín de Sleeth, Elyn, ¿es que crees que la lanza sólo sirve para pinchar? ¡Mírame a mí, muchacha! Puedes usar la punta de la lanza como un cuchillo, cortar y dar tajos con el filo, parar golpes y darlos con el astil como si se tratara de un bastón, y lanzarla como una jabalina. Por las bestias del Mago-lobo, escúchame: emplea tu caletre además de tu habilidad, y para cada enemigo al que te enfrentes elige la manera más

adecuada de atacar, sea con la punta, el filo, el astil, o empleando la lanza como proyectil.»

«Por la mismísima sangre de Adon, Elgo, ¿para qué crees que sirve la punta afilada de un sable? Sí, los tajos y las cuchilladas son un poderoso método de ataque, y pueden llegar a partir en dos la armadura del enemigo, pero ¿por qué ese bastoneo continuo, muchacho, cuando una estocada precisa acabaría de inmediato con el problema? Por la baba de Sleeth, muchacho, cuando se presente la ocasión, ensarta a tu enemigo: ¡traspásalo de parte a parte!»

«¡Por el gran dragón Kalgalath, vosotros dos, bajad más las lanzas al alancear a caballo! Y vigilad el arma del enemigo, para que no os atice en la cabeza, o en un sitio aún peor. Ahora vamos a ver lo que habéis aprendido en el ejercicio siguiente.»

Pero la mayor parte de las veces, Ruric se sentía complacido; y si les criticaba a veces, era más frecuente que de sus labios salieran elogios a los gemelos.

Elyn entró apresuradamente en el gran salón, y ocupó su lugar en la cabecera de la mesa. Estaba vestida con su armadura de cuero de guerrera, y Mala miró ostentosamente hacia otro lado para no verla. Pero Elyn se sentía contenta, y ni siquiera advirtió la desaprobación de su tía, a la que por lo demás ya estaba acostumbrada.

El salón estaba abarrotado, no quedaba ni un solo asiento libre. Trent, el bardo, iba a cantar por última vez, porque al día siguiente marcharía a Aven acompañando al séquito de Aranor, y nadie quería perderse esta ocasión final de escuchar sus historias, recitados y canciones. Era raro que los bardos llegaran hasta la corte de Aranor, portadores de noticias importantes y de deliciosos chismorreos, además de las leyendas eternas; porque las Estepas de Jord son un país remoto y muy extenso. Un país indómito, de aldeas pequeñas, mansiones aisladas y campamentos nómadas, con una población dispersa por las extensas llanuras, dedicada a criar caballos, plantar trigo y cazar a los animales del bosque... Algo muy diferente de los reinos civilizados del sur, donde abundan los bardos y menestrales, así como artistas de todo tipo, y donde reina suprema la cultura, como Mala se cuidaba de recordar a todo el mundo.

Durante la comida se habló poco, porque todos querían oír de nuevo a Trent. Incluso la inminente partida de Aranor para visitar Aven se comentó en términos escuetos, aunque el motivo del viaje era la conclusión de un acuerdo comercial de importancia para el reino: caballos de raza a cambio de armas, armaduras y otros artículos manufacturados, incluidas telas de seda, que algunos aseguraban que se fabricaban a partir del hilo segregado por ciertos gusanos.

Y el rey debía ir acompañado por una nutrida mesnada, porque las rutas de Aven eran inseguras, en especial de noche, el tiempo en que el Falso Pueblo está libre de la Prohibición.

La escolta armada proporcionaría también a Trent un viaje seguro. De ahí que aquella noche cantara por última vez.

Una vez acabada la cena, a una indicación de Aranor, Trent fue a colocarse delante y a la derecha de la mesa del rey, apoyando la espalda en una columna de piedra. Iba vestido de azul, y su cabello blanco brillaba como la plata a la luz de las antorchas; su rostro agradable, totalmente rasurado, no representaba los cincuenta y nueve años que contaba. Sus dedos recorrieron las cuerdas del arpa, y una cascada plateada de notas se deslizó por el aire y quedó suspendida allí, como un bastidor sobre el que tejer una historia. Y al apagarse sus ecos, todos quedaron en silencio, esperando sus palabras.

Cuando vio todas las miradas pendientes de él, lentamente Trent cruzó el suelo de piedra hasta situarse frente a Elgo, sin mirar directamente al joven pelirrojo y dirigiéndose en cambio al rey.

—Un joven guerrero de ojos verdes y cabello cobrizo me ha hecho una petición. —La voz poderosa del bardo resonaba en toda la sala—. No diré el nombre del guerrero —nadie en la sala ignoraba que era Elgo a quien aludía Trent—, pero afirma que su maestro

de armas —y el bardo giró en redondo para mirar directamente a Ruric— enrarece el aire con juramentos por los dioses, los dragones, los magos y las serpientes.

Una gran sonrisa iluminó el rostro de Trent, y todos en la sala sonrieron a su vez, con excepción tal vez de Ruric, cuya falsa expresión de inocencia no engañaba a nadie, de Elgo, que mantenía una pose de indiferencia estudiada, y de Mala, que al parecer jamás sonreía.

—Ese joven guerrero, al escuchar los juramentos de su maestro —una vez más, Trent se dirigía al rey—, me ha pedido que narre la historia de la destrucción de Piedra Negra por Sleeth, sin duda porque se prepara para exterminar al monstruo..., estamos ante un héroe en ciernes.

Al oír estas palabras, la sala prorrumpió en una gran carcajada, y la cara de Elgo enrojeció con una repentina ira; se habría levantado para marcharse, pero Elyn colocó una mano tranquilizadora sobre su brazo, y en silencio le urgió a controlarse.

Trent empezó a cantar; a pesar de su ira, Elgo se sintió arrebatado por la historia, y su rabia se fue desvaneciendo a medida que escuchaba los versos de la saga.

De lo alto del cielo descendió
una enorme bestia, rugiente,
y cayó furiosa sobre los enanos,
golpeando a diestro y siniestro.
De lo alto descendió
en medio del pueblo de piedra,
y sus grandes alas arrastraron a los enanos
a la ruina.
Escupía muerte
por entre sus colmillos,
fundía la piedra y el metal,
mataba a los osados y a los bravos.
Y nadie pudo resistirse
a su enorme fuerza.
Sus garras mataban y destrozaban
incluso a los más jóvenes e indefensos.
Valerosos eran los guerreros enanos,
formados en mesnadas,
y afrontaron impávidos su destino,
por defender su reino de piedra muerta.
Veloces eran sus hachas,
pero de nada les sirvieron;
las escamas de los flancos del dragón
formaban una armadura protectora.
Y así perecieron todos
los que no huyeron en la negra noche.
Y su reino de piedra muerta
absorbió la sangre viva derramada.
Aún no había finalizado la noche,
que ya el gran dragón del Frío era dueño de Piedra Negra,
y rompía en pedazos las puertas
para deslizarse en su interior.
Sleeth se apoderó de lo que no le pertenece,
y ahora duerme sobre una montaña de tesoros,
un lecho de oro robado;
y sueña con más fechorías.

Era la Joya de las fortalezas de enanos,
y Sleeth la conquistó en una noche de matanza;
la más rica de sus minas,
el reino de piedra muerta.
Si os fuera preciso morir
en defensa de lo que os pertenece,
por más que sólo os esperara una tumba fría,
¿dejaríais de hacerlo?
Sea un palacio, una alquería,
o una mísera cabaña,
siempre es preciosa su posesión
para quien le ha entregado su alma.
Para unos es un reino de piedra muerta,
para otros su posesión más preciosa;
entregan gustosos la vida
por defenderla.

Aquí, Trent hizo callar su arpa y habló en voz baja, pero modo que sus palabras fueran oídas por todos.

—Dicen que por dos veces los enanos han intentado recuperar su caverna perdida, pero que en cada ocasión la fuerza del dragón fue excesiva para ellos, y finalmente abandonaron su sueño y sus corazones lloran al recordar el reino perdido para siempre.

El bardo alzó de nuevo la voz para cantar la última estrofa:

¿Lucharíais hasta la muerte
por aquello que Amáis,
por más que se tratara de una causa perdida...?
¿Por aquello que amáis?

Cuando acabó la canción, se hizo un gran silencio en la sala, y en algunos ojos de los presentes temblaron las lágrimas, mientras cada cual, en el secreto de su corazón, procuraba responder la última pregunta del bardo.

Las anécdotas, las historias y las canciones del bardo prosiguieron hasta muy avanzada la noche, maravillando a su auditorio. Algunas historias hicieron resonar grandes carcajadas; otras, derramar lágrimas abundantes. Algunas hacían arder un fuego generoso en los corazones valerosos; y eran ésas las que hacían brillar con más intensidad la mirada de Elgo.

Hubo historias capaces de hacer desbordarse en los corazones la añoranza por los tiempos de las leyendas; canciones que iluminaron los ojos de la doncella guerrera; cantos sobre el bosque de los Lobos, donde viven aún animales fabulosos de los tiempos antiguos: altas águilas, ciervos blancos, caballos provistos de un cuerno llamados unicornios, osos que fueron hombres..., el bosque estaba gobernado por los grandes lobos plateados —o tal vez por el mago que vivía con ellos—, e impedían la entrada a los servidores del Mal.

Y finalmente se entonaron canciones a coro, y todos participaron en ellas. Pero también éstas se acabaron, y la gente —rebotante hasta la exaltación de los ecos argentinos del arpa de plata de Trent, y de su espléndida voz— finalmente se retiró a sus lechos.

Sea o no un gran bardo, se ha burlado de mí delante de todos! —Elgo recorría sin parar, en una y otra dirección, la docena de pasos del espacio situado ante el estrado del trono, como una fiera enjaulada.

Eran las primeras horas de la mañana siguiente, y excepto algunos sirvientes que limpiaban los restos del desayuno en las mesas más alejadas, Elyn y él estaban solos en el gran salón, adonde se habían dirigido después de la partida de Aranor y su cortejo..., y por supuesto de Trent, el motivo de las iras de Elgo.

—Sí, Elgo, lo que él hizo fue una desconsideración —respondió Elyn, sentada en un escalón del estrado, al tiempo que utilizaba su daga para arrancar una pella de barro de su bota—. Pero lo comentó como una broma sin importancia, porque los hombres no matan dragones, como todos sabemos, excepto en los cuentos de hogar.

La princesa se puso en pie y se acercó a una mesita lateral, donde la hoja de la daga en una servilleta usada para el desayuno.

—¡Vaya! ¿Una broma sin importancia? —Elgo interrumpió sus paseos y se enfrentó a su hermana, con los ojos ardientes de rabia—. Me despreció, y de no haber sido un bardo, le habría dado una lección. —Y el joven reanudó su inquieto paseo.

—Elgo, creo que te tomas demasiado a pecho una pequeña pulla —Y dejando a un lado la servilleta, Elyn volvió al escalón y se sentó en él de nuevo.

—En ese caso, deja que te pregunte una cosa, querida hermana —Elgo se enfrentó a Elyn de nuevo—. ¿Sentirías lo mismo si te lo hubieran dicho a ti? ¿Lo llamarías una broma sin importancia en el caso de que Trent hubiera dicho —y aquí la voz de Elgo adquirió un tono de sorna— «... sin duda se dispone a matar a la fiera... estamos ante una doncella guerrera en ciernes»?

La ira enrojeció el rostro de Elyn.

—¡Lo ves! —Elgo se dejó caer de golpe en el sillón del trono, una pierna pasada sobre el brazo del sillón, el otro pie en el suelo sumido en negros pensamientos—. Algún día, Elyn, mataré a Sleeth..., ¡lo juro por Adon! Y entonces el maestro Trent cantará una canción muy distinta.

Ante aquellas palabras siniestras, con la velocidad del azogue la actitud de Elyn varió, de la rabia ante una ofensa imaginaria, a una preocupación angustiada.

—No tomes en vano el juramento de cumplir esa hazaña, Elgo, porque las promesas precipitadas tienden a volverse en contra de quien las pronuncia. —La princesa se puso en pie, y miró largamente a su gemelo—. ¡Ay de mí! Ruric dice que tu orgullo será la causa de tu muerte, hermano, y empiezo a creer que será así.

—¡Ruric! —Elgo se levantó de un salto—. Elyn, vamos a hablar con ese zorro astuto. Seguro que sabe si alguien ha matado alguna vez a un dragón, y si es así, cómo lo consiguió.

Mientras los dos abandonaban el salón, los escasos sirvientes que había en él empezaron a murmurar entre ellos.

Encontraron al maestro de armas en los establos, pasando revista a los caballos, porque tenía el cargo de comandante del castillo en las ocasiones en que Aranor y su cortejo estaban ausentes del holt.

—No, muchacho, no sé nada de eso —respondió Ruric cuando Elgo le planteó la cuestión—. Sí, hubo dragones muertos durante la Gran Guerra, pero ignoro cómo. Y tampoco lo sabía mi padre, Alric, y eso que era maestro de tradiciones y me contó muchas cosas. En cuanto a saber cómo se mata a un dragón, eso está por encima de mis capacidades. Hay quien dice que magos y drakes se aliaron en cierta ocasión para matar a los dragones renegados. Otros afirman que fueron los elfos. Pero en todo ese asunto soy incapaz de distinguir la verdad de la mentira.

—Pero debe haber alguna manera de matar a un dragón —insistió Elgo—. Es imposible que todos sean tan poderosos.

—Muchacho, no sabes de lo que estás hablando —exclamó Ruric—. Los drakes son bestias monstruosas, que superan casi el poder de la imaginación: grandes alas, llamas, garras duras como diamantes y tan largas como sables; una cola enormemente grande que todo lo barre; y si son dragones del Frío, todo es igual salvo que el aliento de la bestia no quema, pero en cambio desprende vapores venenosos, y escupe una baba que achicharra lo que toca sin arder.

—Aun así, tiene que existir algo capaz de matar a un dragón —afirmó Elgo.

—Sí, muchacho. —Ruric rebuscó en su memoria—. Los maestros de tradiciones dicen que el mayor dragón de todos será muerto con el Kammerling.

—¿El Kammerling? —Elyn inclinó a un lado la cabeza.

—Sí, rapaza —contestó Ruric—, el Martillo de Adon: el Kammerling. Bueno, tal vez tiene también otros nombres, porque se dice que los enanos lo llaman el Martillo de la Rabia, aunque nunca he sabido la razón. Fabricado con silverón, así lo aseguran, y tal vez forjado incluso por el propio Adon. Pero nadie que yo conozca puede decir dónde está, aunque algunos cuentan que lo tienen los magos debajo de la Montaña Negra de Xian, en tanto que otros aseguran que fue robado hace mucho tiempo por su pretendida víctima.

—¿Pretendida víctima? ¿De quién puede tratarse? —El tono de Elgo revelaba su excitación.

—¡Cómo! Pues de Kalgath el Negro, muchacho —respondió Ruric, que no dejó de advertir la desilusión en la mirada de Elgo—, el mayor dragón de Fuego de todos, que vive en Dragonslair, la montaña de fuego extinguida situada al este, en las montañas del Murallón Sombrío.

—¿Montaña de fuego? —preguntó Elyn.

—Sí, aunque está muerta. Ach, quizá no del todo muerta, porque todavía se ven de cuando en cuando ligeras columnas de humo, según he oído, pero eso sólo ocurre cuando la tierra tiembla. Aun así, he oído contar que Kalgath extrae su fuerza de la propia montaña, aunque ignoro cómo lo hace. Tal vez un dragón de Fuego puede alimentarse de alguna manera de los materiales de una montaña de fuego, esté o no muerta, porque es posible que el fuego alimente al fuego, aunque en un caso se trate de las llamas de un dragón, y en el otro del fuego de la propia Tierra.

»Pero sea como sea, los sabios afirman que Kalgath el Negro es el mayor dragón de Fuego vivo... ¡No!, el mayor dragón de todos, sean de Fuego o del Frío... Aunque los maestros de tradiciones discuten y discutirán eternamente si en el pasado lo fue el propio Kalgath u otro llamado Daagor; unos dicen que fue uno, otros que el otro, y mi propio padre no se decidía a elegir entre uno de los dos. De todas formas, en nuestros tiempos la maldición del Kammerling parece destinada a Kalgath.

Los tres sintieron un escalofrío y se sentaron sin hablar, meditando en esas leyendas. Finalmente, Elyn rompió el silencio:

—¿Qué sabes de los tesoros que amontonan los dragones, maestro de armas? ¿Han conseguido los hombres rescatar alguno?

—Ninguno, que yo sepa —masculló el guerrero—, aunque sé de muchos que han muerto en el intento. Vamos, por hablar tan sólo de Sleeth, ha matado a cientos, enanos en su mayoría; pero no sabría decir si intentaban apoderarse del tesoro o recuperar Piedra Negra, o las dos cosas a la vez. Aun así, los botines de los dragones resultan tentadores, porque a los grandes drakes les gusta revolcarse; en el oro, y duermen sobre él, según dicen.

Los ojos de Elgo estaban abiertos de par en par, inmersos en la visión de una enorme criatura subida en un inmenso montón de oro. Luego parpadeó para controlar sus sueños, y preguntó a Ruric con una mirada de soslayo:

—¿Y por qué no esperan simplemente a que Sleeth salga de caza, corren al interior del holt y cierran las puertas? ¿O bien roban el tesoro mientras él está fuera?

Ruric miró de arriba abajo al ingenuo joven príncipe.

—Ah, querido Elgo, los dragones saben cuándo hay extraños que rondan por las cercanías. Es cosa de magia, según dicen unos, mientras que otros piensan que los drakes huelen a los intrusos tienen unos ojos especiales, o bien oídos capaces de advertir la caída de una pluma en sus demesnes. No sabría decirte de qué se trata, pero si alguien intentara llevar a cabo tu plan, esconderse y esperar a que Sleeth salga volando de su guarida, el gran dragón del Frío mataría en un instante a los intrusos en su escondite.

«También se dice que las grandes puertas de Piedra Negra están destrozadas (Trent se refirió a ellas en su canción), y el drake las hundiría fácilmente en caso de que pudieran repararse.

«No, muchacho, se necesita un plan más astuto, o estará condenado al fracaso.

—¿No te parece —preguntó Elyn— que un gran ejército de miles de hombres podría vencer incluso al más poderoso de los dragones?

—Ah, rapaza, tal vez sí —contestó Ruric—, si consiguieran mantenerlo en tierra. Pero los drakes tienen grandes alas, y se limitarían a levantar el vuelo y escupir fuego o gases desde la altura. Pero aunque consigas que no vuele, un dragón sigue siendo casi indestructible, de modo que quizá ni tan siquiera el mayor ejército que nunca se haya conseguido reunir podría realizar tal hazaña.

—En ese caso —musitó Elyn—, se diría que únicamente el propio Adon es capaz de matar uno de ellos.

—Pero Él no lo hará, princesa —explicó Ruric—. Porque cuando separó los distintos Planos de la creación, cuando estableció la Prohibición como castigo a los que habían ayudado a Gyphon en la Gran Guerra, juró no volver a interferir de nuevo en los asuntos del Plano Medio, porque el poder de los dioses es excesivamente grande, y acabarían por destruir lo que aman. Por esa razón, no verás nunca que la mano de Adon haga perecer un dragón, aunque sin duda tiene poder para hacerlo.

Y con esa solemne afirmación, Ruric volvió a sus tareas, y después de un rato los gemelos emprendieron el camino de regreso al Palacio, Elyn pensativa y Elgo frustrado, obsesionado aún por encontrar la manera de hacer que Trent se tragara sus bromas. Y cuando estaban ya dentro del castillo, Elgo levantó la voz y dijo:

—Tal vez el Kammerling sea la Maldición de Kalgath el Negro, pero yo he de ser la Maldición de Sleeth, aunque tenga que dedicar a ello mi vida entera.

Trece días después de la partida de Aranor, a última hora de la tarde, un vanadurin montado en un corcel cubierto de espuma y con una montura de repuesto siguiéndole, llegó al galope a través de las praderas, haciendo sonar su cuerno de toro negro: ¡A-ro, a-ran! ¡A-ro, a-ran! ¡A-ro, a-ran! En lo alto de los muros del castillo, un centinela alzó su propio cuerno y repitió la llamada: ¡A-ro, tiran! [¡Alerta, enemigos!]

Tan pronto como sonó la llamada, el capitán de la guardia diurna corrió al lado del centinela, exploró el horizonte y no vio nada a excepción del jinete solitario, que se acercaba a toda velocidad.

—Dejad abierta la reja —ordenó el capitán—, pero estad alerta.

En el patio de armas los guerreros se congregaban en medio de un gran alboroto, y entre ellos estaban Elyn y Elgo, luchando por colocarse armas y arnés, que habían recogido en sus habitaciones antes de bajar a la carrera. Todos fueron a los establos, para ensillar los corceles y armarlos para la batalla, con sable, lanza, arco y flechas.

Estaban empezando a reunir a sus inquietas monturas en el patio, cuando el jinete procedente del exterior cruzó como una exhalación las puertas y el espacio situado bajo la barbacana, sin dejar de tocar su cuerno de toro negro, y saltó de los lomos sudorosos de su corcel a la explanada enlosada. Ruric se acercó al jinete y se dirigió a él en valor: la respuesta del guerrero llegó en palabras entrecortadas:

—Los naudron, señor —informó el mensajero—. Han invadido el Reach con intención de apoderarse de las tierras en disputa. Es necesario advertir al rey.

—Aranor no está aquí, pero sí está el príncipe Elgo —Ruric inclinó su cabeza ante Elgo, que cruzaba el patio a caballo para reunirse con ellos, seguido de Elyn—, y yo soy el comandante en jefe de este Palacio. —La voz del maestro de armas era mesurada y tranquila, con el fin de extraer el máximo de información del joven mensajero—. ¿Cuál es su número, su posición, y cuál su objetivo aparente?

—Aproximadamente un centenar de ellos cruzaron el vado de Breeth ayer por la mañana —respondió el mensajero—, en dirección oeste, tal vez con la idea de tomar la población de Arnsburg, que está situada en el centro de las tierras que reclaman.

—Parece un simple amago de Bogar, para ver si Aranor sigue decidido a mantener sus derechos —gruñó Ruric.

Observó el Sol poniente, que en aquel momento se ocultaba a la vista detrás de las murallas, y se volvió al comandante de la guardia.

—Haz descabalgar a los hombres, capitán, y reúnete en consejo de guerra conmigo. Llama también a Barda; necesitamos un plan para contrarrestar este último movimiento de los naudron.

El maestro de armas ordenó a un escudero que se hiciera cargo del caballo del jinete recién llegado, así como de los de Elyn y de Elgo, y pidió al jinete que los acompañara. Luego, Ruric se volvió a los gemelos y les dijo:

—Aguzad vuestro ingenio, jovencuelos, y preparaos a exhibir vuestras mañas en la cámara del consejo, porque tenemos que decidir a toda prisa qué vamos a hacer; un ejército enemigo ha entrado en nuestro país, y no podremos contar con todos nuestros efectivos.

El consejo estaba compuesto por seis personas: Ruric, Elgo, Elyn, el portador de las noticias (un hombre llamado Arlan) y los capitanes Barda y Weyth, dos hombres robustos de edad mediana. Del relato de Arlan no pudieron deducir muchas más cosas: el ejército de los naudron había entrado en el reino al amanecer del día anterior, cruzando el río Judra por el vado de Breeth, y había avanzado hacia el oeste. Según su costumbre, los guerreros naudron iban armados con sables y arcos, llevaban arneses de cuero, y montaban los caballos pequeños y rápidos de las estepas. Arlan, cazador de profesión, estaba apostado al acecho de un zorro en el bosque vecino al río, cuando vio cruzarlo a los intrusos, por el camino abandonado del vado. A toda prisa fue a buscar su caballo y cabalgó derechamente hasta el Jordkeep, deteniéndose sólo el tiempo preciso para conseguir una montura de repuesto en la casa de un pastor solitario.

El consejo discutió durante largo rato, tomando en consideración varios planes.

—Yo digo que convoquemos a los hombres de los lugares vecinos —propuso Weyth—. Podemos reunir una fuerza de unos doscientos en un par de días, como mucho. Los suficientes para plantar cara a esa escoria de Bogar.

—No soy de la misma opinión —repuso Ruric—. Sí, podemos hacer lo que dices, Weyth, pero me temo que los naudron estén ya en Arnsburg, y si aplazamos el contraataque de los vanadurin, Bogar tendrá tiempo de enviar un ejército más nutrido a lo largo de la semana.

Arlan respondió a la observación de Ruric:

—En ese caso, ¿por qué no nos ponemos en marcha esta misma noche, con la guardia del castillo?

—Ach, cazador —observó Barda—, si alejamos de aquí a la guardia, dejaremos indefenso el Jordkeep, a merced de cualquier ataque. Quién sabe, podría ser que Bogar tuviera un grupo armado oculto en las cercanías, a la espera de que nosotros hagamos precisamente lo que has propuesto.

Barda hizo una pausa, y luego prosiguió:

—Y si Bogar está espiando el castillo, entonces sabe que Aranor está ausente, porque no hemos hecho un secreto de su viaje, y sabe también que el Palacio está desprotegido. Por esa razón, creo que la mejor estrategia consiste en mantenernos aquí hasta el

regreso del rey, y mientras tanto convocar a los hombres de toda la nación; así, cuando el rey llegue, tendremos todo el ejército dispuesto para hacer la guerra a los naudron.

—¡Ni hablar! —exclamó Elyn, sorprendiendo a todos los hombres por su rotunda forma de oponerse, de modo que la atención se concentró en ella—. Mi propuesta es la siguiente: no hay que emprender una guerra total cuando puede alcanzarse el mismo resultado con una rápida escaramuza.

Ruric la contempló con algo parecido al orgullo de un padre. La discusión prosiguió durante bastante rato, y finalmente Ruric se volvió al astuto Elgo.

—¿Cuál es tu opinión, mi príncipe?

Impertérrito, Elgo expuso su plan:

—Comandante en jefe, a menudo os he oído decir que «la Fortuna favorece a los audaces». Y sospecho que ha llegado el momento de optar por una acción audaz, porque, aunque nos vemos en inferioridad numérica, no podemos permitirnos esperar el regreso de mi padre. Es preciso golpear, ¡y golpear duro! De otro modo, los naudron pensarán que esas tierras les pertenecen.

»Así pues, lo que propongo es esto: enviar con la mayor urgencia heraldos a las poblaciones vecinas, con el fin de reunir más o menos doscientos guerreros. Pero ¡atención! No debe alistárselos para combatir a los naudron. Por el contrario, deben reunirse en el Jordkeep, y mantenerse alerta, porque en efecto la invasión podría ser una trepa dirigida a alejarnos de aquí, y tal vez Bogar cuenta con un grupo armado oculto en las cercanías dispuesto a atacar cuando vea que nos hemos marchado.

»Pero teniendo en cuenta la historia de las tierras en disputa es más probable que el rey de Naud se haya limitado a una acción de tanteo, para sopesar nuestra fuerza. Por eso lo mejor es escoger un grupo de unos cincuenta hombres (la mitad de la guardia), y partir para Arnsburg ahora, en la oscuridad, en secreto, de modo que si hay espías husmeando en los alrededores, no se den cuenta de que nos hemos ido. Saldremos por el portillo del muro occidental, porque, como sabéis, está disimulado de tal forma que parece parte de la misma muralla, y se abre a una hondonada que nos ocultará. Y cuando amanezca, estaremos ya lejos de la vista de los posibles espías.

«Quienes se queden de guardia deberán simplemente dobla turnos de centinela hasta que lleguen los refuerzos; de modo hasta ese momento los posibles enemigos verán nada mal»! que parecerá una guardia normal en el Palacio, a la espera del regreso de su rey.

«Quienes salgamos a enfrentarnos con un centenar de naudron estaremos en inferioridad numérica de uno contra dos, pero no privados de posibilidades de victoria. Contaremos con el factor sorpresa y con nuestra astucia para llevar la iniciativa en el momento de caer sobre ellos; y si eso no es bastante, entonces nuestra superior destreza nos dará la victoria. En el peor de los casos, podemos hacer como Harold el Astuto cuando se enfrentó a los guerreros de Kath: golpear por sorpresa y huir, hostigándolos continuamente hasta que acudan refuerzos en nuestra ayuda.

»En relación con esos refuerzos, Arlan, te asigno la misión de cabalgar con nosotros hasta el río Gris, para desde allí viajar en dirección norte hasta Easton, reunir a todos los hombres útiles y acudir cuanto antes a reforzarnos. ¿Conoces la región? Muy bien, entonces. Llévalos directamente a Arnsburg; dejaremos en lugar visible la enseña de los vanadurin para indicarte nuestra posición en caso de que tengamos que combatir en una guerra de guerrillas.

»Tal vez alguno de vosotros opine que mi plan es insensato porque, hasta la llegada de los refuerzos de Easton, seremos cincuenta contra cien; pero de nuevo os recuerdo que la Fortuna favorece a los audaces.

»¿Hay alguna pregunta?

Elgo calló, mientras en la habitación todos lo miraban con orgullo, porque hasta aquel momento era tan sólo un muchacho que todavía no había cumplido los dieciséis veranos;

un príncipe, por supuesto, pero nada más que un muchacho. Pero ahora lo veían con nuevos ojos, y lo consideraban un hombre hecho y derecho.

—¿Qué quieres decir con eso de que no puedo ir? —Elyn estaba furiosa—. Me he pasado toda la vida entrenándome para una ocasión como ésta, y ahora que se necesita desesperadamente una doncella guerrera, ¡me dices que debo quedarme atrás!

Ruric desvió una mirada culpable. El maestro de armas y la princesa estaban solos en la cámara del consejo.

—Ay de mí, rapaza, sabes bien que no puedo poner en peligro a los dos descendientes de Aranor en una sola batalla.

—Entonces deja que cabalgue hasta Easton y reúna a los guerreros —suplicó Elyn—. De esa forma Arlan podrá quedarse con vosotros y os será útil por su conocimiento de la zona.

—Rapaza, no sabemos los hombres que puede tener Bogar al acecho en las llanuras —respondió Ruric—. Por todo lo que sabemos, puede tratarse de una gran emboscada en la que caigamos de cuatro patas por ignorancia. Debes quedarte aquí, princesa.

—¿Por qué? —los ojos de Elyn relampaguearon—. ¿Porque soy una chica?

—¡Qué chica, Hè! ¡Eres mejor luchadora que casi cualquiera de los que van a acompañarme! —rugió Ruric, descargando su puño cerrado en la palma de la otra mano. Luego suavizó su actitud—. No, rapaza, es tal como te digo. No podemos poner en peligro a los dos herederos de Aranor en una misión como ésta. Uno de los dos debe quedarse aquí.

—Podría ser Elgo, en lugar de tocarme a mí —protestó Elyn.

—Ah, no, princesa, porque el plan que vamos a llevar a cabo es suyo, y está en su derecho al querer participar. —Ruric blandió su sable, y observó la muesca de la vela—. Te he pedido que te quedaras para comunicarte mi decisión sin que los demás nos oyeran, porque sabía que no te iba a gustar. Confórmate, rapaza, pensando que tu padre habría hecho lo mismo.

Ruric dio media vuelta y salió de la cámara para reunirse con el resto de la tropa.

Elyn lo miró marchar llena de amargura.

Aquella misma noche, a una hora más tardía, la princesa estaba sentada delante del trono, mirando el escudo de armas colgado encima —un caballo blanco rampante sobre campo verde—, y maldiciendo las circunstancias de su nacimiento. De no haber sido hija de Aranor, formaría parte de la tropa que había salido en silencio del castillo aprovechando la oscuridad. Pero su rango se lo impedía. De no haber sido una princesa, habría ido a la guerra. Pero por otra parte, de no haber sido una princesa era más que probable que tampoco le hubieran permitido ser una doncella guerrera. «¡Vaya un dilema!», admitió con tristeza.

«¡Pero espera! Elgo fue a la misión. ¿Qué habría sucedido en caso de ser él el único heredero? ¿Habría ido de todos modos, con riesgo de su vida, privando a la Corona del futuro rey? —Elyn no tenía la menor duda acerca de la respuesta correcta a aquella pregunta—. Por supuesto que habría ido, heredero o no. Y si el reino perdía un sucesor, sería forzoso resignarse. Pues bien, si enfrentarse a un enemigo es más importante que preservar la línea de sucesión ¿por qué no estoy yo con ellos? ¡Rach! ¿Cómo no pensé en argumento cuando Ruric me obligó a quedarme?»

Y mientras la princesa meditaba sobre lo que debería, de haber dicho y lo que debería, de haber hecho, el cansancio acabó por rendirla, y se retiró finalmente a su dormitorio.

A la mañana siguiente, triste y desconsolada, Elyn mordisqueaba su desayuno. Iba vestida con su arnés de cuero, la acompañaban a la mesa tres jóvenes damas de su edad —Kyla, Darcy y Elise-, y todas hablaban de los hombres que iban a enfrentarse a los naudron, y todas se compadecieron de Elyn y criticaron el trato injusto que había recibido, por más que ninguna de las tres damas lograra entender con claridad por qué razón deseaba ir a la guerra la princesa.

La reunión tomó un tono más melancólico si cabe con la llegada de Mala, ya que su actitud severa sólo sirvió para aumentar la tristeza.

—Bueno, yo lo único que digo es que no ha sido justo —exclamó Darcy, siguiendo la conversación anterior—. Después de todo, ¿qué peso tienen las razones que dio Ruric para dejarte atrás?

—Estoy de acuerdo —se hizo eco Elise—. Con todo lo que has dicho de los herederos que se enfrentan al enemigo, Darcy tiene razón, se trataba de argumentos sin sentido.

Con un ademán imperioso, Mala golpeó con su vaso de cristal la cuchara, hasta conseguir que fijaran en ella su atención.

—Damas, precisamente por la necesidad de herederos al trono el comandante en jefe Ruric hizo lo más correcto. —El tono de Mala no admitía que se la contradijera.

—¿Qué quieres decir? —Elyn no tenía ganas de escuchar otra de las lecciones de Mala, pero no pudo evitar el cuestionar la afirmación de su tía soltera.

—Quiero decir que la línea de sucesión debe ser preservada —Mala hablaba en el tono que suele emplearse con los niños pequeños—. Si Elgo cae en la batalla, o muere antes de haber tenido descendencia, el futuro heredero deberá salir de tu regazo, sobrina.

—Lo que dices puede ser cierto a largo plazo, tía —respondió Elyn—, pero me parece que antes de tener un hijo debería de existir algún pretendiente.

—Tal vez eso ocurra antes de lo que esperas, querida Elyn —replicó Mala.

—¿Y ahora qué es lo que tratas de insinuar? —La voz de Elyn había adquirido un tono gélido, porque las afirmaciones de su tía querían ir a parar a alguna parte, tal vez adonde Elyn no deseaba ser conducida, pero le era preciso comprender lo que pretendía su tía de ella.

El rostro de la solterona adoptó una expresión significativa, al mirar a Elise, Darcy y Kyla. Las tres hicieron ademán de levantarse porque se dieron cuenta de que aquella conversación no estaba destinada a sus oídos, y de que Mala deseaba que se fueran; pero Elyn las retuvo con un gesto imperativo, de modo que volvieron a sentarse en el borde de sus sillas.

—Muy bien, querida, si lo que deseas es que todo el mundo lo sepa, se trata de lo siguiente. Tú tienes ya casi dieciséis años, la edad de contraer matrimonio. Aranor ha ido a Aven en una misión comercial, y Randall, el rey de Aven, tiene no sólo uno, sino dos hijos que han perdido recientemente a sus esposas a causa de las fiebres. Es cierto que son bastante más viejos de lo que sería deseable para tu tierna edad; me parece que el más joven, Haddon, tiene veintidós años más que tú, pero él o en su defecto su hermano mayor, Corbin, serán excelentes parejas para ti.

Elyn se había puesto lívida.

—¿Me estás diciendo que mi padre ha ido a Aven en busca de alguien con quien aparearme; alguien lo bastante viejo para ser mi padre?

—Bueno, no lo expresó con esas palabras —admitió Mala—. Pero no cabe duda de que tu matrimonio va a arreglarse muy pronto. Y no seas basta, Elyn, no es un apareamiento.

—¿De qué otro modo lo llamarías? —explotó Elyn—. ¡Dale el nombre que quieras, y seguirá siendo lo mismo! ¡Hablas como si yo no fuera más que una matriz sobre la que sellar alianzas y con la que se cuenta para que engendre herederos! Pero créeme; por Adon, no voy a permitir que tú ni nadie se dedique a aparearme como si yo fuera una yegua o una marrana. ¡No soy ganado que se pueda vender y comprar! Y además tengo derecho, como doncella guerrera (siempre lo han hecho así las doncellas guerreras) a elegir al hombre con el que quiera casarme, si él está de acuerdo. No me casaré con nadie que no sea de mi gusto.

—¡Pero es tu deber! —declaró Mala—. Las alianzas son necesarias. Otras mujeres de noble cuna lo han hecho.

—¡Por Hè! —El puño de Elyn golpeó con violencia la mesa, y Darcy, Elise y Kyla temblaron al ver su ira—. ¡Yo no soy como esas vacas que sueltan risitas maliciosas por detrás de sus abanicos y se sientan a hacer ganchillo! ¡Escúchame: soy una guerrera!

—Ya, querida; un buen hombre te quitará muy pronto esa locuras de doncella guerrera que te rondan por la cabeza —declaró Mala con sorna—. Además, si de verdad eres una guerrera, ¿por qué no estás con la tropa que ha ido a enfrentarse a los naudron?

Elyn apretó los dientes furiosa, tiró su servilleta sobre la mesa y repentinamente se puso de pie con tal impulso que la silla en que se sentaba salió proyectada hacia atrás y fue a caer al suelo con estrépito.

—¿Por qué no estoy con la tropa? ¡En efecto, por qué no! -chilló—. ¡Por qué no!

Cuando la princesa salió como un torbellino de la habitación, Mala levantó la vista al cielo.

—Cosecharás lo que has sembrado, Aranor, lo que has sembrado.

Al cabo de una hora, un jinete a caballo, con un fardo ligero seguido por una montura de repuesto, salía al trote por la puerta del castillo y se perdía a la carrera por entre los campos, en dirección al este.

Una doncella guerrera cabalgaba hacia la batalla.

10

Bautismo de sangre

Primavera, verano y otoño, 3E1594

[Ocho años atrás]

El joven Reynor se deslizó por entre los árboles del bosquecillo, y el musgo amortiguó el ruido de sus pisadas. El muchacho consideraba que la Fortuna le había sonreído, porque era el único de entre todos los jóvenes del castillo —jóvenes de la edad aproximada de Elgo— elegido para acompañar al príncipe y a los demás hombres en aquella misión desesperada... por la razón de que nadie sabía que sólo tenía catorce años de edad. Aun así, sólo su habilidad demostrada como explorador había motivado su elección: nadie podía moverse por los bosques más silenciosamente que aquel adolescente delgado, y Ruric le llamaba Pies Ligeros.

Reynor estaba ya al alcance del brazo del centinela cuando anunció en voz baja, en valor: *lc eom baec* [He regresado], consiguiendo que aquél se sobresaltara.

Velozmente, Reynor se aproximó al comandante en jefe Ruric, y el príncipe Elgo le sonrió, cuando el muchacho llegaba a su altura, de una forma tal que Reynor supo en ese momento que toda su vida estaría dedicada al servicio de Elgo.

—Y bien, muchacho —gruñó en voz baja Ruric, hablando la lengua de combate de los vanadurin, porque los harlingar estaban cumpliendo una misión bélica—, ¿cuál es su situación?

—En este momento están reunidos en el centro de la población para tomar el desayuno, desmontados salvo unos pocos, aunque la mayoría de los corceles están ensillados. Muchos han dejado sus armas (arcos, sables), pero de todas formas pueden recuperarlas fácilmente. El informe del cazador Arlan era exacto, porque no son más de un centenar. Hay apostado un centinela en cada extremo del pueblo, al norte y al sur, pero no han colocado ninguno entre los edificios, y estimo que podemos caer sobre ellos desde el este, en la dirección del Sol, aunque eso nos impedirá aprovechar para el ataque toda la fuerza de una carga de caballería. No he visto señales de los vanadurin habitantes de la ciudad, pero en el cementerio hay tumbas recientes.

Reynor hizo una pausa, y luego continuó, dirigiéndose directamente a Elgo:

—Señor, estimo que ahora es el mejor momento para el ataque, porque los cogemos desorganizados. Pero el problema es por dónde de atacar: por el norte y por el sur, hay centinelas; y por el este o el oeste, no podremos lanzar los caballos al galope.

Ruric también miró a Elgo.

—Y bien, muchacho, hasta el momento el plan de ataque es tuyo. ¿Qué crees que debemos hacer?

La respuesta de Elgo fue casi inmediata.

—Reynor, toma un arco y atraviesa las tripas del centinela del sur. Cuando le veamos caer, cargaremos desde el sur y arrollaremos a esos naudron intrusos, empujándolos hacia el norte y luego al este hasta devolverlos a la tierra traicionera de donde han venido.

La mirada de Reynor se iluminó, ¡Elgo le había elegido a él! Y sería exclusivamente su mano la encargada de dar la señal para el ataque. A toda prisa, el muchacho se dirigió a su corcel, y tomó el arco y las flechas.

Cuando Reynor se disponía a deslizarse de nuevo al interior del bosquecillo para llegar a campo a través hasta el extremo sur del pueblo, Ruric se plantó delante del explorador y lo tomó por los hombros, mirándole directamente a los ojos.

—Calma ahora, Pies Ligeros. Tómatelo con calma.

Ruric soltó al muchacho, y éste sacudió afirmativamente la cabeza con energía. Un momento después, había desaparecido.

Los harlingar montaron a caballo, en número ahora de cincuenta y uno, y lentamente guiaron sus monturas a lo largo de la línea de árboles que bordeaba por el sur un sembrado de avena cuyos tallos no habían crecido aún más de tres centímetros sobre el suelo. A sus espaldas, el Sol matinal empezaba a clarear en el horizonte, y sus rayos se esparcían por la tierra. Pero ninguna sombra alargada delataba a la mesnada de Elgo, porque no se apartaba del abrigo de los árboles.

Cuando llegaron al borde del camino, esperaron con las lanzas dispuestas, ocultos detrás de la línea de árboles. A menos de cincuenta metros estaba sentado a caballo el centinela naudran, absorto en su desayuno, comiendo con los dedos una especie de estofado entre chasquidos de labios y ruidos de deglución.

—Observadlo bien —dijo Ruric en voz baja—, porque ese mismo aspecto tienen todos los naudron.

El centinela tenía un tono de piel amarillo claro, y los ojos ligeramente rasgados. Su casco de acero estaba adornado por una tira de piel negra, y de la cimera del mismo emergía un robusto pincho. Se cubría el pecho y los brazos con un pellejo negro, ribeteado por una serie de correas entrecruzadas. Llevaba calzones anchos, y los pies enfundados en botas de piel, también ribeteadas por correas de cuero atadas. A un costado pendía un sable envainado, y del pomo de la silla de montar colgaba un arco corto desencordado, con algunas flechas.

Elgo estudió con detalle al naudran, aunque su corazón le latía con fuerza, exigiendo acción. A sus espaldas, la inquieta columna de los harlingar mostraba la impaciencia del proyectil colocado en la caja de una ballesta montada y a punto de disparar. Los momentos se hacían interminables, y los ojos de Elgo buscaban por todas partes a Reynor, sin encontrarle.

«¿Se habrá perdido el muchacho?»

El tiempo seguía pasando.

«¿No va a llegar nunca?»

El Sol seguía ascendiendo en el horizonte.

«¿Lo habrán capturado?»

Cuando a Elgo le parecía que no iba a poder soportar más aquella espera, el centinela se deslizó con un suspiro hacia un lado, cayó del caballo y quedó tendido como un bulto informe en el polvo del camino, sin que nada, más que el débil toe de una flecha lanzada desde un punto lejano, revelara la causa.

Y la mesnada de Elgo se lanzó a una carga furiosa, las lanzas en ristre, los cuernos de toro negro sonando a toda potencia, los cascos de los caballos repiqueteando sobre el camino empedrado. La tierra temblaba al paso de aquel trueno que se descargaba sobre el enemigo.

Con el primer son del cuerno de toro negro, los guerreros naudron se pusieron en pie de un salto y dieron la alarma a grandes voces. Unos corrieron hacia sus caballos, mientras otros empuñaban sus armas y maniobraban con desesperación para encordar los arcos y montar las flechas. Pero los harlingar cayeron sobre ellos antes de que pudieran acabar sus preparativos, y las lanzas dirigidas de los corceles al galope provocaron el caos. Gritos de muerte resonaron en el aire, mientras las puntas de las lanzas quebraban huesos y los sables subían y bajaban acompañados por el agudo y estremecedor sonido de la carne sajada en vivo, y por los gemidos de los moribundos.

La lanza de Elgo se había roto con el impacto del primer hombre al que ensartó, y ahora era la hoja de su sable la que se abría paso entre correas, pellejos y cueros en busca de la carne oculta de detrás todas aquellas defensas. La sangre manchaba su sable hasta la empuñadura, testimonio elocuente de las víctimas muertas o heridas.

Pero, aunque tomados por sorpresa, los naudron eran fieros guerreros, y quienes estaban desmontados consiguieron por fin empuñar sus armas, mientras otros acudían a caballo a participar en la refriega, haciendo centellear sus propios sables.

Y ahora también los vanadurin caían ante los enemigos, las manos inertes dejaban escapar la lanza o el sable, y los hombres caían sobre la tierra ensangrentada.

¡Ching! ¡Chang! El sable de Elgo chocó con el de un naudran a caballo, que tal vez doblaba la edad del muchacho. ¡Drang!, chocaron las hojas, acero contra acero. Cabeza contra cola, flanco contra flanco, los caballos se empujaban mutuamente mientras los jinetes, sin prestarles atención, trataban de conseguir ventaja.

—¡Daga! ¡Daga! —gritó el naudran, por encima del hombro del joven; y a espaldas de Elgo, un arquero a caballo colocó una flecha en la cuerda de su arco y apuntó al príncipe. Las plumas afiladas que adornaban el astil de su proyectil brillaron crueles a la luz matinal.

Muy cerca de allí, Ruric advirtió lo que ocurría y espoleó a Pedernal hacia el arquero, al tiempo que gritaba:

—¡Cuidado, Elgo!

Pero no pudo aproximarse más, porque otro enemigo interpuso; su montura entre ellos, y maniobró para apartar al maestro de armas hacia un lado.

Y en el preciso momento en que la espada de Elgo atravesaba al naudran que tenía frente a él, una flecha cruzó el aire, pasó silbando junto al príncipe y con un ¡toe! siniestro fue a hundirse en la garganta del arquero situado detrás de él, haciéndole tambalearse en la silla para caer después muerto al suelo, mientras su flecha se perdía en el vacío.

Elgo miró a un lado, y vio ¡a Elyn!

¡La doncella guerrera había llegado a tiempo para participar en la batalla!

Verdaderamente muy a tiempo, porque en la mano empuñaba su arco; había sido una flecha de Elyn la que salvó a Elgo. Y él lo sabía tan bien como ella.

En el mismo momento, una nueva flecha silbó en medio de la multitud, y otro oriental cayó al suelo con un gemido. Y apareció el joven Reynor corriendo a pie en medio del tumulto, con el arco en la mano, disparando una tras otra sus flechas contra los guerreros enemigos. Y cuando vio sano y salvo al príncipe, se sintió feliz.

Unos instantes después, los naudron hicieron un esfuerzo por reagruparse y romper el cerco de los vanadurin, y huyeron por el mismo camino por el que habían llegado.

Voceando los gritos de combate de los vanadurin, la mesnada de Elgo se lanzó en su persecución; Reynor se sumó a ella, después de montar en un corcel que corría sin jinete en medio de la batalla.

Por tres veces los naudron volvieron grupas y presentaron batalla, pero en cada ocasión volvieron a ser derrotados, al no poder competir con la destreza de los vanadurin, por más que el número les fuera aún ligeramente favorable.

Y la lanza de Elyn, y también su sable, bebieron la sangre enemiga.

Y en la cuarta ocasión en que los naudron acosados volvieron grupas dispuestos a combatir, se oyó en la lejanía la llamada de un cuerno de toro negro, y todos alcanzaron a ver un grupo de vanadurin, compuesto por cien o más guerreros, que llegaba a la carrera para reforzar la mesnada de Elgo.

Eran Arlan y los hombres reclutados en Easton, que llegaban por fin en respuesta a la llamada de Elgo.

Los naudron, entonces, dieron media vuelta y huyeron al galope hacia el este.

Gritos de triunfo resonaron en las filas de los harlingar, que se lanzaron a la caza de los fugitivos con Elgo y Elyn a la cabeza, como lo habían estado en todo momento, acribillando a los orientales con una lluvia de flechas.

Pero Ruric hizo sonar su propio cuerno, llamando a los guerreros a detenerse. Y esperaron la llegada del grupo de Arlan. El cazador venía con una sonrisa de oreja a oreja, y el maestro de armas ordenó al capitán Weyth que tomara el mando de la mesnada de jinetes de Easton y siguiera a los intrusos hasta asegurarse de que habían cruzado las fronteras de su reino, hostigándolos en caso de necesidad, batiéndose con ellos si era inevitable, pero conduciéndose con prudencia a fin de ahorrar tantas vidas como fuera posible.

—... Así haremos que esos perros que huyen con el rabo entre las piernas lleven un mensaje a Bogar: que los harlingar no toleran ejércitos extranjeros en sus tierras. Pero aunque les vayas pisando los talones, Weyth, no intentes cruzar el río Judra ni entrar en las tierras de Bogar, porque no queremos darles ninguna excusa para que monten una contraofensiva. Marcha ahora, capitán, y haz que esos salteadores no paren de correr hasta la frontera, porque no quiero que pasen ni un solo minuto más sobre nuestro suelo.

Entre gritos de júbilo y feroces aullidos bélicos, Weyth, Arlan y la mesnada de Easton marcharon tras las huellas de los naudron fugitivos, visibles ahora apenas como pequeñas motas negras en la inmensa pradera. Los vanadurin se lanzaron al galope como una banda indisciplinada de pastores que vagabundearan por los campos, pero apenas se hubieron alejado unos centenares de metros, formaron una columna ordenada, con las lanzas enhiestas, la contera apoyada en el hondón del estribo y las hojas brillando al sol.

Volviendo grupas al frente de su propia mesnada, Ruric, Elyn y Elgo, con los demás vencedores ensangrentados, regresaron lentamente en dirección sudoeste, por el camino que habían seguido, deteniéndose tan sólo el tiempo suficiente para vendar sus heridas. Y mientras cabalgaban hacia la lejana Arnsburg, Ruric advirtió las miradas rebosantes de júbilo que brillaban en los rostros del príncipe y de la princesa.

—Dejar de relameros —gruñó el maestro de armas—, porque tengo algo que enseñaros.

Pero Ruric no quiso explicarles entonces el porqué de su advertencia.

Cuando el rojo Sol poniente acariciaba el horizonte occidental de la tierra, la mesnada de Elgo entró de nuevo en la aldea de Arnsburg. Fue entonces cuando el maestro de armas aclaró el sentido de sus agoreras palabras:

—Quedaos a mi lado, jovencitos —la voz de Ruric era sombría—, y tú también, Pies Ligeros. Quiero enseñaros una cosa que habéis de aprender.

Después de dar al resto de la columna la orden de entrar en el pueblo, el comandante en jefe desvió su caballo a un lado, y seguido por los tres muchachos cabalgó en dirección este, a través del sembrado de avena, entre montículos bajos cubiertos de hierba. Allí, en el campo del cementerio, el maestro de armas desmontó, e hizo seña a Elgo, Elyn y Reynor de que hicieran lo mismo. Y los tres descabalaron.

Ruric señaló los túmulos en los que se advertía que la tierra había sido removida recientemente, túmulos que tan sólo Reynor, en sus tareas de exploración, había visto antes.

—Mirad éste, y aquél, y ese otro. —El comandante extendió su brazo en un amplio gesto—. Debajo de estos montículos verdes yacen los muertos, mis jóvenes amigos; ellos son uno de los precios de la guerra. Pero no es todo. Hay más.

De nuevo montó a caballo Ruric, y les dijo:

—Venid.

Y de nuevo sus jóvenes discípulos le siguieron.

Entonces pasó por entre los edificios hasta el interior del pueblo. Los aldeanos se precipitaron a darles las gracias, muchos de ellos con lágrimas en los ojos. Unos habían perdido parientes próximos a manos de los invasores naudron; todos habían perdido cuando menos algún amigo. Porque cuando los invasores habían caído sobre el pueblo de Arnsburg la mañana anterior, se había producido una lucha, y la Muerte había hecho su aparición. Eran aquellos muertos los que descansaban en el campo del cementerio.

Ahora el pueblo volvía a ser libre; pero la libertad se había tenido que pagar a un precio muy alto, como muy pronto pudieron advertir con claridad meridiana.

Los aldeanos habían hecho desaparecer la mayor parte de las señales de la batalla, pero a un lado de la calle estaban alineados los cadáveres de los naudron. Y también allí estaban los cuerpos de los harlingar muertos.

A pie, Ruric llevó a los tres jóvenes para que miraran de frente los rostros de los muertos.

—Mirad a este muchacho —ordenó—. No era mayor que tú, Reynor.

Los tres muchachos se inclinaron a observar las facciones del joven naudran. Una mata de cabellos negros remataba su cabeza, y su piel tenía el matiz del ámbar pálido. Los ojos eran ligeramente rasgados. Podía tener unos diecisiete años.

—Y aquí hay uno con una flecha atravesada en la garganta, princesa. Tal vez no tiene un hijo que le eche en falta, ni una esposa que le llore..., o tal vez sí.

»Este otro murió de una lanzada. Mirad la herida abierta. Me pregunto cuáles serían sus sueños: ¿una pequeña parcela de terreno de cultivo? ¿Vivir en un valle boscoso? ¿Cazar, pescar? Sean cuales fueren, ya no podrán cumplirse, porque sus sueños han muerto con él.

Lentamente, Ruric los hizo desfilar delante de los enemigos acuchillados, sin más comentarios, porque no necesitaban un heraldo que anunciara la causa de su muerte, ni un clérigo que comentara la pérdida para sus parientes y amigos.

Luego el comandante se detuvo junto a los harlingar muertos.

—Este es Dagan, yo mismo le adiestré en el manejo de la lanza y el sable. Su esposa recién casada pasará ahora sola las noches.

»Y Hrut. Tú debes de recordarlo bien, Elyn, porque fue uno de los que te puso a prueba cuando pedías ser una doncella guerrera.

»Éste es Kemp el Viejo. Nos adiestramos juntos en el manejo de la espada cuando yo era un recién llegado al servicio de la corte de Aranor. Ach, le echaré de menos, y lo mismo le ocurrirá a su hijo, Kemp el Joven.

Al lado estaba inclinado un muchacho con los ojos arrasados de lágrimas, sin perder de vista ni un instante el rostro de su padre muerto.

De nuevo guardó silencio Ruric mientras circulaban entre los muertos, viendo juntos a amigos y enemigos, sin apenas diferencias entre unos y otros, excepto tal vez el color del cabello y de la piel y, por supuesto, la forma de morir de cada uno.

—Por esa razón no debéis relameros de gusto, amigos, ni de estar alegres —dijo al llegar al final de la línea—. Porque por la libertad se paga un precio demasiado caro, tanto en amigos como en enemigos, para exaltarse con una victoria olvidando a quienes perecieron por alcanzarla.

»En eso consiste una de las principales lecciones de la guerra, mi príncipe, porque tú serás rey algún día, si Adon lo quiere. Recuérdalo y recuerda su enseñanza: que la guerra no es un juego remoto al que juegan los guerreros sobre un tablero. Es un asunto serio, y hombres como tú y como yo mueren por culpa suya. Y siempre dejan atrás a las verdaderas víctimas, los vivos, los que sufren todavía más que los muertos: familia, amigos, amantes.

»Por eso, la obligación de los reyes es evitar la guerra, en la medida en que exista una posibilidad. Y si no existe, intentar al menos limitar sus terribles desastres.

«Recuerda bien esta lección, mi príncipe y futuro rey, y quizá no llegará nunca el día en que contemples el rostro de un muerto de tu propio linaje, familiar, amigo, amado (como Reynor, como Elyn), porque los reyes tienen poder para enviar a la gente a la guerra, y en ocasiones olvidan, o ni tan siquiera tienen en cuenta, que son carne y sangre vivas lo que envían al matadero.

»Y también, déjanos confiar en que nunca tendremos que regresar junto a los seres amados con noticias como las que habremos de llevar ahora a nuestras casas.

»Pero la guerra nos enseña aún otra lección, y es la siguiente: debéis llorar también a vuestros enemigos, amigos míos —Ruric señaló con un gesto a los naudron muertos—, porque, tal y como habéis visto, sólo se diferencian de nosotros por detalles mínimos, si es que existen esos detalles, y también ellos dejan detrás vivos que los lloran y sueños hechos añicos.

»Una cosa más, para terminar: hay ocasiones en las que la guerra es inevitable, y entonces debemos afrontarla sin dudar. Nunca esquives la obligación de hacer la guerra cuando sea preciso hacerla. Pero recuerda siempre su costo, porque se trata de un precio incalculable.

Ruric guardó silencio, y observó a los tres jóvenes amigos. Ahora sus rostros estaban serios, sombríos, y la exaltación de la victoria había desaparecido, porque conocían su precio. La gloria del triunfo había sido sustituida por una sensación de vacío, como si cada uno de ellos hubiera recibido un golpe en la boca del estómago, por más que nadie les había pegado.

Mientras seguían sumidos en un silencio incómodo, un anciano de la aldea se aproximó a Ruric.

—Señor, ¿qué hacemos con los muertos?

Fue Elgo quien respondió:

—Enterradlos con honores..., y a los enemigos también.

—¿Y los prisioneros heridos? —El anciano se dirigía de nuevo a Ruric—. ¿Qué hacemos con ellos?

Y de nuevo, fue Elgo quien respondió:

—Mirad que estén bien atendidos; cuando se hayan restablecido, tomadles juramento, por lo más sagrado que exista para ellos, de que nunca volverán a levantar la mano contra este reino; y devolvedles la libertad a condición de que marchen de este país y nunca regresen a él. Pero a los que se nieguen a jurar, matadlos.

Cuando finalmente la mesnada de Elgo regresó al castillo, fue recibida por una multitud entusiasta, porque Ruric había enviado por delante a un mensajero con las noticias de la victoria. Pero los vítores no regocijaron a Elgo ni a Elyn, porque la experiencia los había hecho más juiciosos. Cuando cabalgaban hacia la guerra, su temple no había sido aún puesto a prueba; ahora regresaban como hierro forjado por la batalla. Con todo, tenían la capacidad de adaptación y el espíritu de la juventud, de modo que saludaron y sonrieron a quienes los aclamaban, contentos de estar de regreso.

Al ver a Elyn entre los componentes de la mesnada, Mala se enfureció, porque la ausencia de la princesa la había llevado casi a la desesperación, y no estaba segura de que Elyn hubiera ido a pelear, a pesar de los signos evidentes de cuáles eran las intenciones de la doncella guerrera.

En los días siguientes, Elyn decidió ignorar los reproches de Mala, aunque sí se sintió afectada por la reprimenda que en privado le propinó Ruric por haber desobedecido sus órdenes.

Con respecto a la guarda del castillo, la recluta se había llevado a cabo con todo éxito, y los expedicionarios encontraron a su regreso las murallas bien defendidas por una nutrida guarnición, mandada por el capitán Barda. Después de dos días de descanso para los guerreros recién regresados, los componentes de la guarnición temporal regresaron a sus hogares, no sin que Elgo les diera uno a uno las gracias y los retribuyera con doce monedas de cobre.

Al día siguiente regresó, cabalgando en solitario, el capitán Weyth, e informó de que los naudron habían galopado sin detenerse hasta cruzar la frontera, y no habían vuelto grupas en ningún momento con intención de combatir. Y la tropa de Easton se había disuelto inmediatamente después, emprendiendo cada cual el regreso a su hogar.

Trece días después, en un día frío y bajo una lluvia violenta, Aranor y su séquito volvieron al Palacio. Los relámpagos se multiplicaban, cegando momentáneamente los ojos mientras los truenos retumbaban en los oídos. El rey entró a toda prisa en el vestíbulo del castillo, con el agua cayendo a chorros de su capa empapada. Mala le estaba esperando.

Pasada media hora, Elyn y Elgo fueron llamados a su presencia. Allí los gemelos encontraron a Ruric, Mala y Gannor, primo de Aranor y Hrosmariscal de los Jordreichs.

—Marcho a firmar un tratado con Randall, y a mi regreso me entero no sólo de que se ha empezado una guerra con Bogar mi ausencia, ¡sino de que hemos vencido sin necesidad de mi ayuda! —Una gran sonrisa iluminó las facciones de Aranor—. Buen trabajo, hijos míos, buen trabajo.

»Elgo, me han dicho que tú trazaste el plan que los derrotó y los hizo volver a escape a su reino. Estoy muy orgulloso de tu conducta.

»Pero tú, Elyn, por lo que me ha contado Mala —en el ambiente se percibía la tensión de las palabras agrias que debían haberse cruzado anteriormente los dos—, te escapaste desobedeciendo la decisión de Ruric de que te quedaras aquí, y de ese modo pusiste en peligro a los dos herederos de la línea sucesoria. Hija, podías haber muerto en la batalla. ¿Tienes algo que alegar?

Un gran rayo cayó en algún lugar cercano, y su cegadora luz blanca inundó las altas ventanas de piedra y la cámara iluminada por las antorchas, borrando todas las sombras; de inmediato el rugido del trueno hizo retemblar el suelo y tintinear las bandejas dispuestas con un guiso de carne aún intacto, los vasos de vino y los cestillos de pan.

Elyn pensó que la imagen fijada por aquella luz quedaría grabada para siempre en sus ojos: la mirada severa de su padre, sentado frente a ella; el Hrosmariscal Gannor, de pie a la izquierda del rey, vestido aún con las ropas empapadas del viaje, húmeda la barba rubia, los ojos azules y acerados; Ruric a la derecha de Aranor, esperando la respuesta de Elyn; Elgo junto a ella, a su derecha; y finalmente de pie entre el rey y Gannor, Mala, los ojos brillantes de triunfo.

Cuando las sombras volvieron a instalarse en la sala, Elyn respondió con voz tranquila:

—Señor, si yo no hubiera ido a la batalla, vuestro heredero principal, Elgo, estaría muerto, y vos lloraríais su pérdida en lugar de someter a vuestra hija a una inquisición.

Con expresión de asombro, Aranor dirigió su mirada a Elgo.

—Es cierto, señor —afirmó Elgo—. Habría sido atravesado por una flecha enemiga de no haber aparecido ella cuando lo hizo. ¡Ai! Pero ella fue la primera en disparar e hirió en la garganta al enemigo situado a mis espaldas, de modo que el proyectil de éste se perdió en el vacío, lanzado por sus manos muertas.

—¡Hai, doncella guerrera! —gritó Ruric, y asombró a Elyn por lo que dijo a continuación, porque sus palabras estaban en flagrante contradicción con las que le había

dirigido en privado—. ¡Y eso no es todo, señor, porque emprendió la persecución con nosotros y abatió a tres más, uno con la lanza y dos con el sable!

Ahora fue Gannor quien gritó:

—¡Hai, doncella guerrera! —Y los ojos del Hrosmariscal se iluminaron con un fuego interior, mientras sonreía a Elyn.

—¿Es cierto eso, hija mía? —Aranor se levantó del sitial del trono—. ¿Has recibido tu bautismo de sangre? ¿Y también salvado a Elgo?

Ante el sencillo gesto afirmativo de Elyn, Aranor se acercó a ella y la estrechó en un fuerte abrazo.

—Entonces, eres en verdad una doncella guerrera, la primera en más de mil años.

Aranor estaba empapado, su barba chorreaba agua y su ropa de viaje la hizo estremecer por su humedad y el tacto frío, pero Elyn nunca se sintió tan reconfortada y cálida como en aquel abrazo de su padre.

—Sin duda no hablas en serio cuando dices que es una verdadera doncella guerrera —explotó Mala—. No, con todo lo que eso puede significar en el momento de elegir un marido adecuado para ella.

—¡Por Hèl, Mala! —Aranor soltó a Elyn y escupió las frases en la cara de la solterona—. ¡Mi hija es una doncella guerrera! ¡Una verdadera doncella guerrera! ¡Y que me condene si permito que alguien le regatee siquiera uno de los derechos que como doncella guerrera le corresponden!

Con la mandíbula desencajada, furiosa, Mala se precipitó fuera del salón del trono, haciendo virtualmente palpables su rabia y su frustración. Aún se la pudo oír murmurar:

—... Cosecharás lo que has sembrado. Hazme caso, Aranor, vivirás para lamentar este día. Después de todo lo que he hecho, has...

Fuera de sí, salió finalmente de la estancia, arrastrando tras ella, como una cola, sus maldiciones.

—Por Adon —suspiró Aranor, al ver desaparecer a Mala—, esa mujer es capaz de sacar de sus casillas a un santo varón. ¡Por el botín de Sleeth! Apenas había dado yo una docena de pasos dentro del castillo cuando empezó con sus quejas. Estaba mojado, helado, hambriento, agotado, pero eso no tenía la menor importancia para ella. Lo único que le importaba era tu «intolerable comportamiento», Elyn. ¡Maldición!

Se volvió, y con un brazo alrededor de los hombros de hijo y de su hija, Aranor los condujo hasta la mesa.

—Venid aquí, sentémonos a comer, y habládme de la batalla de Arnsburg, porque quiero conocer hasta el más mínimo detalle.

Y así, interrumpidos por el resplandor de los relámpagos y el fragor de los truenos, Aranor, Elyn, Elgo, Ruric y Gannor se sentaron a comer delante de un fuego vivo, preparado para secar sus ropas húmedas. Y hablaron sin parar hasta muy entrada la noche, mientras la tormenta se alejaba poco a poco hacia el este y los relámpagos se iban convirtiendo en parpadeos de luces lejanas, seguidos por el débil eco de un remoto redoble de tambor.

También fue durante aquella noche cuando Aranor regaló cuernos de toro negro tanto a Elyn como a Elgo, un símbolo que les otorgaba el rango de guerreros probados; el cuerno de Elgo estaba adornado por un ribete de oro, y el de Elyn por una runa de plata.

Y nunca más puso en duda nadie los derechos de Elyn como doncella guerrera. Y nunca más volvió a negársele la opción de cabalgar a una batalla, aunque años más tarde llegaría el momento que el deber le exigiría quedarse atrás..., por más que su corazón estuviera en otra parte.

Noche Larga Anual, 3E1600
[Dos años atrás]

Constantemente, día tras día, la orgullosa mente de Elgo volvió al problema de Sleeth: cómo matar al gran dragón del Frío y apoderarse de su botín. Pasó un año, luego otro, y otro más aún, hasta un total de seis. Y cada año, durante el largo invierno, cuando muy arriba en la noche auroral cambiaban de tono las franjas de wereluz y ardían con extraños colores, se entretenía en imaginar grandes hazañas y proezas heroicas. Y su mente astuta encontraba la manera de llevar a cabo esas hazañas. Consiguió capturar a Llama, el garañón rojo, y regaló el poderoso corcel a Aranor. Raptó a la bella Arianne de la mismísima fortaleza de Hagor, e hizo de ella su amante esposa. Mató a Golga sin ayuda de nadie, porque jamás olvidó las palabras de Ruric respecto a su responsabilidad por las vidas de los demás. Hizo todas esas cosas y muchas otras, y conquistó una merecida fama por ellas; pero su mente seguía dando vueltas al problema de Sleeth y de cómo matar un dragón.

Meditó en todas las cosas que le habían contado Ruric y Elyn, e incluso en las palabras de Trent, tratando de encontrar alguna pista que le permitiera cumplir su juramento.

Y finalmente, una noche gélida, en la oscuridad del castillo, su voz, sobrecogida por una súbita revelación, murmuró:

—Es tan sencillo..., tan increíblemente sencillo.

Y sus palabras fueron haciéndose más fuertes a medida que crecía su convicción.

—¡Por Adon! —Y una risa salvaje se extendió por las salas en sombra—. ¡Por Adon!

Porque Elgo había ideado por fin un plan para derrotar a Sleeth un plan que seis meses más tarde, el Día Largo del Año, los llevaría a él y a cuarenta guerreros más a un valle situado en el corazón de las montañas de Riega, el valle que conducía hasta las puertas destrozadas de la perdida Piedra Negra, el mismísimo holt del gran dragón del Frío.

Pero aquello todavía tenía que suceder, y en esa noche tenebrosa en que por primera vez se le ocurrió el plan, en el cielo de la medianoche auroral las franjas cambiantes de wereluz espectral ardieron con un tono rojo fantasmal..., un rojo desgarrado, sangriento.

12

Sleeth el Orm
Finales de primavera, 3E1601
[El año pasado]

Mientras dormía sobre un lecho consistente en un montón de oro robado, algo turbó los sueños reptilianos de Sleeth. Lentamente, uno de los grandes ojos del ofidio se abrió, aunque la transparente membrana nictitante permaneció en su lugar, como protección, porque el gran dragón del Frío percibía un peligro distante, o tal vez únicamente una leve amenaza.

Perezosamente aguzó sus sentidos, y exploró el exterior de las puertas de Piedra Negra, y el valle situado más allá. «¿Qué es eso? ¿Hombres? ¿Hombres en mis dominios? —Una risa cavernosa resonó en la mente del dragón—. No puede ser eso la amenaza que he captado.»

Sleeth retrocedió mentalmente en el tiempo, en busca de un recuerdo fugaz: «Por tres veces unos estúpidos insignificantes vinieron a llamar a mi puerta. Pero eran enanos, y no hombres. Ejércitos de enanos, que intentaban reclamar lo que yo me quedé para mí. Y por tres veces los destruí. ¡Locos!

Pero eso sucedió durante el primer siglo de mi conquista.

Y ahora andan merodeando hombres por aquí.

Muy bien, siempre es preferible que mi próximo almuerzo venga a mí, en lugar de tener que ir yo a buscarlo.»

Mientras calculaba el ritmo de su avance, Sleeth cambió ligeramente de postura, hundiendo su corpachón un poco más en el montón de oro. «Hay tiempo suficiente.» El ojo amarillo se cerró, y de nuevo la mente del dragón se sumergió en placenteros sueños de poder y de destrucción.

13

La presa
Finales de verano, 3E1602
[Presente]

Dejando atrás a los drokha muertos, Elyn y Thork prosiguieron su viaje hacia el este, a la luz de la Luna que asomaba ya en el horizonte. Una tregua hostil incrementaba la tensión del silencio incómodo que se había establecido entre ellos. Cabalgaron en la noche, mientras el globo de plata navegaba por la esfera de cristal. Pero una y otra vez, Elyn sintió erizársele el cabello en la nuca, como si la acechara algún peligro invisible. En esos momentos miraba a Thork y veía al enano escudriñar en la oscuridad las sombras, bañadas por la luz lunar, de rocas, árboles, arbustos y matorros, en busca de enemigos ocultos. Pero ninguno aparecía. Aun así, la vigilancia no disminuyó.

Poco a poco el caballo gris y el poni moteado acercaban a sus Jinetes a las lejanas fronteras de Aralon, al este. En ocasiones tropezaban en su camino con un arroyo, y entonces todos bebían el agua clara, descansaban un rato, y los dos jinetes alimentaban a sus monturas con montoncitos de grano y cuidaban también de sus restantes necesidades. Otras veces se alzaban delante de ellos colinas oscuras, y entonces daban un rodeo para evitarlas, porque en las sombras de aquellos altozanos podían estar esperando enemigo al acecho.

Finalmente, el cielo empezó a aclararse delante de ellos con las primeras luces de la aurora, y los dos empezaron a pensar en dónde podrían acampar y descansar. Pero pasaron aún tres horas y el Sol brillaba ya en el cielo antes de que encontraran un lugar adecuado: un montículo bajo y cubierto de hierba, sombreado por un árbol solitario y próximo a un río que trazaba lentos meandros a través de una pradera abierta poco propicia a las emboscadas.

—Esta vez haré yo la primera guardia, enano —dijo Elyn, y dos se dedicaron a sus monturas—. Y por cansada que esté —miró al decirlo la posición del Sol—, hagamos turnos de seis y seis he porque prefiero dormir de una vez, en lugar de partir el sueño; aunque Adon sabe que podría pasar durmiendo el día entero. Y durante mi turno de guardia me dedicaré a cazar algo por aquí cerca, porque estoy hambrienta.

Thork se limitó a responder con un gruñido afirmativo, al tiempo que cepillaba los lomos de su poni moteado.

Finalmente, los dos cargaron con las sillas y los equipajes hasta el lugar de la acampada, y allí, después de desembarazarse de su armadura, Thork se acurrucó en su saco y se durmió al instante.

De nuevo Elyn se bañó en el río y cuidó sus heridas, algunas de las cuales habían vuelto a abrirse; trató éstas con pequeñas cantidades de unguento, se colocó vendas limpias, y lavó las usadas. Luego tomó la honda, el arco y las flechas, y, cojeando levemente, recorrió la pradera hasta encontrar un lugar minado por agujeros de madrigueras. Al cabo de una hora había cazado siete gruesas marmotas de las praderas. Desolló y limpió los animales, y puso cinco de ellos a asar espetándolos en ramas verdes sobre una pequeña hoguera encendida junto al campamento, al socaire del viento.

Cuando estuvieron asadas, Elyn colgó cuatro, con sus espetones, de las ramas del árbol a cuya sombra descansaban, y devoró la quinta pocos instantes.

Después de acabar su comida, Elyn se lavó en el río y bebió un largo trago de agua clara; luego se sentó al Sol y contempló la interminable extensión de la pradera acariciada por el suave sople de una brisa ligera, al tiempo que vigilaba con toda atención. Muy arriba en el cielo, por encima de su cabeza, volaba un ave de presa que atrajo la atención de Elyn: un halcón de alas rojas. La doncella guerrera observó cómo el pájaro trazaba perezosos círculos, y su mente retrocedió a días más felices. Luego el halcón se inmovilizó, plegó las alas y se lanzó hacia abajo, volando como una flecha en dirección a una presa oculta e invisible para Elyn entre los tallos de la hierba alta. «¡Hai! ¡A por él, ala roja!», lo animó en silencio, al tiempo que recordaba a su pájaro favorito. Y cuando rozaba ya el suelo, el halcón desplegó sus alas, corrigió su trayectoria, y golpeó entre la hierba algo que quedaba escondido a la vista. Elyn se encontró de pie, aunque no recordaba haberse levantado. Haciendo visera con una mano, miró largo rato el punto en el que había desaparecido el cazador; y después de un largo silencio, vio reaparecer el pájaro, batiendo con fuerza las alas, con un conejo muerto apresado entre las garras. Como siempre le sucedía, Elyn sintió lástima por la víctima, pero no pudo dejar de admirar al cazador. Y mientras el halcón rojo volaba hacia el norte, la asaltó un pensamiento inquietante: «Me pregunto cuántos perseguidores invisibles nos acechan.»

Cuando su turno de guardia estaba ya a punto de finalizar, Elyn añadió más leña al fuego y puso a asar las dos marmotas restantes; luego despertó al enano.

Le pareció que apenas había tenido tiempo de acurrucarse en su saco y cerrar los ojos, cuando ya Thork la sacudía para despertarla.

—¿Un ataque? —susurró con voz ronca, al tiempo que se levantaba de un salto.

—Nada de eso, mujer —gruñó Thork—. Pero el Sol ya se pone.

Elyn refunfuñó. ¿Cómo era posible que hubiera acabado su turno cuando no había hecho más que tenderse? Adormilada, aceptó la taza de té que él le tendía, y el sabor tónico de la infusión ahuyentó su fatiga. Thork le pasó algunos pedazos de carne asada de la caza de Elyn, que él se había entretenido en deshuesar, y envolvió el resto en un paño con el fin de conservarlo al menos durante veinticuatro horas más.

—Es la última vez que nos ponemos en marcha los dos juntos, enano —dijo Elyn—. Y aunque hemos luchado codo con codo contra el enemigo común, me sentiré muy satisfecha cuando vuelva a viajar sola.

—También yo me alegraré de perderte de vista, mujer —respondió Thork—, porque no tengo el menor deseo de aliarme con un jinete.

Aquellas palabras hicieron relucir los ojos de Elyn, que apretó los dientes para no responder; sabía bien que esta marea nocturna iba a ser la última, y que mañana se vería libre de aquel... habitante de las cavernas,

Una vez más, levantaron el campo cuando la tierra empezaba a sumirse en una oscuridad disminuida muy pronto por la aparición de la Luna, ahora llena hasta rebosar, dibujando un enorme globo amarillo que parecía abarcar todo el horizonte. Y las estrellas titilaban en lo alto de la bóveda oscura, adornando la noche con su brillo cristalino. Pasó una hora, y luego otra, y la Luna ascendía en el cielo mientras ellos galopaban hacia el este, y el globo parecía hacerse mayor y más brillante cuanto más alto estaba, al tiempo que su color amarillo se transformaba en una luz plateada que se esparcía por la tierra, lo bastante viva para permitir ver, tanto de cerca como de lejos. Y en aquella luminosidad de platino, cabalgaban juntos los dos guerreros, el châk y la vanadurin, y con los pálidos rayos lunares que los bañaban, una suave sensación de paz y tranquilidad se apoderó de ambos.

Otra hora transcurrió, y pararon junto a una fuente para beber agua, refrescarse y alimentar con grano a sus monturas. Mientras estaban allí, de nuevo un estremecimiento maligno recorrió la espina dorsal de los dos, parecido al contacto viscoso de una de las

patas de araña; a toda prisa, Elyn y Thork montaron y se alzaron sobre los estribos para registrar con mayor perspectiva la pradera iluminada por la Luna.

—Allí —murmuró Thork, señalando hacia el sudeste.

Elyn miró con fijeza en la dirección indicada.

—No veo nada... No, espera, ahora lo veo. Un bulto oscuro que se mueve a través de la llanura. Pero no sabría decir de qué se trata.

—Los ojos de los châkka ven mejor en la penumbra —respondió el enano—. Es un grupo de gente a pie, calculo que unos veinte o treinta, y parece que pretenden interceptar nuestro camino en algún punto situado delante de nosotros.

—Entonces cabalguemos, enano, cabalguemos.

Elyn se dejó caer en la silla, hundió los talones en los flancos de Viento, y la yegua gris salió disparada hacia adelante, mientras el poni moteado de Thork la seguía de cerca.

Avanzaron veloces en dirección este, la yegua a un medio galope y el caballito a galope tendido, en cabeza ahora y marcando el ritmo al corcel mayor.

Thork seguía observando las evoluciones del grupo que se aproximaba.

—Ahora marchan a la carrera —gritó a Elyn—, e intentan cortarnos la retirada. ¡Kruk! ¡Es el Falso Pueblo, ukh y hrok juntos!

Pero ahora, a la luz refulgente de la Luna, también los ojos de Elyn podían ver a los enemigos, cruzando la pradera entre destellos de sus armas polvorientas, o tal vez de sus armaduras.

—Gira a la izquierda, enano —gritó, después de calcular su velocidad—, y no se acercarán siquiera a un tiro de flecha.

Thork viró hacia el nordeste, exigiendo el máximo a su pequeño poni moteado, y Elyn y Viento los siguieron.

Los wrg lanzaron una serie de aullidos guturales e intentaron acelerar su ritmo, pasando de un trote largo a una carrera desenfrenada; pronto los drokha, más altos, dejaron atrás a los pequeños rutcha, en su deseo de acortar la distancia que los separaba de la pareja.

Y tan cerca estaban ya, que Elyn pudo escuchar el entrecocar de las armaduras de los rutcha y los golpes en el suelo de los pies calzados de hierro de los wrg, lanzados a la carrera para interceptarlos y darles muerte a los dos.

Pero el pequeño y ágil poni no se dejó adelantar, y la pareja pasó como una exhalación por el punto de intercepción apenas unos segundos antes de que llegara allí el primer enemigo; y mientras los dos caballos se alejaban al galope, silbaron a sus espaldas flechas de astil negro, la mayoría cortas aunque una o dos fueron a clavarse en el suelo delante de los caballos. Pero éstos siguieron su carrera y dejaron definitivamente atrás a los enemigos; sólo alcanzaron a los fugitivos algunos aullidos de rabia y de frustración.

Cuando hubieron pasado mucho más allá del alcance de las flechas de los wrg, Elyn y Thork acortaron el paso de sus monturas hasta un trote cómodo, y dejaron que los caballos recuperaran el resuello y se repusieran de aquella frenética carrera hacia la libertad. Los dos miraron atrás, para comprobar si la persecución aún continuaba.

—Discuten —informó Thork—, como si estuvieran indecisos sobre lo que hacer. No obstante, no nos siguen..., al menos por ahora.

—Creo que algún ser malvado anda detrás de nosotros —el tono de Elyn era grave—, pero ignoro por qué razón. Pero ya hemos sido atacados durante tres noches seguidas.

—Estaba a punto de decir lo mismo —replicó Thork—, pero una cosa sí sé, mujer: yo no fui atacado hasta que tú llegaste.

—De modo que la culpa es mía —se indignó Elyn—. Pues escúchame, enano: yo cabalgué en paz hasta tener el placer de encontrarme contigo.

Un frío silencio cayó sobre los dos, mientras proseguían su viaje al este. Y ninguno dijo nada más durante mucho tiempo. Finalmente, Thork se aclaró la garganta.

—Veamos, mujer, ¿no cabalgabas tú delante cuando los wrg intentaron cortarnos el paso? Tu corcel puede correr mucho más aprisa que el mío. Podías haberte escabullido antes de que cubrieran la mitad de la distancia.

La respuesta de Elyn se demoró un rato considerable.

—No me malinterpretes, porque no deseo ninguna clase de compañía. Pero escucha: por más que seas un enano, he hecho un pacto contigo, sobreentendido si quieres, pero un pacto de todos modos. El pacto era que cabalgaríamos juntos, por si encontrábamos un enemigo común. Luego ese enemigo apareció, y yo no he querido dejar de cumplir mi palabra, aunque lo que has dicho es cierto: Viento es capaz de correr como indica su nombre, y pudimos alejarnos antes de que el enemigo se aproximara tanto. Pero eso me habría hecho un flaco honor.

A la mención del honor, Thork dirigió una mirada larga y dura a la doncella guerrera, mientras yegua y poni seguían marchando cansinamente hacia el este; pero no añadió nada más. Finalmente desvió la vista de su acompañante, y una arruga profunda marcó su entrecejo.

De nuevo cabalaron largo rato en silencio, y una vez más fue Thork quien lo quebró:

—Guerrera, creo que tienes razón respecto a esos perros malignos que nos persiguen. Y me gustaría librarme de esa cosa que intenta una y otra vez cortarnos el paso. Propongo que sigamos cabalgando durante todo el día de mañana; tal vez así conseguiremos que pierda nuestro rastro. Porque el mal odia la luz del Sol, y tal vez el brillo de la luz de Adon lo obligue a dejar de seguirnos.

—Ay de mí —suspiró Elyn—, me abrumba el cansancio y tú propones que sigamos nuestro camino sin descansar. Yo también tengo ganas de perder de vista esa maldad. Nos persigue de una forma que no consigo descubrir, y sospecho que puede seguir nuestro rastro en la oscuridad, sin importar lo que hagamos. Pero no se me ocurre ningún plan mejor que el tuyo, y hemos de intentar que nos pierda de vista; tal vez una etapa a la luz del Sol lo consiga.

»Pero atiende: tendremos que caminar la mayor parte del tiempo, porque nuestras monturas no pueden seguir llevándonos indefinidamente, y conviene descargarlas de vez en cuando. Si dispusieras de un caballo mayor, podríamos utilizar el ritmo alternado de la cabalgada del Jordreich, y así pondríamos mucha tierra de por medio entre nosotros y nuestro perseguidor. Pero como no lo tienes, haremos lo más apropiado en su defecto: yo conduciré a Viento al ritmo que estime adecuado para una cabalgada a larga distancia de un poni. Por lo demás, será necesario caminar a ratos, y detenernos a descansar de cuando en cuando. Otra cosa sería si dispusiéramos de monturas de refresco, pero ya que no tenemos, no nos quedará otro remedio que hacer parte del camino a pie.

El amanecer encontró a Elyn y Thork llevando por el ramal a sus monturas, en medio de la llanura herbosa; no habían vuelto a sufrir ningún ataque a lo largo de la noche, aunque los dos habían sentido los ojos invisibles de la fuerza malévolas que los perseguía escrutándolos en la oscuridad. Fiel a su palabra, Elyn había ajustado el ritmo de su cabalgada hacia el este con el fin de recorrer tanta distancia como juzgó prudente, pero sin agotar para ello las fuerzas, tanto de las monturas como de los jinetes.

Por esa razón caminaban cuando el Sol asomó por el horizonte, renqueando los dos ligeramente a causa de las heridas recibidas tres noches atrás en el Khalian Mire. Finalmente llegaron a un arroyo burbujeante.

—Aquí descansaremos una hora. Yo dormiré mientras tú vigilas. La próxima vez serás tú quien descanse.

Elyn se tendió en la hierba y al instante se quedó dormida.

Todo el día siguieron cabalgando, caminando o descansando, siempre en dirección al este. Los caballos recibieron sus pequeñas raciones de grano, mientras que los dos jinetes consumieron el resto de la carne de marmota. El agua no faltó, porque en su camino cruzaron diversos ríos, que descendían de las cumbres de la lejana cordillera que

corría a su izquierda, al norte, y que constituía una estribación de las montañas del Murallón Sombrío, situadas más lejos. Como alimento adicional, ahora que la carne se había acabado, los dos jinetes consumieron raciones de galleta cruda, sosa pero nutritiva, muy común en Mithgar; de modo que el sustento no constituía una preocupación para los guerreros. Pero Elyn advirtió a Thork que las monturas no podrían continuar alimentándose indefinidamente de las magras raciones con que las alimentaban. Los caballos y los ponis necesitaban en el curso de un viaje mucha hierba y mucho grano, además de agua; pero lo exiguo de las raciones de los corceles no sería motivo de preocupación al menos hasta pasados uno o dos días más; después, necesitarían más tiempo de recuperación.

Así siguieron avanzando hacia el este mientras el Sol ascendía por encima de sus cabezas y descendía de nuevo, protegiéndolos con su luz del Falso Pueblo. Pero nada los protegía del agotamiento que parecía invadir sus huesos. Porque su viaje era incesante, por más que dedicaran a descansar una hora de cada cuatro.

En una ocasión se detuvieron junto a un arroyo, y allí Elyn se dedicó a curar una vez más sus heridas, aún abiertas; y lo mismo hizo Thork con las suyas. Y Elyn pasó su unguento blanco al enano, y ¡oh, sorpresa! recibió a cambio un unguento de color oscuro.

Y cuando Thork desgarró su justillo y se metió en el arroyo para lavarse los brazos y el pecho, sus músculos parecían cables de acero, y sus tendones cuerdas de cuero resistente.

Por fin, el Sol desapareció en el horizonte, y la oscuridad se extendió sobre la tierra. Ahora iban a comprobar si su largo viaje hacia la noche había ahuyentado al ser maligno que los acechaba; si la luz del día le había hecho perder la pista.

A la luz del crepúsculo, muy lejos todavía del lugar en el que se encontraban, vieron la mancha oscura de un gran bosque. Era el Skög, el país boscoso que se extiende por la frontera entre Aralon y Kath. Realmente habían recorrido mucho camino en su larga cabalgada.

Siguieron avanzando durante una hora más, hasta llegar a las proximidades del bosque, ahora negro y sombrío.

—Creo que debemos descansar antes de adentrarnos en el bosque —dijo Thork—, porque no sabemos lo que nos espera en su interior.

—En ese caso, no nos movamos hasta que la Luna se haya alzado lo suficiente para iluminar el camino por entre las copas de los árboles —sugirió Elyn, y Thork asintió con un gruñido.

De modo que desmontaron, y se tomaron un último descanso antes de sumergirse en lo desconocido.

Elyn se frotó los ojos con el dorso de las manos.

—Nunca me acostumbraré a dormir de día y vivir de noche.

—Comprendo tu punto de vista, guerrera —le respondió Thork—. Dentro de un Châkkaholt, el día sólo es visible a través de las claraboyas abiertas en la roca, y tal vez de una o dos puertas; y sin embargo ajustamos nuestro tiempo a la marcha del Sol, y ordenamos nuestras vidas según sus movimientos.

Elyn se removió inquieta al oír aquella mención de los hábitos de la vida de los enanos, pero no dijo nada, y Thork no continuó con el tema.

Descansaron largo rato, mientras el caballo y el poni devoraban la hierba jugosa, hasta que al fin apareció la Luna.

—Esperemos un poco más, media muesca de vela más o menos —sugirió Elyn—, para que la luz ilumine bien el bosque.

El silencio de Thork era una muestra de asentimiento, de modo que esperaron mientras la Luna se elevaba en el cielo, hasta que finalmente Thork se puso en pie y Elyn le siguió, y los dos se dirigieron hacia sus monturas.

De súbito, Viento relinchó y empezó a tironear de su ramal, con ojos espantados. También el poni de Thork se movía inquieto y piafaba con signos de terror. Y en el mismo momento, la sombra del mal pasó aleteando por las mentes del enano y la doncella guerrera.

Y oyeron algo extraño que removía la tierra.

—¡Ay! —gritó Thork—. ¡Al sur! ¡La tierra! ¡La mismísima tierra!

Avanzando en su dirección como una gran zanja oscura, la tierra se levantaba removida por una poderosa fuerza, como si algo largo, macizo y maligno los persiguiera bajo el suelo, un monstruo subterráneo que los acosaba sin salir a la superficie.

—¡Huyamos! —gritó Elyn con voz ronca y ojos desorbitados por el terror. Cortó el ramal y saltó sobre los lomos de Viento, espoleándolo en dirección a los bosques.

Thork corría detrás, montado en su poni, que galopaba presa ¿el pánico.

Y detrás de ellos la superficie del mundo temblaba y se quebraba; el manto de césped se fracturaba, empujado hacia arriba y a un lado desde debajo, y la tierra removida parecía gritar de agonía mientras la zanja subterránea aceleraba su marcha en persecución de la pareja, abierta por algo horrendo que se acercaba más y más, dejando a su paso un largo montículo roto de tierra torturada.

—¡Corre, Viento, corre! —gritaba Elyn, volcada hacia adelante en la silla, espoleando a la yegua gris y mirando hacia atrás para ver a Thork, que la seguía a toda la velocidad de que era capaz su poni, a pesar de lo cual la cosa subterránea se aproximaba cada vez más.

—¡Rach!

Tirando con fuerza hacia la izquierda de las riendas de la yegua, la doncella guerrera corrió trazando un amplio círculo hasta situarse al lado del enano, y ambos siguieron corriendo, a pocos centenares de pasos ahora del túnel abierto a sus espaldas por la cosa invisible lanzada contra su pretendida presa.

—¡A la derecha! ¡Gira a la derecha —gritó Elyn—, o nos alcanzará a los dos!

Thork viró hacia la derecha, apartándose de la dirección seguida por Elyn y apretando de firme a su caballito, mientras que Elyn, por su parte, tiraba de las riendas de Viento para quedar rezagada, y seguía recta en la misma dirección; la zanja abierta en el suelo aceleró entonces su marcha para seguirla a ella.

Más y más se acercó, faltaban ya pocos metros para que la alcanzara. Entonces Elyn se inclinó adelante en la silla.

—¡Ahora, Viento! —gritó, dando rienda suelta a la yegua gris—. ¡Enseña a ese monstruo tu grupa!

Y Viento saltó adelante con la velocidad del relámpago, pero otro tanto hizo la tierra movediza, y los dos corrieron a través de la llanura herbosa, el raudo corcel y su perseguidor oculto, en dirección al bosque cercano.

Era una carrera a vida o muerte.

Thork y su poni, siguiendo un camino diferente, también corrían hacia el refugio del bosque; ya no como la presa del cazador, como la víctima previsible de aquel juego mortal. Elyn le había librado de morir sacrificado a un destino desconocido, y sus ojos se esforzaban por seguir las evoluciones de la doncella y de la cosa que le daba caza.

—¡Corre, doncella guerrera, corre! —Tembló su voz, por entre los dientes apretados. Y luego—: ¡Elwydd, protégela! —se elevó su plegaria, y en ese mismo momento su poni moteado entró en el abrigo tenebroso del bosque.

Rápidamente cambió de rumbo, corriendo ahora en dirección norte de modo que el ágil caballito serpenteaba entre los árboles, guiado por las manos firmes del enano, que escudriñaba la noche con su mirada penetrante. Y mientras corría bajo los árboles, no perdía de vista la caza desesperada que tenía lugar en la llanura.

Ahora Elyn hacía correr a Viento en un amplio círculo; la yegua huía delante de la cosa, y la doncella guerrera procuraba ganar terreno mediante hábiles maniobras, pero sin que

la distancia aumentara de una manera apreciable. Corrió en círculo hasta llegar finalmente a la estela de tierra removida dejada por su perseguidor, y Viento saltó limpiamente el obstáculo.

¡Hush!, la tierra se alzó en una súbita explosión cuando la cosa cruzó su propia estela, siempre detrás de la yegua que huía.

—¡Aquí, guerrera, ven por aquí! —gritó Thork desde la linde del bosque.

Y Elyn modificó ligeramente la dirección de su carrera y se dirigió al lugar de donde había venido la llamada, y entonces pudo ver el poni que reulaba presa de pánico, retenido únicamente por la firme mano de Thork.

Y detrás de ella, el suelo seguía abriéndose hacia arriba mientras algo en su interior corría a toda velocidad, cambiando de dirección para dar alcance a la yegua fugitiva.

Thork hizo volver grupas al poni y lo espoleó cuando Elyn llegó a su altura; y los dos juntos se sumergieron en el Skög, el enano delante y la doncella guerrera detrás de él, serpenteando entre los árboles.

Detrás de ellos los árboles empezaron a caer al suelo a medida que la cosa que los perseguía avanzaba, desarraigando con la misma facilidad a los gigantes del bosque que a los pimpollos recién nacidos, en su ansia por matar. Y delante de ella volaban los dos guerreros, ahora con Thork a la cabeza porque sus penetrantes ojos de enano y la agilidad de su poni le daban ventaja.

Poco a poco fueron ganando terreno sobre su perseguidor, aunque los dos sabían que aquella cosa todavía los seguía, estorbada tal vez por las raíces y las rocas, o porque no podía seguir con la misma facilidad el rastro de sus presas entre los árboles. Aun así, no aflojaron el paso, porque podían presentarse multitud de obstáculos a su carrera: un barranco, un peñasco u otro impedimento que pidiera el paso. No obstante, Thork era experto en advertir la conformación del terreno, y siguió un camino que conducía en dirección a lo alto de la colina, siempre que las circunstancias se lo permitían. Finalmente, llegaron a una gran excrescencia de granito, un afloramiento del escudo geológico, erosionado muchos siglos atrás por los hielos eternos que cubrían entonces el norte.

—Por aquí —susurró el enano—. Ese claro se asienta sobre la roca firme.

Y condujo a Elyn, fuera del abrigo de los árboles, a una loma despejada en la que las herraduras de hierro de los caballos repiquetearon al pisar sobre piedra. Cabalgaron hasta el centro de la loma, y allí se detuvieron.

—Desmonta, guerrera —gruñó Thork—. Pero prepárate a cabalgar de nuevo si es necesario. Porque no sé si la roca será capaz de detener a lo que nos persigue.

—¿Qué es? —preguntó Elyn—. ¿Sabes lo que puede ser?

—No, guerrera, lo ignoro —respondió Thork moviendo despacio la cabeza—. Ninguna tradición, ninguna ciencia, ningún mito habla de una cosa que persigue bajo tierra. Y por lo que yo sé, sólo los utruni viven bajo tierra, aunque algunas historias hablan de otras cosas que también habitan en las profundidades.

—¿Utruni? ¿Te refieres a los gigantes? —preguntó Elyn—. ¿Podría ser uno de ellos el que nos sigue? Siempre he creído que eran aliados nuestros, por lo menos en la Gran Guerra, o así me lo han contado.

—Sí, son aliados —respondió el enano—. Y tienes razón: los utruni, los gigantes de piedra, no son malvados, y esa cosa que nos persigue no puede ser uno de ellos. Además, desplaza la tierra, y los utruni no. Esperemos que, sea lo que fuere, no consiga alcanzarnos en esta loma de roca viva.

A lo lejos podían oír caer los árboles, y el estruendo se iba aproximando.

Hacia el este, la Luna navegaba serena en medio de la noche estrellada, y su luz plateada iluminó a los cuatro seres instalados en la loma: Elyn, Thork y las dos monturas. El globo luminoso no parecía advertir el drama desesperado que se estaba desarrollando abajo, y despedía su luminosidad de platino igual que siempre, como lo había hecho desde la creación del mundo y de la Luna.

Elyn examinó a Viento, y luego al caballito, murmurando algo en voz baja mientras lo hacía; Thork escuchaba en silencio sus suaves palabras.

—¿Qué nombre tiene este intrépido caballito? —preguntó ella al enano.

—Cavador —contestó Thork después de una leve duda, como si poner nombre a un poni significara, de alguna manera, una debilidad vergonzosa.

—Muy bien, Cavador—dijo ella al poni—, estás cansado, como todos nosotros, y necesitas descansar sin falta; pero has de estar preparado porque podemos vernos obligados a huir de nuevo, y si tú y Thork no nos indicáis el camino, ¡zas!, Viento y yo caeremos sin remedio en las garras de ese monstruo, si es que tiene garras.

El ruido de árboles derribados al suelo hizo estremecerse al poni, aunque la voz de Elyn pareció calmarlo un poco.

Finalmente, la tierra removida y los árboles abatidos llegaron hasta el borde mismo del escudo rocoso, primero por un lado, luego por otro, como si la cosa invisible buscara una grieta, un camino, sin encontrarlo. Elyn y Thork sujetaban con firmeza las riendas de sus monturas, tratando de calmar a los animales aterrados por aquella vil caza; la yegua y el caballito temblaban y se encogían ante cada nuevo árbol caído. Y también la tierra temblaba y se removía en cada nuevo lugar por el que pasaba el buscador, y en la noche resonaban ominosos los ruidos del suelo levantado y torturado. Una o dos veces la loma rocosa se estremeció, como si hubiera sido golpeada por una fuerza poderosa, tal vez por un leviatán, pero nada se acercó a ellos por encima de la roca. Y en aquellos momentos, Elyn alargó el brazo y apretó con fuerza la mano de Thork, en busca del consuelo que podía darle un enemigo honorable, y para proporcionarle consuelo a su vez.

Pasó un largo rato, y la Luna siguió su camino en lo alto del cielo, y la tierra siguió removiéndose; y en una ocasión, a Elyn le pareció ver unas horrendas protuberancias viscosas que surgían del suelo, entre los árboles; pero cuando quiso enseñárselas a Thork, ya habían desaparecido.

Finalmente, la cosa dio media vuelta y se abrió paso a través del Skög, y el bosque se derrumbó a su paso.

Pasaron toda la noche en la loma formada por el escudo rocoso, dormitando a ratos y velando otros por turno, porque no sabían si la cosa se había marchado realmente, o simplemente les estaba tendiendo una trampa. Y cuando por fin apareció la luz de un día nublado, envainaron sus espadas y montaron, preparándose para abandonar la protección de la loma rocosa y aventurarse sobre el suelo blando.

—Sígueme —dijo Thork en voz baja, guiando a su poni loma abajo.

Y cuando llegó al borde oriental del escudo de roca, gritó: «¡Ya!», y clavó los talones en los flancos de Cavador, de modo que el caballito saltó de la piedra al suelo del Skög, y corrió de nuevo por entre los árboles, con Elyn y Viento detrás de sus pasos.

Corrieron de esa forma cierta distancia, y nada los persiguió en el bosque silencioso. De modo que finalmente aflojaron la marcha y siguieron su camino al paso, dando descanso a sus monturas y esperando encontrar agua y un lugar en el que acampar.

Finalmente, al pie de una colina encontraron un arroyo. Mientras sus caballos se abrevaban, Elyn desató su cantimplora del pomo de la silla y vadeó el riachuelo hasta encontrar un lugar donde corría el agua clara, y allí quitó el tapón y sumergió en la corriente la bota de cuero, con expresión pensativa. Finalmente, dijo lo siguiente:

—Thork, está claro que no hemos despistado al ser malvado que nos persigue con nuestro viaje a la luz del día. Creo que estos ataques los dirige contra nosotros (Adon sabrá por qué razón) una malevolencia que no puedo precisar, pero que sin embargo es muy real. Ignoro si es a ti a quien busca, o bien a mí, o a los dos a la vez. Pero sí sé una cosa: a estas horas estaría muerta de no haber sido por ti, y tú puedes decir lo mismo. Por eso propongo que sigamos el uno en compañía del otro hasta que nuestros caminos lleguen a su punto natural de separación, y sigamos entonces cada cual el suyo; porque la búsqueda que he emprendido me corresponde a mí llevarla a cabo, y el camino que tú

sigues es tuyo. Somos enemigos, pero podemos serlo de modo amistoso, hasta que llegue el momento de reanudar las hostilidades.

La respuesta de Thork se demoró mucho tiempo.

—Has viajado conmigo con honor. Has compartido conmigo tu comida y tu destreza como guerrera. Me has salvado la vida en más de una ocasión, y estoy en deuda contigo. Y además de todo eso, ¡me has llamado por mi nombre!

»Ojalá pudiera llamarte amiga, Elyn, y tal vez lo haga por algún tiempo, porque en otras circunstancias bien podríamos ser amigos. Y tienes razón: el peligro que nos amenaza es real, aunque los dos juntos nos las hemos arreglado hasta ahora para evitarlo. Cabalgaré con honor a tu lado hasta que nuestros caminos se separen.

Elyn colocó el tapón a su cantimplora y se incorporó; por primera vez una sonrisa brilló en su rostro al mirar a Thork.

—Entonces vamos a buscar un lugar donde acampar, amigo, porque estoy tan cansada que no puedo tenerme en pie. Mi cama de la noche pasada ha sido la roca dura, y no querría buscar ahora ninguna otra, porque me temo que en cualquier momento pueda surgir un monstruo de debajo de la tierra.

Thork soltó una alegre carcajada y sacudió la cabeza.

—En efecto, tenemos un monstruo debajo de la cama.

Ese día, en el campamento ninguno de los dos se quedó a vigilar, porque habían comprobado que el mal los atacaba únicamente en la oscuridad, y estaban tremendamente cansados. Habían encontrado un claro abierto en el bosque, cubierto de trébol, idóneo para que los caballos pastaran, y allí acamparon. Ataron a la yegua y al poni con ramales largos —Elyn utilizó la cuerda que Thork le había tirado a la cara unos días antes—, y los guerreros comieron un poco de galleta y cayeron dormidos de inmediato.

Todo el día estuvieron tumbados, despertando sobresaltados de cuando en cuando, a pesar de que el silencio era absoluto, para dormirse de nuevo al instante. El cielo se había ido oscureciendo, y la marea diurna parecía haberse desvanecido. Ahora sobre sus cabezas se amontonaban nubarrones negros, aunque ellos, en sus sueños, seguían sin advertirlo. Muy lejano, se oyó el trepidar de un trueno, heraldo de la tormenta que se avecinaba.

Elyn despertó cuando una gota fue a caer sobre su mejilla. Se volvió a despertar a Thork, porque el cielo se había oscurecido y el viento sacudía los árboles; pero el fogonazo de un relámpago y el estruendo del trueno pusieron al enano en pie de un salto, con la mano tendida hacia su hacha.

Elyn corrió hacia los caballos, los desató y los condujo al campamento, luchando con el fuerte viento. Rápidamente, los dos levantaron el campo mientras la noche caía sobre ellos. Y se abrigaron en sus capas de piel engrasada para la lluvia muy a tiempo, porque los cielos se abrieron de par en un par y el agua empezó a caer en torrente inacabable.

Durante mucho tiempo cabalgaron bajo la tempestad, entre los árboles que temblaban sacudidos por el viento, azotados por el aguacero helado. Alrededor de ellos caían rayos y rugían los truenos, y los caballos se sobresaltaban y temblaban nerviosos a cada nuevo fogonazo.

Finalmente, Elyn aproximó su yegua gris a Thork, y gritó para hacerse oír por encima de la tormenta:

—Refugio, Thork.. Necesitamos un refugio. Los caballos no pueden soportar por más tiempo esta lluvia helada.

Y a la fantasmal luz de los relámpagos, Thork ascendió por la ladera de una colina hasta encontrar una especie de cobijo: una roca en voladizo en una pendiente, resguardada tras un pequeño grupo de pinos. Se acurrucaron bajo aquel techo, y por fin se vieron a salvo de la lluvia directa, aunque el agua entraba de todos modos, empujada por las ráfagas de viento, y no podían secarse.

Los rayos caían muy cerca, seguidos de inmediato por truenos estruendosos; y la lluvia helada redobló la fuerza de su martilleo, mientras el viento sacudía los pinos situados delante del refugio improvisado. Elyn y Thork, temblorosos, se apretaron el uno contra el otro para darse calor, envueltos en una lona encerada que Thork llevaba en su equipaje. Y entonces, por encima del ruido del viento y de la lluvia furiosa, oyeron un siniestro crujido en el bosque, el sonido de árboles derribados.

—¿La cosa? —Elyn apartó la lona, se puso en pie de un salto y extrajo su sable de la vaina colocada en la silla de montar, sobre el flanco de Viento.

También Thork se puso en pie, con el hacha preparada; tensó la palanca articulada situada entre la cuerda y la caja de su ballesta, y, después de montarla, la cargó con un virote rojo.

Los dos atisbaron en la oscuridad mientras la lluvia corría a raudales y el ocasional fogonazo de algún relámpago iluminaba con su luz cegadora el bosque oscuro. Elyn no conseguía ver nada, pero Thork señaló en una dirección determinada, aunque al principio ella no podía decir de qué se trataba. Luego vino otro relámpago, y apareció erguido entre los árboles un gran ser horrendo: cercano a los cinco metros de altura, parecía un rutch gigante, pero macizo y brutal, cubierto de una piel verde y escamosa. Pero no se trataba de ningún rutch, sino de un ogro, y estaba olfateando el aire, como para captar en él el olor de la presa perseguida.

La luz del relámpago se extinguió, pero Elyn seguía viendo al monstruo con los ojos de su mente, rememorando su imagen. Luego Thork volvió a señalar algo, y ¡horror! el siguiente fogonazo de luz reveló a otro ogro, idéntico al primero..., y también rastreando, olfateando como el anterior.

Thork arrastró a Elyn hacia atrás, y murmuró a su oído:

—Son trolls. Nos buscan, pero la tormenta los estorba, porque no pueden detectar nuestro olor ni el de nuestros caballos. Así nos envíe Elwydd un aguacero más fuerte todavía. No hagas ruido, porque se trata de enemigos que no podemos matar sin la ayuda de un grupo numeroso. Amordaza a tu yegua para que no relinche, porque si lo hace estaremos perdidos.

Elyn se acercó a Viento y colocó una mano tranquilizadora sobre el morro húmedo del animal, al tiempo que murmuraba palabras cariñosas. También Thork sujetó el hocico de Cavador, pero no dijo nada al poni, o al menos Elyn no lo oyó. Y los dos escucharon el estruendo de los árboles derribados por encima de los ruidos de la tempestad, mientras los ogros rastreaban el monte moviéndose torpemente por el bosque, siempre aspirando el aire pero sin captar otra cosa que el intenso olor de la tierra mojada; formando pabellón con las manos sobre sus orejas puntiagudas, pero sin oír más que el diluvio; escudriñando con sus grandes ojos rojizos, sin ver más que las ramas azotadas por el viento que los golpeaban una y otra vez.

Caían cegadores los relámpagos, resonaba el trueno y la tempestad redoblaba su furia, de modo que ahora la pareja de guerreros únicamente podía oír el fragor incesante del agua que caía. No sabían si los ogros se encontraban cerca o lejos. Y en la oscuridad, Elyn creía ver a una de aquellas criaturas apartar de una manotada los pinos y meter el feo hocico en su escondite.

Toda la noche diluvió, y al amanecer todavía llovía, pero con menos fuerza. Y cuando la pareja se atrevió a mirar el exterior desde su refugio, a la luz mortecina del alba, la lluvia había amainado algo más, mientras las nubes se desplazaban hacia el este.

Dejando su escondite, marcharon hacia el este a través de los bosques. Y mientras cabalgaban, finalmente cesó la lluvia, aunque en torno a ellos siguieran cayendo gotas, desprendidas de las hojas de los árboles.

Una vez más, el mal había llegado hasta ellos; y una vez más habían evitado ser atrapados por él, aunque en esta ocasión se debiera simplemente a la casualidad. Mucho es lo que habrían dado por saber quién era el responsable de aquella maligna

persecución, y cuál era la causa de la misma; pero, de saberlo, no habrían dejado por eso de viajar juntos.

Llegaron finalmente a otra colina donde encontraron un refugio más adecuado, con un amplio voladizo de roca. En él se detuvieron a pasar el día, porque necesitaban descansar.

Una semana más tarde, Elyn y Thork atravesaron un río y entraron en una selva denominada bosque de los Lobos, un lugar en el que se dice que el mal no puede penetrar. Las leyendas sostienen que en este lugar viven animales de las épocas antiguas: altas águilas; lobos plateados, osos que fueron hombres, unos caballos provistos de cuernos llamados unicornios, y otros seres de las antiguas fábulas. También se aseguraba que en tiempos vivía aquí un mago. ¿Su nombre? Nadie lo conocía.

No obstante, todas esas leyendas no las tuvieron presentes Elyn y Thork en el momento de cruzar el río, porque ignoraban el nombre del bosque en el que entraban; e incluso, de haberlo sabido, bien poco les habría importado porque a sus espaldas podían oír los rugidos de otro enemigo... ¿De quién? No lo sabían, ni los preocupaba. Lo único que tenía importancia en aquel momento era que de nuevo su perseguidor había encontrado su rastro.

A lo largo de las siete últimas noches de viaje, habían sido perseguidos sin descanso por el Falso Pueblo: rutch, drokha y trolls, aparte de otros seres sin nombre conocido, se aproximaron a ellos protegidos por la oscuridad, y lanzaron contra ellos flechas, blandieron lanzas, llegaron al cuerpo a cuerpo armados con mazas y cuchillos, cimitarras y tulwars, porras y martillos, cadenas y punzones, garras y dientes, y otros medios. La mujer y el enano habían luchado en unos casos, huido en otros, y buscado la forma de eludir aquellos ataques; pero siempre, una y otra noche, los wrg se las habían ingeniado para localizarlos y reanudar el combate.

En más de una ocasión había acudido Thork en socorro de Elyn, y también ella le había salvado la vida más de una vez. Los dos habían sido heridos; Thork no podía utilizar su brazo izquierdo porque una flecha rutch le había atravesado el hombro, y Elyn tenía unas costillas rotas que le impedían respirar hondo y blandir el sable con soltura. Y sin embargo, seguían luchando.

También Viento había resultado herida por una flecha y una cuchillada; y Cavador tenía ambos flancos cubiertos de rasguños. Pero siguieron cargando con sus jinetes hacia el este, galopando cuando se les pedía, por cansados que estuvieran; desprovistos de la comida, el agua y el descanso que necesitaban; fieles hasta el fin, si preciso fuere.

Y ahora, mientras cruzaban el río, una vez más corrían para salvar sus vidas.

Y así entraron en el bosque de los Lobos, corriendo en zigzag para sortear los árboles. Se adentraron unos ocho kilómetros en la selva, hasta llegar por fin a un pequeño claro, en cuyo centro se alzaba un montículo bajo. Y cuando lo cruzaban, oyeron a sus espaldas un vibrante aullido, largo y poderoso, que fue de inmediato respondido por otros.

Thork cabalgó hasta la cima del montículo, y allí se detuvo, desmontó, sacó su maza de la silla del poni y palmeando a Cavador en la grupa, gritó:

—¡Hai, Cavador! ¡Corre, caballito, corre!

Elyn, que venía detrás, tiró de las riendas de Viento e hizo que se detuviera.

—¿Thork?

El enano la miró con ojos brillantes; el brazo izquierdo colgaba inútil a un lado.

—¿No has oído, Elyn? —como si sus palabras fueran una señal, de nuevo el mismo bramido vibrante resonó entre los árboles—. Son vulgs, un enemigo del que no tenemos posibilidad de escapar. Pero tú continúa cabalgando; yo los entretendré y así quizá puedas evitar que te alcancen antes del alba. ¡Vete ya!

En lugar de hacer lo que le pedía, Elyn desmontó, con una mueca de dolor. Empuñó su sable y azuzó a Viento para que siguiese a Cavador.

—Tal vez nuestros caballos consigan sobrevivir, Thork.

—Estúpida mujer —la voz de Thork parecía reflejar una emoción extraña.

—Pedazo de borrico enano —contestó Elyn, apoyando su espalda en la de él—. Ésta podría ser una de esas canciones que los bardos cantan una y otra vez; si conocieran nuestra historia.

Y colocándose espalda contra espalda, en el centro de un claro del bosque, bajo la Luna en cuarto menguante, los dos guerreros heridos esperaron a pie firme, impávidos, con las armas dispuestas.

14

En la guarida

Mitad del Año, 3E1601

[El año pasado]

Cablgaron al alba por el valle de abruptas laderas, Elgo y su mesnada. Y a pesar de que era el Día Largo del Año, los vanadurin avanzaban envueltos en profundas sombras, porque el flanco oriental de las montañas de Rigga ocultaba el nuevo Sol a los harlingar, situados hacia el oeste. Avanzaban penosamente por las ruinas de una antigua calzada pavimentada, algunas porciones de la cual eran visibles en la penumbra, aunque la mayor parte de la construcción de los enanos había quedado enterrada. Por aquellos restos de una época anterior traqueteaban cuatro carros, tirados por los ágiles ponis y escoltados por los harlingar; sin la carga que transportaban aquellas carretas, el plan de Elgo quedaría reducido a la nada.

Cablgaron siempre adelante; frente a ellos podían distinguir vagamente las abruptas montañas de Rigga: macizos rocosos, picachos, pendientes abruptas que ascendían, piedra sobre piedra, hacia el cielo del oriente, en tanto que las innumerables sombras acudían a refugiarse en las barrancas, en una lenta desbandada ante la luz, débil aún pero creciente, del amanecer; muy pronto toda oscuridad desapareció, a excepción de las sombras tenebrosas que se deslizaban detrás de los peñascos e iban cambiando lentamente de posición para mantenerse a resguardo entre la roca y el Sol en movimiento.

Hacia el este avanzaban los vanadurin, siguiendo la curva que en esa dirección trazaba, en el fondo del valle, un arroyo rumoroso cuyas aguas saltarinas se deslizaban, barranco abajo a su derecha, por entre los cantos redondeados. El camino seguido por los harlingar serpenteaba siguiendo los meandros de la corriente, y el sonido de los cascos y las ruedas de las carretas se confundía con el rumor del agua. A medida que avanzaban, el valle iba estrechándose, hasta quedar convertido en un cañón de una anchura de apenas una cincuentena de pasos.

Por aquel oscuro desfiladero se introdujo la mesnada, hasta llegar a un alto muro de piedra que obstruía el camino, coronado por almenas en toda su extensión: un antiguo baluarte tallado en la roca por los enanos, para defenderse de posibles invasores. En el muro había una puerta, bajo una barbacana, y el camino pavimentado que seguían concluía allí, mientras que el arroyo fluía también debajo del muro, a través de un pasadizo semejante a una alcantarilla, cerrado por una reja oxidada. El rastrillo de la puerta estaba levantado y también los dientes de la reja aparecían cubiertos de orín.

Los vanadurin se adentraron por aquella puerta y siguieron las revueltas del camino en su interior, acompañados por los ecos metálicos de los cascos herrados de sus caballos y de los flejes que forraban las ruedas de los carros, al chocar con las piedras del suelo. Sobre sus cabezas, abiertos al techo del pasaje, podían ver antiguos matacanes, que algunos llaman agujeros de la muerte porque a través de ellos se lanzan flechas, piedras y líquidos hirvientes sobre los invasores atrapados abajo. Pero no se precipitará la Muerte en este día y en este lugar desde lo alto, porque los muros están ahora desiertos, y así

han estado desde hace más de un milenio. Y bajo el baluarte desguarnecido pasaron los harlingar, y encontraron también abierto el rastrillo posterior, tal y como lo dejaron quienes huyeron de allí siglos y siglos atrás.

Elgo y sus hombres cruzaron el muro y salieron por el otro extremo del pasadizo, y entonces el barranco empezó a ensancharse, abriéndose a izquierda y derecha, aunque el suelo seguía presentando recodos en uno y otro sentido, ahora con el río a la izquierda del camino pavimentado. Ascendían en dirección este, y ante ellos se alzaba la abrupta faz de las montañas de Rigga, tan próximo su murallón macizo que parecía poder tocarse con la mano.

La mesnada llegó entonces a la cabecera del valle, y los ojos cautelosos de todos los guerreros escudriñaron cada rincón, en busca de los peligros que podía ocultar. Ante ellos se extendía un amplio patio que terminaba en el flanco sombrío de la escarpada montaña. A su izquierda, un manantial brotaba de debajo de la misma roca y fluía a través de un canal bajo, excavado en la piedra por los enanos, hasta convertirse en el arroyo rumoroso que recorría luego el valle en toda su longitud. Pero no fue el manantial impetuoso lo que atrajo sus miradas, porque ante ellos estaba por fin, abierta en un bostezo gigantesco, la boca de ébano de la puerta occidental de Piedra Negra, con sus grandes planchas de hierro macizo arrancadas de sus bisagras, cubiertas de orín y caídas sobre el granito oscuro del patio exterior, en el lugar en que Sleeth las había arrojado mil seiscientos años atrás. Cautelosamente hicieron avanzar sus corceles, y los cascos forrados de hierro resonaron al chocar con la piedra, mientras los flejes de las ruedas rechinaban tras ellos. Así pasaron junto a un gran pedestal de piedra que se alzaba en el centro del patio, con escalones tallados que lo rodeaban desde la base hasta la punta. Los ojos de los harlingar se movían a uno y otro lado, sin ver nada más que piedra muerta; sus miradas volvían una y otra vez a la impresionante negrura del agujero abierto delante de ellos. Una antigua leyenda de los vanadurin hablaba del reino encantado del inframundo, en el que los héroes quedaban perdidos por toda la eternidad. Y siempre, en los cuentos de hogar, el camino hacia el desastre se iniciaba en alguna grieta, caverna o agujero en el suelo, y se abría paso a través de un túnel excavado por hombres o una sima natural. Y si los héroes desoían las advertencias de sus seres amados o no hacían caso de los portentos de los dioses, y se aventuraban en aquellas fisuras de la tierra, nunca conseguían escapar al terrible infortunio que los aguardaba allí. Y ahora que la mesnada de Elgo se dirigía hacia un gran agujero negro que conducía al interior de la tierra, aquellas consejas de mal agüero volvían a sus mentes, y el cabello se les erizaba al contemplar el pozo oscuro. Pero los vanadurin, bravos guerreros de las llanuras herbosas y los cielos abiertos, siguieron avanzando hacia su desconocido destino, tal y como lo hacían los paladines en las antiguas leyendas.

Al llegar delante de la puerta, la mesnada se detuvo; Elgo desmontó y ordenó con un breve gesto a los demás que le imitasen. Delante de ellos la montaña se alzaba recta hacia el cielo, con el portal excavado en un imponente macizo rocoso. Y mientras el cielo se iba aclarando y el día empezaba a asomar en el profundo valle, pudieron ver lo adecuado del nombre de aquella fortaleza, porque la piedra era negra como el ébano, y absorbía la luz en su superficie mate.

Cerca de la puerta encontraron una gran ballesta, sólo parcialmente montada, con sus partes metálicas herrumbrosas y la madera gris y agrietada, cuarteada por el viento y desgastada por el paso del tiempo. Al lado había grandes astiles de hierro, proyectiles oxidados también y convertidos prácticamente en desechos a excepción de las puntas, fabricadas con alguna aleación de plata, y con restos de un polvo grumoso en las estrías.

También estaban allí amontonadas las armas y las armaduras de los guerreros enanos —hachas, ballestas, cadenas, corazas—, corroídas sin remedio. Y las armaduras contenían restos de otra clase: cráneos machacados y huesos rotos de personas muertas mucho tiempo atrás, y pedazos de ropas destrozadas y de arneses de cuero.

—Ruric —dijo Elgo en voz baja—, creo que estamos delante de los restos de un ejército de enanos venido hasta aquí para combatir al dragón, siglos atrás. Di a los hombres que no toquen el smut de la punta de esos proyectiles; porque aunque dicen las leyendas que la sangre de dragón destruye toda clase de veneno, no sabemos si los enanos comprobaron la veracidad de esa afirmación, y yo me temo que esas manchas oscuras sean algún veneno poderoso con el que ellos pretendían matar a Sleeth; y podría aún conservar su efecto mortífero. —La mirada de Elgo recorrió toda la escena—. Según todos los indicios, Sleeth cayó sobre ellos cuando estaban desprevenidos, pero ¡ai-oi!, fíjate en el tamaño de esa ballesta. Tal y como decíamos, un ejército necesitaría un artefacto como éste para poder asestar un golpe mortal a un dragón. Aun así, si fallaban el primer disparo, todo estaría perdido porque antes de que tuvieran tiempo suficiente para volver a cargar el arma, la criatura se abalanzaría sobre ellos. Y si el proyectil, aun siendo certero el disparo, no atravesara la piel del dragón, también estarían totalmente perdidos. Y si la atravesara pero no produjera una herida mortal..., bien, no importa, porque los indicios muestran que ese ejército de enanos no estaba apercebido cuando el desastre cayó sobre ellos —Elgo echó un vistazo al cielo, que iba aclarándose cada vez más—, un destino que nosotros hemos de saber evitar. Apresurémonos, porque tenemos muchas cosas que hacer en lo que resta de día.

Mientras Ruric supervisaba la descarga de las carretas, Elgo y Reynor caminaron hasta los dos escalones de la antepuerta y cruzaron el amplio espacio llano situado entre las grandes puertas exteriores arrancadas y el arco interior del rastrillo. Con cautela, escudriñaron las sombras que se extendían delante de ellos; vieron una gran sala que se prolongaba más allá de donde alcanzaba la vista, en dirección a las entrañas de aquel agujero de ébano excavado en la roca. A izquierda y derecha, adosados a las paredes, podían percibirse vagamente grandes pilares que se alzaban para sostener una bóveda invisible en la oscuridad de arriba.

—¡Mira! —exclamó Reynor, señalando el suelo.

Sobre la piedra, un amplio rastro brillaba débilmente, salpicado en algunos lugares de manchas rojizas: eran huellas antiguas del paso frecuente de una enorme bestia que se arrastraba para salir y volver a entrar de su guarida, barriendo el suelo con las escamas del vientre y salpicándolo con el goteo de la sangre de una víctima arrastrada al interior de la roca negra. Un hedor característico se insinuaba en el aire: reptiliano, viperino.

—Una linterna —pidió Elgo, arrodillado para observar mejor aquel rastro—. Tráeme una linterna.

Apenas habían salido las palabras de la boca del príncipe cuando Reynor estaba ya de vuelta, con una linterna encendida en las manos. Al enfocar el lado de la luz hacia las huellas, la excitación de Elgo creció. Siguió durante un corto trecho el rastro, con Reynor tras sus talones, mientras la linterna hacía bailar las sombras de la sala oscura.

—Esto nos conducirá exactamente adonde deseamos ir —susurró Elgo—, a la guarida de la bestia.

Rápidamente regresaron junto a la mesnada, que ahora había trasladado las largas piezas de lona de vela hasta la puerta de la entrada, junto a grandes rollos de cuerda. Se encendieron más linternas, y se examinó atentamente el portal. Tal como esperaban, por ambos lados, a la izquierda y a la derecha, había escaleras que ascendían hacia las sombras y desembocaban en unos pasillos que corrían encima de la puerta, detrás de las aspilleras practicadas en la roca para lanzar flechas desde allí.

Por esas escaleras treparon los vanadurin, armados de linternas, maderas, cuerdas y poleas, traídas hasta aquí para el trabajo en perspectiva; mientras, abajo, otros desenrollaban las piezas de lona y ajustaban a sus extremos correas de cuero. La lona quedó extendida sobre el suelo en capas superpuestas, y entonces entraron en juego las leznas; se agujereó la lona y unas grandes agujas curvas pasaron a través de ella un hilo grueso, hasta coser juntas las grandes velas cuadradas; y a medida que progresaban las

puntadas, se vertían sobre ellas goterones de brea para taponar los agujeros abiertos en la tela. Trabajaron aprisa y en silencio, mientras en el exterior la luz del día se hacía más y más brillante, con el ascenso del Sol en el cielo.

A un lado, un grupo de diez guerreros vertía agua en cubos llenos de polvo calizo, traído desde Jord, y revolvía la masa hasta formar una especie de arcilla espesa. En muchos aspectos, su tarea era la más importante de todas.

Otros, se dedicaban a ensamblar una larga pértiga hecha con secciones compuestas por astas de lanza; cada extremo se insertaba en una arandela ancha de hierro, forjada a propósito para la ocasión, en la que luego se embutía otra pieza, sujetándola mediante una espiga de hierro que la atravesaba de lado a lado gracias a unos agujeros practicados de antemano. Asta, arandela, asta, arandela..., el trabajo siguió y fueron colocándose las espigas hasta construir la larga pértiga que se necesitaba, tal y como se había ensayado tantas veces en el castillo, previendo este momento. Y también como se planeó en el Palacio, después la larga pértiga así fabricada se enlazó con lo que debía ser el extremo superior de la pieza de lona cosida, en la que cada puntada había sido repasada con doble hilo, y los agujeros tapados finalmente con brea.

Era casi mediodía cuando sujetaron a la enorme pieza de lona, ya acabada de coser, unas cuerdas que pasaron después por las poleas fijadas a la parte superior de la puerta. Y muy lentamente alzaron la enorme vela en la entrada, y la luz que penetraba en la sala occidental fue disminuyendo gradualmente a medida que la lona cubría el portal, impidiendo la entrada de la luz solar en el interior.

—Selladla —ordenó Elgo. Y los vanadurin cogieron a grandes puñados la arcilla espesa de los cubos y la colocaron en forma de grueso cordón entre la lona y el suelo y las paredes de piedra. Luego hicieron presión sobre la lona hasta que los bordes de ésta quedaron pegados en toda su extensión al marco de piedra de la entrada; algunos hombres treparon por las escaleras laterales y otros se descolgaron del pasillo superior hasta que toda la lona quedó ajustada a la piedra.

A primera hora de la tarde la tarea había concluido, y Elgo pidió que se apagaran las linternas. La sala occidental quedó sumida en la oscuridad. Después de un largo silencio, empezó a formarse un murmullo excitado cuando los ojos se acostumbraron a aquella oscuridad total.

—Hai, buen trabajo —dijo Elgo—, no puedo ver nada en absoluto. Ahora, vamos a la caza del dragón.

Volvieron a encenderse las lámparas, y los hombres empuñaron sus armas por más que, si se entablaba una batalla en la oscuridad con el dragón del Frío, éstas de muy poco podían servirles.

Diez hombres se colocaron sus armaduras, entre ellos Elgo. Eran los que podían correr con mayor velocidad, y serían los únicos en ir en busca de Sleeth. Todos se colocaron sobre el rostro una máscara de tela acolchada, que cubría la boca y la nariz, rellena de piedra caliza y carbón vegetal; una vez humedecida, se estimaba que debía proporcionar cierta protección contra los vapores venenosos del mortal aliento de Sleeth, aunque nadie se atrevía a garantizar los resultados. Y apenas Reynor se hubo atado su mascarilla, dirigió a los demás una mueca guasona, y los otros le devolvieron la sonrisa. Y cada uno de ellos tomó una vasija de cuero llena de líquido fosforescente, una mezcla espesa de agua y ciertos líquenes, que brillaba en la oscuridad.

—Bien, maestro de armas —la voz de Elgo tenía un tono apagado debido a la mascarilla que le tapaba la boca y la nariz—, cuando nos hayamos ido, coloca a los hombres en sus puestos y apagad las linternas; y poneos también las máscaras, porque muy pronto vamos a traer el dragón hasta aquí.

—Recuerda, orgulloso príncipe —aconsejó Ruric con voz entrecortada por la emoción—, que no debes mirarle a los ojos, porque se dice que los dragones pueden encantar a las personas.

Ruric calló, porque no confiaba en su voz para expresar lo que sentía: su corazón latía descompasadamente, porque su señor caminaba hacia un peligro innombrable. Se trataba de un riesgo que desafiaba la prudencia más elemental, aunque el plan que habían trazado era bueno. Aun así, Ruric sentía próximo el desastre, pero no habló de ello y se limitó a un gesto de asentimiento y un último saludo a su príncipe.

Entonces Elgo se volvió a los treinta guerreros que quedaban atrás.

—¡Hál vanadurin! —gritó con voz firme que despertó ecos en la lúgubre caverna; porque ya no había razón para guardar silencio.

—¡Hál vanadurin! —gritaron todos en respuesta, y Elgo y los otros nueve elegidos cogieron sus linternas y siguieron el rastro del dragón en la piedra barrida por las escamas, descendiendo hacia las profundidades que albergaban la guarida de Sleeth.

Y se adentraron en el interior de Piedra Negra, siguiendo el rastro de suelo barrido, que despedía un brillo pálido a la luz de las linternas. Detrás de ellos, una serie de flechas fosforescentes señalaban el camino de vuelta; Elgo y sus hombres iban colocando esas flechas a medida que avanzaban. Descendieron a través de una maraña laberíntica de túneles excavados por los enanos, con pasadizos y cámaras que partían en todas direcciones. A izquierda y derecha surgían tramos de escaleras ascendentes, y otros que se hundían en el suelo del túnel. A uno y otro lado se abrían galerías que nadie sabía adonde conducían. Atravesaron de un extremo al otro amplias cámaras, pero apenas se ocuparon de examinar los lugares por los que pasaban, porque el tiempo que tenían a su disposición era escaso. No obstante, una ojeada les bastaba para adivinar las funciones que habían tenido algunas de aquellas salas. Cruzaron una gran cocina siguiendo el rastro del dragón, pero estaba en ruinas, y las largas mesas se habían hecho pedazos, golpeadas por la cola de Sleeth a su paso. Dejaron a un lado una herrería, con las forjas frías, los yunques silenciosos, los martillos inactivos. También vieron una armería, con las espadas ordenadas en hilera, y las cotas y corazas a la espera de ser vestidas. Pasaron por minas, almacenes, canteras y otros lugares; pero aun así, lo que vieron no era sino una minúscula porción del conjunto. Era como recorrer unas pocas calles y edificios de una enorme ciudad a oscuras, abandonada mucho tiempo atrás. Y el aire parecía impregnado de un intenso dolor.

Pero los vanadurin no tenían tiempo para considerar la profunda tristeza que flotaba en el ambiente, porque buscaban un dragón, y sus corazones latían aceleradamente. Habían caminado cerca de dos kilómetros siguiendo el rastro serpenteante de suelo barrido, y señalado el camino con flechas que brillaban con una luz verdosa; recorrieron pasillos, doblaron esquinas, cruzaron salas, cambiaron de dirección una y mil veces. Y sabían que se aproximaban a su objetivo, porque el aire estaba ahora impregnado del hedor del dragón del Frío, en el que el relente fétido que desprendía la gran serpiente tendida se mezclaba con los vapores acres de su baba venenosa.

Y finalmente llegaron a otra gran sala, y en el centro vieron el reflejo de algo que despedía un tenue brillo en la oscuridad.

Pero apenas pudieron llegar a distinguir de qué se trataba, porque ¡GRRRR!, sonó un rugido como el de dos grandes bloques de bronce que chocaran entre sí, con una fuerza tal que muchos tímpanos se rompieron y los hombres salieron despedidos hacia atrás. Y tras ellos, alzándose de su lecho de oro, se precipitó Sleeth, un horrendo monstruo del tamaño de un mamut, capaz de reptar a una velocidad tal que dejó desconcertados a sus enemigos; y de su boca salía un líquido oscuro, que salpicaba tanto a las piedras como a los hombres, achicharrando la carne y horadando la roca. Entre gritos de dolor, los hombres cayeron sobre las piedras humeantes, y Sleeth se precipitó sobre ellos furioso porque se habían atrevido a invadir su guarida; y sus grandes garras los desgarraron en pedazos, haciendo volar por el aire piltrafas de carne ensangrentada.

El ácido alcanzó a Elgo en el rostro, y retrocedió, retorciéndose en una agonía insoportable, mientras su ojo izquierdo chisporroteaba en aquel líquido oscuro. Y cayó de

rodillas delante del dragón furioso, olvidado del peligro en su desesperada angustia, tironeando frenético de la mascarilla hirviente para arrancársela del rostro. Pero unas manos firmes lo levantaron; el joven Reynor, venido en ayuda de su príncipe, lo alzó y lo empujó atrás hasta el pasillo, gritando:

—¡Corred, mi señor, corred! ¡El dragón nos ataca!

Corrieron tambaleándose y Reynor empujaba hacia adelante al príncipe medio ciego, siguiendo el rastro espectral de las flechas fosforescentes. Detrás de ellos resonaban los gritos de hombres que morían, y los rugidos furiosos del poderoso dragón; detrás de ellos resonaban los golpes de las garras adamantinas al arañar la roca del suelo.

En medio del intenso dolor que le producían sus quemaduras; Elgo alcanzó a oír la voz de Reynor:

—¡Nos sigue, mi señor! ¡Nos sigue!

La voz de Elgo apenas pudo tartamudear, entre jadeos de angustia:

—¡Corre, Reynor, corre! ¡Asegúrate de que ese bastardo muera! —Y se detuvo, vacilante.

Reynor también se detuvo, mientras a sus espaldas resonaban los golpes de unos enormes talones sobre la piedra negra.

—No puedo abandonaros, mi príncipe —respondió Reynor entre resoplidos, al tiempo que el joven tironeaba con insistencia del brazo de Elgo—. Sólo conseguiremos matar a Sleeth si corréis conmigo; y si es necesario que yo muera, lo atraeré a otro pasadizo para que se entretenga en darme caza mientras vos escapáis. Pero, mi señor, si nuestro plan tiene éxito, entonces será el dragón quien caiga. ¡Por Adon, que así ha de ocurrir!

La mención de Adon pareció galvanizar al príncipe; todo su cuerpo vibró de resolución. Apretando los dientes para superar el dolor que le había cegado y convertido su ojo en un hueco vacío en el rostro abrasado, Elgo reunió todas sus energías y esta vez corrió de verdad.

Siguiendo el rastro brillante de flechas fantasmales los dos huyeron, serpenteando entre los túneles de los enanos, por la tortuosa ruta que los protegía de la furiosa persecución de que eran objeto. Más rápido que un caballo era Sleeth, lanzado en una carrera corta; pero el laberinto enmarañado que era el interior de la fortaleza de los enanos le impedía aprovechar su velocidad, y en cambio su corpulencia era un obstáculo en aquella miríada de vueltas y revueltas. Aun así, el dragón ganaba terreno respecto de sus presas, y cada vez estaba más cerca de la pareja de fugitivos, y cuando tenían que cruzar una sala de grandes dimensiones oían sus rugidos rabiosos, que hacían temblar la roca maciza bajo sus pies.

Se abalanzó ahora sobre ellos; estaban ya muy cerca. Quería destrozarlos con sus garras en lugar de fulminarlos con su aliento, porque anhelaba la satisfacción de sentir escaparse la vida de sus cuerpos desgarrados, de ver cómo la muerte se adueñaba de sus cadáveres descuartizados.

Apenas unos metros por delante de él, irrumpieron en la sala occidental, negra como la brea, y el enorme dragón del Frío corrió detrás de ellos, sintiendo ya la carne y los huesos de sus víctimas al alcance de sus garras.

Pero los ojos de dragón de Sleeth veían en la oscuridad con la misma claridad que si brillara la luz del día. Y al precipitarse en la sala occidental vio delante de él a otros hombres, también con los rostros enmascarados de forma extraña, y sujetando unas cuerdas en la oscuridad. Y había una cubierta, una cubierta de lona, en la entrada. Sleeth aguzó sus sentidos y descubrió que en el valle el Sol todavía brillaba en el cielo...

—¡Ahora! —gritó Ruric—. ¡Por Adon, envidad a ese monstruo a Hèl!

¡Chunk! Encima de la puerta, en el pasillo de las aspilleras, una hacha cortó limpiamente en dos la cuerda que sostenía inmovilizada la cubierta de la puerta. Y desde el suelo treinta hombres, quine a cada lado, tiraron de sus cuerdas y arrancaron la lona de la pared, porque los pegotes de arcilla no pudieron aguantar firmes aquel fuerte tirón.

Y la luz del Sol penetró en la sala y golpeó de lleno a Sleeth, incapaz de detener su impetuosa carrera, dar media vuelta y huir hacia la oscuridad protectora antes de que los rayos luminosos cayeran sobre él.

Con un rugido de agonía, cayó de lado sobre la roca, muerto antes de golpearla. Porque Sleeth era un dragón del Frío, y le afectaba la Prohibición. Y ahora los harlingar habían destruido al poderoso dragón al atraerlo con su trampa a la luz del día que le había sido vedada por la mano de Adon.

Y mientras Elgo y Reynor seguían corriendo delante del monstruo tambaleante, cegados por la súbita luz que inundaba la sala, Sleeth murió con las pupilas abrasadas por el fuego de aquella luz que marchitaba todo su voluminoso cuerpo; y la última visión del dragón fue la de sus matadores: hombres insignificantes, que huían aterrorizados.

15

El bosque de los lobos

Finales de verano y comienzos de otoño, 3E1602

[Presente]

Alrededor de ellos se extendía el bosque de los Lobos, silencioso y sombrío; y un nuevo bramido vibrante, como surgido de Hèl, llegó hasta sus oídos. En el claro estaban en pie los dos guerreros heridos, espalda contra espalda para protegerse, a la espera de la última batalla.

—Recuerdo —gruñó el enano— que allí donde corren los vulgs, también suelen andar los grg.

—¿Grg? —preguntó la mujer—. ¿Quieres decir los wrg? ¿Los rutena, los drokha?

—Sí, los grg —respondió el châk—. Ukh y hrok, es lo mismo. Y también tienen otros nombres: khol, y más aún. Pero les des el nombre que les des, el tuyo o el mío, suelen merodear juntos con los vulgs.

—Ay de mí, Thork —dijo la doncella guerrera con voz cargada de fatiga—. Si estuviéramos descansados, y con tu hombro y mis costillas sanos, daríamos a esos hël-corredores su merecido.

—Dama Elyn —replicó Thork—, démosles un buen repaso a pesar de todo.

Varón y hembra se pusieron en guardia, alzando sable y martillo de combate, y aguardaron al enemigo en la noche; las remotas estrellas parpadeaban sobre sus cabezas, y la Luna en cuarto menguante navegaba silenciosa por el cielo.

—¡Chis! —susurró Thork—, ya vienen.

Elyn miró, y vio una gran forma negra que surgía al trote de entre los árboles. Parecía un lobo, pero no lo era; era un vulg grande, que medía cerca de un metro desde las pezuñas hasta la paletilla. Sus malignos ojos amarillos brillaban como brasas a la luz de la Luna. Una lengua roja asomaba por entre los colmillos retorcidos plantados en una mandíbula aplastada, de la que goteaba una baba virulenta. «La mordedura del vulg negro mata de noche»: el antiguo dicho acudió espontáneamente a la mente de Elyn. Otros dos ejemplares muy grandes aparecieron a la vista, entre las sombras, con sus poderosos músculos contrayéndose y distendiéndose en cada salto, bajo la hirsuta piel de color negro. Detrás venían al menos una docena más, que se quedaron merodeando de un lado a otro por el borde del claro, mientras observaban a su presa desde lejos.

El corazón de Elyn latía desacompañado, y el miedo la invadió haciendo desaparecer la fatiga. Clavó el sable en tierra, delante de ella, se secó las palmas de las manos en el arnés de cuero, y volvió a empuñar el arma.

Más vulgs se unieron a la manada y fueron a colocarse a derecha e izquierda de los anteriores, formando un amplio círculo en el borde del claro. Y Elyn y Thork se estremecieron al sentir de nuevo fija en ellos la mirada maligna de aquellos seres. Y en el

mismo momento finalizó la espera porque, como si se hubieran recibido una señal secreta, los vulgs se pusieron en movimiento, con aullidos que helaban la sangre, y se precipitaron como una maldición negra hacia el centro del claro, donde las dos víctimas observadas tan largamente esperaban en lo alto del montículo.

—¿Lista, guerrera? —murmuró Thork.

—Lista, guerrero —respondió Elyn.

Caían ya sobre ellos horrendos vulgs, relampagueantes los ojos amarillos, colgantes las lenguas rojas, goteando la baba virulenta, aullando a los guerreros heridos.

—¡Châkka shok! ¡Châkka cor! —lanzó Thork el antiguo grito de combate de los enanos.

—¡Háljordreich! [¡Salud al reino de Jord!] —contestó Elyn, que se volvió para hacer frente a la manada pronta a caer sobre ellos, y tomó posición ahora a la izquierda de Thork, el sable en alto, dispuesta a asestar un golpe mortal. También Thork cambió de posición para hacer frente a la feroz manada y levantó el martillo para golpear.

Los vulgs aulladores corrieron hacia los dos; de sus gargantas y sus pechos salían gritos guturales, y los negros cuerpos de los componentes de la horrenda manada, saltando y cortando el aire como movidos por poderosos resortes, caían ya sobre la pareja de guerreros.

Y de súbito, desde detrás de Elyn y Thork, aparecieron relampagueantes unas grandes sombras plateadas, que se arrojaron con gruñidos amenazadores contra los negros asaltantes.

«¡Lobos! ¡Lobos plateados!» Surgidos al parecer de la nada, llegaban los Lobos de las leyendas, una docena o más de aquellos animales de plata, casi tan grandes como ponis pero rápidos como centellas, con largos colmillos que mordían y desgarraban a los negros vulgs, haciéndolos rodar sin vida. Y se entabló una batalla furiosa en torno a la pareja firme en el montículo del claro, que había olvidado sus propias armas por el asombro de aquella aparición imprevista.

Pero de súbito Thork se precipitó hacia adelante, sacudiéndose el estupor. ¡Chunk!, su martillo aplastó la cabeza de un vulg, y la criatura cayó muerta a sus pies.

También Elyn empezó a manejar su sable. ¡Sssh!, el ancho surco que abrió en el flanco de uno de aquellos seres aulladores no pareció tener otro efecto que irritarlo en contra de ella; pero casi al instante cayó a sus pies con la garganta abierta, aunque Elyn no había dado ningún otro tajo.

Por el rabillo del ojo, Elyn creyó que veía..., a alguien, pero al volverse en esa dirección, no había nadie. Aun así, otro vulg cayó muerto, y de su garganta degollada manaba a borbotones una sangre negra.

El claro se había llenado de terribles gruñidos, tan fuertes que el sonido parecía abarcar todo el mundo; se desencadenó una increíble violencia y los mordiscos, los golpes y los estertores se multiplicaron en el claro, por el que paseaba la Muerte con una mano ávida que arrastraba las almas a sus profundidades. Los Lobos plateados se habían lanzado a una tremenda batalla, y sus grandes mandíbulas quebraban, desgarraban y abatían uno tras otro a los vulgs enemigos.

Y las criaturas de la oscuridad huyeron entre gimoteos, incapaces de resistir a aquellos archienemigos plateados; pero los Lobos persiguieron a los vulgs y saltaron sobre sus lomos hasta exterminarlos a todos. Ni uno tan sólo de los vulgs consiguió escapar del claro aquella noche.

Y cuando todo hubo acabado, en algún lugar, en ninguna parte, en todas partes a la vez, sonó un silbido, y los Lobos plateados regresaron al montículo central del claro, una vez concluido su trabajo nocturno.

Elyn y Thork los vieron regresar, reunirse en círculo alrededor de la pareja y sentarse expectantes, con las lenguas asomando por entre sus colmillos relucientes. Elyn pudo ver entonces que su piel era de un deslumbrante color blanco, casi transparente, que reflejaba la luz de la Luna como un espejo de plata.

Y ¡oh!, de repente apareció un hombre entre el enano y la doncella guerrera, con un cuchillo largo en la mano. ¡No! ¡No era un hombre, sino tal vez un elfo! Pareció materializarse en el aire límpido: no había nada, y en el instante siguiente estaba él.

Thork retrocedió con un gruñido, y colocó en guardia su martillo. También Elyn tenía su arma cruzada sobre el pecho, en actitud defensiva.

Pero el hombre, o el elfo, después de inclinarse para limpiar la hoja de su cuchillo en la hierba alta, dijo en tono amable:

—Soy un amigo.

Se enderezó de nuevo y envainó la hoja limpia en la vaina que pendía de su cinto; y después señaló con un amplio gesto a los sonrientes Lobos que los rodeaban:

—Y éstos son amigos míos.

Su estatura era la de un hombre, metro ochenta aproximadamente, superior a la de la mayoría de los elfos, pero tenía los ojos levisísimamente achinados y las orejas puntiagudas, aunque menos de lo que uno esperaría. El cabello largo y blanco le caía hasta más abajo de los hombros, con un resplandor muy parecido al de la piel de los Lobos plateados, aunque un poco más oscuro; a pesar de la blancura de sus cabellos no parecía tener más de treinta años. Iba vestido con pieles suaves de color gris, sujetas en las caderas por un cinturón negro con hebilla de plata. Los pies estaban enfundados en botas negras, de un material ligero que se deslizaba sin ruido al pisar el suelo. Los ojos eran penetrantes como los de un águila, de un color posiblemente gris, aunque resultaba difícil asegurarlo a la pálida luz de la Luna en cuarto menguante. En su garganta se percibía un reflejo plateado, tal vez un amuleto colgado de una correa de cuero.

—Yo soy Thork, del mineholt de Kachar —gruñó el enano guerrero, bajando su martillo—, y ésta es Elyn de Jord.

El elfo, o el hombre, pareció confuso por unos momentos, e inclinó la cabeza hacia un lado, como si buscara un recuerdo que se le escapaba.

—Nombres..., ah sí, nombres —respondió al fin, sacudiendo la cabeza con aire divertido—. Lo había olvidado. Llamadme... llamadme el Mago-lobo, un nombre que tuve en otro tiempo.

—¿Mago-lobo? Pero ése es el nombre del mago del bosque de los Lobos.

Por la mente de Elyn desfilaron antiguas leyendas, y su mirada se paseó por los Lobos plateados, al tiempo que recordaba una canción de Trent el Bardo sobre un mago que vivía con los lobos.

El magus mostró las palmas de sus manos, y luego indicó con un gesto la selva que los rodeaba.

—Dama Elyn, éste es el bosque de los Lobos.

—Pero se dice que el mal ha sido proscrito del bosque de los Lobos —y la mirada de la doncella guerrera se detuvo en los vulgs muertos—, y sin embargo el mal ha penetrado en su interior.

Un golpe de ira oscureció el rostro del mago, y un gran Lobo plateado se incorporó y gruñó, inseguro respecto de la fuente de la amenaza. El Mago-lobo se volvió al Lobo y le habló en un extraño lenguaje, y el animal se sentó de nuevo.

—Ha advertido mi ira, ¿no es así, Luzgrís? (así se llama, si también necesitáis un nombre para él). Porque él está tan desconcertado como yo mismo ante esta incursión de vulgs en el bosque. Nunca lo había invadido un grupo tan numeroso, y además de forma abierta, en lugar de tratar de cruzarlo inadvertidos. Porque temen a los draega, los Lobos plateados de Adonar.

—Esos vulgs han invadido estos bosques porque estaban sedientos de nuestra sangre —refunfuñó Thork—. Son nada más algunos de los enemigos con los que hemos debido enfrentarnos las últimas noches.

—Aun así —respondió el Mago-lobo—, lo normal sería que prosiguieran su persecución a distancia, en lugar de correr entre estos árboles.

—El mal nos ha dado caza durante casi una quincena completa —dijo Elyn—, persiguiéndonos sin cesar. Desde el Khalina Mire hasta aquí, nos han acosado muchos enemigos viles que buscaban nuestra perdición. ¿Por qué? No lo sabemos. Pero Thork cree, y yo soy de su opinión, que si los vulgs han penetrado en vuestro demesne, ha sido porque estábamos nosotros aquí.

El magus se acercó a uno de los cadáveres de los vulgs, y Luzgrís se levantó y se colocó a su lado, dispuesto a atacar en caso de que la criatura diera algún signo de vida; también los demás Lobos plateados se movilizaron, dispuestos a la acción. De rodillas, el mago colocó una mano sobre la frente del vulg muerto y permaneció unos instantes inmóvil, con los ojos cerrados. Luego emitió un breve silbido por entre los dientes apretados, y susurró una sola palabra:

—Andrak.

Las sombras del bosque bailaban en sus rostros mientras la Luna seguía cabalgando a través del cielo nocturno. En torno a ellos, entre los árboles, vigilaba una guardia de plata, una fantasmal manada que se deslizaba sin ruido por los senderos del bosque. Al frente, muy lejos, Luzgrís dirigía sus movimientos y exploraba el camino que conducía a un destino desconocido.

—Necesitáis ayuda —había observado el mago después de incorporarse junto al cadáver del vulg—. Además, estáis heridos. Venid; no es lejos.

—Viento y Cavador —respondió Elyn—, nuestras monturas. Tenemos que encontrarlos. También están heridos, y quisiera atenderlos.

—No temas, están a salvo —replicó el mago—. Yo me encargaré de atenderlos, y los encontraréis dispuestos cuando los necesitéis.

De modo que abandonaron el claro y se dirigieron hacia la espesa arboleda del bosque de los Lobos, que se extendía a su alrededor hasta perderse de vista.

Y avanzaron entre los árboles en sombra, protegidos por sus silenciosos guardianes, con la silenciosa Luna y las estrellas sobre sus cabezas.

—Tenéis razón con respecto a los vulgs. Os perseguían a vosotros. ¡Era un maleficio! Un maleficio de Andrak. Quienes conocemos sus viles hazañas podemos advertir la presencia de su mano tenebrosa en este asunto. —Elyn y Thork notaron la ira contenida que vibraba en la voz del Mago-Lobo.

—¿Un maleficio? —preguntó Elyn, con un estremecimiento de aprensión ante aquella palabra ominosa—. Pero ¿por qué?

—Funesto día aquel en que Andrak fue tentado a dar el primer paso por los caminos de la oscuridad —respondió el mago—, alejado de la luz por el vil Modru. Y en su malicia, Andrak simuló que aquel paso le costaba un gran sufrimiento; pero ansiaba imponer su voluntad a los indefensos y dominar completamente a los poderosos. Y así, ignoro por qué razón, envió a rûpt tras las huellas precisamente de vosotros dos, pero sí sé que sus sueños siniestros le inducen a desear imponerse a un número sin cuento de gentes.

—Entonces, ¿los grg nos buscaban a los dos —intervino Thork—, y no tan sólo a uno de nosotros?

—No sabría asegurarlo —respondió el magus—. Lo cierto es que se trata de un maleficio de Andrak; pero qué o a quién pretende destruir, carezco del poder suficiente para poder decirlo.

Y de repente, en la mente de Elyn surgió uno de los juramentos favoritos de Ruric: «¡Por las uñas negras de Andrak!», pero se sentía incapaz de imaginar qué razón impulsaba a Andrak a desear mezclarse en sus asuntos.

Caminaron en silencio durante un rato, y finalmente llegaron a un pequeño claro herboso del bosque. Bajo el ramaje de los árboles se alzaba un pequeño cote de piedra, con un techo de paja amarillenta que brillaba al reflejar la luz lunar, y paredes de color gris oscuro. Cruzaron una puerta de madera sujeta por bisagras de cuero, y la luz exterior que entraba por las ventanas iluminó apenas las siluetas en sombra que acababan de entrar.

—Sentaos, sois mis invitados.

El Mago-lobo pasó ante Elyn en la oscuridad; podía oírle abrir cajones, y de algún lugar llegó el ruido de vasijas de cristal que entrechocaban. A su derecha, Thork se adelantó; Elyn oyó el ruido de una silla arrastrada sobre el piso de madera, e intuyó por las modificaciones de los volúmenes de sombra que el enano se había sentado.

—Siéntate, dama Elyn —le llegó de nuevo la voz del mago.

—Pero no puedo ver nada —protestó ella.

—Ay de mí, perdóname.

De súbito una luz amarilla inundó la cabaña. El Mago-lobo sostenía una lámpara en la mano; Thork estaba sentado a una mesa.

La cabaña era sorprendentemente amplia; «tal vez más amplia en el interior que por fuera», pensó Elyn, que inmediatamente desechó aquel pensamiento absurdo.

Con todo, la habitación tenía una mesa y cuatro sillas; dos alacenas altas con cajones; una chimenea con morillos de hierro y una leñera, además de hornillos y diversos cacharros para cocinar; una mesa pequeña sobre la que había un cubo de agua y jabón, y aparte un fregadero con trapos. Una puerta de pequeño tamaño daba a una despensa; y otra puerta, cerrada, a no se sabía dónde. Detrás de Thork, contra la pared y bajo la ventana, había una cama pequeña.

Todo estaba limpio y bien ordenado: el piso de madera de roble parecía recién barrido, no había platos sucios, y la cama estaba hecha. Aun así, el lugar daba una sensación inequívoca de estar deshabitado.

Elyn tomó una de las sillas de debajo de la mesa y se sentó; su cansancio se impuso entonces como una marea irresistible. Sentía su cuerpo dolorido mientras veía al Mago-lobo moverse en silencio por la habitación; y a pesar de que sus ojos estaban enrojecidos por la fatiga, la agudeza de su visión era en aquellos momentos preternatural: veía a Thork con tanta claridad que casi le resultaba irreal. Muy pronto, sin embargo, inclinó la cabeza hasta apoyarla en la mesa.

Hubo un momento en que tuvo la sensación de que la transportaban a una cama, y oyó vagamente decir al mago de cabellos plateados:

—Duerme, doncella guerrera, porque aquí estás a salvo. Los draega velarán para que no seas atacada esta noche, y yo tomaré medidas para impedir que el bosque sufra intrusiones de otro tipo.

La mañana estaba ya muy avanzada cuando Elyn se despertó por fin; las sombras de las hojas de los árboles, blandamente agitadas por un suave céfiro en el exterior, jugueteaban con los rayos de Sol que, atravesando la ventana, iban a acariciar su mejilla. Podía escuchar el susurro apagado del agua hirviendo, y al volver la cabeza vio colocado en el hogar, sobre las brasas al rojo, un gran caldero del que escapaba hacia el techo una columna de vapor. Sobre el piso había colocado un barreño vacío, como una invitación. Encogida de dolor por sus costillas rotas, Elyn se levantó renqueante de la cama y se puso en pie. Estaba sola en la cabaña.

La puerta cerrada la noche anterior estaba ahora abierta a una habitación distinta; y en el interior de ésta se veía una gran bañera de madera. Caminando con los pies descalzos —«¿quién me quitó las botas anoche?»—, se acercó a la bañera y vio que estaba parcialmente llena de agua cristalina, fría al tacto. Sobre una banqueta había dispuesta una bata de una tela suave de color gris.

Utilizando repetidas veces el barreño, añadió agua caliente a la fría, elevando su temperatura casi hasta el límite que podía soportar. Se quitó sus manchados arreos de cuero y se introdujo muy despacio en la bañera, dubitativamente, con exquisito cuidado, hasta sumergirse en el cálido vapor, para acostumbrar poco a poco su piel al agua humeante, y relajarse y gozar de aquel calor sofocante que le hacía olvidar sus heridas, sus magulladuras y sus costillas rotas.

No habría sabido decir cuánto tiempo permaneció allí sumergida, pero fue lo bastante para que se arrugara la piel de la yema de sus dedos; finalmente, cuando la temperatura del agua había ya disminuido sensiblemente, con un jabón levemente aromático que encontró en un estante lateral se frotó todo el cuerpo, empezando por lavarse el cabello. Se enjabonó la cara y los brazos, y después el resto del cuerpo, y estaba enjuagándose cuando el Mago-lobo, cargado con vendas, entró con paso decidido en el cuarto de baño.

Ruborizada, Elyn intentó cubrirse —la toalla de baño le pareció ridículamente pequeña— y se sumergió en el agua tanto como pudo.

Desconcertado, el magus inclinó la cabeza hacia un lado. Luego la comprensión iluminó su mirada.

—Ah, sí. Lo había olvidado —dijo, volviéndose de espaldas—. De todos modos, tendremos que vendar esas costillas. ¿Sabes cómo hacerlo?

—No... —contestó Elyn en voz baja.

—En ese caso no tienes más opción, dama Elyn; debes dejar que lo haga yo —dijo el Mago-lobo—. Sal de la bañera, sécate con la toalla y ponte la bata, pero debes permanecer desnuda de cintura para arriba.

Roja por el agua caliente, y tal vez también por la vergüenza, Elyn hizo lo que se le indicaba, y se ajustó la bata a la cintura con un cordón de seda. Dando la espalda al mago, declaró finalmente:

—Estoy lista.

Las manos de él eran sorprendentemente suaves, pero el vendaje ciñó con notable firmeza las tiernas costillas de Elyn.

—Ahora puedes acabar de vestirte —dijo el mago cuando finalizó la cura, y las vendas quedaron sujetas en su lugar con tiras de tela. Después, desde el lugar donde la esperaba, junto a la mesa, añadió—: Ven aquí y bebe esto. Ayudará a la cura.

Elyn apuró una pequeña copa de un líquido con un ligero sabor a sal.

—No conviene que fuerces la zona de las fracturas —le aconsejó el mago—. Respira poco a poco. Dobla las rodillas en lugar de encorvarte. No gires el tronco de lado. No permanezcas de pie durante un tiempo excesivo. No cargues con objetos pesados.

Elyn hizo un gesto afirmativo.

—Tu compañero está sentado fuera —añadió el Mago-lobo, y luego dio media vuelta y se desvaneció a través de la puerta.

—Espera —exclamó Elyn, pero él ya se había marchado—. Gracias —dijo al espacio vacío que tenía ante ella.

Alzando el borde de la bata, demasiado larga para ella, Elyn salió al exterior. En un lugar cercano vio a un Lobo plateado erguido, montando la guardia, y había otro más recostado en el césped, no lejos de allí. La doncella guerrera encontró a Thork sentado en la hierba, a la sombra de un roble. Cuando se aproximaba a él, el enano se puso en pie; llevaba inmovilizado en un cabestrillo el brazo izquierdo herido. Elyn rompió a reír, lo que hizo que le dolieran las costillas a pesar del vendaje, porque la bata de Thork se arrastraba uno o dos palmos por el césped, y tenía todo el aspecto de un niño vestido con ropa de adulto..., salvo por el hecho de que ningún niño luce una barba partida, ni tiene unos hombros tan anchos que impiden que la bata se abroche en el pecho y en el cuello, detalles éstos que provocaron más risas de Elyn, con el consiguiente castigo para sus costillas.

Thork se sintió al principio desconcertado ante las risas de ella, y su mirada perpleja tuvo el efecto de hacerla prorrumpir en nuevas carcajadas. Agitando una mano en señal de despedida, y apretando la otra contra su propia boca, Elyn intentó contener sus risas para parar el dolor de sus costillas, pero sólo lo consiguió a medias, y por entre los dedos apretados aún dejó escapar de vez en cuando pequeñas explosiones de hilaridad que le causaban dolores agudos.

Fue entonces cuando Thork miró hacia abajo y vio al fin que era él mismo el objeto de su diversión, y con un gruñido se dejó caer sentado en el suelo con el entrecejo fruncido, y habría cruzado los brazos para mostrar su disgusto, de no habérselo impedido el cabestrillo. Además, las vueltas que había dado a la manga derecha de la bata se soltaron, de modo que el borde de la manga sobrepasaba la punta de sus dedos en cerca de medio metro; y luchaba y hacía revolear su brazo bueno para intentar sacar de nuevo la mano por la bocamanga. Sus gestos provocaron un nuevo ataque de risa de Elyn, que llevándose las manos a sus costados doloridos y gimiendo de impotencia, caminó tambaleante hasta donde estaba él, se dejó caer de rodillas delante suyo y le ayudó a remangarse, con lágrimas a un tiempo de dolor y de alegría en los ojos.

Con la mandíbula proyectada hacia adelante, la barba temblorosa de indignación, los ojos inyectados y la faz lívida, Thork recia a punto de estallar de rabia.

—Ay de mí, mi enano guerrero, ojalá los trolls te hubieran visto vestido así —consiguió balbucear Elyn entre risas sofocadas, al tiempo que remangaba la bata—. Habrían muerto de puro júbilo.

Y con la rapidez del azogue, la mirada del rostro de Thork cambió de la ira a la hilaridad al ver el absurdo de su enfado, y todo el claro retembló con sus carcajadas.

Con movimientos penosos, Elyn se sentó a su lado, apoyando la espalda en el mismo roble. Durante un largo rato no pudo evitar que la risa siguiera agitándola de vez en cuando, y Thork la acompañaba con carcajadas satisfechas.

—Me pregunto cuánto tiempo ha pasado sin que nos riéramos así —dijo ella—. No desde... —Y calló de súbito, al tropezar su mente con un recuerdo doloroso.

Thork se dio cuenta de su angustia, y no dijo nada.

Por encima de ellos, en los árboles, las cigarras entonaban su canto al cambio de estación; muy pronto el otoño se extendería por la superficie de la tierra, y se decían unas a otras que el verano concluía y era preciso buscar compañía antes de que sus propias vidas concluyeran también. En algún lugar próximo a un leño caído, un grillo lanzaba sus gritos estridentes, que destacaban sobre el bordoneo perezoso de las abejas en torno a las delicadas florecillas azules dispersas entre la hierba, recolectando néctar y polen mientras podían y llevándolo a su colmena, oculta en lo profundo del bosque. Y en el claro, los Lobos plateados intercambiaban sus puestos, colocándose cada cual en la posición de guardia del otro.

Finalmente, Elyn volvió a hablar:

—¿Dónde has dormido la noche pasada, Thork?

—En tu cabaña, dama Elyn —respondió él—. Hay otra habitación detrás de la despensa, y también tiene una cama.

—¿Otra habitación? ¿En ese cote tan pequeño? Una sala principal, un cuarto de baño, una despensa, ¿y también un dormitorio de huéspedes? —La voz de Elyn expresaba su asombro—. Tal vez sí que es más grande por dentro que por fuera. ¿Es posible una cosa así?

—No intentes husmear en los secretos de los magos, mi señora —respondió Thork—, porque he oído que los guardan con el mayor celo.

Allí sentados, discutieron un rato sobre el enigma; y luego, el estómago de Thork reclamó sus derechos.

—Secreto o no —declaró el enano—, vamos a revolver un poco el cuartito de la despensa. Tengo hambre, y allí hay comida esperándonos.

Pasó una semana, y después otra, y las costillas de Elyn se fueron soldando poco a poco, al tiempo que el hombro de Thork se restablecía. Los dos guerreros cooperaban en el cuidado de sí mismos: cocinaban, lavaban y remendaban sus ropas y su equipo de viaje, limpiaban y engrasaban sus arneses y sus armas, compartiendo las tareas hogareñas. Diariamente daban largos paseos y descubrían fuentes cristalinas, arroyos musgosos, peñascos elevados, y claros tapizados de hierba entre los árboles del espeso

bosque. Sostenían largas conversaciones, y cuidaban con mucho tacto de evitar el terreno hostil que enfrentaba a los enanos y a los jinetes.

Y cada día aparecía el Mago-lobo con raíces y hongos, frutas y nueces, cereales silvestres y hierbas dulces, bayas y tubérculos, u otros dones de la naturaleza, del mismo género. En una ocasión les llevó una pata de venado, diciendo únicamente que se trataba de un regalo de los draega, los Lobos plateados. Y Elyn y Thork lo aceptaron agradecidos, y pasaron toda una tarde asándolo a fuego lento en un espetón montado sobre las brasas de una hoguera encendida al aire libre.

En los primeros días de su convalecencia, el magus los llevó a ver a Viento y Cavador, que vagaban desensillados y sueltos por los campos cubiertos de tréboles y avena silvestre; las sillas, bridas, arreos, armas e instrumentos estaban guardados, a salvo, en una amplia oquedad seca de un gigantesco árbol caído en un lugar cercano. Viento y Cavador acudieron a la llamada del mago, y parecieron alegrarse de ver a Elyn y Thork, aunque más satisfechos aún se mostraron al regresar a los dulces pastos de la colina. También se había cuidado alguien de sus heridas, y el Mago-lobo aseguró a Elyn y Thork que los dos caballos estarían restablecidos cuando llegara el momento de que el enano y la doncella guerrera reanudaran su viaje.

Y siempre, en algún lugar cercano, los draega pasaban sin ruido entre los árboles, guardando en silencio a la pareja.

Un día, Elyn preguntó al magus por los Lobos, y la respuesta hizo brotar lágrimas de sus ojos:

—Estos no son lobos comunes, dama Elyn, que han crecido hasta alcanzar un tamaño portentoso. No, son los draega (los Lobos antiguos) de los Hohgarda. Habitaron este mundo en la antigüedad, cuando criaturas de un enorme poder recorrían los bosques y las llanuras, trepaban a las montañas y bajaban a los valles, volaban por el aire de cristal, hollaban las arenas movedizas de los desiertos, nadaban en las aguas límpidas del mundo y se hundían en su húmedo subsuelo; eran criaturas que ahora apenas se ven, si es que aún existen. Y los draega no se inclinaban ante nadie, ni siquiera ante el gran oso de los Mittegarda. Eran los señores indiscutidos de todo cuanto deseaban, pero sus deseos eran muy sencillos, y tal era su forma de ser cuando yo los conocí.

»Pero luego las cosas cambiaron mucho en este Plano, porque Gyphon envió a este mundo a sus vicarios de los Untargarda. Y entonces los draega se impusieron la tarea de contribuir a detener la avalancha. Y ayudaron a Adon en la gran batalla.

»Y cuando se separaron los Planos, los draega quedaron bloqueados en este mundo, y ahora viven conmigo recluidos en este lugar, esperando el momento de la llegada de la Espada de Plata en el amanecer del día en que el camino de Adonar se abrirá de nuevo para ellos; aunque yo estoy convencido de que elegirán quedarse aquí y guerrear en favor de Adon otra vez. Pero por el momento, únicamente los que llamáis magos y los que llamáis elfos pueden pasar de aquí al Plano Superior, aunque ni unos ni otros pueden ya regresar al Mundo Medio después de abandonarlo, al menos no hasta que se desencadene la guerra final. Pero aunque los magos y los elfos pueden todavía abandonar este Plano, para otras criaturas como los draega el camino a Adonar está cerrado.

»De modo que los Lobos plateados viven exiliados de su verdadero hogar, de Adonar, y así han vivido durante milenios. —El Mago-lobo bajó la voz, y sus palabras llevaban implícito un mensaje simple pero profundo—. Y durante todo ese tiempo, yo he permanecido con ellos. No puedo abandonarlos, son mis amigos.

Durante mucho tiempo después de haber oído esa historia, las lágrimas siguieron brotando de los ojos de Elyn, al pensar en la situación de los draega: después de realizar los mayores esfuerzos por ayudar en la lucha, se habían visto finalmente exiliados de su verdadera patria. Pero por otra parte, aquella era la historia de una amistad real y

duradera, porque el Mago-lobo compartía su aislamiento debido únicamente a que ellos eran sus amigos.

Fue Thork quien llamó su atención respecto a un hecho notable.

—Si el Mago-lobo era amigo de los draega en el momento de la venida de los engendros de los Untargarda, eso significa que también él conoció el mundo de la antigüedad. Y en tal caso su edad es casi incalculable, a pesar de que su aspecto siga siendo el de una persona joven.

Gradualmente, los dos se restablecieron, y llegó un día en el que el brazo de Thork pudo prescindir del cabestrillo. Y utilizó su hacha de doble filo para recuperar la agilidad y la fuerza de sus músculos, empezando con lentitud e incrementando los esfuerzos día a día. Y también llevaba su escudo de piel de dragón en el brazo izquierdo mientras blandía el martillo con el derecho. Practicó asimismo con su ballesta ligera, montándola y enviando proyectiles con mortal puntería al centro mismo de la diana de un manco improvisado.

Un atardecer, después de una agotadora sesión de entrenamiento, sintió tanta sed que, seguido por un Lobo plateado, se dirigió a una fuente cristalina que habían descubierto Elyn y él. Y a la luz del crepúsculo contempló desde el borde del claro a la princesa arrodillada delante de la fuente. Había arrancado del borde del agua una flor blanca y la colocaba en aquel instante en su cabello cobrizo, al tiempo que se miraba reflejada en la corriente, y cantaba con voz armoniosa. Y Thork se detuvo en la linde del bosque y admiró su belleza, y el corazón pareció henchírsele en aquel momento de algo indefinible que antes había estado ausente. Quedó quieto, silencioso, embelesado, y la escuchó cantar con voz clara:

¿Lucharíais hasta la muerte
por aquello que amáis,
por más que se tratara de una causa perdida...?
¿Por aquello que amáis?

Y Thork reconoció la canción, porque se trataba de la desgarradora balada de la pérdida de Piedra Negra, un texto que los enanos consideraban poco menos que sagrado, porque narraba la historia de una lucha épica, una batalla desesperada en la que muchos habían perecido con honor. Y era precisamente la toma de Piedra Negra el origen de la hostilidad existente entre los châkka y los jinetes, el conflicto que hacía de Elyn una enemiga. Thork se bajó la capucha sobre el rostro, dio media vuelta y se alejó pesaroso, pasando sin verlo junto al draega que la guardaba a ella.

Por el rabillo del ojo, Elyn percibió un movimiento y alzó la vista a tiempo de darse cuenta de que era Thork quien se alejaba, con la capucha bajada sobre la frente en señal de luto. Y adivinó que habían sido las palabras de la balada lo que le apartó de ella apenado, pero no intuyó la verdad fundamental que se escondía en el pliegue más recóndito del dolor del enano.

También llegó el día en que las costillas de Elyn quedaron libres de vendajes. Y ella siguió el ejemplo de Thork, y practicó con todas sus armas para recuperar el tono muscular y la habilidad en el manejo: blandió el sable, manejó el cuchillo largo, trabajó empleando su lanza como bastón, como hoja de acero y como jabalina; lanzó piedras con la honda, y tensó el arco para lanzar con él flechas certeras.

Cuando se trataba de manejar el arco, Elyn y Thork se enzarzaban en competiciones, él con su ballesta y ella con el arco de doble curva de Jord. Y una y otra vez comprobaron que la ballesta golpeaba con más precisión y fuerza en distancias cortas, mientras que el arco era superior en las largas. Y al acabar aquellas pruebas de habilidad, regresaban de buen humor porque los dos habían ganado y ninguno había perdido.

Finalmente, sanos y en buena forma, se prepararon para partir del bosque de los Lobos. Ninguno de los dos, en realidad, deseaba irse de allí, porque ambos habían llegado a amar el bosque sombrío, incluso el enano acostumbrado a las cavernas excavadas en la roca, incluso la mujer de las amplias llanuras cubiertas de hierba. Y los dos habían llegado a amar también a los Lobos plateados, y ahora comprendían por qué el Mago-lobo había tomado la decisión de permanecer junto a los draega. Pero ni el amor al bosque ni el amor a los Lobos podían retenerlos, porque un deber más alto los reclamaba, y ellos no podían ignorarlo, por más que ello significara que los días sucesivos habían de estar llenos de trabajos y de peligros. Y así, llevaron a Viento y a Cavador hasta la cabaña, reunieron todas sus pertenencias, y cargaron a los animales con las armas, alimentos, grano y las demás cosas necesarias para el largo viaje que tenían en perspectiva.

El Mago-lobo se acercó a los dos y les dijo que era preciso hablarles antes de que se alejaran, pero en un lugar elegido por él mismo. Y los condujo hasta un pequeño claro próximo, resguardado por un círculo de robles inclinados; un lugar que no habían visto anteriormente. En aquel terreno sombreado había crecido un suave césped verde, una alfombra afelpada de hierba tachonada de pequeñas flores amarillas. Cerca manaba una fuente, y el agua clara saltaba salpicando las rocas al tiempo que cantaba en la lengua rumorosa del agua corriente en una pendiente abrupta. Y en el centro del minúsculo claro, había lo que Elyn llamaba un anillo de las hadas: un círculo de setas de sombrerillo en el centro de una exuberante floración de helechos bajos y de musgos. Pasando con cuidado sobre el borde del anillo, y ordenando a los dos que hicieran otro tanto, el Mago-lobo hizo que todos se sentaran en el centro del círculo y colocó deliberadamente a Elyn, a Thork y a sí mismo como las tres puntas de un triángulo equilátero. En el exterior del anillo se situaron los Lobos plateados, formando cinco de ellos un círculo interior y los nueve restantes otro círculo más amplio; los draega eran testigos silenciosos de lo que decían los que estaban en el interior del anillo.

—Os he traído hasta este lugar protegido por una razón, para hablaros de Andrak. Y lo que voy a deciros se relaciona también con vuestra misión. No os he convocado aquí hasta ahora porque aún no estabais preparados, y no en razón de vuestras heridas, sino porque cuando llegasteis a este lugar habríais encontrado demasiado duro lo que ahora me dispongo a revelaros. Incluso en este momento, existe la posibilidad de que la revelación os fuerce a desistir, pero yo creo que no será así, y sin duda estrechará los lazos que os unen a los dos.

»Andrak habita en una fortaleza de las montañas de Xian. Desde ese lugar ha estado utilizando sus poderes oscuros para dirigir contra vosotros al Falso Pueblo y a otros seres. Porque teme que vosotros sois las personas de que habla una antigua profecía, los dos enemigos el uno del otro, reunidos por el honor:

La que se oculta;

El que guía.

El Mago-lobo se quitó del cuello una correa de cuero de la que pendía una pepita de silverón, y la tendió a Elyn.

—Toma esto, dama Elyn, y llévalo, porque entiendo que tú eres «la que se oculta». Es un recurso para protegerte de tus enemigos, un objeto que les impedirá verte. Yo he sido tan sólo la persona encargada de custodiarlo hasta que fuera necesario, y estimo que ese momento ha llegado ya.

»Tal vez pienses que se trata de un objeto "mágico", pero no alcanzo a comprender lo que se quiere expresar con esa palabra. Sencillamente, es un objeto para ocultarse. No, no exactamente ocultarse, la palabra no es la adecuada; tal vez deberías llamarlo un objeto de no presencia. No importa, yo lo llevaba puesto la noche en que llegasteis al bosque de los Lobos, la noche en que no me viste hasta que yo lo quise. Oh, no era invisible, y tú podías haberme visto en cualquier momento, si tú misma lo hubieras

querido. No, este amuleto no convierte en invisible a su portador, sino más bien en no mirado. Quienes no tienen ese deseo, así como quienes no conocen el poder de la visión, mirarán a todas partes menos al lugar preciso en el que te encuentras; mirarán alrededor de tus bordes, por decirlo de alguna manera.

»Os protegerá tanto a ti como a Thork de los sistemas de detección de Andrak, porque su alcance es tal que él mirará alrededor de los bordes de los dos; siempre que Thork no se aleje más allá del alcance de tu mano; por consiguiente, Andrak no sabrá dónde enviar sus falsas criaturas para interceptaros. Pero cuidado, cuanto más os acerquéis a él, más probable será que os encuentre y Thork deberá situarse más cerca de ti, dama Elyn. Aquí, lejos del holt de Andrak, podréis cabalgar como de costumbre y apartaros unos pasos para atender por separado a vuestras necesidades, tal y como exige la intimidad de cada persona. Pero cuando os aproximéis a la morada de Andrak, no podréis separaros más de uno o dos pasos, porque de otro modo el que no lleve la pepita será descubierto irremisiblemente. Y aun así, en el caso de que Andrak esté decidido a mirar a través de esta... barrera, con pepita o sin ella nada podrá ocultarte de su vista.

Muy despacio, Elyn extendió el brazo hasta coger aquel asombroso regalo, y miró fascinada cómo relucía en su mano.

—Yo no tengo la... práctica, los conocimientos para... utilizarlo —dijo en tono dubitativo.

—No temas —respondió el Mago-lobo—, porque no necesita que tú le des ninguna orden. Es cierto que sólo las gentes como yo podemos sacarle el máximo partido, pero en tu caso no es necesario que hagas nada especial. El os preservará a Thork y a ti cuando se presenten enemigos, cuando personas con intenciones hostiles os busquen para haceros daño. Basta con que lo lleves puesto, y permanecerás... no mirada; los enemigos no te mirarán. Si lo apartas de tu presencia, serás vista de nuevo. Pero recuerda, si el enemigo es alguien con poderes y está decidido a mirar a través del obstáculo, entonces te verá, tanto si llevas el amuleto como si no. Póntelo ahora, dama Elyn, porque los dos estáis a punto de alejaros de mis dominios, y no deseo que Andrak os encuentre a ninguno de los dos.

Mientras Elyn se pasaba con movimientos lentos la correa en torno al cuello, ocultando el amuleto de silverón bajo el peto de cuero, el Mago-lobo dio un resoplido de satisfacción, aunque ni Elyn ni Thork advirtieron que nada hubiese cambiado.

—Una última advertencia sobre la piedra, dama Elyn: si tú eres la que se oculta, entonces está escrito que esta pepita te protegerá en los dominios del horror; pero llegará un momento en que la arrojarás lejos de ti. Así es como ha de ser, porque el amuleto tiene también un destino que cumplir; así ha sido dispuesto.

Mientras Elyn meditaba en aquellas agoreras palabras, el magus se volvió al enano y le tendió una amplia pieza de tela con un cordón para sujetarla.

—Guerrero, toma esta cubierta para tu escudo y tapa con ella la piel de dragón, porque ni siquiera el poder de la pepita puede ocultar su brillo irisado de las miradas hostiles. La tela no tiene incorporado ningún hechizo, pero así es como ha de ser, porque tú irás a escondidas.

Mientras el enano recogía el paño, el Mago-lobo continuó hablando:

—Thork, creo que tú eres «el que guía», porque eres un châk y, como tal, capaz de seguir incluso tu propio rastro. Y vendrá el día en que esa habilidad de los châkka os será angustiosamente necesaria a los dos, si realmente eres el pionero profetizado hace mucho tiempo, uno de los dos enemigos reunidos por el honor. Aun así, está escrito en la profecía que uno morirá sin el otro. Por consiguiente, cuida mucho de no alejarte más allá de la protección de la pepita, porque en ese caso serás descubierto. Manteneos juntos. Estad alerta.

—Esa profecía tuya dice muchas cosas, mago —gruñó Thork al tiempo que plegaba el paño—. Pero ¿qué te lleva a pensar que es de nosotros dos de quien habla?

—No soy yo solo quien piensa así, guerrero Thork —respondió el mago—. Andrak ha enviado a sus huestes contra vosotros por la misma razón.

—Pero ¿por qué? —intervino Elyn—. ¿Por qué había de..., por qué ha enviado al Falso Pueblo detrás de nosotros?

El Mago-lobo mostró sus manos extendidas, con las palmas hacia arriba, en la actitud de quien explica un hecho obvio.

—Porque adivino que los dos andáis buscando lo que él guarda con tanto celo: el Kammerling.

—¿El Kammerling? —exclamó Elyn; y se enfrentó furiosa a Thork—. ¿Es eso lo que buscas? ¿El Martillo de Adon?

—Sí. Es el Martillo de la Rabia lo que busco —respondió Thork—. Y por lo visto, también tú andas detrás de él.

—Buscas el Martillo para vencer con su ayuda a mi pueblo, a los vanadurin —explotó Elyn, en tono acusador—. Por mucho que lo niegues, porque ésa es vuestra forma de comportaros.

—No lo niego —replicó Thork, furioso también—. Pero ¿te atreves a decirme que tú lo buscas por un motivo distinto?

Elyn retrocedió como si hubiera recibido una bofetada, y luego bajó la vista y sacudió la cabeza para decir no, al tiempo que miraba fijamente el suelo. Se sentía traicionada, y al mismo tiempo como una traidora, y no se atrevía a mirar a Thork porque en su interior algo agudo le dolía más que el propio dolor. También Thork se sentía angustiado, porque se bajó la capucha sobre la frente y se quedó quieto, mirándose con fijeza las manos.

La suave voz del Mago-lobo hizo desvanecerse la ofensa y la vergüenza que ambos sentían:

—¿No me habéis oído? Estaba escrito en las profecías: dos enemigos se reunirán por el honor cuando llegue el día; y eso es lo que sois, y ésa la razón que os ha reunido. La profecía no dice que los dos hayan de triunfar necesariamente, ni afirma que seáis vosotros los dos; pero sí dice con claridad: «por el honor».

»Ahora escuchadme..., ¡escuchadme, os digo! —Y cuando estuvo seguro de contar con su atención, por más que fuera a regañadientes, continuó—: Si sois los dos de que hablan las profecías, necesitaréis más tarde saber esto: Andrak reside en un lugar desde el que puede contemplar la Montaña Negra, la morada de los magos de Xian. Ignoro por qué razón la espía, pero sospecho que está vigilándola por encargo de su vil amo, Modru, y que le informa de los movimientos que se producen, tanto en la superficie como en el interior de la montaña.

«También sé otra cosa: los dos intentáis encontrar la Montaña Negra porque creéis en la antigua leyenda de que el Kammerling será encontrado allí. Pero no es así: el Kammerling está en poder de Andrak. Él lo guarda para Kalgath el Negro.

Thork dio un respingo y trató de sacudirse la profunda tristeza que le dominaba.

—¿El mago guarda el Martillo de la Rabia para Kalgath el Negro? ¿Por qué había de hacerlo? ¿Está aliado con el dragón?

—No sé por qué razón protege Andrak al dragón de Fuego —respondió el Mago-lobo—, puesto que Kalgath no es un aliado, o no lo fue durante la Gran Guerra de la Prohibición. Pero Andrak guarda el Kammerling y por consiguiente Kalgath está a salvo.

»Aun así, deberéis buscar la Montaña Negra porque en su interior está el objeto que os revelará la localización del holt de Andrak. De otro modo no podréis encontrarlo, porque también él conoce el arte de ocultarse y utiliza su... magia... para no ser encontrado. Pero atended: aunque no puedo enseñaros el método para ocultarse, ni tampoco el de ver, existe algo en el interior de la Montaña Negra que te permitirá a ti, Thork, descubrir dónde habita, Andrak, porque, como ya he dicho antes, tú eres un châk.

«¡Prestadme atención! Cuando lleguéis a las montañas de Xian, buscad cuatro picos que se alzan muy juntos, y parecen los dedos de una gran mano; y luego buscad el pulgar

hacia el sur. Cruzad el paso situado entre el pulgar y el índice, y caminad luego en dirección nordeste. Allí encontraréis la Montaña Negra. Buscad en su interior el mapa de los Magos de Xian, porque ni siquiera los hechizos de Andrak pueden manipularlo.

El mago se puso en pie, y les ordenó que hicieran lo mismo; y los condujo fuera del anillo de las hadas, a través de los dos círculos de vigilancia formados por los Lobos plateados, y fuera de la protección del bosquecillo de robles. Y ni Elyn ni Thork se atrevían a mirarse el uno al otro, porque ambos sentían su corazón hueco y vacío.

Cabalgando en un penoso silencio, se alejaron hasta el extremo oriental del bosque de los Lobos, escoltados por todos los draega. Y cuando llegaron a la linde, Elyn desmontó y se dirigió a Luzgrís. El enorme Lobo plateado se quedó inmóvil y sonrió mientras ella se aproximaba; Elyn se abrazó a su cuello y enterró el rostro en aquella piel suave de color de plata.

—Adiós, mi protector —susurró, y luego se apartó de él y volvió a montar a la grupa de Viento.

De súbito el Mago-lobo apareció entre los árboles, a cierta distancia, sin que ellos supieran cómo había llegado hasta allí.

—Gracias por habernos curado, mi señor mago —le llamó Elyn—, y por la protección del bosque de los Lobos.

El mago no contestó, y guardó silencio mientras veía alejarse del bosque a la pareja, y cómo caballo y poni se salpicaban mutuamente al cruzar las aguas someras de un río.

Y cuando los dos llegaron a la orilla más lejana y salieron del agua, tras ellos se alzaron los aullidos llenos de tristeza con que los Lobos plateados lloraban, después de su marcha, a los miembros perdidos de la manada. Y cuando Elyn volvió a mirar hacia los confines del bosque de los Lobos, vio un gran Lobo plateado que se mantenía apartado de los demás; era un ejemplar algo más oscuro que el resto, y ocupaba el mismo lugar en el que antes había estado el Mago-lobo. Pero enseguida los draega se desvanecieron como el humo entre los árboles y ya no volvió a verlos.

16

Dracongield

Principios de verano, 3E1601

[El año pasado]

Ruric, Reynor y Pwyl —el curandero de mayor rango de los dos con que contaba la mesnada— llevaron a Elgo al patio exterior; el príncipe sentía tales dolores que su respiración se había convertido en un penoso jadeo entrecortado, que escapaba por entre los dientes apretados. De la frente a la mejilla, el lado izquierdo de su rostro era una llaga abierta, y el ojo, únicamente un agujero en carne viva.

Lo llevaron hasta la fuente que gorgoteaba al manar bajo el muro.

—Mi señor —ordenó Pwyl—, tiéndete boca abajo aquí, al borde del agua. Aspira profundamente y mantén el rostro sumergido en el agua clara tanto tiempo como puedas aguantar; así limpiarás tu piel de los sedimentos de la espuma del dragón. Abre el ojo izquierdo (con los dedos si no puedes de otra manera) para que la órbita y el párpado queden bien limpios; parpadea si puedes, para que el agua fluya por toda la superficie del ojo.

Tendido boca abajo, Elgo aspiró una bocanada de aire, y un gemido escapó de sus labios apretados al entrar en contacto su cara herida con el agua helada. Durante mucho tiempo mantuvo el rostro sumergido, y finalmente lo volvió a la superficie con una sacudida. Entonces aspiró ávidamente el aire hasta recuperar el resuello. Después de secarse el agua del ojo derecho, miró al maestro de armas que estaba agachado junto al arroyo, y la mirada de su único ojo reflejó una intensa amargura.

—¡No pensé, Ruric, no pensé! Nunca entró en mis cálculos la cuestión de la velocidad de un dragón lanzado al ataque -exclamó Elgo—, y a causa de mi descuido han muerto muchos hombres buenos.

—Mi señor —le riñó Pwyl—, no hables; vuelve a sumergir la cara en el agua una y otra vez, hasta que desaparezcan todos los restos de espuma.

De nuevo Elgo hundió la cabeza en la corriente.

—Mi príncipe —gruñó Ruric—, no entró en los cálculos de ninguno de nosotros el preguntarnos sobre la velocidad que podía desarrollar un dragón en el interior de su guarida. No te consideres culpable por eso.

De nuevo salió Elgo a la superficie, dando boqueadas y respirando ruidosamente.

—Mi señor Elgo —dijo Reynor—, todos sabíamos el peligro que corríamos al entrar en la guarida del dragón; en las mentes de todos nosotros estaba la idea de que era muy posible que algunos murieran. Pero entramos gustosos, sabiendo que así servíamos al reino.

—Hèl, el reino —contestó Elgo, y habría continuado hablando, pero le interrumpió Pwyl.

—El agua, mi señor, el agua.

Una y otra vez, Elgo sumergió el rostro en la corriente helada de modo que su gélida transparencia fluyera por sus facciones atormentadas. Pero el agua no podía suprimir la horrible agonía que sentía en el lugar que había ocupado su ojo izquierdo, y solo en parte calmaba el dolor de la terrible quemadura que le bajaba desde frente hasta la mejilla.

Finalmente, el curandero examinó con detenimiento el rostro príncipe.

—Y bien, Pwyl —preguntó Elgo—. ¿Qué opinas?

Pwyl examinó con atención la carne viva y estudió los efectos en ella del ácido, hasta confirmar lo que ya temía: la mascarilla; acolchada había protegido hasta cierto punto el rostro de Elgo de las salpicaduras de la espuma del dragón, tal vez gracias a la presencia de la piedra caliza y el carbón vegetal; pero la piel descubierta del lado izquierdo había sufrido quemaduras muy graves, y el ojo estaba prácticamente destruido.

—Las quemaduras de la ceja y de la sien se curarán, mi señor -respondió finalmente Pwyl—, pero el ojo se ha perdido. Lo poco que queda de él debe eliminarse, porque de otro modo se pudrirá y te matará con sus venenos.

Elgo palideció al oír la infausta noticia, pero su único ojo miró a Pwyl con firmeza.

—En ese caso, adelante, viejo zorro. Y tú, Reynor, hazme un parche; me pareceré a Thorgald de Old.

Pwyl guardó sus lamentablemente escasos instrumentos, una vez concluida la horripilante operación: unas pinzas y un pequeño cuchillo afilado, además de la hoja calentada al rojo de una daga, para la cauterización. El príncipe, todavía bajo los efectos de una poción calmante, dormía sobre unas mantas dispuestas en la sala occidental, con un ungüento extendido por el rostro quemado por el ácido, y el ojo izquierdo tapado por el parche de cuero negro que le había fabricado Reynor.

Mientras se realizaba la ablación del ojo perdido de Elgo, algunos hombres habían descendido al interior de Piedra Negra, hasta la guarida del dragón, para recuperar los cuerpos de los ocho harlingar muertos. Llorosos, habían reunido los restos destrozados de sus camaradas y los habían transportado al exterior.

Ruric ordenó que fueran bajados hasta la entrada del valle y enterrados allí, bajo el verde césped.

—Pero reprimid vuestra pena; los lloraremos cuando nos alejemos por fin de esta morada de la Muerte.

Otros acudieron a contar al maestro de armas la inmensidad del tesoro conquistado; y Ruric miró primero los cuerpos de los muertos, luego a los que forcejeaban para sujetar a Elgo mientras Pwyl cortaba la carne del ojo perdido, y finalmente la daga que se calentaba cerca de allí sobre unas brasas al rojo, y el maestro de armas se preguntó entonces por los efectos de la maldición del Dracongiel.

Pero ahora el pelotón encargado de dar sepultura a los muertos había partido ya, y Elgo dormía bajo los efectos de la droga; y en el centro de la enorme sala occidental yacía el cadáver gigantesco del dragón del Frío.

En algún momento de aquella noche, despertó a Ruric el sonido del choque del metal contra metal. Y a la luz de la linterna pudo ver a Elgo, el martillo en una mano y un escoplo en la otra, golpeando la frente de Sleeth muerto para cortar una ancha tira de piel de dragón. Y en el lugar en que caía una gota de la sangre del dragón, la piedra humeaba.

Ruric se levantó y corrió al lado del príncipe, y le oyó murmurar algo para sí a cada golpe que daba; pero el maestro de armas no consiguió distinguir lo que decía. El sudor bañaba los brazos y la espalda de Elgo, y corría en grandes goterones por su frente; y en ocasiones debía detenerse para secarse la cara, rozando con mucho cuidado la parte quemada y untada con el ungüento. A los pies de Elgo yacían tres escoplos despuntados por las brillantes escamas iridiscentes.

—Mi príncipe...

¡Clang!

—Me ha destrozado la cara, Ruric. —¡Dlang!—. Pero le estoy devolviendo el favor. —¡Chang!—. El acero de los enanos es... —¡chank!—... de mucha calidad; he escogido lo mejor de la herrería —¡clank!—, pero la armadura del dragón debe forjarse en los mismísimos yunques de Hèl.

Ruric miró el único ojo bueno de Elgo y lo vio brillante de fiebre. El maestro de armas despertó a los dos curanderos, Pwyl y Alda, y ambos observaron con toda atención al príncipe, mientras hablaban en voz baja entre sí. Luego Alda preparó una nueva poción, pero Elgo se negó a beber hasta que el gran pedazo de piel se desprendió por fin de la frente del cadáver de Sleeth. Clank, chank. El príncipe dejó caer martillo y escoplo. Y tras secarse la frente, bebió de un trago la pócima, arrastró el pedazo de piel hasta su lecho arrojándolo contra la pared vecina, y se sumergió en un sueño febril.

—¿Pwyl? ¿Alda? —Ruric dejó inexpresada la pregunta.

—Es su cara quemada, maestro de armas, y el ojo perdido... y quizá también la espuma del dragón —contestó el más viejo de los dos curanderos—. Tiene fiebre alta. Y poca cosa podemos hacer, excepto rezar a Adon para que expulse esos vapores perniciosos.

Ruric miró entonces a Alda, que hizo un gesto de conformidad con las palabras de Pwyl.

El maestro de armas volvió a acostarse e intentó conciliar de nuevo el sueño. Pero su mente volvía una y otra vez a detenerse de forma espontánea en una sola palabra: Draongièld.

A primera hora de la mañana del día siguiente regresó el pelotón que había dado sepultura a los harlingar muertos; la fiebre de Elgo había llegado al paroxismo; y con el cadáver de Sleeth el Orm sucedía una cosa muy curiosa: en el punto en que Elgo había arrancado la piel de la frente del dragón, los músculos, los huesos y los tejidos internos se marchitaban al recibir la luz del día; la Prohibición de Adon se cumplía plenamente en las zonas no protegidas por la piel de dragón.

Ese día, también Ruric descendió a las profundidades de Piedra Negra para ver por sí mismo la inmensidad del tesoro almacenado allí. Era más de lo que podía ser acarreado en cuatro carretas tiradas por ponis. Las piedras preciosas y el oro constituían la parte principal, pero aquí y allá el silverón despedía pálidos destellos a la luz de la linterna. También había monedas y brazaletes en espiral, cálices tallados, collares y pendientes enjorjados, copas con gemas incrustadas, hilo de oro, un pequeño cuerno de silverón decorado con incisiones que representaban a unos jinetes cabalgando entre runas místicas grabadas en el pabellón, lingotes con piedras preciosas, bolsas con amuletos de oro, candelabros finamente labrados, lámparas, linternas, cucharas y tenedores de oro,

cuchillos de electrum, collares de esmeraldas rodeadas de rubíes y diamantes..., y más, muchas más cosas, todas ellas en un inmenso montón, el lecho de Orm; un botín inconmensurable.

Siguiendo un pasadizo lateral próximo a la entrada, Kemp el Joven y Arlan encontraron una docena de carros de los enanos, capaces de transportar cargas pesadas. Aunque eran muy antiguos, su estado de conservación era perfecto por haber permanecido en el ambiente seco y fresco de la caverna. Estaban hechos para ser tirados por cuatro caballos, y los arreos colgaban de unos ganchos cerca de ellos. Se eligieron tres de aquellos carros, y pudo localizarse también un cubo de grasa sin abrir, pero el contenido se había estropeado con el tiempo; finalmente se optó por untar los ejes y la lanzas de los carros, así como las varas transversales, con sebo y aceite de lámpara, aunque podrían disponer de grasa tan pronto como cazaran algunas piezas por las cercanías.

Los nombres empujaron los carros y las carretas hasta la guarida del dragón, porque los caballos se negaron a entrar siquiera en la sala occidental; porque en ella seguía tendido el cadáver del dragón, que despedía el hedor de una gran serpiente muerta, y los vanadurin no quisieron forzar a sus corceles a pasar junto a algo tan aterrador.

Y de ese modo se cargó el botín, que abarrotó las cuatro carretas pequeñas y los tres carros grandes, y los hombres sudaron y juraron para tirar por turno de cada carro hasta sacarlo de las entrañas de Piedra Negra y trasladar el inmenso botín hasta el patio.

La operación duró dos días completos, y durante todo aquel tiempo Elgo estuvo poseído por una fiebre altísima. Pwyl trató al príncipe con hierbas y diversas sustancias, ninguna de las cuales pareció surtir el menor efecto.

Al tercer día, la fiebre de Elgo remitió, y quedó sumido en un sueño natural. Después de consultar con los curanderos el momento en que Elgo podría viajar —tendido en una carreta en caso de necesidad—, Ruric decidió que al día siguiente la mesnada emprendería la marcha, para llegar a tiempo a la cita en el punto lejano de la costa septentrional al que debían de acudir los drakkares de los fjordsmen.

A la mañana siguiente Ruric, Reynor, Pwyl y Alda colocaron con suavidad a Elgo en una camilla preparada con mantas en uno de los carros mayores; el príncipe de la cara quemada dormía todavía. A su lado, y encima de parte del tesoro, Ruric colocó el pedazo de piel de dragón trabajosamente arrancado por Elgo de la frente de Sleeth. Y cuando el Sol despuntaba en el cielo, asomando por encima de las montañas orientales, finalmente la columna de harlingar empezó a descender por el abrupto valle, hacia las tierras del oeste aún envueltas en las sombras de la marea del alba, dejando atrás Piedra Negra.

Lentamente, siguieron las revueltas del fragoso cañón, y pasaron bajo el alto muro de piedra que bloqueaba el paso en la parte más estrecha de la garganta, siguiendo el túnel sinuoso abierto en el bastión almenado y que iba a salir debajo de la barbacana desierta: cuatro carretas tiradas por ponis, tres carros de enanos cada uno de ellos arrastrado por cuatro corceles, dos caballos ensillados sin jinete —Sombra era uno de los dos— amarrados a la trasera de dos carros, y veintiséis vanadurin con sus correspondientes monturas. Habían entrado en el valle cuarenta y un jinetes; salían de él treinta y tres supervivientes.

Durante largo rato siguieron descendiendo por las revueltas del valle, siempre al lado del río; los carros traqueteaban y avanzaban con lentitud por la antigua calzada pavimentada con piedra, y sus ejes chirriaban bajo la carga del enorme botín. Pero finalmente salieron del valle, y llegaron ante ocho túmulos cubiertos de césped.

Ruric ordenó a la columna que se detuviera, y todos los hombres desmontaron; también los conductores de los carros bajaron a tierra. Todos ellos se dirigieron hacia los túmulos recién excavados, formaron en un semicírculo y se destocaron; y muchos lloraban. La voz de Ruric se alzó para entonar una antigua bendición de los vanadurin:

Cabalgad, harlingar, cabalgad lejos

por el camino de las sombras,
allí donde sólo los héroes galopan
y los corceles jamás se cansan.
¡Hál, guerreros de la lanza y el sable!
¡Hál, guerreros del cuchillo y la flecha!
¡Hál, guerreros del cuerno y el caballo!
¡Cabalgad, camaradas, cabalgad lejos!

Y cuando se extinguieron los ecos de la voz de Ruric, el maestro de armas miró a través de sus ojos húmedos de lágrimas y vio a Elgo de pie en el círculo, débil y tembloroso; de alguna manera, el guerrero tuerto de la cara quemada había conseguido unirse al coro de los funerales.

—¿Qué día es hoy, Ruric? —preguntó Elgo con voz débil y ahilada mientras se apoyaba en Reynor para regresar lentamente al carro.

—Veinticinco, mi príncipe —respondió el maestro de armas—, cuatro días después del Día Largo del Año.

La mirada de Elgo se alzó hacia el Sol.

—¿Cuándo habéis partido de las puertas de Piedra Negra?

—Al alba, señor. —Ruric empezaba a comprender el camino que seguían los pensamientos de Elgo.

—En ese caso nos ha costado el doble de tiempo el regreso que el camino de ida. —El tono del príncipe era el de una simple constatación.

—La carga que transportamos es enorme, señor. —La voz de Reynor mostraba un orgullo implícito—. El lecho de Sleeth era mayor de lo que nadie podía imaginar.

El príncipe se volvió al joven guerrero.

—Querría ver ese tesoro, amigo.

Ayudado por Reynor y Ruric, Elgo fue caminando con lentitud de uno a otro carro, inspeccionando el tesoro, un botín prácticamente incalculable. Y cuando llegaron al último carro, el príncipe se subió a él y se sentó en su camilla.

—Reynor, llama a Kemp el Joven, tomad las raciones que necesitéis, y cabalgad a toda prisa hasta el punto de la cita en el mar Boreal. Di a Arik que llegaremos con retraso, pero que debe esperarnos con los barcos. Llegaremos con la carga tan pronto como podamos, pero es imposible poder decir el momento exacto. Enviaré otro jinete cuando podamos calcular con mayor precisión el ritmo de nuestra marcha.

Mientras Reynor y Kemp el Joven se preparaban para una veloz cabalgada hacia el norte, Elgo miró a Ruric, y luego las ocho tumbas.

—Un gran botín, maestro de armas, pero adquirido a un precio muy alto.

Ruric asintió, y su mirada se detuvo en la cara de Elgo mordida por el ácido, y en el parche negro que tapaba el lugar en que había estado su ojo izquierdo.

Alda se aproximó al carromato con una poción en las manos.

—Rach, Alda —gruñó Elgo—. Quiero carne y bebida, no un té de hierbas.

Alda sonrió e hizo una seña con la cabeza a Pwyl, que en aquel momento se acercaba al carro con un filete de carne asada, una rebanada de pan y una cantimplora de agua.

—Tendrás lo que pides, señor —dijo el curandero más joven.

El plan original de la misión preveía un viaje de tres semanas. Para llegar a Piedra Negra desde el mar Boreal, más cinco semanas de margen para el regreso. Pero transcurrieron seis semanas antes de que la mesnada de los vanadurin llegara a las riberas del mar. Allí encontraron a Reynor y a Kemp el Joven, que fueron los primeros en adelantarse a la columna, y a Arlan, que los siguió dos semanas después —cuando pudo estimarse con seguridad el ritmo de marcha—, portadores del mensaje para Arik y los fjordsmen de que esperaran al resto de la mesnada cargada con los carros hasta el momento previsible de su llegada.

Pero Arik y los drakkares no estaban allí.

—¿Cuánto tiempo esperaremos, mi señor? —Kemp el Joven expresaba una pregunta que ocupaba las mentes de todos.

—Tal vez un mes, Kemp, pero no más —respondió Elgo, al tiempo que se levantaba a atizar el fuego del campamento; el parche negro que cubría el ojo del príncipe destacaba en la penumbra, en tanto que las quemaduras del ácido estaban casi totalmente curadas y sólo las recordaba una cicatriz rojiza que recorría la frente y la sien izquierda.

—Al ritmo que viajan estos carromatos, tendremos que apresurarnos mucho para llegar a algún lugar civilizado antes de la aparición de las primeras nieves.

—Sí —asintió Ruric—, porque si no llegan los fjordsmen, tendremos que viajar hacia el sur a lo largo de las montañas de Rigga, y cruzar Rian y Rhone hasta el paso de Crestan. Pero me temo que haya caído ya mucha nieve en el momento en que lleguemos allí; si seguimos esa ruta desde aquí, tendremos que invernar al pie del paso, en el Murallón Sombrío.

—¿No hay que cruzar el bosque del Espanto, si se sigue ese camino? —La pregunta de Reynor hizo que los harlingar se miraran entre ellos con cierto malestar, porque el bosque del Espanto era un lugar de pésima fama, una tierra hostil evitada por todos salvo por quienes no tenían más opción que atravesar aquella selva espesa, o por quienes deseaban realizar hazañas que les depararan prestigio. Los bardos contaban numerosas historias relativas a aquellos sombríos contornos, y siempre se trataba de asaltos de monstruos entrevistados en la oscuridad, o de caravanas de viajeros que se habían adentrado en el bosque y nunca habían vuelto a aparecer.

—Sí —afirmó Ruric—, pero o bien elegimos ese camino, o bien deberemos cruzar el lado más extenso del Ángulo de Gron.

De nuevo los vanadurin se miraron los unos a los otros, y muchos sacudieron sus cabezas porque no estaban dispuestos a cruzar el tétrico reino de Modru, por más que se asegurara que el perverso mago había huido a los Yermos, las tierras desiertas del norte.

—Podríamos pasar el invierno en Piedra Negra —sugirió Arlan—, aunque no me apetece demasiado pasar las largas noches heladas en aquel agujero negro excavado en la piedra.

—No —gruñó Elgo—, Piedra Negra no. No tenemos mucho grano para los caballos, y pasar el invierno en Piedra Negra, o para el caso en cualquier otro lugar, significa disponer de forraje abundante, si queremos que lleguen a ver la primavera próxima. Y no hay nada de eso en aquella fortaleza de enanos abandonada. Llegado el caso, tendremos que intentar llegar al keep de Challerain, aunque nos desviemos bastante hacia el sur y el este de nuestra ruta.

—Lo que me disgusta, mi señor —gruñó Ruric—, es tener que hacer planes para andar durante meses por caminos inseguros, cargados con un botín enorme. Vamos a convertirnos en el objetivo de los bandidos y salteadores de todo Mithgar, en cuanto se corra la noticia. ¡Dracongield, bah!

—Rach —explotó Kemp el Joven—, ¿dónde estarán los fjordsmen?

«En efecto, ¿dónde estarán los fjordsmen? —los pensamientos de Ruric reflejaban el interés de todos—. Ésa es otra cuestión no prevista en nuestros astutos planes.»

Durante la semana siguiente, los vanadurin especularon a menudo sobre el paradero de sus aliados. Unos pensaban que tal vez Arik y su ejército habían sufrido una amarga derrota en Jute; otros opinaban que los dragonbarcos podían haberse perdido en el mar; algunos afirmaban con vehemencia su seguridad de que el capitán no los había abandonado, tal vez no tanto con la intención de convencer a los demás como con la de convencerse a sí mismos. No obstante, no disponían de ningún medio para informarse con rapidez de la razón por la que no estaban allí los barcos, de modo que se instalaron para una estancia de un mes completo en aquel lugar, sabiendo que Elgo planeaba viajar hasta el keep de Challerain si Arik no llegaba en dicho plazo de tiempo.

Los caballos pastaban en un verde valle de las proximidades, alimentándose de la jugosa hierba y el trébol del verano, lo que permitía ahorrar el escaso grano que les quedaba para el viaje previsto de regreso a Skladfjord..., o bien para el no previsto camino hacia el sur, si llegaba el caso.

Construyeron alpendes como refugios provisionales, talando árboles jóvenes de los bosques cercanos.

Arlan el cazador dirigió pequeñas batidas por las colinas, que proveyeron de venados los espetones del campamento. Y Alda, que había crecido en un pueblo a orillas del mar, enseñó a Reynor, a Elgo y a otros la manera de extraer peces de las aguas; incluso el maestro de armas Ruric participó en el experimento, y se mostró especialmente inepto en las artes de la pesca. Kemp el Joven y Pwyl recogieron raíces y tubérculos comestibles en las colinas vecinas. En conjunto, aquellos fueron unos días idílicos, si se exceptúa la inquietud motivada por la ausencia de los fjordsmen.

El octavo día amaneció con pesados nubarrones oscuros suspendidos sobre las riberas del mar occidental. Las olas batían la costa coronadas de espuma, y el viento azotaba las playas con furia. En el ambiente flotaba la promesa de una fuerte tormenta, y los hombres vistieron sus capas untadas de aceite para hacerlas impermeables a la lluvia.

Poco a poco las nubes fueron desfilando hacia el este, apelotonándose en el cielo progresivamente más oscuro mediada ya la mañana. La fuerza del viento aumentó a cada hora que pasaba, y las olas se alzaban en el mar en amplios lomos espumosos.

Y cuando el día desapacible llegaba ya a un mediodía sin Sol, hasta las laderas de la colina en la que se habían instalado llegó la llamada de un cuerno, en una dirección que no podía precisarse debido al fuerte viento. Reynor miró a todas partes tratando de localizar el origen de aquel sonido lejano; y vio que el centinela gesticulaba de forma frenética, señalando hacia el oeste.

—Mi señor —llamó Reynor a Elgo—, Haldor ha visto alguna cosa.

Elgo se puso en pie de un salto y observó los amplios gestos del centinela; luego el príncipe empezó a caminar a paso vivo hacia la cima, y su ritmo se fue avivando a medida que ascendía; finalmente echó a correr cuando el viento llevó hasta sus oídos las palabras de Haldor.

—¡Velas a la vista! —gritaba el centinela—. ¡Velas a la vista!

Y a lo lejos, sobre las olas coronadas de espuma, enmarcados contra el vasto fondo del negro cielo tormentoso, venían tres drakkares, corriendo a favor del viento.

—El Bisonte Marino está en el fondo del mar; ardió y se hundió. —La voz de Arik era triste—. Los jutlanders están en algún punto detrás de nosotros; una flota nos perseguía, aunque me parece que la tempestad los habrá empujado hacia tierra, y tal vez pierdan nuestro rastro. Aun así, príncipe Elgo, tendremos que darnos prisa en cargar vuestra mercancía tan pronto como el mar lo permita, porque en cuanto haya descargado la tormenta, habremos de volver a navegar; los hombres de Atli siguen nuestra estela, por más que el propio Atli ya no se cuenta entre los vivos.

—De modo que habéis saldado vuestra deuda de sangre, ¿no es así, Arik? —preguntó Elgo, al tiempo que hacía señas a Ruric de que se uniera a él, porque el maestro de armas regresaba en aquel momento con Arlan y otros hombres de una partida de caza, con un gamo cruzado sobre los lomos de Pedernal.

—Sí, así ha sido —respondió el rubio capitán—. Tarly Olarsson lo partió en dos con su hacha, pero el propio Tarly cayó con una daga atravesada en el gáznate mientras nos abríamos paso de regreso a nuestros barcos.

»Pero, contando la pérdida del Bisonte Marino y de toda su tripulación, y las bajas de los barcos restantes durante la incursión, hemos pagado por nuestra venganza un precio mucho más alto del que calculábamos...

Elgo acarició con precaución las cicatrices aún tiernas de su sien izquierda.

—En eso llevas razón, capitán. También nosotros hemos pagado un precio más alto del previsto. Ocho hombres han muerto entre las garras de Sleeth, y también destrozó mi ojo y me dejó cicatrices que me acompañarán toda la vida. Pero al fin Sleeth el Orm sucumbió ante nosotros.

—¿Habéis matado al drake? —El asombro había dejado boquiabierto a Arik.

Elgo respondió afirmativamente, al tiempo que Ruric se reunía con ellos.

—Con la mano de Adon lo matamos —dijo Elgo—. Lo engañamos para hacerle salir a la luz del día.

Arik meneó la cabeza, asombrado.

—Engañarlo para hacerle salir al Sol... ¡Muchacho, eres una maravilla! ¡Qué astuto! ¡Y qué sencillo! Ahora me pregunto cómo no se le ocurrió a nadie antes.

—Ah, capitán, no puedo reclamar toda la gloria para mí. Todo surgió por algo que me dijo mi hermana Elyn hace mucho tiempo: «... se diría que únicamente el propio Adon es capaz de matar a uno de ellos», observó mientras discutíamos sobre cómo matar dragones. Y tenía razón, aunque en aquel momento no supe ver que sus palabras tuvieran alguna relación con la forma de matar un dragón del Frío. Me costó más o menos seis años reconocer lo cierto de sus palabras y trazar un plan para asestar al dragón un golpe mortal.

—Y conquistar su tesoro, ¿era eso lo que te proponías, verdad? —La mirada de Arik se paseó por el campamento de los harlingar y por primera vez vio los carromatos de los enanos puestos en fila junto a las carretas de los ponis.

—Sí, nos hemos apoderado del Dracongield. —El tono de Ruric no era triunfal, sino más bien de lamentación.

—Maestro de armas, haz que los hombres reúnan a los caballos —ordenó Elgo—. Que estén listos para levantar el campo y cargar los barcos cuando Arik lo indique. Los jutlanders andan por las cercanías, y no queremos que se tropiecen con el tesoro que tantos sudores nos ha costado ganar.

—¿No sería mejor esperarlos en tierra? —preguntó Ruric, y por su expresión se deducía con claridad el rumbo de sus pensamientos.

—Sí, en caso de necesidad, Viejo Lobo —respondió Arik—, pero es preferible esquivarlos. Sus barcos no son tan rápidos como los nuestros, de modo que podremos alejarnos con toda tranquilidad cuando la tempestad haya pasado.

Y como si sus palabras fueran una señal de alguna especie, sobre el mar y la tierra empezó a descargar un aguacero helado, impulsado con fuerza por el viento.

Llovió durante todo aquel día y el siguiente, y el vendaval azotó la costa sin darse un momento de respiro. Se trajeron los caballos de los pastos y se emplearon para halar los drakkares hasta vararlos en seco, al abrigo de las olas. Y los hombres se prepararon para levantar rápidamente el campo, porque, como les explicó Arik, la tempestad acabaría antes para los jutlanders, y éstos se harían de inmediato a la mar para perseguirlos.

Ahora Arik vigilaba el cielo. Todavía llovía, pero no con la misma violencia. Elgo estaba junto al capitán, y también le acompañaban los capitanes del Alce de Espuma y Cabalgaolas, y Ruric.

—En esta cala, parece que amaina la fuerza de las olas —dijo Arik, volviendo la vista a los barcos varados en la arena—. Creo que podemos empezar a cargar, para hacernos a la mar dentro de una hora más o menos.

—Arik, puede tratarse de una mejoría pasajera —protestó el capitán del Cabalgaolas, un hombre robusto cercano a la cuarentena, con trenzas rubias largas hasta la cintura—. Sabemos que el Boreal es tan fiero como un lobo en esta época del año, y que a veces parece manso y tranquilo hasta donde alcanza la vista, pero en pocos minutos desencadena toda la furia de que es capaz.

—Sí, Trygga, así es —respondió Arik—, pero si la calma no es pasajera, en poco tiempo toda la flota de los jutlanders se presentará aquí; y para entonces tenemos que estar ya muy lejos.

Arik se volvió a Egil, el comandante del Alce de Espuma, que también lucía trenzas, como la mayor parte de los fjordsmen; parecía haber alcanzado ya la cincuentena, una edad asombrosa para un marino.

—¿Qué dices tú, Egil? Has recorrido estas aguas más veces que cualquiera de nosotros.

—Ai, inconstante como una mujer es el Boreal —gruñó el veterano capitán—. En este preciso momento parece invitarnos a cabalgar sobre su lomo. ¿Pero quién podría decir si en realidad es eso lo que desea? Yo no. Tan arriesgado es intentar predecir los caprichos de la Fortuna como adivinar las intenciones de la Dama Boreal. Pero yo digo... que corramos el albur.

Y así, ataron de nuevo los caballos a los cascos y se agruparon en las popas de los drakkares para arrastrarlos con mayor facilidad hasta el mar picado. Se subió a bordo la carga, incluido el enorme tesoro, cuyas dimensiones maravillaron a los fjordsmen. Hubo que dividirlo en tres partes más o menos iguales, y cada barco recibió una de ellas. Las carretas de los ponis y los carromatos de los enanos se abandonaron en la orilla, pero los ponis y los caballos subieron a bordo, porque los corceles eran para los harlingar un auténtico tesoro.

Y la carga de toda aquella impedimenta no fue tarea fácil, porque las olas hacían saltar y balancearse de un lado a otro los drakkares. Pero por fin concluyó la operación, después de mucha brega y de no pocas maldiciones de los hombres, que en más de una ocasión perdieron la serenidad; unos sufrieron golpes y heridas, y casi todos cayeron en una u otra ocasión, algunos incluso varias veces, arrastrados por la fuerza de las olas. Lo más duro fue la carga de los caballos, y Elgo llegó a desesperarse pensando que no podrían hacerlo jamás. Pero entonces a Reynor se le ocurrió una idea, al observar cómo inundaban las olas una y otra vez la pasarela; advirtió que las olas parecían llegar por rachas de siete —con unos momentos de calma entre racha y racha—, e hizo subir a su caballo, Ala, en el período de calma entre dos series de olas. La mayoría de los restantes jinetes siguieron su ejemplo y pudieron subir a sus corceles aprovechando los intervalos de calma.

Después de hacer virar de popa los barcos, los harlingar ayudaron a las filas diezmadas de los fjordsmen a manejar los remos, y finalmente los tres drakkares pudieron alejarse de la playa guijarrosa y poner proa hacia su lejana meta. La lluvia volvía a caer con fuerza sobre hombres, caballos y ponis, sobre los cascos cargados con el Dracongield, y sobre las velas desplegadas para aprovechar el viento que soplaba con fuerza a la cuadra y arrastraba a los barcos saltando sobre las crestas del oleaje y deslizándose hasta las profundidades de sus senos cavernosos; y así corrían rumbo al nordeste sobre los lomos pesados e inmensos de la inconstante Dama Boreal.

Aquella noche, la tormenta desencadenó toda su furia en la oscuridad, y su rabia se iba redoblando más y más por momentos. Las olas golpeaban los barcos, se estrellaban contra sus costados y zarandeaban lateralmente los cascos. Muchos perdieron el equilibrio, entre ellos el maestro de armas Ruric, que fue a caer contra el caballete en que se guardaban los remos y perdió el conocimiento al golpearse la cabeza con la viga de roble. Pwyl gateó hasta donde había caído inconsciente el guerrero y se sentó en el puente, colocando sus brazos alrededor del cuerpo de Ruric y sosteniéndolo con firmeza para impedir que rodara de un lado al otro con el vaivén del barco.

También los caballos resbalaban sobre las planchas de madera mojadas de la cubierta; algunos cayeron patas arriba sobre el puente, y Elgo hubo de enviar algunos de sus hombres para ayudar a los corceles a incorporarse, y afianzarlos mejor.

Los hombres achicaban el agua, pero la furia del oleaje hacía que continuamente entrara más por las bordas, empapando a hombres, caballos y cargamento por un igual, regando el interior del casco de un líquido espumeante en el que chapoteaban cascos y pies.

Elgo forcejeó para trasladarse a la popa del Wyrmlargo, donde el capitán Arik gritaba órdenes con voz que se imponía al viento atronador. Al ver al príncipe a la luz de su linterna, Arik acercó su cabeza a la de Elgo.

—Estamos virando a estribor, largando las áncoras y arrizando la vela. No nos queda más opción que navegar con el viento de popa, creo que hacia el norte o al este, pero no hay ninguna garantía de dónde nos llevará.

Sonó un fjordhorn, que fue contestado por un débil sonido hacia la popa. Arik emitió un gruñido de conformidad.

—Bien, ya conocen el plan. Ve a la proa, príncipe, y haz que tus hombres achiquen el agua como si sus vidas dependieran de ello (porque es verdad que dependen); de ese modo tal vez lleguemos a ver la luz del amanecer.

Una y otra vez, las olas se abatieron sobre el barco, hacia vibrar y crujir sus maderos. En la oscuridad los hombres achicaban el agua, y algunos utilizaron para ello los cálices del botín del dragón. Un fjordsman les recomendó que se ataran ellos mismos a las abrazaderas de la amura, para no quedar perdidos si salían despedidos por la borda. Se desenrollaron unos cabos, y los hombres los pasaron alrededor de sus cinturas y los ataron luego a los resaltes de madera, como se les había indicado. Después volvieron a achicar.

Provisto de una linterna y sujetándose a la amura para precaverse de los fuertes bandazos del barco, Ruric, ya recuperado, avanzó a rastras por las planchas del barco para acercarse a Elgo; el maestro de armas estaba empapado de la cabeza a los pies, lucía un enorme chichón en la frente, y a la luz vacilante de la linterna sus ojos aparecían abiertos de par en par, con una mirada profética, como la de un iluminado. Tirando del príncipe hacia abajo hasta pegar casi la boca a su oreja, Ruric gritó para hacerse oír por encima de la tormenta:

—Mi señor, el Dracongiel está maldito. Tenemos que librarnos de él. Hemos de lanzarlo por la borda.

—No, Ruric —gritó Elgo en respuesta, y su voz casi se perdió en medio de los aullidos del viento y del estruendo de las olas al golpear el casco—, han muerto demasiados hombres buenos en la conquista de ese oro. No vamos a arrojarlo al mar porque así lo diga una conseja de viejas.

—Pero, mi príncipe, está maldito, es seguro. Ya ha matado a ocho hombres, y te ha quitado un ojo y abrasado la cara. Y si nos empeñamos en guardarlo, entonces la Fortuna nos mostrará su tercera cara.

Los ojos de Ruric casi se le salían de las órbitas, y dirigía miradas recelosas al cargamento estibado en el centro del barco. Pero a pesar de su espanto, seguía dispuesto a luchar contra la malignidad que intuía oculta en el Dracongiel.

Aferrado a la amura y apretando el cuerpo contra el costado del barco, Pwyl llegó hasta la proa y se arrodilló junto a Ruric, escuchando los ruegos del maestro de armas.

—Mi señor, es el golpe que ha recibido en la frente lo que le hace hablar así.

Ruric se giró hacia la izquierda, con la mano en la empuñadura de su cuchillo largo; miró con severidad al curandero, y escupió:

—No, Pwyl, ¡es ese maldito Dracongiel! No me trates como si fuera un chiquillo asustado. Los tesoros de los drakes traen penas y desgracias. El tesoro está condenado, te digo. ¡Está maldito!

En ese momento, la lluvia que los azotaba empezó a amainar y el viento furibundo a calmarse un tanto, aunque el oleaje seguía siendo muy vivo.

—No, Ruric —susurró Pwyl, colocando una mano tranquilizadora en el hombro del guerrero—, ya lo ves, la tempestad cede. Es tan sólo un fenómeno natural, el mal tiempo, y no una maldición loca.

Ruric miró al cielo, y luego de nuevo al botín, poco dispuesto a convencerse de que aquel Draongiold era inofensivo. Sus ojos alucinados reflejaban la incertidumbre y la confusión. Se volvió en un último intento a Elgo.

—Mi príncipe y señor...

El maestro de armas no dijo más, esperando una respuesta a su inexpresada petición.

Pero Elgo sacudió la cabeza: No, y Ruric volvió a rastras, cruzando el barco bamboleante, hacia la proa, con la condenación impresa en todos los rasgos de su rostro.

—Ayúdale, Pwyl —ordenó Elgo al curandero—, ayúdale si puedes.

Y Pwyl se alejó, en seguimiento del maestro de armas.

La violenta tempestad pasó por encima de sus cabezas y se alejó tan rápidamente como si se tratara de un enorme telón corredizo; en pocos instantes, el viento huracanado y la furiosa lluvia se calmaron, dejando detrás de ellos una calma fantasmal. Y el cielo se despejó mostrando una Luna en cuarto creciente que iluminaba con intensidad el panorama; pero rodeándolos por los cuatro costados, se percibía en la lejanía un gran círculo de nubarrones negros; enfrente, a los lados y por detrás de ellos, un negro murallón de nubes se retiraba en dirección opuesta, más próximo por el costado de estribor que por el de babor. A popa —Adon sabe cómo habían conseguido mantenerse próximos—, saltando en la cresta de una ola y visibles ahora para desaparecer de nuevo, un momento después en el seno de la siguiente, navegaban Alce de Espuma y Cabalgaolas, con sus linternas de tempestad brillando en el aire traslúcido.

Y en aquella calma relativa, Arik gritó:

—Seguid achicando, muchachos, estamos en el interior del ojo del huracán. Pronto lo tendremos otra vez encima, tan fuerte como antes, y temo que esta vez soplará desde un cuadrante distinto.

Pero, aunque el aire estaba en calma y la vela arrizada, chorreante de agua, colgaba flácida en el mástil, las grandes olas seguían arrastrándolos adelante, a un ritmo siempre creciente al parecer. Y a lo lejos, por la proa, pudieron oír un extraño trueno profundo ruido de aguas agitadas.

El drakkar se movía a una velocidad cada vez mayor, a pesar el hecho de que la tripulación no hacía nada por impulsarlo. El rostro de Arik mostró una expresión de alarma. Oteaba el cielo con desesperación, en busca de una estrella guía, pero el mismo brillo de la Luna parecía ocultar a unas, y otras quedaban detrás del amplio círculo negro de nubes de tormenta. Arik se volvió al timonel.

—Rápido, Njal, ¿reconoces nuestra posición?

—Capitán, no veo estrellas que puedan guiarme —contestó Njal—, pero delante nuestro se divisa una isla.

Al empinarse el barco sobre la cresta de una ola, muy lejos por el lado de babor, y apenas visible a la luz de la Luna, Arik pudo ver asomar sobre las aguas un gran risco de roca desnuda, un peñasco inhóspito cuyos flancos descendían a plomo hasta el mar; y aspiró el aire con un silbido, por entre los dientes apretados.

—Las islas del Peligro —dijo en un susurro sobrecogido.

Girando hacia su derecha, Arik corrió a todo lo largo del barco hasta la proa, dando empujones a los hombres inactivos, hurtando el cuerpo al pasar junto a los caballos y empujándolos también a ellos, y dando sin parar gritos inarticulados.

Y al llegar a la proa se abalanzó sobre la roda, asió la cabeza del dragón tallada en ella y se empinó cuanto pudo hasta que avistó a lo lejos un gran embudo negro que giraba y giraba hasta hundirse en las profundidades del mar.

Entonces se volvió, y con ojos enloquecidos por el terror gritó a los harlingar y los fjordsmen:

—¡Remad, bastardos, remad, porque estamos a punto de quedar atrapados en los remolinos del Maelstrom!

Al principio, los hombres no comprendieron lo que les gritaba Arik, pero luego recorrió de nuevo todo el barco maldiciendo y dando órdenes a gritos, explicándoles lo que tenían delante de ellos. Y mientras tanto, el Wyrmlargo seguía ganando velocidad y corría ligero hacia la condenación marina, hacia el enorme torbellino que aspiraba sin cesar el aire; y alrededor de ellos se extendía lejana la alta muralla de nubarrones negros, y la tormenta volvía a desencadenarse y a agitar el mar por babor..., en la dirección contraria.

Encima de sus cabezas, la Luna proseguía su constante curso en silencio, y los contemplaba.

A toda prisa, se extrajeron los remos de los caballetes y se colocaron en las chumaceras, mientras los fjordsmen daban apresuradas órdenes a los harlingar; porque las filas disminuidas de los tripulantes del barco no eran suficientes para afrontar una emergencia como aquélla, y los vanadurin debían suplir a los hombres caídos luchando contra los jutos.

A popa resonó el fjordhorn con el que Arik daba instrucciones a los barcos que venían detrás; luego el capitán empuñó un hacha y cortó las cuerdas que sujetaban las anclas.

Frente a ellos, el rugido del Maelstrom era cada vez más ensordecedor.

Los hombres empezaron a remar al ritmo que les marcaba un atabal; los vanadurin lo hacían con torpeza al principio, pero a cada nueva palada iban adquiriendo destreza.

¡Flash!, golpeaban los remos las olas agitadas; y el estribor maniobraba con todas sus fuerzas, intentando alejarlos del peligro.

Detrás seguían el Alce de Espuma y el Cabalgaolas maniobrando también a fuerza de remos; pero como el Wyrmlargo que les precedía, se habían internado demasiado en las corrientes del inmenso torbellino, y esas corrientes arrastraban ahora los barcos hacia el borde giratorio de un enorme vórtice negro que aspiraba todo lo que había en la superficie y lo precipitaba en medio de un ensordecedor estruendo hasta los abismos de ébano de Hèl.

Y al mismo tiempo, el huracán cuyo centro ocupaban desataba su furia alrededor de ellos, en la zona marcada por las nubes negras del lejano perímetro oscuro.

El huracán y el Maelstrom, dos fuerzas primitivas de un mundo salvaje, habían desatado sus respectivas maldiciones, y ninguno de los dos cedía ni afectaba al otro: el vasto ciclón seguía cabalgando en dirección nordeste, sin prestar atención a la boca furiosa que se tragaba insaciable el mar Boreal; y el poderoso torbellino arrojaba sin descanso el rugiente océano al interior de sus entrañas abisales, sin preocuparse de la salvaje violencia de los vientos desencadenados.

Y atrapados en aquella furia elemental como insignificantes cáscaras de madera, los tres drakkares luchaban por apartarse del agujero giratorio abierto en el mar, tratando de escapar con sus remos de la horrenda mueca de la Muerte.

¡Plash! ¡Plat!

—¡Remad, lobos de mar, remad! —La voz de Arik apenas alcanzaba a oírse sobre el fragor del remolino—. ¡Remad o iremos a parar todos revueltos a Hèl!

¡Splash! ¡Splat!

Elgo estaba colocado al lado de Reynor, ambos en el mismo remo, y sus músculos sobresalían en un tenso relieve mientras movían la pala a un ritmo furioso, trabajando de forma sincrónica.

En el centro del barco, los corceles firmemente amarrados relinchaban llenos de pánico y se apretaban contra las pértigas de separación, tironeando hasta arrancarlas o quebrándolas con el empuje de sus cuerpos, mordiéndolas y golpeándolas con las patas delanteras, dando saltos y piafando sobre el maderamen de las naves, porque el rugido del Maelstrom era más de lo que podían soportar. Algunos cayeron sobre la cubierta y

fueron coceados hasta morir, entre ellos dos ponis. Pero ningún hombre podía ayudarlos, porque todos estaban ocupados manejando los remos.

«¡No! ¡No todos!» Porque Elgo miró hacia arriba con su único ojo y vio a Ruric junto al Dracongield, lanzando objetos preciosos por la borda al tiempo que daba gritos inarticulados.

El príncipe sujetó a Ruric en el momento en que el maestro de armas se apoderaba de un pequeño cuerno de plata con intención de tirarlo al mar; el puño de Elgo se estrelló contra la mandíbula de Ruric, que cayó como un saco; y el cuerno rodó por la cubierta junto al guerrero privado del sentido.

El huracán se encontraba cada vez más cerca, en tanto que el embudo del Maelstrom se hundía más y más abajo, y los barco se deslizaban por la pendiente cada vez más inclinada de aquella garganta negra que los empujaba al fondo.

Y unos grandes tentáculos provistos de ventosas, que brillaban malignos con una fosforescencia cadavérica, surgieron del remolino y se aferraron a los costados de los drakkares. Los hombres gritaron y se echaron atrás, y algunos de ellos golpearon aquellos horrendos zarcillos, empleando para ello todo lo que encontraron a mano. Un enorme brazo viscoso se enrolló alrededor del cuerpo del estribor Njal y tiró de él, haciéndolo pasar por encima de la borda, ahogados sus gritos por el estruendo del torbellino. Y detrás de ellos, unos monstruosos tentáculos que ardían con el daemonfuego helado de las profundidades, se apoderaron de uno de los barcos, el Cabalgaolas, que se rompió en mil pedazos y fue arrastrado al fondo del mar con hombres, caballos y tesoro, todo tragado por el torbellino de aquella maldición marina.

La Luna desapareció detrás del negro muro silbante de la tempestad, y cuando el ojo del huracán pasó por encima del Maelstrom, el viento irresistible y la intensa lluvia se abatieron una vez más sobre los dragonbarcos.

—¡Dirigid la vela, maldita sea, dirigid la vela! —gritó Arik, empujando a dos hombres hacia el mástil mientras las linternas de tormenta del Alce de Espuma, lanzaban un último destello al desaparecer en el abismo rugiente, tragado el barco por la aspiración del torbellino.

Y en medio del intenso bamboleo, la vela cuadrada del último de los drakkares se orientó en la dirección del huracán, guiada por la frágil pértiga de barba para captar aquella violencia elemental.

—Aguantad, maldita sea, aguantad —masculló Arik por entre los dientes apretados, al tiempo que mantenía con firmeza el timón para afrontar el diluvio que se abatía sobre ellos desde la negrura de la noche; y el capitán maldecía y rezaba, todo a la vez, para que el mástil y la vela soportaran aquella brutal embestida, y la madera no se quebrara ni la tela se rasgara en pedazos en aquel instante crítico.

Y arrastrado por los vientos enfurecidos de un huracán salvaje, subiendo y bajando en las fauces mismas del vertiginoso Maelstrom, el Wyrmlargo salió de la atracción del abismo rugiente y escapó de aquella boca voraz que nunca antes había podido ser evitada por sus víctimas, pero que ahora quedó burlada merced a la furia de los vientos desencadenados en la superficie de las olas. Subió y bajó el barco aún un rato, balanceándose al borde del abismo, empujado por una fuerza elemental lejos del poderoso torbellino.

Y arrastrados hacia adelante por un viento atronador, los entumecidos supervivientes huyeron en la inmensa oscuridad a través de un mar sacudido por la tormenta, llevando con ellos los restos del enorme tesoro, el botín del Dracongield.

principios de otoño, 3E1601 [El año pasado]

Con la nieve crujiendo bajo sus pies, Elyn cruzó la explanada hasta el edificio principal de la guarnición. Por encima de su cabeza, las luces aurales habían adquirido un tono rojo de sangre, como había sucedido con intermitencias desde la Noche Larga Anual, alimentando los rumores relativos a malos presagios y fortunas aciagas. En torno a ella se alzaba vertical en la oscuridad una empalizada de troncos, con sus extremos aguzados dirigidos hacia arriba como dedos que señalaran la luz escarlata del cielo. Al frente, a un lado y a espaldas de ella se extendían una serie de edificios en sombra, bajos y alargados, con paredes de troncos y techumbre de paja: cuarteles, establos, herrería, almacenes y demás. Directamente frente a ella, la luz amarilla de una lámpara se filtraba a través de las pieles aceitadas que cubrían las ventanas del edificio común, el lugar a donde se dirigía. Cuando entró en él, cerrando a sus espaldas la pesada puerta de troncos, los hombres que había en el interior de la sala se giraron, y guardaron silencio. La princesa se dirigió a la mesa de la cabecera, ocupada ya por Brude, el comandante de este puesto destacado en la frontera con el país de Kath. Poco a poco se reanudó la conversación, mientras ella se abría paso entre los guerreros y llegaba finalmente a su asiento. Brude, un hombre robusto y musculoso entrado ya en la cuarentena, paseó por la sala su mirada cansada, mientras ella se sentaba. El comandante se había sentido molesto por el hecho de que una mujer entrara a formar parte de su guarnición, por mucho que se tratara de una princesa. Ella se había presentado allí a finales del otoño, cuando empezaba a caer la nieve: una doncella guerrera, según decía —de hecho, todos habían oído hablar de su adiestramiento y de las hazañas que había llevado a cabo contra los naudron—, deseosa de aprender más cosas sobre su oficio, según decía también. Brude la había aceptado a regañadientes; de hecho no tenía otra opción, porque el propio Aranor la enviaba. Pero ella había demostrado ser una auténtica doncella guerrera, de mente y brazos ágiles, tan diestra como el mejor hombre de la guarnición, o más aún. Con todo, seguía siendo difícil aceptar el hecho de una que mujer participara en las duras tareas de este puesto fronterizo, fueran cuales fueren su linaje y su destreza con las armas.

Mientras ella tomaba asiento y el personal de la cocina le servía la cena, del murmullo de las conversaciones pudo oír una o dos frases, y advirtió que nuevamente el tema de la jornada lo constituían las wereluces de color rojo sangre desplegadas en el cielo nocturno:

«Un mal presagio para alguien...»

«Tal vez para el rey...»

«No, no sólo para el rey; es un presagio para todo el pueblo de Jord...»

«Sí, y significa matanzas, guerras y muertes...»

—Veo que esta noche vuelven a asaltarnos los desastres —dijo Elyn a Brude, cortando con las manos un pedazo de pan de torta que había en la mesa.

—No os burléis de las luces del cielo en el invierno, porque es cierto que en ocasiones han predicho lo que iba a suceder. —El comandante tomó un bocado de estofado, y mientras masticaba y tragaba, sus ojos vagaron imprecisos por la sala a medida que su mente se perdía en el pasado y repasaba antiguos recuerdos—. Hubo una alerta roja hace tres años, cuando nos atacó Tamar. Y muchas historias de los bardos hablan de mensajes escritos en las luces para que los hombres los interpreten.

—Tal vez sea así, comandante Brude —respondió la princesa—, pero no me siento capaz de interpretar esos mensajes ocultos, y tampoco me parece que pueda hacerlo ninguno de los hombres que nos rodean.

—Ya son muchas las noches en las que el cielo se ha teñido de rojo —gruñó Brude, perdido todavía en sus pensamientos—. Cada noche he colocado un centinela extra en la empalizada, esperando un ataque. Pero no se ha producido, a pesar de los anuncios de las luces del cielo.

—Si se trata de presagios, comandante —aventuró Elyn—, tal vez sólo podamos desvelar su secreto si conseguimos averiguar quién es el destinatario del mensaje.

Brude no respondió y los dos comieron un rato en silencio, mientras las conversaciones y los murmullos proseguían alrededor de ellos. Finalmente, el comandante carraspeó.

—Muy pronto llegará la primavera, princesa; no faltarán más de una treintena de días. Y al mismo tiempo que despunten los nuevos capullos de las flores, llegará aquí un nuevo reemplazo de soldados. Quería pedirlos que os quedarais hasta pasada una quincena de su llegada, para después daros el mando de los que deben cruzar estas tierras salvajes y regresar a la guarnición principal.

El corazón de Elyn aceleró sus latidos. «¡Confía en mí, una doncella guerrera, para mandar a los hombres que regresan a sus hogares! ¡Un mando propio! Una responsabilidad mucho mayor que las funciones de correo o de exploradora. Ah, un mando propio.» Con una profunda inspiración, contestó a Brude:

—Comandante, acepto; y me siento honrada por su confianza.

Aquella noche, Elyn y Brude se enfrascaron en el estudio de los mapas de la región, así como de los de las tierras situadas entre el puesto, avanzado y el Jordkeep.

—Ésta es la ruta más directa, princesa, pero habréis de cruzar el col de la Rendición, y nunca se ha visto un lugar mejor ni más apropiado para una emboscada. En cambio, por este otro camino —y el dedo rechoncho de Brude trazó una línea sinuosa a través del mapa—, no hay lugares propicios a las emboscadas, pero está el Pequeño Gris, y en primavera sus aguas se desbordan y hay quien afirma que bajan más rápidas que un caballo al galope, aunque personalmente lo dudo.

—¿Qué hay del camino por el que vine yo? —preguntó Elyn, señalando otra ruta en el mapa.

—Vinisteis en otoño, señora —contestó Brude—, pero con el deshielo y las lluvias primaverales, en los riscos hay riesgo de corrimientos de tierras y las laderas están resbaladizas a causa del barro.

Brude y Elyn examinaron en silencio los mapas.

—Éste será vuestro primer mando, doncella guerrera —dijo finalmente Brude—. ¿Cuál es vuestra decisión?

La respuesta de Elyn se demoró bastante tiempo; por fin, contestó:

—No puedo hacer gran cosa respecto al deshielo y las lluvias primaverales, y tampoco en relación con ríos desbordados ni deslizamientos de tierras. Pero sí que entiendo de emboscadas, y sé que la mejor manera de combatir las es la información previa. Elegiré ruta del col de la Rendición y desbarataré cualquier posible emboscada antes de que tenga ocasión de sorprendernos.

Por la sonrisa de Brude, Elyn supo que había pasado con éxito su primera prueba como responsable de un mando de tropas.

Durante buena parte de la noche trazaron sus planes, y el experimentado Brude aconsejó prudentemente a la intrépida Elyn, al tiempo que se admiraba de la capacidad táctica y del ingenio de la muchacha. Pero llegó un momento en que Brude dio un bostezo y se desperezó.

—Ay de mí, señora, este viejo soldado necesita descansar. Sé que os gustaría decidirlo todo en esta misma noche, contar con una respuesta a todas las posibles preguntas y perfeccionar los planes alternativos, pero también necesitamos dormir un poco. No temáis, doncella guerrera, hablaremos largamente del tema antes de vuestra partida.

Mientras hacía crujir la nieve helada bajo sus pies en el camino de vuelta hacia su alojamiento, Elyn se absorbió en reflexiones sobre todo lo que habían dicho Brude y ella. De repente se estremeció, y el rostro de Elgo apareció de forma espontánea en su mente, distrayéndola de sus reflexiones y acelerando los latidos de su corazón, como si una maldición amenazara, no sólo a su hermano gemelo, sino a todo el país de Jord. Y sin

quererlo, de modo inconsciente, levantó la vista y vio que las wereluces del cielo seguían mostrando el color rojo de la sangre.

Finalmente llegó la primavera, con su acompañamiento de deshielo, lluvias y flores, al que se sumó la aparición del relevo de la guarnición. Habían pasado sin novedad por el col de la Rendición, pero a lo largo de la línea fronteriza con Kath los problemas podían presentarse en cualquier momento.

Elyn tomó sus disposiciones finales, después de consultar con Brude cada paso de su viaje. Eligió dos de los tenientes que regresaban como oficiales subalternos, y ambos se unieron a las deliberaciones. Finalmente, consideraron que habían previsto todos los detalles, y al cabo de dos semanas una columna de cincuenta guerreros partió con destino al holt de Aranor, con Elyn de Jord al frente. Había ido destinada a aquella guarnición como exploradora y mensajera, y ahora regresaba como flamante comandante del grupo.

Lentamente soldados, caballos y mulos de carga recorrieron aquel país montuoso. Por delante de la columna y a los flancos iban los destacamentos de exploradores. Las lluvias de primavera se abatían sobre ellos, y dondequiera que miraran, eran saludados por los verdes retoños de una tierra que despertaba del letargo invernal. Y a pesar de los fríos chaparrones, el corazón de Elyn se alegraba ante el cambio de estación.

Cabalaron durante cuatro días y entraron en un terreno abrupto, en el que veían progresivamente dificultada la marcha por los riscos que se alzaban a su alrededor. Se dirigían hacia el paso montañoso llamado col de la Rendición, que se abre a las grandes llanuras herbosas de Jord. Todavía seguía azotándolos la lluvia helada, se sentían cansados de aquel persistente golpeteo. Pero al llegar a vista del col, cubierto por un bosque enmarañado, todos los corazones latieron más aprisa, y las respiraciones se hicieron más entrecortadas. Las ramas de los árboles estaban aún desnudas, con su aspecto invernal; aun así, era tan espesa la vegetación que todo un ejército podía estar oculto detrás de aquellos troncos, con hojas o sin ellas.

—Galdor, toma cuatro hombres y explora la parte de la izquierda; Brenden, tú y los tuyos seguid la margen derecha.

Elyn no hacía sino repetir lo que ya todos sabían, pero de alguna forma sus palabras resueltas parecían inventar de nuevo el plan previsto.

Los diez harlingar cabalaron hacia el desfiladero, al tiempo que se dividían en dos grupos que muy pronto desaparecieron entre los apretados macizos de árboles de ramas desnudas, a uno y otro lado del camino. La columna principal avanzó a paso más lento, siguiendo el camino con los arcos dispuestos, y las lanzas, sables y cuchillos largos, desenvainados. Elyn imaginaba sin esfuerzo, al examinar el paisaje, por qué aquel paso había recibido su extraño nombre.

Entraron en el desfiladero, bajo los riscos que se elevaban amenazadores a uno y otro lado, entre los árboles que tendían hacia el cielo lluvioso sus brazos retorcidos como garras de alguna fiera. De tanto en tanto, Elyn alcanzaba a ver a uno o a varios exploradores, y entonces se hacían señales con la mano para indicar que todo iba bien.

Recorrieron toda la extensión del desfiladero y salieron a la otra vertiente; nadie les había tendido ninguna emboscada en aquel día lluvioso.

Y Elyn se sintió a un tiempo aliviada y decepcionada: aliviada porque no había ningún enemigo al acecho; decepcionada por la misma razón. Cuando Galdor y Brenden se reunieron con el resto de la columna, Elyn pensó: «Así debe de ocurrir muchas veces en la guerra: se trazan planes minuciosos que nunca se pondrán en ejecución; y se idean estratagemas que jamás se utilizarán.»

Delante de ellos, más allá de una larga serie de colinas que formaban una especie de escalinata descendente, pudieron ver los grandes océanos de hierba del país de Jord, amarillos todavía después del largo letargo invernal, aunque empezaban a distinguirse

algunas manchas verdes en el paisaje. Y la columna de los vanadurin inició el descenso hacia aquella extensa tierra.

—¿Cómo? ¿Ha ido a enfrentarse a Sleeth? ¿Cuándo?

Atardecía, y Elyn estaba sentada ante un fuego reparador, junto a su padre, Aranor. Había llegado al castillo apenas hacía unos momentos, y el rey la había recibido con los brazos abiertos. La había llevado a sus propias habitaciones privadas, sin importarle el aguay el barro del camino que aún llevaba Elyn en sus ropas, y ordenó a los sirvientes que llevaran comida y bebida, y que avisaran a Arianne y a Mala. Y cuando ella le preguntó por Elgo, se enteró por primera vez de que su hermano estaba lejos, ocupado en la misión de dar muerte a Sleeth.

—Sí, hija, se ha ido a esa misión suya —explicó Aranor mientras llenaba una copa de vino, lo especiaba, lo calentaba con un hierro al rojo recién sacado del fuego, y lo tendía a Elyn.

—¡Pero es un dragón, padre, un dragón! —exclamó Elyn—. Ruric nos dijo hace muchos años que ningún hombre ha matado nunca a uno de ellos. ¿Se ha vuelto loco Elgo?

—No, hija, no está loco —rió Aranor—. Escucha, el plan de Elgo es bueno, porque será la mismísima mano de Adon la que dará muerte al dragón.

—Pero Ruric dijo... —empezó a protestar Elyn.

—Ruric le acompaña —interrumpió Aranor—. Está convencido de que Elgo y su mesnada tendrán éxito. Y yo también. ¡Hai, Elgo, Maldición del Dragón! —Y Aranor alzó su copa para brindar a la salud de su hijo.

Acudieron sirvientes con bandejas de comida y bebidas, mientras las ideas de Elyn bailaban en un torbellino desconcertado.

—¿Qué quieres decir, padre, con eso de que el propio Adon será quien mate al dragón? ¿Cómo puede ser?

Y mientras Elyn le escuchaba sentada junto al fuego, el rey Aranor le explicó el plan de Elgo. Y durante su relato, la hermosa Arianne, la esposa de Elgo, entró en la habitación con Bram en sus brazos y se sentó en silencio, meciendo a su bebé dormido.

—...De modo que ya ves, hija, ha tenido que partir ahora para poder estar en Piedra Negra el Día Largo del Año, cuando el Sol permanece más tiempo en el cielo.

Aranor se echó atrás en su asiento y pasó la mano por sus cabellos cobrizos, entreverados de blanco; se acercaba ya a la sesentena, aunque seguía siendo un hombre delgado, sano y en buena forma física.

—Por Kalgath, me habría gustado ir a mí también, pero alguien tiene que quedarse a cuidar del reino.

Elyn advirtió por primera vez la presencia de Arianne y de Bram en la habitación; el pequeño dormía ahora sobre unos suaves almohadones, en un sillón próximo a la ventana, y la exquisita Arianne estaba sentada, pensativa, con el largo cabello trigueño caído sobre los ojos del color azul de un cielo sereno. Elyn se puso en pie y abrazó a la mujer de su hermano, y sintió que la frágil Arianne temblaba de miedo.

—No te preocupes, hermana —susurró Elyn—, Elgo ha ideado un plan estupendo. Escucha, seguro que me habría llevado a mí también, de haber llegado a tiempo.

Llegó la primavera y dio paso al verano, y pudo verse con mucha frecuencia a Elyn en el campo, con Arianne y Bram, haciendo volar a Ala Roja, el halcón que había criado desde que era un polluelo. En ocasiones los acompañaban Mala y otras personas, porque Mala era una gran aficionada a la cetrería, y a pesar de su naturaleza refunfuñona, le gustaba contribuir al adiestramiento de las aves de presa. Y cuando salía a esas excursiones por las amplias llanuras cubiertas de hierba, Bram disfrutaba y era un auténtico hijo de Elgo; el bebé de cabecita rubia empezaba a dar sus primeros pasos y babeaba de gusto al contemplar el vuelo del halcón rojo, murmurando en su media lengua frases que sólo él comprendía, mientras extendía un brazo como si quisiera acariciar el

plumaje del orgulloso pájaro. Arianne lo sujetaba, y procuraba protegerlo hablándole de garras y de picos. Y mientras le hablaba, él miraba a su madre con atención, como si realmente entendiera lo que le contaba; pero de inmediato daba media vuelta y volvía a extender las manos hacia el pájaro.

El Día Largo del Año, todo el castillo parecía presa de una sensación de angustia, porque era el momento previsto en los planes de Elgo para el asalto a la guarida de Sleeth. Pero nadie podía hacer nada para aliviar la tensión, por más que Elyn se entrenara con especial dureza en el manejo de la espada aquel día y maravillara con su destreza a sus adversarios.

En la oscuridad de la noche, Arianne se despertó llorando y llamó a Elgo a gritos.

Y a pesar de que ahora estuvieran en verano, Elyn tuvo la sensación irracional de que el cielo nocturno se teñía de color rojo. Se levantó de su lecho y subió a las oscuras almenas de la torre a contemplar el cielo estrellado, como si buscara presagios en la disposición de los astros. No había en lo alto ninguna aurora escarlata, pero sí un aluvión de estrellas fugaces que cruzaban los cielos atónitos dejando un rastro dorado con sus orgullosas colas.

El verano fue desvaneciéndose lentamente; el otoño ya se insinuaba en el aire, y aún no había llegado ninguna noticia de Skaldjord. Algunos, entre ellos Arianne, pidieron al rey que enviara un explorador, un heraldo, un embajador de alguna especie en busca de nuevas.

—Si todavía no hemos sabido nada cuando llegue el otoño, enviaré un emisario —fue su respuesta.

Ala Roja descendió, deslizándose por el cielo azul y lanzando chillidos a las personas de abajo. El pequeño Bram rió al ver al pájaro iniciar un picado y precipitarse hacia el suelo para apoderarse de una presa.

Kyla, Arianne y Elyn estaban sentadas sobre una manta extendida en la hierba y mordisqueaban su merienda, mientras Mala estaba de pie y vigilaba al predador alado, con el brazo derecho enfundado en el guantelete de cuero del halconero. El pájaro enderezó el vuelo de repente, su presa cayó abatida al suelo, y Ala Roja planeó a escasa altura sobre la pradera; Mala lo siguió todavía un rato con la vista, pero luego su mirada tropezó con un movimiento lejano que la distrajo.

—Hum —gruñó Mala—, ¿qué será eso? Hombres a caballo. Y también carros.

La princesa se puso en pie de un salto, hizo visera con la mano y contó.

—Once todo lo más: nueve caballos montados y dos hombres conduciendo los carros.

Y se preguntó también qué podía ser aquel pequeño grupo lejano, que caminaba en dirección sudeste hacia el castillo. Pero luego distinguió un corcel de color negro azabache, y también un ruano con manchas blancas.

—¡Arianne! —gritó—. ¡Es Elgo! ¡Y con ellos también está Ruric!

Y montando ágilmente a su propio caballo, Viento, Elyn lo espoleó en dirección a la lejana columna, entre gritos de salutación, a galope tendido. Detrás de ella corría Arianne, también a lomos de un veloz caballo blanco como la leche.

Y rompiendo el orden de la columna, se destacaron de ella tres personas: Elgo, Ruric y Reynor, que galoparon hacia la pareja. Los caballos se detuvieron en un punto de la pradera, y los jinetes desmontaron casi al mismo tiempo. Y Arianne se lanzó a los brazos de Elgo, en tanto que Elyn abrazaba primero a Ruric, y luego a Reynor.

Y Elgo, abrazado a Arianne, lloró toda la pena encerrada en su interior por sus camaradas perdidos, sin poder contener las lágrimas y los sollozos al verse de vuelta a casa.

También Ruric lloró, y Reynor, Elyn y Arianne, porque por fin habían regresado.

Elgo estaba con ellos, con la cara quemada, un parche en un ojo y un mechón blanco en su cabello color de cobre. Pero a Arianne no le importaba, porque su amado había vuelto.

Era el primer día del otoño.

18

Kalgalath el Negro
Finales del invierno, 3E1602
[Este año]

Kalgalath el Negro observó cómo se aproximaba la trémula imagen cruzando el lago de densa lava. Fuentes de fuego escupían al aire fragmentos de roca triturada; pero la figura oscura, cubierta con un manto y encapuchada, caminaba impertérrita sobre aquel magma hirviente vomitado por las entrañas del mundo.

Encaramado en el reborde de piedra que formaba una especie de dosel llameante, Kalgalath el Negro aguardaba.

Finalmente, una forma humana se detuvo delante del dragón, se detuvo sobre la superficie hirviente, se detuvo en el centro de aquel crisol de creación y destrucción, sobre el fuego y la piedra unidos en una furia elemental.

—Wyrn oscuro —susurró el visitante. ¿Era un hombre? ¿Un elfo? ¿Tal vez algo distinto? Eso no le importaba a Kalgalath.

—Andrak —respondió el dragón—. ¿Qué es lo que trae al gran y poderoso Andrak a mis dominios? —Y en la voz metálica de Kalgalath parecieron resonar ecos de una risa burlona.

El cráter seguía expulsando lava densísima y rocas trituradas. Sobre sus cabezas, el techo de aquella cámara incandescente se cuarteó y se vino abajo un instante después; una masa enorme de magma incandescente se precipitó sobre el sombrío intruso, sin producirle el menor rasguño.

Desde algún lugar del interior de la capucha bajada, llegó la respuesta en un susurro:

—Sleeth ha muerto, wyrn oscuro.

Hinchando su enorme mole, Kalgalath el Negro inclinó su cabeza hacia abajo y adelante, tratando de mirar directamente el interior de la capucha de su visitante, y penetrar con su vista de dragón las sombras del interior. Pero ni siquiera los ojos de un dragón eran capaces de ver lo que había dentro de la capucha.

—¿Muerto? ¿Sleeth...? ¿Cómo?

—La Prohibición, wyrn oscuro —susurró Andrak—. ¡La Prohibición de Adon! —Sus puños se aprestaron—. Maldito el día en que Él dictó su Prohibición para todos nosotros, encadenando nuestro poder.

—¡Bah, mago! —Las palabras de Kalgalath tenían resonancias metálicas—. \Tu poder está limitado por el Sol, no el mío! ¡Mi fuego quema! —Una gran llamarada salió de la garganta del dragón y rodeó la forma oscura de Andrak... sin más resultado que un ligero gesto de impaciencia con que la recibió el mago.

—Sí, wyrn oscuro —siseó el mago—, tu llama quema. Y si te hubieras unido a nosotros con tus hermanos leales, en especial con Daagor, el resultado de la Gran Guerra podría haber sido muy distinto, y todos los dragones podrían...

—¡Silencio! —La gran voz de Kalgalath levantó ecos estruendosos—. ¡No me vengas con chácharas sobre lo que podría haber sido!

Una tensa hostilidad había tomado cuerpo entre el mago y el dragón, un silencio subrayado por el bramido continuo de aquella caldera de lava. El cráter vomitaba chorros rugientes de roca líquida, salpicando tanto al dragón como al mago con partículas incandescentes de magma, sin que ninguno de los dos hiciera el menor caso.

Finalmente, Andrak dijo en su característico susurro:

—Ahora puedes tener Piedra Negra, wyrn oscuro, una guarida digna de un gran dragón.

—¿Piedra Negra? ¿Yo? —En los ojos dorados de Kalgalth apareció un destello despectivo—. ¡Bah! ¿Para qué necesito esa tumba fría? Mira a tu alrededor, mago, y contempla mi magnífica caldera.

—Este lugar sólo te sirve para alimentar tus negros sueños -susurró Andrak, con un gesto negligente de la mano, despreciativo hacia la caverna de lava hirviente—. Con Piedra Negra dispondrías de una verdadera fortaleza incomparable, útil también en el mundo de la vigilia.

—Me gusta mi fuego, mago —replicó el dragón—, y en Piedra Negra no arde lo suficiente para permitirme alcanzar mi yo etérico. En cambio, aquí... —Kalgalth hizo un ademán lleno de orgullo, y cinco relucientes garras diamantinas barrieron el espacio. Un enorme chorro de lava brotó del muro incandescente situado detrás del reborde de piedra, una inmensa catarata de llamas que se precipitó desde la bóveda brillante.

—Ya basta, wyrm oscuro, ya basta. Estas exhibiciones son fastidiosas, y estoy cansado. —Andrak dio media vuelta, como si se dispusiera a marcharse.

Kalgalth esperaba, sin decir nada.

Como si se le ocurriera algo de repente, Andrak se giró de nuevo para hacer frente al dragón; y los ecos inaudibles de una risa poderosa parecieron llenar la caverna.

—Otra cosa, wyrm oscuro... —empezó a decir Andrak.

—El botín, mago. —El enorme dragón cambió de postura, y su voz adquirió el tono de quien está explicando cosas obvias—. ¿Por qué otra razón habrías de venir aquí? —Y de nuevo reverberó un silencio burlón.

Sólo los nudillos blancos de sus puños apretados revelaron la rabia del mago envuelto en la capa oscura y encapuchado, pero pasados unos instantes dominó su ira, y sus manos se relajaron y se abrieron.

—Por qué, si no, wyrm. En efecto, por qué, si no —susurró en tono conciliador.

—¿Quién lo tiene, y cuál es la insignificancia que deseas para ti? —Kalgalth el Negro volvió la cabeza, dirigiendo su mirada dorada al mar de lava, y escupió.

—No es más que un pequeño objeto, una nadería, wyrm oscuro —susurró el mago, estudiando el dorso de su mano con ojos invisibles.

—¡Ja! —estalló Kalgalth—. ¿Nadería? No, mago, nunca pedirías una cosa así. Por el contrario, tiene que ser algo que te permita dominar a otras personas. Un talismán de poder, por ejemplo. O mejor aún, un talismán temible.

—Tal vez, wyrm oscuro —siseó Andrak—, pero es un precio pequeño comparado con un botín como el de Sleeth.

—Describe el talismán, mago. —La voz de Kalgalth sonó en tono de cansancio por aquel regateo.

—No es más que un pequeño cuerno de plata, wyrm —susurró Andrak—. Parece fabricado por enanos. Tiene unas runas incisas en el pabellón, así como unos jinetes que cabalgan entre los glifos.

—¿Sabes de cierto que ese talismán forma parte del botín? —Ahora Kalgalth miraba con intención al mago—. Porque si no es así, el botín será mío y no te deberé nada.

Se produjo una larga pausa mientras Andrak consideraba las palabras de Kalgalth.

—No, wyrm, no puedo asegurar que forme parte del botín. El cuerno fue escondido hace ya mucho tiempo..., se cree que en Piedra Negra. Pero tal vez no fue así. Caso de serlo, podría haber formado parte del botín. También hay que tener en cuenta que una parte del tesoro se perdió y ahora está en el fondo del mar, y podría ser que el cuerno se encontrara entre los objetos hundidos. Pero si forma parte de la porción del botín salvada...

—No temas, mago; si está allí, te lo traeré, pero exijo el resto del botín para mí, por el trabajo de recuperarlo. —Kalgalth estiró de nuevo su cuello para encararse con la figura oscura—. ¿No te traje el Kammerling?

—Sí, wyrm —susurró Andrak—. Y lo tengo bien guardado. Nadie irá a buscarte con él en las manos.

—Si recuerdo bien el trato que hicimos, mago, tú habías de guardar el Kammerling, y a cambio yo mantendría en secreto tu verdadero nombre. —Kalgalath arqueó su poderoso cuello, y observó al mago desde la altura. Detrás del drake, el fuego atravesaba el muro de piedra pulverizada e iba a mezclarse con las llamas expedidas por el cráter—. Por tanto, tal y como yo lo veo, cada uno de nosotros posee lo que podría destruir al otro. Me parece un pacto justo.

—No, wyrm, no tan justo —siseó Andrak—, porque yo habré de enfrentarme a los campeones que buscan el Martillo de la Rabia mientras que tú sólo debes limitarte a guardar silencio.

De nuevo, a pesar de no decir palabra, el dragón pareció emitir los ecos inaudibles de una risa burlona, y el mago irradió de su persona oleadas de ira.

—Estamos perdiendo el tiempo, mago —dijo finalmente Kalgalath—, al hablar de tratos acordados hace ya mucho. —Y sus ojos relucientes observaron con fijeza la figura en sombra—. ¿Quién tiene el botín y dónde?

—Los harlingar, los vanadurin —fue la respuesta susurrada por Andrak—. En el Palacio de Aranor, en las Estepas de Jord. Fue el hijo de Aranor, Elgo, quien con engaños hizo exponerse a la luz del Sol a Sleeth y así lo mató.

—¿Un hombre? —La voz de Kalgalath expresaba una sorpresa auténtica.

—Un guerrero vanadurin, wyrm oscuro —siseó Andrak—. Mató a Sleeth y se apoderó del botín.

El gran dragón bajó entonces su maciza cabeza hasta apoyarla en el reborde llameante, con los ojos cerrados; y pareció ignorar por completo la presencia del mago.

Pasó un largo rato; la piedra fundida espumeaba y hervía.

—¿Cuándo? —susurró Andrak.

—Cuando yo lo estime oportuno —replicó Kalgalath. Sus ojos seguían cerrados.

Finalmente, la figura oscura dio media vuelta y se alejó del trono llameante del poderoso dragón. La lava seguía hirviendo, y el magma surgía de las profundidades entre explosiones de fuego; grandes masas de roca incandescente salían disparadas por los aires, para encontrarse con cataratas de piedra pulverizada que caían de lo alto a aquel infierno rugiente. Andrak no prestó atención a nada de eso mientras caminaba sobre la superficie en ebullición.

Lentamente, la figura oscura fue empujándose en la distancia, hasta que al fin desapareció.

19

La reclamación

Invierno y comienzos de primavera, 3E1602

[Este año]

Con la rapidez de las llamas de un incendio, se extendió la noticia de la muerte de Sleeth por todo Jord, y después por las tierras vecinas: Aven, Riamon, Naud y Kath, e incluso otros países más lejanos. Los viajeros esparcían la noticia: mercaderes, cazadores, gentes en camino para visitar a parientes o a personas queridas. A cualquier lugar a donde fueran, llevaban con ellos la historia, una historia que fue creciendo al contarla, hasta no parecerse apenas nada a la verdad.

Y sucedió que un día desapacible y brumoso, un joven medio congelado llegó cabalgando durante una tormenta de nieve hasta la explanada exterior del castillo. Los hombres de la guardia le ayudaron a bajar de su caballo abrigado con gualdrapas de invierno, Porque estaba tan aterido que no podía desmontar por sí mismo. El corcel fue

trasladado a los establos, en tanto que el hombre buscaba el calor de la sala del cuerpo de guardia. Y cuando le despojaron de su capa helada y se derritió el hielo de su cabello, sus cejas y su barba, se encontraron con un joven de aspecto atractivo, que venía del reino de Pellar. Su cabello era negro y sus ojos castaños, y estaba tan flaco como un lobo hambriento. Se llamaba Estor, era un bardo, y a pesar de reinar en el país el crudo invierno, había viajado hasta Jora para buscar la auténtica historia de aquel asombroso relato sobre unos hombres que habían dado muerte a un dragón. Y al cabo de algún tiempo fue conducido a la presencia del príncipe, y cantor pudo ver por sí mismo el parche negro en el ojo y la cicatriz producida por el ácido en la frente del heredero de Jord, así como el mechón blanco en el cabello cobrizo de Elgo, un mechón del que se decía que había aparecido cuando el Wyrmlargo se vio atrapado en el vórtice del torbellino del Maelstrom.

Largo tiempo estuvo reunido a solas con Elgo, escuchando su historia. Pero no se redujo todo a un monólogo, porque Elgo supo por Estor que la flota jutlander que perseguía a Arik pereció en medio de la furia del huracán, que hizo que todos los barcos zozobrarán; por consiguiente, pasaría mucho tiempo antes de que los jutlanders se recuperaran, mucho tiempo hasta que jutlanders y fjordsmen batallaran de nuevo, acaso para dejar zanjado para siempre su pleito de sangre.

También habló Estor largo rato con los demás supervivientes —Ruric, Reynor, Kemp el Joven, Pwyl, Arlan y cinco más...; cuarenta habían cabalgado con Elgo hacia la aventura, diez tan sólo regresaron—, y por ellos conoció algunos detalles adicionales de la historia.

Y vio con sus propios ojos el tesoro, de una riqueza que le maravilló a pesar de ser únicamente la tercera parte del botín acumulado por Sleeth. Estaba todo allí, todo lo que se pudo salvar del fabuloso hallazgo..., salvo un pequeño cuerno de plata que Bram cogió el mismo día del regreso de Elgo. El pequeño se apoderó del instrumento y se negó repetidamente a darlo a Mala, que quería verlo de cerca. Elgo rió de buena gana, afirmó que su hijo sería mejor buscador de tesoros que ningún otro que hubiera existido antes que él —era la primera vez que Elgo se mostraba de buen humor desde que se apoderó del botín—, y regaló a Bram la pequeña trompeta de plata.

Mientras Estor examinaba el tesoro, Ruric se acercó por allí. El maestro de armas estaba todavía avergonzado por su comportamiento en el Wyrmlargo, aunque los demás hacía mucho tiempo que lo habían olvidado; porque su cabeza estuvo a punto de abrirse por el choque contra el caballete de los remos, y no sabía, ni recordaba siquiera, lo que hizo a partir de aquel momento. Aun así, Ruric confesó a Estor que continuaba pensando básicamente de la misma manera:

—...Créeme, joven bardo, el Dracongielld arrastra una maldición (todos los tesoros de los dragones están malditos), pero, a pesar de ello, los hombres y los héroes siempre codician las riquezas, tanto las de los dragones como otros tesoros legendarios; y nuestra hazaña al dar muerte a un dragón del Frío impulsará a muchos paladines en ciernes a dedicar sus vidas a dar pábulo a alguna fábula tan impalpable como los fuegos fatuos, y perseguirla sin descanso para obtener unas migajas de gloria. Sí, todos acarrearán maldiciones, tanto los Dracongielld como los faerygielld y otros artefactos legendarios.

»Pero con maldición o sin ella, yo estaba obligado a seguir las órdenes de mi príncipe en lugar de tirar el oro al mar; al menos, eso es lo que afirman que yo hice.

Y Estor pasó largas semanas encerrado con su laúd, hasta que finalmente visitó a Aranor y le pidió autorización para cantar después de la cena.

La sala se llenó aquella noche hasta rebosar, porque todos querían escuchar al bardo. Se habían colocado mesas y bancos adicionales en todos los rincones de la sala, hasta cubrir prácticamente el espacio disponible. Los sirvientes corrían de acá para allá, llenando escudillas y copas, y cargados con bandejas repletas de comida. Aranor se sentó en la cabecera de la mesa principal, y a su lado estaban Elgo y Elyn, con Arianne y Mala. También Kyla, Darcy y Elise ocupaban puestos destacados en la misma mesa,

junto a Ruric, Reynor, Pwyl, Arlan, Kemp el Joven y los demás supervivientes de la aventura del dragón.

Llegó el momento en que Estor se puso en pie, y poco a poco se extinguieron los ecos de las conversaciones de la sala mientras el bardo acariciaba con suavidad las cuerdas de su laúd. Cuando se hubo hecho el silencio, el joven pidió al rey Aranor, con una mirada, permiso para comenzar. Y una vez le fue otorgado, el flaco poeta pronunció en voz alta el título de su trova: Elgo, la Condenación de Sleeth.

Y comenzó a cantar:

Descendieron por las Estepas de Jord,
en número de cuarenta y uno:
fuego en los ojos, corazones en llamas,
espíritus ardientes.
Los drakkares cortaron las rápidas olas,
lobos salvajes al galope sobre la mar,
veloces sobre la inmensidad de zafiro;
ante ellos se apartaban los vientos.
A través de una tierra rocosa se aventuraron,
llegaron hasta la guarida del dragón.
Largo fue el día, el Sol agobiaba:
¡Piedra Negra, estáis en Piedra Negra, cuidado!
Penetraron en el corazón del holt oscuro,
armados con un plan brillante y astuto.
Trabajaron aprisa, rápidas fueron sus manos
al preparar la trampa de la Prohibición.
Todo quedó dispuesto, veloz llegó la hora.
Diez se aventuraron hasta el lecho de Sleeth:
miraron, buscaron, recorrieron el laberinto,
en la oscuridad avanzaron intrépidos.
En la oscuridad profunda, dormido sobre el oro,
encontraron al ofidio en su guarida.
Su despertar fue salvaje, mortal su bienvenida.
De diez, sólo dos sobrevivieron.
Veloces huyeron, a pesar de las heridas;
atrajeron al dragón detrás de ellos.
Con pasos seguros siguieron la señal de las flechas,
cegado uno de los dos por la infame espuma.
En la cámara entró el dragón rugiente,
detrás de los bravos osados guerreros.
Se alzó la lona, entró la luz del día:
el vil dragón del Frío cayó fulminado.
Elgo, príncipe Elgo, victorioso,
destrozó tu ojo la venenosa baba,
pero tu astucia ha vencido al dragón:
Elgo, príncipe Elgo, Condenación de Sleeth.
Cargados con un inmenso tesoro,
regresaron a lomos del mar tenebroso.
La tempestad desatada sobre sus cabezas
los empujaba a las islas del Peligro.
Al torbellino rugiente se vieron arrastrados
los tres barcos cargados con el Draongiold.
Los malignos hêlarms extendieron sus brazos,

y muchos bravos guerreros murieron.
Sólo un drakkar escapó al torbellino,
sólo un barco pudo huir del peligro del mar.
Un barco consiguió burlar al Maelstrom
impulsado por la fuerza del huracán salvaje.
Tal vez el Dracongiold esconde una maldición,
o tal vez debamos desmentir esa creencia.
Pero cuando opinéis, tened esto en cuenta:
salieron cuarenta y uno, sólo once volvieron.
Pensad en los grandes drakkares,
cada uno de ellos el orgullo de un fjordsman.
¿Esconde una maldición el Dracongiold?
Cuatro zarparon, uno sólo sobrevivió.
Con o sin maldición, un dragón fue muerto.
¡Ensalcemos la hazaña extraordinaria!
Quienes la realizaron vivirán eternamente.
¡Ojalá yo también los hubiera acompañado!
Pero ninguno se habría arriesgado a tantos peligros
de no haber contado con un plan audaz,
astuto y atrevido, para matar al viejo dragón:
un plan fruto del ingenio de un hombre.
Elgo, príncipe Elgo, victorioso,
destrozó tu ojo la venenosa baba,
pero tu astucia ha vencido al dragón:
Elgo, príncipe Elgo, Condenación de Sleeth.

Cuando finalizó la canción, al principio todos los de la sala guardaron silencio, a excepción de algunos que lloraban, y Estor sintió que el corazón le daba un vuelco. Pero luego estalló una estruendosa ovación, y las copas empezaron a golpear la mesa de madera. Y entre los aplausos ensordecedores, el príncipe Elgo llamó al cantor a su lado y puso en sus manos un collar de oro, diciéndole:

—Asegúrate de que Trent el Bardo escucha tu trova, Estor.

Levantando los ojos de la rica recompensa recibida, el joven trovador observó la mejilla húmeda de lágrimas del príncipe.

—Pero, señor, Trent ya no relata historias ni canta sagas. Se ha retirado de cortes y palacios, y vive solitario en un pequeño cote. Ya no canta nunca.

—No importa, Estor, haz que escuche esta trova —ordenó Elgo—, porque me habría gustado oírse la cantar a él en particular; y él sabe muy bien por qué.

Atónito, Estor se inclinó ante el príncipe tuerto y le prometió que llevaría el relato y la canción a Trent. Luego las peticiones de una repetición de la balada se hicieron demasiado insistentes para poder ser ignoradas, de modo que, después de saludar a Elgo, Estor retomó su laúd y se colocó de espaldas al mismo pilar de piedra en el que se había apoyado años atrás otro bardo que había cantado a propósito del mismo dragón; pero, en esta ocasión, nadie se rió de Elgo. Y el joven bardo cantó su trova una vez más.

Y otra vez...

Y otra vez más...

Y...

Lo cierto es que Estor cantó muchas veces su saga aquella noche. Y en los meses, años y siglos siguientes, aquélla fue una de las baladas más populares que cantaron los bardos de todo Mithgar, acompañados a coro por sus oyentes.

La noticia llegó a las profundidades del Châkkaholt de Kachar cuando los últimos residuos del invierno empezaban a ser aventados de las montañas del Murallón Sombrío: «Sleeth ha muerto. Piedra Negra ha sido liberada».

Y en aquella caverna de piedra, sentado en una silla colocada ante el trono de Brak, Tarken el mercader informó de la insólita novedad.

—Sí, DelfSeñor —aseguró el anciano mercader châk—, la historia es cierta. Todos cuentan que Sleeth ha muerto. Lo mató Elgo, el príncipe de los vanadurin. Engañó al dragón y lo hizo salir a la luz de Adon, o al menos así lo cuentan.

—¿Y estás seguro de lo que cuentas de Piedra Negra? —Brak se acarició la barba negra partida y sus ojos oscuros relucieron a la luz fosforescente de las linternas de los châkka, colocadas sobre repisas altas. El DelfSeñor era un enano robusto que no contaría más de ciento cincuenta años, y estaba por consiguiente en la plenitud de su fuerza física.

—Tan seguro como el crédito que queráis conceder a las historias que he oído. Piedra Negra está libre, por lo que todo el mundo cuenta —respondió Tarken, y se volvió al escuchar el ruido de pasos sobre el suelo de piedra. Dos fornidos guerreros châk habían penetrado en la estancia.

—Baran, Thork —los llamó Brak, al tiempo que les hacía señas de que se acercaran—. Quiero que oigáis las noticias que trae Traken.

Y, al tiempo que la pareja se aproximaba al trono, el DelfSeñor gruñó:

—Estos son mis hijos, Tarken. —Y a pesar del tono refunfuñón, un resplandor de orgullo iluminó la mirada de Brak.

Y razones tenía para sentirse orgulloso, porque los dos tenían miembros robustos, una mirada clara, y un porte lleno de gracia y de fuerza. Negros eran sus cabellos, sus barbas y sus ojos, y en eso se parecían sobremanera a su padre. También se desprendía de ellos el mismo aire de autoridad, y Tarken no ignoraba que muchos seguirían con gusto a cualquiera de los dos hasta las mismas mandíbulas de Hèl, si ellos lo ordenaban. Vestidos de cuero bajo las cotas de hierro negro, cada uno de ellos llevaba, colgada a la espalda por medio de una correa, un hacha dispuesta para ser utilizada. Baran era el mayor de los dos, y tendría unos cinco años más que Thork. Pero nadie se atrevería a asegurar que uno de los dos fuera el cabecilla, y el otro se limitara a seguir las iniciativas de su hermano.

Los dos se inclinaron ceremoniosos ante el mercader de barba blanca vestido con ropas de color verde, y Tarken se levantó de su asiento para corresponder a la cortesía.

—¿Qué es lo que he oído de Sleeth? —preguntó Baran.

—¿Y de Piedra Negra? —añadió Thork.

Las carcajadas de Tarken parecían ladridos.

—¡Ah! Los cachorros del tejón son iguales a su padre, Brak: van directos al meollo de la cuestión.

—¿Qué esperabas, pues, viejo mercader —sonrió Brak—, unos elfos silenciosos?

De nuevo resonaron pisadas en la piedra y varios châkka entraron en la estancia. Brak pidió a todos que tomaran asiento en torno a una gran mesa colocada en una cámara detrás del salón del trono, y muy pronto todos los asientos quedaron ocupados porque más gentes de barba partida iban llegando convocadas por el DelfSeñor. Por la habitación se extendió el murmullo de las conversaciones, todas ellas centradas en las noticias traídas por el mercader de la barba blanca y su caravana.

Finalmente Brak, sentado a la cabecera de la mesa, dio unas palmadas para pedir silencio. Tan pronto como todos callaron, empezó a hablar:

—Os he reunido para que comentemos la notable información que nos ha traído Tarken. Cuando él acabe su relato, decidiremos el curso más conveniente para nuestra acción. —Y Brak hizo señal al mercader de que hablara.

Empujando atrás su silla, el enano de la barba blanca se puso en pie en su lugar de la mesa. Su mirada se paseó con lentitud por los miembros del consejo, como si sopesara su valía. Aparentemente satisfecho, dijo con voz sonora:

—Estábamos en el reino de Aven, en la ciudad de Dendor, vendiendo tallas de jade en la ciudadela, en la corte de Corbin de Aven, porque hace un año que ha muerto Randall, el viejo rey, y el período de duelo acaba de finalizar.

»Estando allí, llegó un bardo de Jord al León Rojo, donde se alojaba mi propio grupo de mercaderes. El bardo ofreció cantar para pagar la cena y la cama, y su trova llevaba por título Elgo, la Condenación de Sleeth.

«Corrían muchos rumores sobre la muerte de Sleeth, pero la mayoría de ellos eran pura fantasía: cuentos tales como que el príncipe de los vanadurin había estrangulado al drake con sus solas manos, que le había cortado la cabeza con una espada mágica, y que los harlingar habían hecho cocerse al dragón del Frío en su propia baba.

«Pero todos esos rumores tenían algo en común: coincidían en que Elgo, el príncipe de los vanadurin, había dado muerte a Sleeth. Y entonces aquel bardo (que venía de Jord, la tierra de los harlingar) cantó la trova de la muerte de Sleeth y..., por Adon, Sleeth muy bien podría haber muerto tal y como cantaba el bardo.

»Según la trova del bardo, lo incitaron a perseguirlos hasta que salió al Sol, y lo mató la mano de Adon. La Prohibición acabó con el drake, al quedar expuesto a la luz.

«Hablé largo rato con ese trovador, de nombre Estor, y me dijo que acababa de llegar de la corte de Aranor, y que había hablado con Elgo y los supervivientes de la incursión a Piedra Negra —la mención del antiguo Châkkaholt provocó un estremecimiento entre los miembros del consejo—, y que no sólo mataron al dragón del Frío, sino que además se llevaron su botín.

Un rugido de indignación salió de las gargantas de los enanos reunidos; algunos lanzaron incluso gritos de «¡Saqueadores!», «¡Profanadores!», y otros golpearon furiosos la mesa con sus puños. Brak alzó las manos pidiendo silencio, pero no lo consiguió. Tomando entonces el hacha de Baran, dio varios golpes con ella de plano en la mesa y de inmediato todos callaron. Durante un largo momento, Brak miró con severidad a los reunidos en la cámara, y luego se volvió de nuevo a Tarken y le preguntó con intención:

—¿Se recuperó todo el botín?

—Tal vez, DelfSeñor —respondió Tarken—, pero según contaba el bardo Estor, por lo menos dos terceras partes del tesoro se encuentran en el fondo del mar Boreal, absorbidas por los remolinos del Gran Maelstrom.

De nuevo los châkka reunidos allí empezaron a dar gritos, y en esta ocasión Brak los dejó hacer mientras se sumía en profundas cavilaciones. Después de un largo rato levantó las manos y volvió a dirigirse al mercader de la barba blanca:

—¿Tenía el bardo alguna prueba que confirmara su historia?

—Le pregunté lo mismo, DelfSeñor Brak —contestó Tarken—, y únicamente pudo ofrecerme dos cosas: su palabra de bardo y un collar de oro que Elgo le regaló. Sobre el valor de su palabra de bardo puede discutirse, pero yo por mi parte le creo.

Muchos miembros del consejo asintieron con grandes cabezadas, porque la veracidad de la palabra dada por un bardo es legendaria.

Brak alzó su voz por encima del murmullo de conversaciones, reclamando la atención de todos.

—¿Tienes algo más que decirnos, Tarken?

El mercader de la barba blanca sacudió la cabeza negativamente.

La mirada de Brak recorrió entonces a todos los reunidos en la cámara.

—Hemos oído todas las palabras de Tarken; ¿puede alguien añadir algo a lo que él nos ha contado?... ¿No?... En ese caso, examinemos el estado de la cuestión y decidamos el camino a seguir.

Durante largo rato los enanos examinaron el asunto, deteniéndose a discutir los puntos clave, con excesivo calor en ocasiones, para decidir qué hacer. Como conclusión, Brak resumió sus deliberaciones:

—Éstos son los dos puntos esenciales: en primer lugar, debemos enviar una delegación a Jord, al castillo de Aranor, bajo una bandera de negociación, para plantear nuestra reclamación respecto al tesoro. En segundo lugar, al mismo tiempo que parta de aquí esa misión, es necesario enviar otra al oeste, por Aven, Riamon y el paso de Crestan, y después cruzando Rell y Rhone hasta llegar a Rian y a Piedra Negra, con el fin de reclamar el antiguo Châkkaholt y volverlo a convertir en un reino poderoso, como lo fue en otros tiempos; en esta tarea podemos pedir ayuda a nuestros hermanos de Mineholt Norte, de las Cavernas Rojas y del poderoso Kraggencor.

Brak se volvió a Baran.

—Hijo mío, te pido que presidas la delegación a Jord. Busca a ese Elgo, y preséntale nuestra reclamación.

Baran hizo un enérgico gesto afirmativo. Brak se dirigió entonces a Thork:

—Te corresponde a ti, hijo, que te confíe el plan del viaje a Piedra Negra. Costará algún tiempo organizarlo todo, y quiero que empieces a ocuparte de inmediato de los preparativos. Cuando llegue el momento, elegiremos a los que tomarán parte en esa larga expedición, pero es preciso planificar previamente muchas cosas antes de llegar a la selección de quienes se encargarán de reconstruir el Châkkaholt de las montañas de Rigga.

Thork inclinó la cabeza en muestra de asentimiento, aunque era fácil comprender por su actitud que habría preferido con mucho acompañar a su hermano en la embajada a Jord.

Había regresado la primavera, y de nuevo Elyn recorría las llanuras y hacía volar a Ala Roja; el halcón se lanzaba en picado, alborotando con sus gritos la vasta pradera, en busca de una presa oculta en el mar de hierba que comenzaba a verdear, agitado por la suave brisa todavía húmeda del deshielo y perfumada por la promesa de una nueva vida. El cazador remontó el vuelo en amplias espirales, buscando las alturas, y el corazón de Elyn lo apremiaba a subir más y más. Unas nubes blancas y algodinosas cruzaban serenas el cielo azul, y parecía que Ala Roja se proponía alcanzarlas en su vuelo. Pero de súbito el ave se detuvo, con las alas plegadas salvo algún ligero movimiento con las puntas para dirigir al cazador en picado hacia un objetivo que Elyn no alcanzaba a ver. Y en un revuelo de alas, plumas y garras, el halcón desapareció entre la hierba de la sabana, amarilla después del invierno.

Y mientras la doncella guerrera guiaba a Viento hacia el ave y su presa, sus ojos vislumbraron en la lejanía, hacia el este, una hilera de ponis que se aproximaban, unos montados, otros cargados con provisiones. Elyn recogió a toda prisa a Ala Roja, lo encapuchó y lo posó en la alcándara que llevaba sujeta al pomo de la silla de montar, asegurándolo con una cadena corta que trabó en la anilla colocada en la pata derecha del ave; luego recogió el conejo muerto y lo ató a la correa de cuero de la que colgaban ya otros tres, montó a lomos de Viento y espoleó a la yegua hacia el castillo.

—¡Por Adon, hermano, creo que tienes razón: son enanos! ¡Diez enanos! —Elyn se había reunido con Elgo en lo alto del baluarte oriental y desde allí observaba la hilera de ponis que se aproximaba despacio.

—¡Hai! —se jactó Elgo—, mi ojo bueno sigue teniendo la vista aguda, después de todo. Creo que padre debería estar aquí para verlo.

Una vez más Aranor estaba lejos del reino, en esta ocasión en Naud para tratar de llegar a un acuerdo en el conflicto fronterizo con Halgar, el hijo mayor de Bogar y actual rey, después de que su padre cayera vencido en batalla con el reino de Kath. Era el momento adecuado para presionar a los naudron, que no querían verse atrapados entre enemigos por ambos flancos, por más improbable que resultara una alianza de Jord con

Kath en ninguna empresa, porque entre ambos reinos había corrido más de una vez la sangre en abundancia.

Apareció Ruric, y fue a colocarse al lado de Elgo.

—¿Enanos, mi orgulloso príncipe? —gruñó el maestro de armas—. Bien, pero ¿por qué supones que vienen con intención de llamar a nuestra puerta? Y mira, enarbolan la bandera gris de la negociación.

—Si yo fuera un enano, vendría a dar las gracias a quienes han liberado Piedra Negra, Viejo Lobo —respondió Elgo, y su semblante se iluminó de anticipación—. Si desean negociar, será sin duda la recompensa que nos deben.

—¡Hai roi! Vamos corriendo al salón del trono, hermano —pidió Elyn, llena de excitación porque nunca antes había visto un enano—, y dales la bienvenida con la ceremonia debida.

A la carrera, entre risas y llamando a voces a un paje, hermano y hermana descendieron por la escalera. «Como niños con un juguete», pensó Ruric mientras bajaba a su vez, a un ritmo más calmoso.

Un heraldo irrumpió en el gran salón gritando:

—Damas y caballeros, Baran, hijo de Brak el DelfSeñor de Kachar, llega con su séquito.

Baran y otros nueve enanos ceñudos fueron escoltados al salón del trono, iluminado por los brillantes rayos del Sol que se filtraban por los altos ventanales. Allí se habían reunido para recibirlos Elgo, sentado en el trono real con Arianne a su lado, más Elyn, Ruric y Reynor, ahora capitán de la guardia. También estaban Mala, que no quería perderse ningún asunto de Estado celebrado en público —y con mayor razón un asunto tan curioso como éste—, Darcy, Elise y Kyla, las damas de compañía de la bella Arianne. Alineados a lo largo del perímetro del salón del trono se erguían veinte guerreros de la guardia del castillo, dispuestos a intervenir en el caso de que se produjera algún altercado, porque aquellos enanos, pese a ser aliados en el pasado, habían entrado armados y con armaduras en el Palacio de Jord.

«De modo que así son los enanos: bajos pero robustos; y apuesto a que muy fuertes. —Elyn deseaba mirarlos a su sabor, pero no dejó de advertir que los guerreros enanos habían adoptado de forma natural, y como por casualidad, una actitud que podía convertirse rápidamente en una posición defensiva—. Por sus ceños, deduzco que sus intenciones no son muy amistosas, por más que parecen muy resueltos. Me pregunto si serán hábiles en el manejo de esas hachas que llevan cruzadas a la espalda.»

Reaccionando con rapidez a su sorpresa inicial, Reynor se adelantó.

—Mi señor Baran, permitidme presentaros al muy poderoso Elgo, príncipe de Jord, Matador de Sleeth y Libertador de Piedra Negra. También os presento a Arianne, su esposa y princesa.

Una sombra de irritación pasó por el rostro de Baran, como si le estorbaran aquellas tediosas formalidades. Pero con cautela, rígido, el enano se inclinó sin perder de vista en ningún momento la cara quemada de Elgo.

El príncipe se puso en pie, con la mano en la empuñadura de su sable.

—Bienvenido a Jord, mi señor Baran. Ojalá hubiera estado aquí mi padre para recibirlos, porque hace mucho tiempo que desea hablar con un representante de vuestro reino. Estimamos que nuestros dos reinos encontrarán mutuamente provechosa una alianza, punto de vista que sin duda compartiréis; y si tal es la materia que habéis venido a tratar, con gusto os daremos alojamiento hasta el regreso de mi padre, porque él querrá debatir personalmente asunto tan trascendental. Pero si habéis venido además con otro propósito, estoy ansioso por oír lo que os trae al país de Jord.

El enano se adelantó con cara de pocos amigos.

—Hemos venido a reclamar lo que es nuestro, príncipe —gruñó Baran—, el botín de Sleeth el Orm.

—¿Cómo? —explotó Elgo, con un resplandor acerado en su único ojo, y sus cicatrices adquirieron un color rojo llameante debido a la ira—. No habláis en serio. El tesoro es nuestro, conquistado con nuestra sangre.

—No dudo que el botín os ha costado vidas, y por esa razón merecéis una recompensa —respondió Baran—, pero hablo totalmente en serio cuando afirmo que hemos venido a reclamar lo que es nuestro. —Baran señaló con un gesto a sus restantes camaradas—. Pero antes de seguir hablando, queremos ver el botín, porque lo que nos ha traído hasta vuestros dominios es tan sólo un rumor sin confirmar; por las noticias que tenemos, podría tratarse de una historia falsa.

—¿Falsa? ¡Bah! Veréis el tesoro —gritó Elgo con la cara roja de ira—, pero no os llevaréis al salir de aquí ni una sola moneda.

Elgo descendió a grandes zancadas del sitial del trono y condujo a la delegación de los enanos a la cámara del tesoro, con Elyn, Ruric y Reynor a su lado. Reynor hizo una señal a los miembros de la guardia del castillo para que le siguieran, mientras que Arianne, Mala y las damas de compañía cerraron la marcha.

Después de cruzar el castillo y de bajar a los sótanos, el príncipe, la princesa, los enanos y la escolta llegaron finalmente ante una puerta bien custodiada. A una orden de Elgo, se levantó el rastrillo y entraron en una amplia sala; otros guardias avanzaron entonces a su encuentro, y en particular uno, un hombre de estatura gigantesca portador de un enorme manajo de llaves. De nuevo habló Elgo, y el guardián los guió por un pasillo, con una linterna en la mano para iluminar sus pasos. Finalmente, al extremo del pasillo se encontraron delante de una puerta de hierro cerrada con candado. El guardián rebuscó entre sus llaves, y finalmente deslizó una de ellas en la bien engrasada cerradura y la hizo girar con un chasquido.

La puerta se abrió sin ruido, y los emisarios de los enanos, con su escolta de vanadurin, entraron en una cámara de vastas proporciones. Una reja de hierro se alzaba del suelo al techo en mitad de la cámara, y en su centro había otra puerta cerrada con candado. Al otro lado de la reja, el tesoro de Sleeth el Orm despedía un brillo mortecino: joyas, oro, silverón, todo aquel confuso montón destellaba a la luz de las linternas. El guardián encendió unas lámparas que colgaban de soportes sujetos a la pared, y el deslumbrante tesoro apareció en todo su esplendor.

Los enanos se abalanzaron hacia adelante, asidos a la reja, mirando por entre los barrotes el gran tesoro desplegado ante ellos con ojos desorbitados, atónitos ante el tamaño inmenso del botín. Miraron largo rato, como si buscaran algún objeto en particular que echaran de menos. Finalmente, Baran gruñó:

—¿Está todo aquí?

—No —respondió Elgo—, la mayor parte reposa en el fondo del mar Boreal.

—Lo que quiero decir, príncipe Elgo —insistió Baran en tono destemplado—, es si está aquí todo lo que pudo ser rescatado.

—Y lo que quiero decir yo, señor Baran —replicó Elgo con una voz en la que vibraba la ira—, es que si queréis disfrutar de alguna parte del botín de Sleeth, por Hèl que os sugiero que draguéis el Maelstrom en su busca.

—¡Bah! —estalló Baran, sintiendo caldearse su temperamento de enano. Pero antes de que pudiera decir algo más, le interrumpió Ruric.

—Os recuerdo a los dos que en este asunto se ha enarbolado la bandera gris. Vámonos lejos de este tesoro maldito y hablemos razonablemente.

Elgo y Baran intercambiaron miradas incendiarias, pero luego, a regañadientes, asintieron con brucas sacudidas de cabeza, y todo el cortejo emprendió el camino de regreso al gran salón.

Estaban sentados a una larga mesa: los chåkka alineados en uno de sus extremos, con Baran en el centro; los vanadurin en el otro, presididos por Elgo. Unos y otros se miraban

con hostilidad: los enanos a los harlingar, los harlingar a los enanos. A uno y otro lado, se habían plantado banderas grises junto a los estandartes de cada bando.

En aquella sala estaban prohibidas las armas, de modo que habían quedado amontonadas sobre las mesas de la antecámara.

Tal y como lo exigía el protocolo, los enanos fueron los primeros en hablar, por boca de Baran:

—De que Sleeth apareció y se apoderó de Piedra Negra, no hay la menor duda. Tampoco puede haber cuestión sobre el hecho de que nosotros éramos los propietarios de Piedra Negra y del tesoro guardado en su interior. Por lo tanto, es indiscutible que el tesoro nos pertenece. No obstante, pretendemos ser equitativos en nuestros tratos con otros pueblos, y por esa razón os ofrecemos una cuota razonable como recompensa por vuestro descubrimiento: la cuarta parte del tesoro, un alto precio por los trabajos que os habéis tomado.

—¡Bah! —se burló Elgo, pero contuvo su lengua y esperó a que Baran concluyera su ridículo alegato.

Pero Baran no dijo nada más, considerando que el caso estaba meridianamente claro para quien tuviera siquiera una pizca de entendimiento; incluso para aquel loco con ínfulas de grandeza.

Al ver que el enano había dado por terminada la exposición de su reclamación y su oferta, Elgo respondió:

—Estamos de acuerdo en que Piedra Negra era vuestro, y Sleeth apareció y se apoderó de él. ¡Pero atended! No intentasteis con la diligencia debida recuperar lo que era vuestro. ¡Esperad!. Antes de declarar que eso no es cierto, escuchadme: si los bardos dicen la verdad, por dos veces luchasteis para reclamar vuestra antigua propiedad; de hecho, encontramos la prueba palpable de uno de vuestros intentos fallidos: una enorme ballesta con proyectiles envenenados, que sólo había podido ser montada en parte, al parecer, cuando irrumpió Sleeth y aniquiló a vuestra gente. Pero hace mucho tiempo que abandonasteis vuestros intentos, y en consecuencia renunciasteis a toda reclamación relativa a Piedra Negra y al tesoro existente en su interior, ante cualquier persona que consiguiera triunfar donde vosotros fracasasteis.

»Y bien, yo no fracasé, y el tesoro es mío. De modo que si queréis un tesoro como éste, os digo que regreséis a Piedra Negra cavéis hasta reunirlo. ¡Os devuelvo el holt, porque los hombres no vivimos bajo tierra como los topos!

—No sabéis de lo que habláis —gritó un enano de barba roja, sentado a la derecha de Baran—. Por tres veces nosotros...

—¡Maht! [¡Silencio!] —rugió Baran en la lengua oculta, con una mirada severa al que no había sabido contener la lengua—. ¡Nid pol kanar vo Châkka! ¡Agan na stur ka Dechâkka! [¡Nadie debe saberlo excepto los enanos! ¡Que ello no suponga deshonor para nuestros Antepasados!]

El furioso enano de la barba roja se contuvo con dificultad y no dijo más, pero su mirada parecía querer taladrar a Elgo. Dominando su propia ira, Baran se dirigió de nuevo a Elgo:

—Quisiera hacerte una pregunta, hombre: si un ladrón grande y fornido golpea hasta dejar sin sentido a un ciudadano inocente y le roba su bolsa; y si tú eres testigo del asalto y de inmediato matas al ladrón y recuperas la bolsa, y si en el interior de esa bolsa una moneda de oro, ¿a quién pertenece la moneda?

—Al ciudadano —replicó Elgo—. Pero...

—Un poco de paciencia —le interrumpió Baran—. Suponga ahora que no habéis sido testigo presencial del crimen, y que el ladrón ha conseguido doblar la esquina de la calle antes de que le vierais, pero habéis oído gritar: «¡Al ladrón!», y sabéis que el criminal es él, y le dais muerte. ¿A quién pertenece el oro en ese supuesto caso?

—También el ciudadano inocente —respondió Elgo, que veía ya adonde quería ir a parar Baran, y esperaba su turno.

—¿Y qué sucede si el ladrón ha conseguido escapar a campo través sin que lo detuvierais —continuó Baran—, pero conseguís reconocerle meses más tarde gracias a un cartel que ofrece una recompensa? ¿De quién sería el oro entonces?

—Tal vez mío —respondió Elgo con una sonrisa deslumbrante—, porque ¿quién me asegura que se trata del mismo oro? Lo más probable es que el ladrón haya gastado a esas alturas todo el oro del ciudadano, y el encontrado por mí pertenezca a algún otro, o incluso al propio ladrón si lo ha ganado con su trabajo.

—¡No es ése el caso, príncipe! —se irritó Baran—. Todo el mundo sabe que Sleeth nos robó. Todo el mundo sabe que el tesoro que nos arrebató es el mismo que vos habéis encontrado. ¡Y aquel que se niega a devolver una propiedad robada por un ladrón, se convierte él mismo en ladrón!

Elgo seguía sonriendo, pero la suya era una sonrisa de predador.

—Déjame utilizar tu propio ejemplo, enano: supongamos que el ladrón se traslada a vivir al país del ciudadano, y se instala incluso en su propia casa. Supongamos que el ciudadano no ha pedido ayuda a nadie y abandona todo intento de recuperar su tierra, su casa y su moneda de oro. Supongamos que el ciudadano muere. Supongamos que sus herederos abandonan el país y todas sus pertenencias, y desde ese momento no hacen más esfuerzos por recuperarlas. Supongamos que transcurren más de mil años y ningún heredero ha puesto jamás pleito reclamando la propiedad de sus antepasados, ningún heredero ha denunciado al ladrón, ni ofrecido una recompensa, ni siquiera gritado: «¡Al ladrón!». Supongamos que más tarde pasas por ese país abandonado, das muerte a su malvado ocupante y encuentras la moneda de oro abandonada.

«Ahora te pregunto, señor Baran, ¿a quién pertenece ese oro? ¿A quién pertenece la tierra? Te pido que medites tu respuesta, porque si afirmas que todo pertenece a los herederos, entonces las tierras que ahora ocupamos, estas Estepas, y también vuestro reino situado bajo las montañas; todos los territorios que en alguna ocasión tuvieron algún otro dueño, que dejó de reclamarlos hace siglos, deberán también pertenecer a los herederos.

»Por eso yo te digo aquí y ahora que, si esas tierras fueron abandonadas, quienes las ocuparon, las reclamaron para sí y las defienden y las poseen, éstos son sus verdaderos propietarios.

La ira brillaba en los ojos de Baran.

—¡Por Adon, nosotros nunca abandonamos esas tierras! ¡Ni el tesoro oculto en sus entrañas!

—En ese caso lo perdisteis en combate —dijo Elyn, que habló entonces por primera vez—. ¡Prestadme atención! Sólo el diligente puede demostrar que nunca abandonó su reclamación, y todos sabemos que no habéis sido diligentes. Pero tanto si lo habéis sido como si no, las tierras perdidas en una guerra son del vencedor. Y de la misma manera que perdisteis Piedra Negra frente a Sleeth, hace ya miles de años, así también Sleeth lo perdió ante Elgo, hace sólo hace unos meses. Los despojos de la guerra pasan del vencido al vencedor, y entre ellos se incluyen los tesoros perdidos siglos atrás; que en esta guerra, el vencedor ha sido Elgo.

—Pero los despojos de una guerra han de ser devueltos a quien se vio injustamente privado de su propiedad —replicó Baran—. De otro modo no existirían ni la justicia ni el honor.

—En ese caso, mi querido enano —contestó Elyn— os sugiero que devolváis a los rutchas todo lo que les habéis tomado en vuestras guerras con ellos.

Al oír esas palabras, se encendieron los rostros de muchos de los enanos y algunos gruñeron algo entre dientes e hicieron el ademán inútil de buscar sus hachas, olvidando que estaban depositadas sobre una mesa de la antecámara.

—¡La guerra con los ukhs no terminará jamás! —gritó Baran.

—Cuando es el zapato propio el que aprieta, el dolor suele ser más vivo —apostilló Elyn.

—El caso es muy diferente —la voz de Baran era baja y tenía ecos de amenaza—, porque nuestra reclamación es justa. En una guerra limpia entre enemigos honorables, los despojos corresponden al vencedor y el derrotado no tiene ningún motivo de reclamación.

—En ese caso, señor Baran —replicó de inmediato Elyn—, podéis estar agradecido al hecho de que mi hermano esté dispuesto a devolveros Piedra Negra, porque si lo quisiera para sí mismo, entonces según vuestras propias palabras no tendríais ningún derecho a reclamar.

—¿Acaso no me has oído, mujer? —Los ojos de Baran relampagueaban de rabia—. Sleeth no era un enemigo honorable. No tenía el menor derecho sobre Piedra Negra. Y si afirmas que, al derrotar a Sleeth, las pretensiones de Elgo sobre la propiedad robada se han visto de alguna manera legitimadas, entonces estarás afirmando que el honor de Elgo se sitúa en el mismo nivel que el Sleeth.

Los dientes de Elgo rechinaron de ira.

—Y yo te digo a ti, enano, que tendrás que sostener de una forma más enérgica tu reclamación si quieres recuperar la propiedad perdida. Tus antepasados no lo hicieron; durante más de mil quinientos años no han presentado ninguna reclamación, por lo que cabe deducir que tú y los tuyos abandonasteis vuestros derechos a la propiedad hace ya muchos siglos. ¡De modo que la cuestión de si Sleeth era o no un enemigo honorable es irrelevante!

Baran se puso en pie furioso, con los puños apretados. Frente a él, Elgo también se levantó de su asiento. Y lo mismo hicieron todos los enanos y los vanadurin, en un ambiente tan cargado de hostilidad que podría haberse cortado con un cuchillo.

—Entregaré vuestro mensaje, príncipe Elgo —la voz de Baran era feroz—, aunque lo acompañarán estas palabras verdaderas, mis palabras. Piedra Negra era nuestro, el tesoro era nuestro, hasta que fueron robados por Sleeth. Ahora lo que era nuestro está en vuestro poder y os negáis a devolverlo a los auténticos propietarios. Las canciones pueden ensalzaros como un héroe, pero no tenéis honor.

La ira inflamó el único ojo de Elgo y sus cicatrices volvieron a enrojecer; se habría abalanzado sobre el otro extremo de la mesa, a no ser porque Ruric lo sujetó por el brazo para retenerlo, y le advirtió:

—Están aquí protegidos por la bandera gris.

Furioso, Elgo se soltó de la presa de Ruric.

—¿Y a quién llevarás mi respuesta, enano?

—A mi padre, Brak, DelfSeñor de Kachar, jinete —respondió Baran, temblando de ira.

—Puedes ahorrarte saliva, enano —siseó Elgo—, porque iré a entregar el mensaje yo mismo. —Y dando media vuelta sobre sus talones, salió a grandes zancadas del gran salón.

También los enanos salieron alborotados de la sala de negociación, recogieron sus hachas y pasaron directamente del castillo a los establos. Allí ensillaron sus ponis y partieron furiosos, negándose a pasar ni tan siquiera una noche como huéspedes de los harlingar.

Y en la herrería resonaron aquella noche los golpes acompasados del martillo y el escoplo al batir sobre el yunque; era Elgo, que trabajaba con la piel del dragón con el fin de preparar un regalo adecuado para Brak, DelfSeñor de Kachar.

[Este año]

Comenzaban a abrirse paso las luces del alba en medio de una espesa niebla cuando la columna de los vanadurin salió del castillo. Al frente cabalgaba Elgo, y le seguían los diez supervivientes de la aventura del dragón. Inmediatamente detrás de Elgo y a su derecha cabalgaba Reynor, con la lanza apoyada en el hondón del estribo y la bandera colgando lacia en la humedad de aquella bruma pegada a la tierra, de modo que era imposible ver el caballo blanco rampante sobre campo verde del estandarte. A la izquierda de Elgo iba Ruric montado sobre Pedernal, y el maestro de armas parecía sumido en tristes pensamientos. En lo alto de las murallas estaban Elyn y Arianne, la última con Bram en brazos, presenciando la marcha de la pequeña mesnada; Elyn se había visto obligada a quedarse para hacerse cargo del gobierno del reino hasta la vuelta, bien de Elgo, o bien de Aranor. Y mientras la columna avanzaba hasta perderse de vista en la niebla, Arianne susurró algo a Bram y éste agitó la mano para despedirse; pero ella no llegó a ver si el gesto había sido respondido o siquiera visto, porque ya la bruma grisácea se había tragado a los hombres.

La mañana avanzaba y el Sol había conseguido al fin expulsar la niebla de la superficie de los campos. Y mientras la gran esfera se elevaba en el cielo, lo mismo ocurría con el fuego que ardía en el corazón de Elgo. Hervía de ira porque no conseguía apartar de su mente la imagen de Baran exigiendo que los vanadurin le entregaran el tesoro adquirido con tantos trabajos y que los enanos habían abandonado siglos atrás.

Los pensamientos de Elgo eran incandescentes. «Treinta hombres murieron por ese oro, todos ellos héroes, todos hijos de Harl, de la sangre de Harl: harlingar. ¡No! Habían sido más de treinta, porque también murieron muchos intrépidos fjordsmen. Y ahora los enanos pretendían que olvidara esas muertes y las privara de sentido.»

—¡Malditos sean todos los enanos y su codicia! —estalló Elgo; hablando en voz alta.

Ruric, que cabalgaba al lado del príncipe, se aclaró la garganta.

—Di lo que te plazca, Viejo Lobo —gruñó Elgo girando el rostro hacia la izquierda para mirar al maestro de armas—. De todos, modos, ya has estado demasiado rato en silencio.

—Recordaba a un jovencuelo impaciente entre los arbustos, hace muchos años, peleando a bastonazos con una doncella guerrera en ciernes —respondió Ruric—. En aquella ocasión te dije que el orgullo había sido la perdición de muchos hombres, y que también sería la tuya a menos que aprendieras a controlar tu temperamento y tus maneras llenas de orgullo.

—Por Hèl, Ruric —estalló Elgo—, ¿es eso lo que piensas sobre este asunto? ¿Con esos enanos exigiendo nuestro tesoro? ¿Orgullo? ¿El orgullo de un príncipe?

—No, mi señor —respondió Ruric, impertérrito ante la rabia de Elgo—. Los enanos no tienen razón, sin la menor sombra de duda, porque abandonaron el maldito oro hace muchos años. Aun así, no sería mal negocio dárselo por las buenas; así tendrían que apechugar ellos con la maldición del dragón. No, mi orgulloso príncipe, no te pido que cedas a las exigencias de los enanos; tu temperamento es lo que me preocupa. No dejes que tus modales orgullosos predominen sobre tu razón en los próximos días, porque si ocurre así, vuelvo a repetirte lo que ya te dije en otra ocasión: tu orgullo te arrastrará a la derrota.

Elgo cabalgó en silencio durante largo rato antes de responder a las palabras de Ruric:

—Viejo Lobo, tal vez tengas razón en lo que respecta a mis «modales llenos de orgullo» y mi «orgulloso temperamento», y tal vez tengas razón incluso en la existencia de un peligro oculto en el tesoro, aunque lo dudo; pero maldita sea, esos enanos se me han plantado en la boca del estómago, y antes arderé en Hèl que permitir que toquen la más mínima porción del botín de Sleeth.

Ruric no respondió nada, y guardó silencio mientras él y los restantes supervivientes acompañaban al ardiente príncipe a través de las vastas praderas de Jord; el maestro de

armas pensó que cinco días de cabalgada ininterrumpida bastarían para enfriar los ánimos de Elgo antes de llegar a la fortaleza de Kachar.

La columna recorrió muchas leguas en dirección este mientras el Sol seguía elevándose en el cielo y cruzaba el cenit, para descender después en busca del horizonte occidental. La tierra que recorrían iba cambiando lentamente; las praderas se transformaron en colinas de contornos suaves, que anunciaban las estribaciones de las montañas que vendrían después. Aquí y allá, cruzaban en su camino un pequeño macizo de árboles que empezaban a verdear con la proximidad de la primavera; los capullos iban creciendo poco a poco, pero las hojas no despuntarían hasta pasada una quincena o veinte días, en función de la mayor o menor fuerza del Sol. Sin embargo, acunadas en la hierba alta, asomaban algunas florecillas azules por entre los amarillos tallos invernales, anunciando la llegada de una nueva estación en la que la vida surgiría y se desarrollaría por doquier hasta las heladas otoñales.

Al llegar la noche, los harlingar acamparon junto a un bosquecillo de árboles gruesos de ramas aún desnudas; se amarraron los corceles, se estableció un turno de centinela y se encendió una pequeña hoguera para ahuyentar las sombras. Habían recorrido unos sesenta y cinco kilómetros en campo abierto en aquel día: una buena cabalgada, incluso para los harlingar.

Sentados al lado del fuego, Elgo habló de nuevo de la reclamación de los enanos:

—Os digo a todos vosotros, aquí y ahora, que esos enanos avaros no pondrán un solo dedo en ninguna parte del tesoro que hemos conquistado. Haremos con él lo que acordamos en el momento de partir para nuestra aventura. Tan pronto como haya sido adecuadamente evaluado, lo dividiremos en cien lotes; cada una de las familias de los muertos recibirá un lote; diez irán a manos de los fjordsmen, porque al prestarse a llevarnos a nuestra misión perdieron muchos hombres; el resto irá a las arcas del tesoro del reino de Jord. Pero ni la más mínima parte, ni una moneda de cobre, irá a parar a las manos codiciosas de esos glotones habitantes de las cavernas.

—Mi señor —habló uno de los vanadurin, Brade, un joven rubio de unos veinte años, que procedía del norte de Jord—, ¿no intentarán esos enanos cabalgar a la guerra contra nosotros, por culpa del Dracongield?

—¡Ja! —se burló Bargo, un hombre con un rostro rubicundo y bovino, de barba y trenzas rubias; y poniéndose en pie de un salto, empezó a hacer cabriolas por el campamento, meneando la cabeza, con los ojos en blanco y las manos temblorosas como si se tratara de un novato asustado que intentara montar un corcel indómito-. ¿Cabalgar a la guerra con qué..., con ponis?

La ridícula pantomima de Bargo provocó sonoras carcajadas entre los jordios, porque la visión de aquellos seres bajitos, de barbas partidas, atacando a paso de carga montados en ponis, era demasiado cómica para dejarla pasar en silencio. Incluso el sombrío Ruric rió, por primera vez en más de un mes.

Mediada la mañana del segundo día, la columna de los harlingar avistó primero, alcanzó después, y rebasó a la columna de los emisarios de los enanos, montados en sus caballitos y enarbolando la bandera gris, que también viajaban en dirección este, camino de Kachar. Cuando la mesnada de Elgo se colocó a su altura, los enanos dirigieron miradas furiosas a aquellos jinetes ladrones, y recibieron a cambio miradas igualmente furibundas..., por lo menos hasta que Bargo pasó junto a la hilera de ponis. El robusto guerrero sacó la lanza de su vaina, espoleó a su montura, se echó hacia atrás apoyándose en el pomo de su silla de montar, y alzó las piernas estiradas a los lados. En ese equilibrio inestable, agitando la lanza en el aire al tiempo que gritaba «¡Yu-ju!» y botaba sobre la silla, pasó Bargo tambaleándose delante de los enanos. Los vanadurin no pudieron contener la risa, mientras los guerreros enanos los miraban furiosos, conscientes de que aquella banda de saqueadores los había insultado de alguna manera, pero sin comprender el sentido exacto de la burla.

Al tercer día, se recortó en el horizonte la gran cordillera gris del Murallón Sombrío, de aspecto oscuro y ominoso en la distancia a pesar de que las cimas de las montañas aparecían aún cubiertas de nieve, y así seguirían hasta los días más calurosos del estío. Y durante todo el día, la columna avanzó por un terreno ondulado, en dirección sudeste. Se dirigían hacia el paso de Kaagor, el mismo lugar en el que, casi cuatro años antes, Elgo había matado al troll Golga.

Por la noche, acamparon a unos veinticinco kilómetros del pie del puerto. Al día siguiente habrían de apresurarse para recorrer de lado a lado toda la larga hendidura, dominada por los picos nevados; porque, a pesar de ser ya primavera, las noches eran aún demasiado frías para acampar en medio de la cordillera de no existir una necesidad acuciante; y eso incluso en el paso de Kaagor, que cruza las montañas a una altura relativamente baja, y permanece abierto casi todo el año.

Ante la insistencia de sus hombres, Elgo contó su hazaña:

—Siempre había oído que los trolls eran casi invencibles, aunque algunas historias hablaban de armas maravillosas de los elfos, capaces de cortar su piel rocosa con la facilidad con que se hunde en la mantequilla un cuchillo caliente. Yo no tenía ninguna espada élfica, pero me pareció que debían de existir métodos diferentes para matar a esos monstruos. De modo que cabalgué hasta el desfiladero en el verano del noventa y nueve, dispuesto a observar a Golga y ver si se me ocurría algún medio de librar al mundo de su amenaza.

»Resultó fácil encontrarle, porque conseguí acercarme a caballo hasta el mismo umbral de su guarida mientras el Sol todavía estaba en el cielo. Pero tenía que alejarme de la entrada de su caverna antes de que cayera la noche, porque de otro modo podría olfatearme y darme caza..., y en ese caso Sombra y yo habríamos ido a parar a su caldero como plato principal de unas cuantas de sus cenas.

»Había un gran peñasco redondo, que él usaba como puerta de su guarida durante el día. Por las señales de la piedra, deduje que por la noche la hacía rodar a un lado al salir de caza en busca de presas (gamos, cabras montesas, alimañas, una caravana de mercaderes y otros bocados sabrosos), y ya al aproximarse la mañana regresaba a su cueva y volvía a colocar la roca en su lugar.

»Durante varios días estudié la disposición del terreno, en busca de una forma de matar al monstruo. Su caverna se abría en un risco vertical que se alzaba hasta la cima de la montaña. Quince o veinte metros más arriba, había una repisa bastante amplia, y pensé que podría ocultarme allí para observar a Golga. Y fue mientras pensaba en esa posibilidad cuando mi vista tropezó con el peñasco de la puerta, y el plan se me ocurrió de repente. Durante los quince días siguientes, trabajé como nunca había trabajado antes.

«Finalmente, todo quedó dispuesto. Empleé ese día y el siguiente en cazar gamos, tres en total: el cebo de mi trampa.

»Al llegar la noche, Golga empujó a un lado su roca y encontró esperándole tres gamos destripados, justo delante de su puerta. Dio un par de vueltas a su alrededor y olfateó la comida un buen rato, pensando quizá que podía estar envenenada.

»Pero no era la comida lo que debía haber mirado en busca de una trampa, sino el risco situado sobre su cabeza; porque fue entonces cuando empujé desde el borde de la repisa alta un enorme peñasco, que cayó encima del monstruo. ¡Hai!, sus huesos sonaron ¡crunch!, porque ni siquiera un troll puede resistir un golpe como aquél.

»Y bien, muchachos, así acabó Golga, aplastado debajo de la roca que me había costado catorce días colocar en la posición necesaria, un trabajo tan agotador que estuvo a punto de matarme a mí. —Y el único ojo brillante de Elgo recorrió los rostros que le contemplaban admirados alrededor de la hoguera del campamento—. ¿Alguna pregunta?

—¿Exploraste la caverna, mi señor? —preguntó Roka, atusándose la barba roja mientras sus propios ojos azules brillaban a la luz de la hoguera.

—Lo hice, y no os hubiera gustado aquel agujero pútrido —respondió Elgo, y el recuerdo le hizo estremecer—. Alfombrado de huesos..., huesos de todas las clases..., cosas que no quisiera recordar. También había herramientas muy toscas, y un lecho de pieles. Pero nada de valor... ¡Ah, maldita sea! No hablemos más del tema, porque era un lugar horrendo, un agujero que prefiero olvidar.

A la mañana siguiente, los harlingar cabalgaron hasta el paso de Kaagor, y cerca de su punto culminante se detuvieron y desmontaron; Elgo señaló entonces el lugar de la guarida del troll. Delante de la boca oscura de la caverna estaban las dos mitades de un gran peñasco, partido por la fuerza del golpe al caer. Quince o veinte metros más arriba se entreveía el borde de la repisa utilizada por Elgo para matar al gran ogro. A un lado del agujero negro había otro peñasco: la puerta de Golga. Reynor se acercó a la roca partida, maravillado de su tamaño. El guerrero no conseguía imaginar cómo pudo un hombre solo hacerla rodar hasta colocarla en la posición adecuada, sobre la repisa rocosa.

—Con palancas, Reynor —contestó Elgo a la pregunta del capitán de la guardia—. Utilicé rodillos y pértigas, y la hice rodar unos centímetros cada vez, calzándola con cuñas para evitar que rodara de nuevo a su posición anterior. Estaba ya colocada en la repisa, pero en el extremo más alejado..., veamos..., sí, allí. De no haber estado la roca en la misma repisa, no habría podido empujarla de ningún modo.

»Y cuando intenté precipitarla al vacío sobre el troll, pensé que iba a romperme la espalda, porque al principio no se movía. Pero por fin pude despegarla del suelo, y abajo se fue. Mirad, todavía hay uno de los huesos de Golga debajo de la piedra,

Reynor miró el extremo de un enorme hueso que sobresalía de debajo del peñasco partido en dos, tal vez un fémur, y en sus facciones se reflejó el asombro que sentía.

—¡Hola! ¿Cómo es que estos huesos no se han pulverizado por efecto de la Prohibición de Adon?

—¡Huesos de troll y piel de dragón, muchacho! —exclamó Ruric, que se había colocado junto a Elgo—. ¿De dónde crees que viene ese juramento? Me explico, la gente no jura por los «huesos de troll y la piel de dragón» simplemente por divertirse. El caso es que los huesos de los trolls y la piel de los dragones son tan resistentes que no se pudren a pesar de la Prohibición. Toda la carne se ha pulverizado al contacto de la luz del Sol, pero los huesos del troll Golga han resistido la Prohibición durante tres años hasta ahora, y así continuarán por mucho tiempo... ¡igual que la piel de Sleeth!

Elgo dirigió una rápida ojeada a su caballo, Sombra, al oír la mención de Sleeth, pero el maestro de armas no se dio cuenta. Y Reynor siguió preguntando:

Bueno, pues si han sobrevivido, ¿dónde está el resto de los huesos de Golga?

Sin duda algunos siguen atrapados debajo de la roca —contestó Ruric, al tiempo que se agachaba a mirar debajo del peñasco partido—. Y supongo que los que quedaron fuera habrán sido roídos hace mucho por las ratas y otras bestezuelas.

—Me sorprende que ni siquiera una rata pueda dar un mordisco a un troll muerto —gruñó Elgo al recordar el hedor.

—Los basureros de la muerte no son remilgados, mi señor —replicó Ruric—. Todo es grano para su molino, sea un hombre, un troll, un elfo o un enano...

Al oír la mención del enano, Elgo miró hacia atrás, como si quisiera asegurarse de que Baran no estaba aún a la vista.

—Marchemos de aquí, porque aún tengo un asunto pendiente con el DelfSeñor de Kachar.

Y así emprendieron el camino de descenso del paso los once vanadurin, con el estandarte de combate de los harlingar flotando a impulsos de la brisa.

Al día siguiente, quinto desde la partida del castillo, cerca del mediodía los supervivientes de la incursión a Piedra Negra dejaron atrás un grupo macizo de abedules plateados, los últimos árboles de un bosque de montaña que enmarcaba el fondo de un amplio valle dominado por altísimos picachos. Ante ellos se elevaba una piedra del Reino

que señalaba la frontera entre el Châkkaholt de Kachar y la punta nororiental de Aven; el obelisco de los enanos apuntaba al cielo, y sus runas eran fácilmente legibles por todos. Habían llegado allí desde el paso de Kaagor, cruzando la gran cordillera del Murallón Sombrío, y girado luego a la derecha, en dirección sudoeste, adentrándose en un terreno montañoso, cubierto de bosques cuyos árboles mostraban aún su aspecto invernal, aunque menudeaban ya los capullos próximos a abrirse. Estaban muy cerca de su objetivo; las puertas de hierro de Kachar los esperaban en el extremo superior del valle.

—Allí están, mi señor —gruñó Ruric, al tiempo que señalaba arriba, en el lugar en que el fondo del valle, orientado hacia el norte, tropezaba con el murallón de la montaña occidental, se divisaba una abertura negra. A partir de ella, un camino pavimentado serpenteaba, desapareciendo aquí y allá de la vista, escondido en los pliegues del terreno, para reaparecer de inmediato y proseguir en dirección sur, hasta dejar el valle y adentrarse en un bosque de montaña.

—Lo veo, maestro de armas —replicó Elgo, con su único ojo inflamado por la impaciencia. Espoleó a Sombra y se lanzó adelante seguido por sus acompañantes; toda la columna salió del bosque, descendió la loma y avanzó por terreno despejado.

Así descendieron al fondo del valle, subieron luego por la pendiente hasta llegar al camino pavimentado que cruzaba las puertas y allí hicieron girar a sus caballos para seguir aquella ruta.

Brak estaba sentado a su mesa de trabajo, con un delantal de cuero sobre sus vestidos. Ante él, dispersas, tenía varias herramientas, y en las manos un objeto de plata que examinaba con atención. Su concentración se quebró al entrar a toda prisa un heraldo châk en la habitación, con el rostro encendido por las noticias que traía. Dejando a un lado el objeto, Brak se volvió al mensajero y le indicó con un gesto que hablara.

—DelfSeñor —el mensajero se inclinó ante Brak—, unos hombres a caballo se acercan por el valle; son once en total, y llevan la bandera de Jord, a lo que parece.

—¡Ah! —gruñó el jefe de los châkka, apartando la mesa y acariciándose la barba negra—. Vienen a negociar la devolución de nuestra propiedad robada por el dragón. Reúne a los capitanes en jefe en la sala de Estado. También a Thork. Daremos a nuestros visitantes la bienvenida que merecen.

Cuando el heraldo salía ya de la habitación, Brak le llamó de nuevo.

—Baran y los demás cabalgan con los hombres, ¿no es así?

El mensajero se detuvo y respondió:

—No, señor; no vienen. Los hombres se acercan solos.

Después de una pausa por si Brak deseaba decir alguna otra cosa, y al comprobar que no era así, el heraldo corrió a dar aviso a los convocados.

Atónito ante aquellas noticias inesperadas, Brak se acercó al muro del que colgaban su malla de hierro negro, la túnica y las vestiduras de Estado, con una expresión pensativa en su rostro.

A través de la gran puerta, abierta de par en par, del patio exterior cabalaron los vanadurin, y los cascos de sus corceles resonaron en el suelo de granito pulido; subieron después una serie de escalones bajos y amplios, más allá de los cuales otro tramo pavimentado con granito pulido los llevó hasta las poderosas puertas de hierro, abiertas asimismo de par en par hasta ajustarse a los flancos de la montaña que dominaba la entrada desde la altura. Algunos enanos se aproximaron, y unos se hicieron cargo de las riendas de los corceles mientras otros daban la bienvenida a los harlingar. Al desmontar, los vanadurin colgaron los escudos a sus espaldas y tomaron sus sables y cuchillos largos, revistiéndose así con todas sus armas ofensivas y defensivas.

—Deseo hablar con Brak —anunció Elgo con brusquedad, al tiempo que tomaba de detrás de su silla de montar un bulto envuelto en telas—. Decidle que Elgo, príncipe de Jord, Matador de Sleeth y Libertador de Piedra Negra, quiere tratar con él un asunto.

—Calma, orgulloso príncipe —dijo Ruric en voz baja cuando los enanos se volvieron para entrar en la fortaleza; y dirigió a Elgo una mirada significativa. Pero si el príncipe tuerto le oyó, no dio ningún signo de ello.

Los vanadurin fueron conducidos escaleras arriba, cruzando la gran puerta de hierro y una doble fila de centinelas enanos armados con hachas de doble filo y ballestas. Lejos de la intensa luz del mediodía, los harlingar penetraron en el holt en sombra con su escolta, a la luz fosforescente verdeazul de las linternas de los enanos, suspendidas de soportes de hierro fijados a los muros de los pasillos excavados en la piedra. Y avanzaron siguiendo un laberinto de salas y corredores hasta desembocar en el salón de Estado, donde los aguardaba el Destino.

Fueron escoltados hasta una gran cámara. En su interior se habían reunido hasta doscientos guerreros enanos, todos vestidos con la cota de malla de hierro negro y portando un arma de algún tipo: hachas de doble filo con runas incisas, colgadas a la espalda; ballestas ligeras y aljabas por las que asomaban los empenajes coloreados de los viotes. Cubrían sus cabezas con yelmos, pero en lugar de los casquetes de cuero y acero de los harlingar, con sus adornos de crines de caballo o plumas de aves, los cascos de los enanos se adornaban con fantásticas figuras de metal, que representaban animales legendarios, o bien con alas metálicas desplegadas.

Ante los vanadurin se abrió un pasillo que, cruzando por entre las filas apretadas de los enanos, los condujo al otro lado de la sala pavimentada con mármol blanco hasta el dosel del trono, donde estaba sentado Brak con un macizo y profusamente adornado sillón de Estado, tallado con símbolos dorados. Apoyada en el brazo izquierdo del trono estaba una gran hacha negra, con la cabeza de acero descansando en el suelo. A la derecha de Brak se sentaba Thork, su hijo menor, con las armas de guerrero colgadas del pecho.

Ruric miró de reojo a Elgo, y observó que aquel despliegue de fuerza había irritado al príncipe hasta poner al rojo vivo sus cicatrices. Pero antes de que el maestro de armas pudiera decir alguna palabra que le calmara, Elgo se precipitó en las mandíbulas inexorables del Destino: sus pasos enérgicos hacían resonar el mármol, y sus manos desenvolvían con gestos bruscos el paquete que llevaba consigo. Detrás de él, avanzaron los diez vanadurin restantes.

Finalmente, la tela del envoltorio quedó fuera y Elgo la arrojó un lado; ahora tenía en las manos un gran bulto de materia iridiscente: ¡piel de dragón! Ascendió los escalones del estrado del trono y allí se detuvo; y sosteniendo el material brillante por encima de su cabeza, dio con gran lentitud una vuelta completa, de modo que todos pudieran verlo. Y entre los enanos reunidos se produjo un fuerte murmullo, porque, aunque ninguno de ellos había visto nunca la piel de un dragón, todos supieron al instante qué era lo que se les mostraba. Pero los desconcertaba el hecho de que, según se todas las apariencias, lo que el príncipe sostenía por encima de su cabeza era una gran bolsa, que colgaba desde sus manos alzadas hasta los hombros; incluso tenía una correa que cerraba la boca.

Volviéndose de nuevo a Brak, Elgo bajó la piel del dragón desató la correa y, abriendo la boca de la misma, la volcó hacia el suelo. Del interior salió una sola y pequeña moneda de oro que golpeó con un ¡chmg! el suelo de piedra y rodó hasta la base del trono, chocando con la base del dosel: ¡tink!; y allí quedó, reluciendo con un brillo mortecino a la luz verdeazul de las linternas fosforescentes de los enanos.

Con sus cicatrices de color rojo llama debido a la ira, Elgo sostuvo la piel del dragón con una mano por encima de su cabeza, y habló a Brak en voz muy alta, de modo que todas las personas de la sala pudieran escuchar sus palabras:

—Deberéis fabricar una bolsa como ésta para poder llenar vuestras arcas con Dracongield; pero preparaos, porque sólo los valientes pueden arrancar este tipo de tejido de su bastidor.

Y arrojó la bolsa de piel de dragón a los pies de Brak, dando a continuación media vuelta y dirigiéndose a la salida a grandes zancadas.

A sus espaldas, Brak dio un rugido furioso, empuñó su hacha y se puso en pie de un salto, precipitándose hacia aquel impenitente ladrón de tesoros. Elgo se dio media vuelta, y de súbito su sable estaba en su puño derecho y el escudo sobre el brazo izquierdo.

¡Blang! El hacha chocó con el escudo. ¡Shing! El sable rebotó en la cota de malla de hierro negro.

Los enanos se precipitaron hacia adelante, armados algunos de ellos con ballestas.

También los vanadurin empuñaron sus armas y adoptaron una formación defensiva en cuadro, aunque estaban en una inferioridad numérica de uno contra veinte.

—¡Quietos! —rugió Brak, retrocediendo un par de pasos, con las facciones oscurecidas por la ira, pero sin apartar la vista del nombre que tenía delante—. ¡Elgo el Falso, el ladrón Elgo es mío!

Mascullando maldiciones, los enanos retrocedieron con los ojos inyectados en sangre y las armas dispuestas.

Los vanadurin mantuvieron su formación en cuadro.

Ahora Brak se dirigió a Elgo, con voz silbante por la ira que lo dominaba:

—Ven aquí, Elgo el Burlón; prueba el sabor del hierro.

La ira hizo brillar aún más las cicatrices de Elgo, que se lanzó adelante con el sable en alto.

¡Dring! Brak paró el golpe con el astil de su hacha y contraatacó con un furioso golpe asestado con el agudo pico que remataba la doble pala del hacha. ¡Dlank! El escudo de Elgo detuvo el ataque.

¡Shang! ¡Chang! Chocaron acero contra acero, y el metal torturado crujió en agonía, ante la furia de quienes blandían las armas. Hacha contra sable y escudo, enano contra hombre. Brak asía a dos manos el mango negro de madera de roble, con la derecha arriba, junto a la pala, y la izquierda abajo, muy cerca de la contera. Y utilizaba el astil para parar los tajos del sable de Elgo, ¡zak!, al tiempo que golpeaba a su vez con la punta de acero, ¡dank!, o variaba la posición de las manos para asestar golpes laterales con el filo cortante de la doble pala, ¡clang!, ¡blang!, que Elgo evitaba desviando el acero con su propio sable.

Los enanos se habían retirado, dejando libre el espacio situado ante el estrado del trono, donde los dos combatientes se atacaban cada vez con mayor violencia; incluso el cuadro de combate formado por los vanadurin se desplazó para dejar sitio a los duelistas, moviéndose entonces los harlingar como un solo hombre. ¡Blang!, ¡dlang! Los châkka lanzaban gritos de ánimo y otro tanto hacían los jinetes, pero ni Brak ni Elgo parecían advertirlo, y luchaban en un silencio ceñudo.

El veloz Elgo paraba la mayoría de los golpes del DelfSeñor con su escudo, ahora abollado: ¡dlang! El sable tenía un alcance superior, y le permitía obligar a Brak a retroceder con estocadas y tajos: ¡skang!, ¡chmg!

Volvieron a cruzarse acero contra acero: ¡chans!, ¡clang!, y Brak cedió más terreno. Elgo se desplazó en círculo hacia su derecha, trazando con su sable una rápida red de cuchilladas mortíferas, detenida por el mango de roble provisto de una delgada tira de bronce para resistir los golpes de las armas de filo cortante.

—¡Châkka shok! ¡Châkka cor! [¡Las hachas de los enanos! ¡La fuerza de los enanos!] —voceó Brak el antiguo grito de combate, coreado por los enanos reunidos: «¡Châkka shok! ¡Châkka cor!»

Elgo luchaba en silencio, pero Reynor gritó:

—¡Hál Jordreich! —dando voz a los vanadurin, aunque Ruric los demás permanecieron mudos.

¡Chank!, ¡chang! Ahora los dos guerreros sangraban, pero seguían blandiendo sus armas con la misma determinación. Elgo se ladeó a la izquierda para evitar un golpe y dio al mismo tiempo una estocada de abajo arriba. Pero su talón fue a pisar la reluciente moneda olvidada en el suelo, y resbaló en la superficie pulimentada. Y mientras caía,

¡chunk!, el hacha fue a enterrarse en su caja torácica, y la sangre brotó con fuerza. Pero en el mismo instante, ¡shikk!, el sable atravesó la malla del enano y se hundió en el corazón de Brak.

El DelfSeñor cayó muerto a los pies de Thork.

Apartando de sí el hacha, mientras la sangre manaba incontrolable, Elgo dio uno o dos pasos tambaleantes y finalmente se derrumbó en medio del grupo de los vanadurin, que se habían precipitado para ayudarlo. Ruric clavó la rodilla en el suelo y tomó al príncipe en sus brazos. Elgo miró con su único ojo, parpadeando, al maestro de armas, al tiempo que movía los labios como si quisiera decir algo. Ruric acercó su oído a la boca de Elgo.

—Orgullo —murmuró el príncipe, y expiró.

La rabia se desbordó en el salón, y los enanos se abalanzaron sobre aquellos saqueadores y asesinos del DelfLord, dispuestos acabar con ellos. Pero Thork se puso en pie al lado de su padre muerto, y con un grito tan estentóreo que acalló los alaridos de los demás, saltó hacia un lado y golpeó con la pala de su hacha una columna de piedra: ¡BLANG! Y los capitanes châkka se detuvieron con los ojos fijos en el hijo de Brak, su señor hasta el regreso de Baran.

La rabia hacía rechinar los dientes de Thork, y su mirada parecía capaz de fulminar por sí sola a los vanadurin. La voz era tan chirriante como si las palabras que pronunciaba fueran de material de hierro:

—Salid de aquí, regresad a vuestra tierra y preparaos para la guerra, porque nosotros iremos allá. —Y añadió, señalando el cuerpo de Elgo—: Y llevaos de aquí esa carroña.

—¡Yaaaah! —Con un aullido inarticulado, Bargo se precipitó hacia adelante, con la muerte en sus ojos, y sus manos macizas se alzaron como garras dispuestas a despedazar a Thork.

¡Zzak! El virote lanzado por una ballesta fue a enterrarse en el pecho de Bargo, y el fornido guerrero cayó muerto al suelo, con los brazos extendidos y los dedos engarfiados aún para apresar a Thork, sin alcanzarlo tan sólo por unos centímetros.

Thork miró al ladrón muerto a sus pies, sin decir una sola palabra. Alrededor de los vanadurin se escucharon los chasquidos metálicos de las cotas de malla de hierro negro, al tiempo que las ballestas cargadas se alzaban, y sus proyectiles apuntaban a los corazones de los harlingar.

—¡Quietos! —La voz de Ruric quebró el silencio; el maestro de armas seguía arrodillado, con el cuerpo de Elgo entre sus brazos—. Nos llevaremos con nosotros a nuestros muertos, y regresaremos a nuestra tierra. Pero escuchadme, enanos: no necesitaréis venir a Jord a guerrear, porque los vanadurin vendremos a buscaros delante de estas mismas puertas. Preparaos, enanos, porque seremos nosotros quienes vendremos aquí a vengar a nuestros muertos.

Ruric se puso en pie y cargó con Elgo sobre sus hombros, sin cuidarse de la sangre que corría por sus vestidos y manchaba el suelo de mármol blanco. Kemp el Joven y Arlan tomaron el cuerpo de Bargo entre los dos, y todos los harlingar se dirigieron a la salida, mientras un heraldo les abría paso.

Cuando descendieron los escalones de la entrada en busca de sus corceles, detrás de ellos empezó a redoblar, lenta y fúnebre, una campana que informaba a todos, con su profundo y triste tañido, que Brak había muerto. ¡Don...! ¡Don...! ¡Mal-di-ción...! Y dondequiera que los enanos oían aquel toque, bajaban las capuchas sus cabezas en señal de duelo: ¡Don...! ¡Don...! ¡Mal-di-ción...!

Llorosos, los harlingar sujetaron los cuerpos de los muertos a los lomos de sus caballos: el cadáver de Elgo sobre Sombra; el de Bargo sobre su corcel, Corredor. Y los desconsolados pero aún furiosos vanadurin montaron y se alejaron de las puertas de hierro de Kachar, y durante largo rato siguió sonando a sus espaldas el redoble fúnebre de la campana, como un mal presagio: ¡Don...! ¡Don...! ¡Mal-di-ción...!

Represalia
Comienzos de primavera, 3E1602
[Este año]

Furiosos, los emisarios châkka partieron del Jordkeep en dirección a Kachar. Marcharon mediada la tarde del mismo día en el que su primera reclamación sobre el tesoro había sido rechazada por Elgo, el día en que las negociaciones habían desembocado en un fracaso total. Y por esa razón salieron del Jordkeep furiosos, aunque ya se acercaba la noche; era evidente que preferían pasar la noche al raso antes que seguir un solo momento más en compañía de saqueadores y ladrones. El hecho de que alguien cantara trovas épicas en honor de aquellos jinetes era algo que excedía la capacidad de comprensión de Baran. Después de todo, los héroes eran personas honorables mientras que, con toda seguridad, ese Elgo era un atracador.

—¡Kruk! —prorrumpió Baran rabioso, dándose un puñetazo en la palma de la mano, con rostro desencajado por la ira—. ¡Esos jinetes son un expoliadores!

—Sí —gruñó Odar, el châk de la barba roja que, durante la fallida negociación, había gritado que los bardos se equivocaban en el número de ocasiones en que los châkka habían intentado recuperar Piedra Negra—. Condenación, debíamos haber empleado nuestras hachas en acortar un poco la estatura de ese salteador de Elgo.

—Tal vez tienes razón, Odar —respondió Baran—, pero veremos qué es lo que decide hacer mi padre con esos bandidos. Aun así, habría sido una satisfacción para mí borrar la mueca de desprecio de la cara de ese tuerto ladrón..., y hacerlo con mi hacha.

La observación de Baran hizo aparecer sonrisas ceñudas en los rostros de los châkka, y así siguieron cabalgando; pero aunque sonreían, en sus corazones anidaba la ira, porque no podían olvidar la imagen de Elgo burlándose de su legítima reivindicación, y obstinándose en negar que Piedra Negra y el tesoro eran propiedad legítima y cierta de los châkka.

Lentamente, el Sol descendió hasta el horizonte y las sombras de los bosquecillos aislados se extendieron por la inmensa pradera hacia las distantes colinas orientales. Por aquella extensión verdeante avanzaba la columna de los enanos; y al caer la noche, acamparon entre un grupo solitario de árboles perdido en aquella extensión plana, todavía a algunos kilómetros de las cercanas colinas. Había cubierto cinco leguas tan sólo en aquella tarde, unos veinticinco kilómetros; pero aunque para los ponis suponía una excelente tirada en tan sólo media jornada, Baran se sentía frustrado al pensar en el tiempo que tardaría en llegar a las puertas de Kachar. Había más de sesenta leguas entre Kachar y el castillo de Aranor, trescientos doce kilómetros, un viaje de ocho días de duración para las robustas monturas de los châkka, si apretaban la marcha como pretendía Baran, para poder cubrir cuarenta kilómetros cada día.

El alba encontró al jefe de los châkka paseando por el perímetro del campamento, impaciente por reanudar la marcha. Después de un apresurado desayuno frío acompañado por unos sorbos de agua para los enanos, y de grano y agua para los ponis, finalmente los emisarios se pusieron en marcha, siempre en dirección este. Todo el día cabalgaron a un ritmo vivo, con las pausas imprescindibles para alimentar a las monturas con unos puñados de grano y atender a otras necesidades. En ocasiones desmontaban y caminaban un rato, conduciendo por el ramal a los ponis a través de una tierra ahora ondulada, con el fin de dar un respiro suplementario a los caballos aliviándolos de la carga del jinete. Pero marchaban sin cesar y en ese día recorrieron casi cuarenta y cinco kilómetros.

Al día siguiente, a media mañana, Bakkar llamó la atención de Baran, que cabalgaba al frente de la columna:

—Señor Baran, se acercan unos jinetes.

Baran se dio la vuelta en la silla. A unos dos kilómetros de distancia pudo ver una columna de hombres a caballo, que seguían su mismo camino.

—Poneos en guardia —ordenó a los châkka—. Parece que se trata de harlingar, y no podemos esperar nada bueno de esa gentuza. Aun así, no creo que se atrevan a violar la bandera gris.

Los hombres se acercaron rápidamente y muy pronto rebasaron a los enanos. Y cuando llegaron a su altura, fiaran pudo ver que quien cabalgaba al frente de la columna era Elgo, decidido al parecer a viajar a Kachar para entregar en persona su mensaje al DelfSeñor.

Pasaron de largo los hombres, con su estandarte verde y blanco ondeando en la suave brisa. Los enanos miraron sombríos a aquellos bandoleros, y recibieron a su vez miradas del mismo género. Pero de súbito, un hombre enorme de aspecto bovino empezó a tambalearse en la silla, con las piernas extendidas hacia afuera y agitando la lanza en el aire, al tiempo que daba gritos burlones remedando un ataque de pánico. Y todos los ladrones rompieron a reír a carcajadas, y aceleraron el paso hasta alejarse por delante de los enanos.

A la derecha de fiaran, Odar empuñó su ballesta con ojos llameantes.

—¡No, guerrero! —gritó Baran—. No hay duda de que han querido insultarnos, de alguna manera. Pero cabalgamos bajo la bandera gris. No la deshonres con un acto irreflexivo.

Rechinando los dientes, rabioso, tensos los músculos de su mandíbula, lentamente Odar volvió a colgar la ballesta de su hombro, sin perder de vista ni un solo instante las siluetas cada vez más lejanas de los jinetes.

Los châkka cabalgaron todo aquel día y los dos siguientes, recorriendo en total algo más de cien kilómetros por las estribaciones de las montañas del Murallón Sombrío.

A primera hora de la tarde del día siguiente, el sexto desde que partieron del castillo de Aranor, acamparon a la entrada noroccidental del paso de Kaagor. Pararon después de recorrer únicamente una veintena de kilómetros, porque no podían recorrer toda la distancia del desfiladero antes de que la noche se les echara encima; y cruzar la mitad al menos de los treinta y seis kilómetros del paso en una oscuridad helada resultaba demasiado arriesgado en esa época del año, cuando en las alturas podían desencadenarse todavía en cualquier momento furiosas tempestades de nieve. Maldiciendo entre dientes, llenos de impaciencia, acamparon de mal humor, sabiendo que dos días más tarde llegarían a Kachar; pero aun así, lo harían dos días después que los bandoleros que les habían adelantado.

«¿Qué habrá hecho mi padre con el hombre que saqueó Piedra Negra?», se preguntaba Baran aquella noche, tendido en su saco. Sobre su cabeza centelleaban las estrellas del cielo, atrayendo sus miradas; y poco a poco los pensamientos del châk se volvieron a Elwydd, la Dadora de vida. Pero mientras meditaba en el lugar que Ella ocupaba en los corazones de los châkka, una este la brillante este luz cruzó el firmamento. Rápidamente, Baran apartó el rostro de las lentejuelas celestes, porque se dice que las estrellas fugaces anuncian una muerte próxima. De aquí que el enano no viera otras ocho que centellearon en rápida sucesión, seguidas muy pronto por cuatro más.

Baran se levantó antes del alba, y una sensación opresiva le impulsó a partir de inmediato. A toda prisa, él y el châk que cubría el último turno de centinela despertaron a los demás, y rápidamente se dedicaron a levantar el campo, ensillar los ponis y cargar el equipaje. Comieron un bocado apresurado y alimentaron también a las monturas. Luego se adentraron en el desfiladero, mientras en el cielo se adivinaban las primeras luces del alba. Ascendieron por camino rocoso, acompañados por una brisa helada. Al cabo de una hora, por el oriente el cielo empezó a adquirir un resplandor rosa, que varió poco a poco al

naranja y finalmente al azul cuando el Sol oculto se mostró por fin sobre un lejano horizonte que desaparecía detrás de las escarpadas laderas de las montañas del Murallón Sombrío. Y en las profundidades de la grieta rocosa de Kaagor, los cascos de los ponis resonaban al chocar con las rocas, y la luz diurna luchaba con las sombras y las obligaba a retirarse poco a poco hacia las hendeduras oscuras de las que habían surgido.

En la parte más alta del paso, la columna de los enanos pasó delante de una abertura negra situada a la derecha: era la cueva vacía de Golga, el ogro de Kaagor.

—De modo que fue ese mismo Elgo quien mató a Golga, —gruñó Bakkar, que cabalgaba ahora junto a la cabeza de la columna.

—Sí —respondió Baran—, ¡con trucos! También mató así a Sleeth..., con trucos.

—De habernos encargado nosotros de la tarea —declaró Odar—, lo habríamos hecho con honor: con un escuadrón mata-trolls de los châkka.

—¡Hai! —gruñó Baran—. Se necesitan muchas hachas para hacer desaparecer la amenaza de un troll, porque sus pieles son duras como la piedra; pero lo conseguimos en el pasado y podemos volver a hacerlo. ¡Y no sería ningún truco lo que hiciera morder el polvo al ogro, sino el acero de los châkka!

Pasado el agujero de la cueva, los ponis iniciaron el descenso de la otra vertiente del paso.

Cabalaron largo rato, durante cinco horas aproximadamente, deteniéndose ocasionalmente para atender a las necesidades de las monturas y de los propios châkka, pero Baran sentía una urgencia cada vez mayor de continuar, porque en su mente se había instalado un presentimiento nefasto, aunque no habría sabido explicar qué era con exactitud lo que temía.

Hacia el mediodía, la columna de los enanos llegó al tramo final del desfiladero de Kaagor, cerca ya de la salida...

—Señor Baran, se acercan hombres a caballo —gruñó Odar, señalando la desembocadura del paso con un dedo nudoso.

Baran miró en aquella dirección, y vio una columna de jinetes que entraba en el paso. Parecían ser los jinetes ladrones, pero entre ellos no estaba el príncipe tuerto.

Lentamente, los ponis siguieron descendiendo por el camino hacia los harlingar, y los caballos ascendieron en dirección contraria, hacia los enanos. Y cuando las dos columnas estaban ya próximas, de súbito el desfiladero se llenó de los ecos desafiantes de un cuerno de toro negro y un jinete salió como una exhalación de entre las filas de los vanadurin.

Al alba, los harlingar levantaron el campo que habían establecido en el bosque de montaña que bordeaba las laderas de la cadena del Murallón Sombrío. Era la mañana del día siguiente a aquel en que murieron Elgo y Bargo. Y aunque los harlingar habían acampado al aproximarse la noche del día anterior, poco o ningún descanso habían conseguido encontrar, porque la angustia apretaba sus corazones, y sus mentes se ocupaban en planes de venganza: ¡Elgo había muerto! ¡Y aquellos codiciosos enanos habían sido sus matadores! Pero poco habían podido hacer, sólo nueve contra centenares de enemigos.

Ahora había llegado el día siguiente, el cortejo funeral de los vanadurin avanzaba y algunos hombres lloraban en silencio, llenos de frustración y de desconsuelo, furiosos con los enanos y al tiempo tristes por los camaradas caídos, cuyos cuerpos estaban ahora envueltos en las capas impermeables para la lluvia de sus antiguos propietarios. Durante mucho tiempo cabalaron así, siguiendo el curso zigzagueante del camino entre los árboles, y era casi mediodía cuando llegaron de nuevo al paso de Kaagor. Con los ojos enrojecidos por el dolor, se adentraron de nuevo en aquella grieta geológica abierta en medio de las montañas del Murallón Sombrío, ahora en dirección contraria.

A la cabeza de la columna, Reynor se puso rígido y avisó a los demás, con voz llena de odio:

—Mirad quién viene.

Descendiendo por el camino, venían hacia ellos los ponis de Baran y su séquito de negociadores, con la familiar bandera gris, camino de Kachar.

Los harlingar, que subían con sus caballos por el mismo camino, vieron acercarse a los enanos. En la zaga de la columna de los vanadurin, Brade desenfundó su lanza y la empuñó enristrada como para la batalla. Mirando los cuerpos envueltos que viajaban a lomos de sus corceles, susurró:

—Esto por vos, mi señor. Y por ti, Bargo.

Y luego, con un «¡Ya!» estentóreo, espoleó a su caballo adelante, con la lanza baja y dirigida al grupo de los châkka que se aproximaban. Y tomando su cuerno de toro negro, llamó: «¡Rou! ¡Rou!», el antiguo toque de la carga. Pasó aullando delante de los demás harlingar, como una exhalación, soplando el cuerno con todas sus fuerzas, imagen viva de la Muerte a caballo.

—¡Quieto! —aulló Ruric cuando el joven pasó a su lado, pero su orden no tuvo el menor efecto, porque Brade no atendía ya a razones.

Los enanos desenvainaron sus armas mientras caballo y jinete, en veinte largas zancadas, cruzaban el espacio que los separaba y se precipitaban sobre sus filas; la lanza se rompió con un crujido al impacto con el cuerpo de un guerrero enano. Rápidamente, el sable de Brade surgió de su vaina y empezó a dar tajos a diestro y siniestro, para caer al suelo cuando su dueño recibió un virote en el pecho.

Y entonces todos los vanadurin cargaron, con las lanzas bajas y soplando sus propios cuernos: ¡Rou! ¡Rou! ¡Rou!

—¡Quietos, maldita sea, están bajo la protección de la bandera gris! —gritó Ruric, y se llevó a los labios su propio cuerno para ordenar el repliegue: ¡Han, ta-ru! ¡Han, ta-ru!, sin resultado porque su toque se perdió en medio del fragor de la carga furibunda..., y en seguida, del estruendo de la batalla entablada por los harlingar.

Entre el ruido estridente del acero chocando con el acero, los vanadurin cayeron sobre las filas de los enanos, y sus lanzas perforaron las cotas de malla a pesar de los virotes que zumbaban en el aire como réplica. Y se sucedieron los gritos de agonía, tanto de los enanos como de los propios vanadurin, derribados por los certeros proyectiles de las ballestas igual que lo había sido Brade antes que ellos. Pero las lanzas de los jinetes, la masa lanzada al galope los caballos y la furia de la carga fueron sencillamente demasiado para que los enanos pudieran resistir montados en sus pequeños ponis. La matanza se consumó con mucha rapidez, pasados apenas unos segundos, cuatro jinetes supervivientes se enfrentaban con un solo châk a pie. Y éste habría muerto también de no haberse interpuesto Ruric entre el enano solitario y los cuatro harlingar, apartando las lanzas de éstos con la suya propia al tiempo que gritaba:

—¡Parad de una vez! ¡Son emisarios!

Finalmente, su voz fue escuchada. A regañadientes, los vanadurin detuvieron sus corceles y obedecieron al maestro de armas, por más que la sangre siguiera hirviendo en sus venas.

Ruric hizo dar la vuelta a su caballo, para enfrentarse al único enano superviviente. Se trataba de Baran, que miraba con expresión de odio a aquellos hombres altos en sus grandes caballos.

—No tenéis honor —la voz de Baran era despectiva—, porque estábamos bajo la bandera gris. Ahora sé que es demasiado esperar que un jinete comprenda lo que significa el honor. Pero voy a daros la oportunidad de redimiros a vosotros mismos: ¿quién quiere ser el primero en enfrentarse conmigo en combate singular? No os precipitéis a adelantaros; todos vais a tener vuestra oportunidad.

Con la faz oscurecida por la ira, Reynor empezó a pasar una pierna por encima de la silla de montar, preparándose a bajar de su caballo para responder al desafío de Baran.

—¡Maldita sea, he dicho quietos! —rugió Ruric, fulminando al joven con una mirada tan amenazadora que hizo desaparecer los vapores de su ira; a regañadientes, Reynor volvió a su posición anterior sobre la silla.

De nuevo Ruric dirigió su mirada al intrépido châk.

—Has de saber que nuestras dos naciones están en guerra, enano, porque tu ralea ha dado muerte a nuestro príncipe. Pero entérate de esto también: nosotros somos compasivos. —Ruric indicó con un gesto el campo de batalla—. Recoge a tus muertos, como vamos a hacer nosotros; y luego ve a hundirte en tu agujero subterráneo y prepárate, porque volveremos y nos cobraremos una venganza completa contra ti y tu raza.

Y fue así como, cuando los vanadurin salieron del paso Kaagor, llevaban no dos, sino seis muertos cargados a lomos de sus caballos.

También Baran prosiguió su viaje a Kachar, con una reata de nueve guerreros muertos detrás. Y cuando finalmente el enano encapuchado llegó allí con su cortejo de ponis cargados de cadáveres, durante toda la ascensión por el valle y hasta las puertas mismas del Châkkaholt pudo oír el lúgubre sonido de la campana funeral que doblaba a muerto: ¡Don! ¡Don! ¡Mal-di-ción! Y hubo de reprimir su ira, porque en ese momento supo que su padre Brak había muerto y él, Baran, era el nuevo DelfSeñor de Kachar.

Thork contempló cómo los vanadurin se llevaban de la sala los cadáveres de Elgo y del grueso guerrero de constitución bovina. Cuando se hubieron ido, Thork se volvió al cuerpo de su padre muerto y, sujetando el sable por la empuñadura, lo arrancó del pecho de Brak, asió la hoja ensangrentada con la otra mano, la partió en dos, y arrojó lejos los pedazos. Luego se cubrió la cabeza con la capucha, se inclinó para tomar en brazos el cuerpo de su padre y lo llevó desde la sala de Estado, siguiendo un largo pasillo situado a la izquierda, hasta la gran rotonda en la que honraban a sus muertos los châkka de Kachar. Le acompañaron en el recorrido los capitanes en jefe, también con las cabezas cubiertas en señal de duelo. Y cuando Thork depositó el cadáver de su padre sobre el gran catafalco de mármol, la potente campana funeral empezó a redoblar, lanzando al aire su lenta y lúgubre lamentación: ¡Don! ¡Don! ¡Mal-di-ción!

Pasó un largo rato, y entonces se produjo un revuelo en la entrada y las filas de los capitanes en jefe se abrieron para permitir el paso de una châkian: era Sien, la verdamiga de Brak y madre de Baran y Thork. Como todas las châkia, iba vestida de la cabeza a los pies con velos de gasa flotante, en colores pálidos, que ocultaban también el rostro. Era esbelta y alta, tal vez de metro veinte de estatura. Con gran dignidad caminó hasta el catafalco, pisando con ligereza el granito pulido del pavimento, y colocó una mano suave sobre la frente de su amado. Y comenzó un lamento en tono agudo, cayendo de rodillas sobre la base de la plataforma de mármol. Todos los capitanes salieron de la habitación, porque no podían soportar aquel dolor; también Thork se alejó de la rotonda porque la pena de su madre era más de lo que podía soportar.

¡Don! ¡Don! ¡Mal-di-ción!

Desolado, el guerrero regresó a ciegas a la sala de Estado. Y allí Thork pasó junto a una gran mancha de sangre —la sangre Elgo— en el suelo de mármol blanco, cuando se acercaba al sitial del trono. Y su mirada se detuvo en la bolsa de piel de dragón que despedía un resplandor iridiscente a la luz difusa de las linternas de los châkka. Furioso, Thork se agachó a recoger la bolsa, mientras sus lágrimas caían sobre la piedra, y la arrojó con fuerza a un rincón. Luego el enano se sentó en el trono, mientras resonaban en su mente los ecos del llanto de su madre. Lloró y maldijo a los hombres que habían matado a su padre y juró vengarse. Y todo el rato, la piel del dragón despedía suaves reflejos sobre el mármol blanco.

Después de una larguísima pausa, Thork se levantó del gran trono de Estado, se aproximó a la bolsa reluciente y la tomó en sus manos. «Elgo el Burlón dijo que se necesitaría una cosa así para guardar un tesoro; ¡muy bien, maldito sea, la usaré

precisamente para eso!» La mente del guerrero châk ardía de ira mientras palpaba la piel; Thork había imaginado una forma de volver aquella materia iridiscente contra los saqueadores. Se dirigió a toda prisa a sus habitaciones, tomó su escudo y fue con él al taller de su padre. Allí utilizó las herramientas para moldear, con poderosos golpes, cubierta protectora para el escudo, fabricada con la piel del dragón, que haría temible para los jinetes su mera visión, porque Thork, hijo de Brak, sería quien enarbolara aquel escudo impenetrable para tomarse cumplida venganza.

Dos días más tarde, a primera hora de la tarde, Baran llegó a las puertas de Kachar. Y tras él apareció una reata de nueve ponis, cargado cada uno con un guerrero enano muerto, todos ellos emisarios masacrados a traición.

En la sala de Estado, el nuevo DelfSeñor convocó a sus capitanes en jefe. Y en medio de alaridos de rabia, contó la negra hazaña consumada por los jinetes con la columna de châkka que enarbolaba la bandera gris. Y ordenó a los capitanes que difundieran la noticia y se prepararan para una terrible guerra de represalia.

Después fue a la rotonda a rendir tributo a los restos de su padre y habló con su apenada madre, pero no ha quedado constancia de lo que se dijeron el uno al otro.

Baran ordenó que se esculpiera una rica tumba para guardar el cuerpo de Brak, vestido con su armadura completa y con el uniforme de Estado. Y ordenó que la gran hacha negra de su padre quedara dispuesta en sus manos, y la espada rota de su enemigo, Elgo, se colocara a sus pies, como correspondía a un guerrero châk muerto en combate.

Y ordenó que los emisarios muertos fueran incinerados en una gran pira en el valle, delante de la puerta.

Porque aquélla era la costumbre de los enanos: piedra o fuego, ninguna otra cosa servía. Los châkka muertos debían reposar en la piedra pura o arder en una pira preparada de la forma prescrita; porque los enanos creen que el fuego libera los espíritus de los valerosos guerreros muertos en combate, y la piedra los purifica. Y están seguros de que, para que se reencarne un châk, su espíritu debe antes haberse liberado de las ataduras de Mithgar. De ahí que los muertos no se entierren bajo el suelo, porque las raíces y las impurezas aprisionan a la sombra en la oscuridad, y puede pasar una edad entera antes de que el alma pueda escapar del suelo habitado por los gusanos. Piedra o fuego: ninguna otra cosa sirve.

El día de la incineración, Brak fue colocado en la tumba blanca de la rotonda, donde permanecería hasta que terminara de labrarse su sepulcro. Las plañideras châkia casi hicieron enloquecer a los guerreros con sus lamentos, y muchos de ellos habrían salido a la carrera de la fortaleza y marchado de inmediato contra Jord de no haberles ordenado Baran que se estuvieran quietos.

Cuando se hubieron cumplido los días prescritos para el duelo, comenzaron los días de la guerra.

22

La recluta

Mediados y final de la primavera, 3E1602

[Este año]

La lluvia caía implacable del cielo plomizo. A través de la tierra gris encharcada chapoteaba una columna de caballos, once en total, cinco de ellos montados y seis de carga, que se dirigía hacia el castillo que se alzaba, apenas visible detrás de aquella cortina de agua, en el extremo de una serie de colinas redondeadas. El día finalizaba ya cuando por fin la fatigada tropa llegó junto a los muros de piedra oscura, y desde lo alto de la barbacana un centinela dio aviso a los hombres situados abajo de que abrieran de

par en par las grandes puertas forradas de hierro. Los hombres desmontaron, y guiaron a sus corceles a través de la entrada y el camino exterior de ronda.

—Maestro de armas Ruric... —las palabras del capitán de la Puerta se interrumpieron súbitamente cuando su mirada tropezó con la carga que llevaban los corceles: seis cuerpos envueltos en capas impermeables.

No podría decirse de cierto si eran lágrimas o gotas de lluvia lo que corría por el rostro de Ruric, pero su voz estuvo a punto de quebrarse cuando dijo:

—Es el príncipe Elgo. Y Bogar, Brade, Pwyl, Larr y Fenn. Todos muertos por los enanos. Disponed los cuerpos convenientemente en el vestíbulo principal, y luego llamad a funeral con el cuerno.

Ruric se pasó por los ojos el dorso de la mano, y cedió las riendas de Pedernal, su corcel, a un mozo de cuadra.

—Capitán, ¿ha regresado ya el rey?

—No, maestro de armas. —El capitán de la Puerta habló en voz baja—. Sigue aún parlamentando con los naudron, por lo que sabemos.

—¿Están aquí las princesas Arianne y Elyn?

—Sí, maestro de armas; están en el Palacio.

Sin decir nada más, Ruric cruzó el patio de armas bajo el chaparrón en dirección al Palacio, sintiéndose como si sus pies fueran de plomo; tras él caminaban los demás hombres, apenados, conduciendo a los caballos y su triste carga. Ya en el castillo, un paje informó al maestro de armas de que las dos damas se encontraban en las habitaciones de la princesa Elyn.

Mientras Ruric ascendía las escaleras, pudo escuchar la cascada plateada de una risa femenina, y hubo de reunir todas sus fuerzas para lo que debía hacer a continuación. Entró en una habitación iluminada por un fuego crepitante en el hogar, que ahuyentaba la humedad y el frío de aquel feo día. Bram gateaba por la alfombra y sostenía en sus manos un pequeño cuerno de plata que despedía resplandores anaranjados a la luz amarillenta del fuego. La princesa estaba en pie al otro extremo de la habitación, el rostro iluminado por la risa, y Arianne, a su lado, celebraba también las muecas del pequeño. Porque Elyn había hecho sonar el cuerno para Bram, y ahora el niño intentaba arrancar él mismo sonidos de aquella trompeta de metal brillante; se lo había llevado a la boca y soplabla y soplabla sin que sus esfuerzos dieran otro resultado que redoblar las carcajadas de Elyn y de Arianne.

Bram sopló una vez más, con tanta fuerza que, ¡bum!, cayó sentado sobre su trasero. Otra vez rieron Elyn y Arianne, y por sus rostros corrían lágrimas de risa.

Ruric salió entonces del umbral en sombra a la luz rojiza del hogar, y su armadura despidió reflejos escarlatas excepto en los lugares en que estaba manchada por la sangre oscura de un príncipe muerto cinco días atrás, manchas que ahora empezaban a difuminarse en el agua de la lluvia.

Los rostros risueños de Elyn y de Arianne se volvieron hacia el maestro de armas sucio del largo viaje, salpicado de barro y con el agua de la lluvia goteando aún de su capa empapada.

—¡Ruric! —exclamó Elyn, pero una sola ojeada le bastó para intuir que algo funesto había ocurrido.

También Arianne presintió la desgracia:

—Elgo —murmuró, apretando los puños y cruzándose de brazos; pero no se atrevió a decir nada. Y las dos mujeres aguardaron mientras Ruric doblaba la rodilla ante ellas.

—Princesa—no se podría afirmar de cierto si estaba dirigiéndose a Elyn o a Arianne—, mi señor Elgo ha muerto...

Arianne no oyó lo que dijo a continuación, porque una niebla espesa se apoderó de su espíritu, y sintió que su corazón había quedado herido sin remedio en aquel instante funesto.

—... a manos de Brak, DelfSeñor de Kachar, a quien Elgo dio muerte a su vez...

Elyn no podía creer las palabras que salían de los labios de Ruric, y se abalanzó sobre Bram, tomándolo en sus brazos como si el niño fuera un roble capaz de protegerla en medio del vendaval.

Las palabras de Ruric proseguían, pero Elyn no oyó nada más hasta que captó una frase suelta:

—... un correo para advertir al rey Aranor, porque será preciso preparar la guerra...

En aquel momento, del patio de armas ascendió el toque de funeral de los vanadurin en el sonido del cuerno de toro negro que lentamente difundía a los cuatro vientos la noticia de que el príncipe Elgo había muerto en combate: ¡Run!... ¡Run!... ¡Run!

Y simultáneamente, Arianne se derrumbó sin sentido en el suelo, y su mente, su corazón y su alma volaron hacia el olvido, mientras en el exterior el cielo plomizo continuaba llorando gruesas lágrimas frías y grises.

Al día siguiente, bajo una bóveda de espesos nubarrones, Elgo fue conducido a su tumba, en uno de los túmulos que se alzaban en el cementerio. Iba vestido con su arnés de guerra, y todas sus armas, la armadura y el escudo —hendido y abollado por el hacha del enano— fueron sepultados con él, incluido un sable nuevo en su vaina. También, en otro túmulo vecino, recibieron sepultura Bogar y los cuatro guerreros muertos en el paso de Kaagor: Brade, Pwyl, Larr y Fenn.

Durante la ceremonia, Elyn vio, al levantar la mirada, a cinco guerreros firmes delante de ella, en el lado opuesto de la tumba de Elgo: eran Arlan, Reynor, Roka, Ruric y Kemp el Joven. Cinco guerreros: ninguno más había sobrevivido de los cuarenta y uno que partieron decididos a matar a Sleeth.

Ruric, desconsolado, se arrodilló ante la tumba e, inclinándose, depositó una pequeña moneda de oro en la palma de la mano de su príncipe muerto, y cerró en torno a ella el puño de Elgo; era la moneda recogida en el suelo manchado de sangre de una pétrea fortaleza de enanos, la moneda que en más de un sentido había arrastrado a la muerte a aquel príncipe orgulloso.

Con los ojos arrasados en lágrimas, el maestro de armas se puso en pie, y entonces los asistentes empezaron a cubrir solemnemente de tierra el cadáver del príncipe. Apilaron sobre el túmulo tierra suelta y cubrieron el conjunto con terrones de césped verde, mientras el afligido cortejo del duelo seguía inmóvil bajo aquel cielo desapacible, llorando mientras recibía sepultura Elgo, vestido con su manto principesco y su arnés, con todas sus armas, y con el puño apretado sobre una minúscula moneda de oro.

Más tarde, aquel mismo día, Elyn salió del castillo y cabalgó por las llanuras a la luz del atardecer, llevando el caballo de Elgo, Sombra, detrás de ella sujeto por un ramal. Cabalgó durante mucho tiempo hasta llegar al lugar donde pacían las caballadas del rey, y allí desmontó y desató el lazo que sujetaba el cuello de Sombra.

—Corre libre, caballo negro, corre —susurró Elyn, con ojos brillantes—. Corre como Elgo te habría pedido que hicieras, si pudiera hablar...

De súbito, la pena de Elyn se desbordó y amargos sollozos sacudieron su cuerpo; se abrazó llorosa a Sombra, y mientras el gran corcel negro permanecía inmóvil, paciente, resoplando con suavidad, la princesa apoyaba la frente en su poderoso cuello y lloraba por el hermano muerto.

Pasados cuatro días, a primera hora de la tarde el rey Aranor llegó cabalgando al frente de su séquito, con los ojos enrojecidos por el dolor mal contenido. Había partido apenas un mes atrás, y entonces todo transcurría con normalidad en su reino. Acababa de cumplir con los naudron un tratado que pondría fin a las eternas rencillas entre ellos y sellado el acuerdo con el regalo de una partida de caballos a cambio de una de halcones. Pero ahora todo parecía en vano, porque hacía tres días, cuando la mesnada viajaba en dirección sudoeste, de vuelta al castillo, llegó hasta ellos al galope un correo con noticias funestas: su hijo había muerto, y su nación se encontraba en pie de guerra.

En los escalones que conducían a las grandes puertas de roble le esperaba Arianne, con Bram a su lado. También Elyn y Mala habían salido a recibir al rey. Con un gesto fatigado, Aranor desmontó y pasó las riendas de Llama a un sirviente.

—Avisa a los que acompañaron a Elgo a la funesta misión en Kachar —dijo al paje más cercano—. Los veré en la sala de la Guerra a la puesta del Sol.

Con movimientos lentos, Aranor ascendió los escalones, y Arianne se adelantó a abrazarlo y besarlo en las mejillas, con ojos húmedos. También Elyn abrazó a su padre y lo estrechó largo rato antes de soltarlo, pero sus ojos permanecieron secos. Aranor se inclinó y tomó en sus brazos a Bram, apretando al chiquillo contra su pecho al tiempo que giraba la cabeza hacia un lado y miraba al poniente para que nadie viera su dolor. Las manilas de Bram tiraron de la barba dorada de Aranor, que el tiempo había salpicado de hebras grises; Mala quiso hacerse cargo del niño en ese momento, pero Aranor sacudió la cabeza porque Elgo, cuando era un mocoso diminuto, había hecho lo mismo. Entonces el recuerdo añadió una nueva pena al dolor del soberano, que con las lágrimas rodando por sus mejillas estrechó a Bram en sus fuertes brazos, cruzó a grandes zancadas el patio de armas y salió por la puerta del castillo para detenerse en el campo de los túmulos. Nadie le siguió en su peregrinaje; y Bram fue el único en escuchar lo que allí dijo.

Aranor entró en una habitación iluminada por los rayos horizontales del Sol poniente, y allí encontró a Elyn sentada a una mesita, frente a la ventana, con su sable en una mano y una piedra de amolar en la otra, aguzando con amarga diligencia el filo del arma; y la hoja reluciente parecía cortar la propia luz solar cuando los rayos anaranjados despedían destellos y chispas de luz al tropezar en el acero. Ssbk, ssbk, sonaba la piedra contra el metal. Sshk, sshk. Metódicamente, con lentitud, sus manos guiaban la piedra engrasada a lo largo del filo cortante. Sshk, sshk. Detrás de ella, colgaban de un bastidor los arneses de cuero gris pálido, dispuestos para el combate, con el cuerno de toro negro atado a un lado. Aranor pudo ver también el arco, reluciente por la cera frotada en él, y una serie de aljabas dispuestas en los soportes de la pared, llenas de flechas de empenaje verde, cuidadosamente ordenadas. También la lanza estaba colocada frente a ella, y su punta de acero recién afilado relucía. Sshk, sshk.

Arianne estaba sentada delante del fuego del hogar, mirando las llamas como si buscara en ellas una imagen invisible. No levantó la vista cuando Aranor se detuvo a su lado. Él le tomó la barbilla en la mano y la obligó a volver la cabeza para mirarlo. Los ojos de la princesa estaban sumidos en profundos círculos oscuros, y llenos de una desolación casi insoportable. La mano de Aranor bajó hasta quedar colgando a su costado, y habló en voz suave:

—Hija, me dicen que comes muy poco y que pasas todo el tiempo encerrada en tus habitaciones privadas, sin bajar a reunirme con las demás damas.

Sshk, sshk.

Arianne volvió de nuevo la mirada al fuego, con las pestañas temblorosas por las lágrimas prendidas en ellas. Respondió en voz baja, en un tono de angustia contenida:

—Oh, padre, ¿por qué Adon se lo ha llevado de mi lado? Mi corazón ya no late, no respiro, mi sangre se ha secado. Quiero morir.

De nuevo Aranor alzó la mano, la tomó con suavidad por los hombros y la obligó a mirarlo.

—No respondo por el Padre de Todos, hija mía, porque Él es el único que conoce sus designios, y nadie más puede traspasar el velo que cubre lo que ha sido y lo que ha de ser. Pero sí sé una cosa, niña: tú debes reaccionar y recuperar tu ánimo, porque Bram te necesita. Y el pequeño Bram es todo lo que nos queda de Elgo.

La suave réplica de Arianne casi quedó ahogada por el crepitar de un leño en la chimenea:

—Sí, Bram me necesita, pero yo necesito a Elgo. Él era mi vida.

—Era mi hijo.
«Era mi hermano.» Sshk, sshk.
—Era mi amor.
—Era mi heredero.
«Era mi gemelo.» Sshk, sshk.
—¡Ah, Dios mío! Mi alma está llena de dolor.
—... de pesar.
«... de odio.» Sshk, sshk.
—Quisiera encontrar consuelo.
—... justicia..
«... venganza.» Sshk, sshk.

Los rayos del Sol alcanzaron la pared más lejana cuando el globo dorado acabó de descender por el cielo occidental y empezó a ocultarse detrás del horizonte lejano. Nadie hablaba y los únicos sonidos eran el siseo del fuego y el pesado sshk, sshk de la piedra de amolar contra el acero. No es posible saber qué pensamientos cruzaban entonces por sus mentes; pero finalmente el silencio se quebró.

—Los tendremos, padre. —La voz de Elyn era baja (sshk, sshk) y apenas audible, sus ojos estaban fijos en el filo aguzado del sable y en su mirada ardía un fuego amargo—. Pagarán por lo que han hecho, pagarán.

Aranor se colocó ahora junto a su hija, alargó la mano y TOMÓ la piedra de amolar, quitándosela a Elyn para colocarla en la mesa, junto al frasquito de aceite y a la vaina del sable.

Con lentitud deliberada, Elyn colocó el sable sobre sus rodillas y miró de frente a su padre, con una luz oscura en el fondo de sus pupilas.

—Estoy dispuesta para la guerra, señor.

—No, Elyn, estás dispuesta para recibir a la Muerte. —La voz de Aranor era fría y penetrante—. He visto esa misma mirada en los rostros de otros guerreros que también se preparaban para ir a la batalla, y ninguno de ellos sobrevivió para contarlo.

—Era mi hermano gemelo —susurró ella, como si aquello lo explicara todo—. Mi gemelo.

—Sí, tu hermano gemelo, sí —respondió Aranor—, pero eso no te da derecho a pensar en cabalgar sola y arrojarte sobre las filas del enemigo —sus palabras la golpeaban con mortal precisión—, haciendo brotar su sangre para hacerles pagar la que nos han arrebatado a nosotros, cabalgando en solitario al combate para tomarte una venganza inconcebible, sabiendo que la Muerte irá en tu busca y te encontrará dando tajos y cuchilladas hasta el mismísimo final.

—¡Qué he de hacer, si no, padre! —Su voz estaba llena de veneno—. Mataré a tantos como pueda antes de que acaben conmigo.

Con un grito de angustia, Arianne salió corriendo de la habitación antes de que pudieran detenerla, aunque Aranor le gritó:

—¡Arianne!

Pero la viuda de Elgo no le hizo el menor caso, y desapareció.

Con un gesto de cansancio, el rey se dejó caer en una silla colocada frente a Elyn, con la mesita entre ambos.

—Escúchame atentamente, hija. En una ocasión te prometí que nadie te discutiría jamás el derecho de cabalgar al combate..., y nadie lo hará. Sin embargo, nos encontramos en guerra, y esto es lo que me propongo hacer: quiero librar la batalla en Kachar, en la misma fortaleza de los enanos.

»Pero, por más que la lucha se desarrolle en tierras lejanas, en las montañas del Sur, este castillo no se encontrará a salvo. A los enanos puede ocurrírseles enviar un ejército por caminos secretos de las montañas y asaltar el Palacio mientras mi hueste y yo nos

encontramos frente a las puertas de hierro de su reino. Asimismo, otros enemigos de Jord podrían pensar en atacar este lugar aprovechando nuestra ausencia.

»Por esta razón es preciso proteger a Bram, ya que él es el heredero de Elgo, y ahora el primero en la línea para sucederme y ocupar el trono. De modo que me parece oportuno que Arianne y Bram viajen con una escolta hasta Riamon y permanezcan allí con el padre de ella, Hagor, hasta que este asunto quede resuelto.

«También es preciso considerar otro punto: si yo caigo, Jord necesitará una mano fuerte para gobernarlo hasta que Bram llegue a la mayoría de edad.

»Elyn, esa mano fuerte ha de ser la tuya. —Aranor alzó una mano abierta para anticiparse a las protestas que se agolpaban en los labios de Elyn—. Escúchame hasta el final, hija: el reino necesita un administrador, un guardián, alguien capaz de mandar a la guardia del castillo en caso de necesidad, para proteger estos muros; alguien con experiencia bélica que sepa defender el castillo si es atacado. Y yo necesito a alguien que gobierne en mi lugar, mientras hago la guerra en tierras lejanas. Tú has servido en un puesto fronterizo y sabes cómo debe defenderse una fortaleza. También sabes que ningún ejército puede mantenerse mucho tiempo en campaña si carece de los suministros adecuados, y también sabes muy bien qué cosas son más necesarias. Y esos enanos se atrincherarán en su fortaleza de la montaña, de modo que la campaña será presumiblemente larga.

«Finalmente, hay algo más: quienes queden detrás necesitan saber que la familia real no los ha abandonado. Yo estaré guerreando delante de las puertas de Kachar; Bram y Arianne se habrán marchado a Riamon, donde estarán a salvo. Sólo quedas tú, hija; eres la persona más adecuada para administrar el reino; la más idónea para asegurar la línea de suministros a mi hueste; y también la que mejor puede guardar el castillo en mi ausencia, y finalmente la que deberá asumir la regencia en caso de que la Muerte me reclame.

»Vuelvo a decirte que nadie te pondrá obstáculos si decides pese a todo cabalgar a la guerra, porque eres una doncella guerrera. Pero con frecuencia el deber nos obliga a cada uno de nosotros a seguir un camino distinto del que habríamos elegido por nuestro gusto. Puedes cabalgar a la guerra, si así lo decides. Pero si los dos caemos en la batalla, Jord caerá también.

Aranor calló, y a excepción de los chasquidos ocasionales del fuego del hogar, la habitación quedó en silencio. Elyn seguía sentada e inmóvil, mirando con fijeza el sable que yacía en su regazo; y en sus ojos había lágrimas amargas al contemplar los destellos que la luz del hogar arrancaba de aquel filo aguzado. Durante mucho tiempo siguieron así sentados padre e hija, mientras el sol desaparecía lentamente tras el horizonte.

Aranor carraspeó.

—No necesitas tomar ahora una decisión, porque ha llegado ya el crepúsculo y hemos de reunir el consejo. Pero allí espero oír tu respuesta, junto a las de los demás consejeros, porque tendremos que hacer planes y en último término tu decisión influirá en lo que digamos y hagamos.

Aranor se puso en pie y tendió la mano hacia Elyn, pero pasó mucho tiempo antes de que ella respondiera a aquel gesto, porque las lágrimas hacían borrosa su visión. Finalmente, tomó su sable en la mano izquierda, deslizó la derecha en la de él, y se puso en pie. Tomó la vaina, enfundó la hoja reluciente, se volvió y caminó hacia el bastidor de las armas. Durante un largo momento dio la espalda al rey y contempló sus arneses dispuestos. Finalmente se encogió de hombros y colocó el sable diagonalmente sobre la madura de cuero.

—Vamos, padre —dijo al tiempo que se daba la vuelta, con las lágrimas brillantes aún en sus mejillas; y los dos salieron de la habitación, dejando a sus espaldas las armas de la guerra.

—Sí, señor —rugió Ruric—, si a alguien debe culparse en este asunto, es a mí, porque el príncipe estaba a mi cuidado cuando partimos para Kachar. Yo debía haberlo leído en sus ojos. Que el príncipe se abalanzara hacia el trono de Brak con aquel insulto envuelto en una tela, no tenía que haber supuesto ninguna sorpresa para mí, ahora que pienso en ello. Mi falta es clara y sencilla: debí haberlo adivinado..., debí haberlo adivinado.

Aranor miró al maestro de armas por encima de la superficie cubierta de mapas de la mesa. Al lado de Ruric se había colocado Reynor, y flanqueando a los dos estaban Arlan y Roka a la izquierda, y Kemp el Joven a la derecha. A la derecha de Aranor estaba en pie Elyn, esbelta como un junco en su vestido negro de piel. La luz de las antorchas y las velas iluminaba la sala, ahuyentando las sombras que se deslizaban en el interior a medida que se desvanecía la luz del crepúsculo.

—No, maestro de armas. —La voz de Aranor estaba llena de amargura—. La culpa no es de ninguno de los que nos encontramos en esta sala. Por el contrario, recae enteramente en quienes intentan ahora quedarse buenamente lo que abandonaron hace muchos años: ¡malditos sean esos enanos codiciosos! ¡Qué reclamación! ¡Qué insulto! —El puño prieto de Aranor fue a estrellarse en la mesa, y la ira relampagueó en sus ojos. Pero en seguida su mirada se suavizó—. Sin embargo les daría todo el tesoro, muy gustosamente, si con ello pudiera devolver la vida a Elgo.

El rey calló, y transcurrió un largo momento de silencio en la sala envuelta en sombras. Nadie abrió la boca para interrumpir aquel dolor sombrío. Finalmente, Aranor se estremeció.

—Todo está claro cuando se examinan las cosas ya sucedidas, Viejo Lobo —gruñó el rey—, de modo que no te culpes a ti mismo por no haberlas previsto antes. El orgullo de Elgo fue su perdición, y lo mismo le ocurrió a Brak. Pero el ataque a los emisarios... —y Aranor dejó la frase en suspenso.

Reynor miró a sus camaradas, y la actitud de todos ellos revelaba su culpabilidad.

—Señor, no niego que obré mal. El príncipe al que amaba yacía muerto por la mano de esos enanos, y Bogar también; y cuando Brade se lanzó a la carga y fue atravesado por un virote, mi rabia se desbordó. De haber tenido la oportunidad, los habría exterminado a todos, pero el maestro de armas Ruric detuvo mi mano.

»Mi rey, no pido perdón, y creo que mis camaradas tampoco —Arlan, Roka y Kemp el Joven le escuchaban con las cabezas gachas—; aceptamos el castigo merecido por nuestra trasgresión, pero, sea cual sea, os suplico que nos permitáis combatir a vuestro lado en este conflicto.

Aranor meditó largo rato. Finalmente, se volvió a los cinco.

—Ésta es mi decisión; si llega el momento en que necesite emisarios para transmitir un mensaje bajo la bandera gris, seréis vosotros cinco quienes llevaréis esa bandera. Y si algún enemigo de sangre hirviente considera que la bandera no tiene el menor significado, entonces se habrá hecho justicia de alguna manera.

—Señor —objetó Kemp el Joven—, habéis metido al maestro de armas Ruric en el mismo saco que a nosotros, que sí somos culpables. Pero él no tomó parte en el asunto, y...

—Silencio, muchacho. —La voz de Ruric ahogó la protesta-. El rey ha hablado.

Aranor se frotó los ojos enrojecidos con las manos, y dijo voz llena de cansancio:

—Ruric, quédate aquí. Tú también, Reynor. Los otros tres podéis marcharos. Y al salir, decid al Hrosmariscal Gannor y a sus capitanes que se reúnan conmigo.

Roka, Arlan y Kemp el Joven saludaron al rey llevándose la mano derecha cerrada en un puño al corazón, dieron media vuelta sobre sus talones y salieron de la sala de la Guerra. Se dio orden a los pajes de que acercaran más sillas a la mesa. Y cuando entraron Gannor y sus acompañantes, encontraron al rey, a la princesa, al maestro de armas y al capitán de la guardia del castillo sentados en torno a la gran mesa, esperándolos.

Aranor sacudió la cabeza y suspiró:

—Ay de mí, no puedo dejar de hacer esto. Así pues, colocad y prended fuego a las balas de paja sobre las atalayas de guerra en todo el territorio de Jord; recorred el reino con la bandera roja, porque la guerra ha caído sobre nosotros, y deberemos reunir el mayor número posible de hombres para devolverla al lugar de donde vino. Que quienes puedan venir de inmediato lo hagan sin pérdida de tiempo, porque deberemos partir en un plazo de quince días, los que se presenten más tarde habrán de dirigirse directamente a Kachar, y allí nos encontrarán acampados delante de las puertas de los enanos. Nos costará mucho atraer a esos tejones fuera de su madriguera, y necesitaremos de toda nuestra fuerza para conseguirlo.

Gannor hizo una seña a uno de los capitanes, y éste llamó al heraldo situado a su lado y le dio instrucciones en voz baja. Y cuando el capitán acabó de hablar, la mirada del mensajero se hizo acerada y resuelta. Después de recibir las órdenes, el heraldo se retiró. Pocos momentos más tarde se encendería fuego en lo alto de la atalaya, y su mensaje rojizo sería bien visible en la noche. En otros puntos lejanos, en la cima de un otero o en lo alto de una torre de piedra, los centinelas divisarían el resplandor lejano y prenderían fuego a las balas de paja colocadas en su propia atalaya, y de ese modo la señal viajaría a través de todo el reino, penetrando la oscuridad. Y los heraldos saldrían al galope por las puertas del Palacio y se dispersarían por el Jordreich con banderas rojas ondeantes al viento vivo de su veloz carrera. Y en todos los lugares donde moraban los harlingar, sonaría la llamada a las armas, el toque de la guerra.

Cuando el heraldo hubo abandonado la sala, todos los ojos se volvieron al rey.

—Muy bien, pues. La Fortuna ha vuelto hacia nosotros su segunda cara y nos mira con disgusto; y mucho me temo que seguirá así por algún tiempo. Ahora debemos establecer planes precisos para evitar que lleguen a mirarnos con su tercera cara, la invisible.

Aranor se puso en pie, echando atrás su asiento e inclinándose sobre la mesa, con las palmas de las manos apoyadas en ella.

—Desplegad los mapas y examinemos las necesidades de la campaña, pero también las del reino, porque no podemos dejar indefensa nuestra tierra.

Alrededor de la mesa se oyó el rumor de sillas al levantarse los demás; Gannor empezó a desplegar los mapas.

—Además, hemos de pensar que tendremos todo un ejército en campaña, y que se requerirá un importante trabajo de intendencia para mantenerlo.

Aranor hizo una pausa y miró a Elyn, esperando alguna señal por parte de ella. Después de un instante eterno, los ojos de la princesa se encontraron con los de su padre y, con la angustia impresa en sus facciones, hizo un único gesto afirmativo, de amarga aceptación del hecho de que el reino la necesitaba como administradora en los largos días que habían de venir. Al ver ese gesto, Aranor se acercó a ella y la estrechó en sus brazos. Pero en esta ocasión el abrazo no consiguió hacer desaparecer la amargura que sentía al aceptar aquel pesado deber, porque su corazón pedía venganza, y no dedicación a las necesidades materiales del reino.

El Hrosmariscal Gannor desplegó el mapa que mostraba la zona de Jord en la que estaba situado el paso de Kaagor. Elyn no pudo dejar de advertir que la parte del mapa situada más allá de las montañas del Murallón Sombrío, correspondiente al reino de Kachar, estaba en blanco, y se preguntó la razón de aquel portentoso.

Durante la siguiente quincena, recorrieron la tierra veloces heraldos que enarbolaban la bandera roja, y cada día crecía el número de hombres que llegaban para alistarse al keep de Aranor. De uno en uno o de dos en dos, iban instalándose en los campamentos montados fuera de las murallas. En ocasiones llegaban grupos de veinte o treinta guerreros. Y poco a poco, la hueste iba aumentando.

Al tercer día, bajo el cielo permanentemente cubierto de nubes, seis grandes carros estaban alineados en el patio de armas, y aquí y allá, dentro y fuera del castillo, se

afanaban los criados en cargarlos con las provisiones y el equipaje necesarios para un largo viaje. Arianne paseó por sus habitaciones una última y larga mirada melancólica, porque en aquel día ella, Bram y tres de sus damas de compañía —Kyla, Elise y Darcy— iban a partir con una fuerte escolta hacia la corte de su padre en Riamon. Sin ver nada ya que pudiera retenerla en aquellas estancias desiertas, Arianne tomó en sus brazos a Bram y se dirigió a la puerta. Pero, como si se hubiera dado cuenta de que no volvería tan pronto como de costumbre a la habitación, el joven príncipe tendió sus manecitas para pedir algo, empleando las palabras de su peculiar jerga, sólo inteligible para él mismo. Arianne lo arrulló en sus brazos, pero Bram no cedía, y forcejeaba para quedar libre. Por fin, la princesa lo dejó en el suelo y vio como el niño gateaba por el piso de la estancia, rebuscaba debajo de la cama y volvía a emerger, triunfal, empuñando su juguete favorito: el pequeño cuerno de plata.

—Ah, Brammie, tenía que haber imaginado que no podríamos marcharnos sin la trompeta—dijo Arianne sonriendo..., sonriendo tal vez por primera vez desde...

De nuevo Arianne tomó en brazos al chiquillo, y en esta ocasión él se dejó llevar sin resistencia fuera de la habitación.

Arianne descendió la larga escalinata, al final de la cual podía ver la gran sala de entrada; allí la esperaban Aranor y Elyn. También Mala estaba allí, y Elise y Darcy entraron justamente en aquel momento en el vestíbulo por una puerta de la izquierda, llorosas y abrazadas la una a la otra. Kyla cerraba el grupo, guardando a duras penas la compostura, por más que, al mismo tiempo, le pareciera que al final de aquel viaje la esperaba una gran aventura romántica, que ejercía sobre ella un atractivo irresistible.

Cuando las tres damas de compañía llegaban al pie de la escalera, Mala no pudo reprimirse más y las riñó:

—¡Estúpidas pueblerinas! ¿No sabéis que la corte a la que os dirigís es muy superior a ésta en elegancia y refinamiento?

Elise y Darcy lloraron con más desconsuelo todavía, y Kyla empezó a hacer pucheros y acabó por romper también a llorar.

Exasperada, Mala dio la espalda al trío, pero Elyn se acercó a ellas y las abrazó una por una, al tiempo que les susurraba:

—Cuidad mucho de Bram, él representa el futuro de Jord. Cuidad mucho también de la princesa Arianne, porque en estos días oscuros es precisamente cuando más desesperadamente os necesita.

Ante esas palabras, Elise y Darcy consiguieron reprimir sus lágrimas, y en cambio el llanto de Kyla se desató con mayor intensidad.

Arianne llegó al pie de la escalera y Bram tendió sus manitas a Aranor. Cogiendo al pequeño de los brazos de su madre, el rey dio media vuelta y se dirigió a la puerta del vestíbulo, seguido por las seis mujeres.

—La escolta os conducirá hasta el paso de Jallor, unas ciento cincuenta leguas al sudoeste de aquí. Desde allí seguiréis en dirección sudeste unas ochenta o noventa leguas más, hasta la corte de tu padre.

—No me gusta la perspectiva de vivir tan lejos de casa —susurró Elise.

—¿Pero no ves —dijo con voz temblorosa Darcy— que tenemos delante la aventura con la que soñábamos de niñas? ¡Viajar a una gran corte, en un país lejano!

Un sollozo ahogado fue lo único que consiguió responder Kyla.

Los sirvientes abrieron las puertas, y el cortejo salió a la balaustrada de mármol y descendió al patio de armas. Allí los esperaba la escolta. Eran cincuenta hombres, todos montados a caballo menos uno de ellos, el capitán de la escolta, el pelirrojo Aulf, que se adelantó:

—Mi señor —dijo, saludando al rey con voz resonante. Y luego, volviéndose a Arianne—. Mi señora.

—Aulf —respondió Aranor—, desde este momento, yo dejo ya de ser tu señor. En adelante, este chiquillo va a ser tu dueño y señor. Yo te doy este encargo: que tú y tus hombres los llevéis a él y a su madre sanos y salvos a Riamon. Quédate a su lado, y cuando sea el momento de regresar, cuando Jord esté libre de guerras, devuélvelo a su hogar. Mantenlo a salvo de todo mal, porque su destino es gobernar este reino algún día.

»Ven, tómallo en brazos y siente su peso. —Aranor tendió el chiquillo a Aulf, que lo tomó con cuidado, y sostuvo en sus brazos con firmeza al príncipe—. Ahora está bajo tu protección.

Bram forcejeó para incorporarse, porque quería verlo todo. El capitán se dio cuenta de que no tenía en sus brazos a un bebé pasivo y desmadejado, y alzó al pequeño hasta sentarlo en sus hombros, para su enorme delicia. Los ojos de Aulf brillaron, y se volvió a los harlingar montados.

—¡Salud todos al príncipe Bram!

Y todos los harlingar gritaron a coro:

—¡Hál, príncipe Bram!

Bram chilló encantado y Aulf, radiante, se volvió a la princesa Arianne, y por segunda vez en aquel día Arianne sonrió al ver la alegría reflejada en la carita de Bram.

—Vamos, hija —murmuró Aranor volviéndose a Arianne—, la mañana avanza mientras estamos aquí parados, y tienes un largo viaje en perspectiva. —Aranor la abrazó y añadió con voz que la emoción ahogaba—: Echaremos de menos tu presencia en la corte. Cuida mucho de Bram. Te avisaremos cuando sea el momento de que regreses a salvo.

Arianne abrazó con calor a Aranor, porque había llegado a quererlo como si fuera su propio padre.

—Cuídate, padre —susurró mientras las lágrimas corrían por su hermoso rostro, y luego se volvió a Elyn.

Las dos se despidieron con abrazos y besos, y todos se sintieron maravillados por su belleza. Parecían hijas del propio Adon: una con el cabello cobrizo, la otra con una melena del color del trigo; una alta, con la gracia de un sauce en todos sus movimientos, y la otra menuda, con el porte exquisito de una princesa de fábula.

—Te echaré mucho de menos, hermana —susurró Arianne.

—Y yo a ti, Arianne —respondió Elyn—. Cuida mucho de Bram, porque Jord lo necesita.

—No temas, porque es todo lo que me queda de Elgo, y no quiero que su memoria desaparezca de este mundo.

Después de separarse de Elyn, Arianne se dirigió al carro que le indicaba Aranor, y el rey la ayudó a montar. Aulf le tendió entonces a Bram, y luego saltó sobre su corcel.

Tres gallardos harlingar se apearon de sus monturas y ayudaron a las tres damas de compañía a subir a los carros: Elise subió con naturalidad, Darcy dubitativa y Kyla con algún recelo.

A una señal del rey, Aulf hizo sonar su cuerno de toro negro, y en los muros de la fortaleza los hombres encargados de los cabrestantes empezaron a dar vueltas a sus manubrios, y con un rechinar de cadenas, el rastrillo se alzó. Otros retiraron la gran viga que atrancaba la puerta exterior y la abrieron de par en par. Los conductores de los carros hicieron chasquear las riendas, gritaron a las parejas de caballos de tiro, y muy despacio los carros empezaron a avanzar, llevándose del Palacio su preciosa carga. Las ruedas recubiertas de hierro cantaron su mensaje de movimiento, y la columna de harlingar montados pareció obedecerlo al ponerse asimismo en marcha con un estruendo de cascos herrados chocando con adoquines y guijarros. Los carros traquetearon al salir del patio de armas, y los rostros de los viajeros y de quienes quedaban atrás se enviaron la última mirada, tal vez en mucho tiempo: Arianne sonrió con tristeza; Elisa y Darcy lloraban como si sus corazones quedaran destrozados en su país natal; pero un súbito cambio iluminaba las facciones de Kyla con una amplia sonrisa. Atrás quedaba Aranor, y su

mirada era sombría; la postura de Elyn revelaba una estoica paciencia; y el rostro de Mala reflejaba su habitual ceño de desaprobación. Tan sólo Bram, en los brazos de su madre, parecía no sentirse afectado por la despedida.

El portal retumbó al paso de la caravana, y cuando ésta hubo pasado, el rastrillo descendió entre el chirriar de las cadenas y el chasquido del metal; y la puerta volvió a cerrarse. Entonces Aranor dio media vuelta y regresó al interior del castillo, con el brazo colocado sobre los hombros de Elyn.

El noveno día, llegó el Reachmariscal Richter, alto y elegante; tras él cabalgaban novecientos harlingar, la recluta del Reach Este.

El duodécimo día llegó la Legión del Oeste, compuesta por unos ochocientos hombres mandados por el Reachmariscal Einrich, un hombre con la figura de un barril, que siempre hablaba a gritos y reía a carcajadas.

Del Norte, en el curso de los cuatro últimos días llegaron tres mesnadas: en total, unos mil doscientos hombres mandados por los mariscales Roth, Boer y Mott, unidos todos ellos bajo el mando del Reachmariscal Vaeran, un hombre pequeño y astuto que tenía fama de ser un maestro en estrategia militar.

Y en el Reach Sur, la tierra en la que se asentaba el Palacio de Aranor, las levas reunieron casi mil cien hombres, que cabalgaban bajo el estandarte de Gannor. Y Gannor era primo hermano de Aranor, además de un temible guerrero curtido en muchas batallas.

Y así, durante una quincena se reunieron cerca de cuatro mil quinientos guerreros en total, contando los rezagados y los que se presentaron en solitario. Cuatro mil quinientos vanadurin, enfrentados a un número desconocido de enanos.

Durante aquella misma quincena, Elyn se entrenó como nunca lo había hecho antes. Pero no en lanzar flechas ni en el combate cuerpo a cuerpo. ¡No! En lo que se ocupó sobre todo fue en carros y en suministros, y en el gobierno de un reino en época de guerra. En su cabeza bailaban las cifras que iban citando uno tras otro sus consejeros: alimentos para los hombres en campaña, forraje para los caballos, los medicamentos que necesitaban los curanderos, las armaduras, armas y otros avíos, mantas y jergones enrollables, botas y ropas, mantos y tiendas de campaña; la lista crecía y crecía. Con frecuencia arrojaba lejos de sí un libro de cuentas y juraba que nunca llegaría a dominar todos los detalles imprescindibles para atender a los suministros de un ejército en campaña. Pero después contenía su irritación y, presionada por Mala, recogía del suelo el libro y seguía sus estudios del aprovisionamiento de los ejércitos.

Mala se unió a ella en esa tarea, y por primera vez en su vida encontró una tarea para la cual estaba admirablemente dotada. Parecía tener un olfato natural para la logística, y rápidamente recordaba datos y cifras y enumeraba las normas básicas para mantener en campaña la hueste del rey, tanto cerca de su base de aprovisionamiento como en lugares lejanos.

Y cuando Aranor y su estado mayor se reunían en la sala de la Guerra para planear la campaña, Elyn y Mala asistían también al consejo y garabateaban notas para sí mismas o preguntaban en qué Hèl se figuraba este o aquel comandante que podían conseguirse los suministros precisos para algún plan descabellado, o sugerían los tipos de suministros que podrían enviar al campo de batalla, y los medios de transporte que pensaban utilizar.

Después de aquellas reuniones del consejo, Aranor se acercaba a las dos mujeres y les decía con una sonrisa:

—¡Garn! Esta guerra se ganará o se perderá en el Palacio, porque de aquí arranca la línea vital de comunicaciones que asegurará los suministros de mi hueste cuando acampemos delante de las puertas de hierro de Kachar. Pero oídme bien: al confiarme en vuestras manos, sé que no podría encontrar otras mejores ni más expertas.

Y de súbito, el plazo fijado se agotó: la quincena había pasado. Las banderas rojas habían ondeado a lo largo y ancho de la nación, y la recluta se había efectuado con rapidez, aunque en días sucesivos aún aparecieran más harlingar, que emprenderían por

su cuenta el camino del paso de Kaagor, hacia Kachar. La hueste reunida con tanta urgencia se preparó para la marcha, porque al alba del siguiente día Aranor los conduciría a una guerra de represalia.

Centenares de carros cargados de suministros se alinearon en las praderas; en las semanas siguientes serían seguidos por más centenares aún, porque el apetito de un ejército es casi insaciable, y en campaña las provisiones se agotan muy deprisa. También mugían en los verdes prados grandes rebaños de ganado vacuno, que seguirían el mismo camino de los hombres.

Aquella última noche, Elyn y Mala la pasaron inclinadas sobre los libros de cuentas, anotando las remesas que habrían de enviarse en el futuro próximo, y también lo que viajaba ya hacia el frente sobre las lentas ruedas de las carretas. Y cuando Elyn se retiró por fin, agotada, con un torbellino de listas de suministros y previsiones bailando en su mente, se preguntaba qué factor habría olvidado, qué necesidad acuciante se les presentaría sin que hubieran sabido preverla. Pero antes de que se le ocurriera ninguna respuesta, se quedó rápidamente dormida.

A la mañana siguiente, Aranor llevó a Elyn a la sala del trono y la sentó en el sillón de Estado.

—Hija, dejo el reino en tus manos. Ninguno de nosotros sabe lo que nos va a deparar la Fortuna. Pero sí sé una cosa: estaré lejos, en campaña, durante algún tiempo. Y tú habrás de afrontar desde aquí el gobierno del reino. La oportunidad o la fuerza de las circunstancias hacen que a menudo las cosas sigan un curso diferente del que habíamos planeado, y exigen la toma de decisiones imprevistas. Sólo tú, y nadie más, serás capaz de elegir una entre las opciones que se te presenten. Sólo tú habrás de decidir cuál es el mejor camino a seguir. ¡Pero atiende! Escucha el consejo de aquellos en quienes confías, sean quienes sean, antes de tomar tus decisiones. Ten muy en cuenta sus conocimientos, su sabiduría, su talento, y adjudícales las responsabilidades que mejor puedan cumplir. Habrá ocasiones en que ellos estarán más capacitados para llevar a cabo lo que la imperiosa necesidad exija; en otras dependerá de ti, y sólo de ti, lo que deba hacerse. En último término, poco importa, porque la decisión final será siempre tuya: sopesa bien las opciones de que dispones, y haz lo que consideres mejor para el reino, porque ésa es la responsabilidad que incumbe a quien se sienta en este sillón.

Aranor hizo entonces levantarse a su hija, la abrazó y le dio un beso de despedida. Ella se apretó con fuerza contra él, y le pidió que asestara a los asesinos de Elgo un golpe que nunca pudieran olvidar, pero que por encima de todo cuidara de mantenerse sano y salvo.

Los dos juntos descendieron al patio de armas, donde esperaba la escolta de los Reachmariscales del rey. Y Aranor montó en el gran garañón Llama, y con su séquito cabalgó fuera de las puertas y cruzó por en medio de la hueste reunida. Y un triple grito atronador se elevó en el aire:

—¡Hál, Aranor! ¡Hál, Aranor! ¡Hál, Aranor!

Entre las clamorosas llamadas de los cuernos de toro negro, lentamente, como si se tratara de una serpiente descomunal, la poderosa hueste avanzó por la pradera, precedida y flanqueada a distancia por patrullas de exploradores, apenas visibles en la lejanía.

Desde lo alto de la barbacana, acompañada por los capitanes de la guardia del castillo, Elyn contemplaba alejarse lentamente a jinetes y carruajes. Luego se pusieron en marcha los rebaños de vacas, que siguieron el camino de la hueste tal como había sido previsto.

«Si yo fuera una niña pequeña, este espectáculo sería excitante para mí. Pero lo único que siento es aprensión y disgusto: aprensión, porque los hombres cabalgan a una guerra de la que muchos no volverán; disgusto, por no acompañarlos.»

Elyn estuvo mirando durante largo rato, pero finalmente emprendió el regreso al interior del Palacio. Y al hacerlo, pasó por entre los que habían quedado atrás: en su mayoría, mujeres, ancianos, niños y niñas: demasiado viejos o demasiado jóvenes o inexpertos en

las artes de la guerra. «¡Garn! Si una calamidad se abate sobre el Palacio, nos costará mucho enfrentarnos a ella.»

23

La trompeta perdida
Finales de primavera, 3E1602
[Este año]

Muy lejos en dirección sudeste, en las laderas meridionales de las montañas del Murallón Sombrío, en la fortaleza de Kachar, dos hermanos conversaban sobre el botín y sobre un tesoro guardado antiguamente en Piedra Negra.

—¿Y esos jinetes te dejaron ver el botín? —Quien hablaba era Thork.

—Sí —gruñó Baran, ahora DelfSeñor de la fortaleza de los enanos—. Se pavonearon delante de nuestras riquezas robadas como una banda de burlones merodeadores mostraría a las víctimas de sus fechorías el fruto de sus rapiñas.

Los dos estaban sentados en el taller de Brak. Seguían refiriéndose a aquella estancia como el taller de Brak, por más que su padre hubiera muerto, y se preparaban para la inminente batalla.

—¿Y qué hay del cuerno? ¿Lo viste? —Thork pulía su flamante escudo de piel de dragón con un paño suave, y la luz verdeazul de las linternas de los enanos hería las escamas haciéndolas centellear y desparramando chispas de luz.

—No —gruñó Baran—. Miramos el tesoro un buen rato y con insistencia, pero no lo vimos. Ahora bien, eso no significa que no esté allí. Es pequeño, y fácilmente pudo quedar oculto debajo de los montones de plata y de oro.

—Tal vez esté en el fondo del mar —murmuró Thork—, porque Tarken dijo que los jordios aseguran que la mayor parte del tesoro fue a reunirse con los madûks en el Gran Maelstrom.

—Tal vez, Thork. Tal vez. —Baran frotó con un trapo empapado en aceite los eslabones de su malla de hierro negro—. Y también es posible que fuera destruido por la baba hirviente de Sleeth, aunque el maestro herrero Kaor dice que las tradiciones aseguran que está hecho de silvestrella, y que ni siquiera la baba del dragón es capaz de empañar su superficie; al menos, eso es lo que se supone.

De repente, Baran dio un puñetazo a la mesa.

—¡Arr! ¡Todas esas conjeturas y cavilaciones no tienen sentido! Cuando acabemos con los jinetes, sabremos a qué atenernos, porque entonces recuperaremos lo que en justicia nos pertenece..., entonces podremos estar seguros.

Se hizo una larga pausa, en la que los dos guardaron silencio.

—Sería una desgracia que la trompeta cayera en las manos de quien no debe —dijo finalmente Baran, con voz grave.

La puerta se abrió de repente, y apareció un explorador salpicado de barro, con un tipo de calzado que hacía resonar la piedra al caminar. Se aproximó al DelfSeñor y se inclinó ante él.

—Rey Baran, he venido a toda prisa de la ladera norte, por los caminos secretos, a informaros de que los jinetes se aproximan al Murallón Sombrío. Saldrán del paso de Kaagor mañana hacia el mediodía, y vienen en gran número.

24

Ante la puerta
Final de primavera e inicios de verano, 3E1602
[Este año]

El Sol estaba situado en el cenit cuando la hueste de Jord salió del paso de Kaagor y se adentró en los bosques de la ladera meridional de las montañas. Por delante del ejército cabalgaban entre los árboles los exploradores, que rastreaban el terreno al frente y a los lados, asegurándose de que el camino estuviera libre de emboscadas y trampas.

La legión de Aranor se componía ahora de casi cinco mil hombres, porque nuevos reclutas se habían sumado a la hueste en el curso del viaje, engrosando en unas quinientas unidades sus filas. Y aquel ejército, compuesto en su totalidad por jinetes, avanzaba por la ruta inspeccionada antes por los exploradores, entre los árboles de los bosques de la montaña.

Varias leguas atrás, y afanándose aún para llegar al paso, rodaban los carros de los suministros, una caravana escoltada por una mesnada de guerreros porque la carga que transportaban —alimentos y forraje— era preciosa, y no podía permitirse que cayera en manos enemigas. Aun así, la hueste de Aranor llevaba provisiones suficientes, en sacos acondicionados en las sillas de montar y en caballos de carga, para que tanto los hombres como sus monturas pudieran subsistir durante una semana al menos, hasta que la columna de suministros alcanzara al cuerpo principal del ejército.

Y todavía más atrás, venía el ganado. El enorme rebaño no debía cruzar el paso de Kaagor; por el contrario, se instalaría en las estribaciones cubiertas de hierba de la vertiente norte del Murallón Sombrío, y allí se sacrificarían las reses, se prepararía la carne y se transportaría al otro lado de la cordillera a medida que lo requirieran las necesidades de la hueste.

Pero no era la columna de los suministros lo que ocupaba la mente de Aranor en aquellos momentos. Su atención se centraba en la tierra que se extendía frente a él, porque allí esperaba el enemigo. Y su mirada recorría continuamente los flancos de su ejército en marcha, por donde podía desencadenarse un ataque repentino. Pero poco era lo que alcanzaba a ver, porque las laderas estaban cubiertas por espesos bosques de pinos, y sus verdes agujas ocultaban el terreno a cierta distancia, por más que, de tanto en tanto, consiguiera ver a alguno de sus propios exploradores.

A través de aquel espeso bosque cabalgaba la legión, el gran ejército montado que avanzaba entre los árboles: los pinos cedieron su lugar a los álamos, los abedules plateados y otras especies de montaña, en muchos de los cuales empezaban a despuntar las hojas nuevas, abandonando su aspecto invernal al calor de la nueva estación. Los hombres hacían frecuentes paradas para dar descanso a sus monturas, porque la tierra era abrupta, llena de obstáculos, y aquel camino difícil resultaba agotador para los caballos. Además, en medio del bosque espeso, se veían obligados a continuos zigzagueos.

El Sol completó su camino descendente en el cielo mientras ellos seguían avanzando entre los pinos, y sus sombras se alargaron más y más detrás de ellos. Aun así, todavía no era noche cerrada cuando la hueste llegó a las laderas que descendían hacia el valle, orientado hacia el norte, que conducía a la puerta de Kachar. Aranor y sus comandantes, erguidos sobre sus monturas, alcanzaron a ver desde el límite del bosque la puerta de hierro de la fortaleza de los enanos. Pero no consiguieron ver si estaba abierta o cerrada, porque aquella zona de la montaña quedaba en sombra, y ninguna luz brillaba en el holt de sus enemigos. Un súbito estremecimiento conmovió a Aranor, y no pudo saber si se debía al viento frío que soplaba por entre los árboles de la ladera, o a algún portento desconocido.

Cuando el alba iluminó el cielo y el día comenzó a extenderse por la tierra, el rey de Jord y sus comandantes estaban ya en pie, en el límite del bosque de abedules plateados. Tras ellos hormigueaba el ejército acampado en el bosque, con todo su perímetro protegido por estacas. Al frente, una suave pendiente alfombrada de césped conducía hasta el fondo de un valle abierto que ascendía en dirección norte, cada vez

más empinado, hasta chocar con el duro granito del Murallón Sombrío, que hacía honor a su nombre porque formaba una pared de roca oscura que dominaba con su mole el amplio panorama. Y a lo lejos podía distinguirse ahora la puerta de hierro de Kachar, herméticamente cerrada.

—No me gusta, señor—murmuró el hombre pequeño, nervioso y de expresión astuta que estaba a la izquierda de Aranor, mientras su mirada recorría toda la longitud del valle—. Es estrecho, ellos tendrán la ventaja de la altura, y nuestros corceles se verán obligados a cargar cuesta arriba. Eso hará que nuestro ataque sea más lento, y nos impedirá aprovechar toda nuestra fuerza.

—Sí, Vaeran —contestó Aranor, con rostro preocupado—. Opino lo mismo que tú.

—¡Bah! —exclamó el Reachmariscal Einrich, haciendo girar su cuerpo rechoncho para enfrentarse a Vaeran—. Ellos combaten a pie y carecen de nuestra movilidad, de modo que el terreno no les supondrá ninguna ventaja especial.

—Sí, es cierto. De todas maneras, no me gusta —gruñó Vaeran—. La presencia de obstáculos que puedan detener a los caballos nunca nos favorece. Y si el terreno es estrecho, las maniobras envolventes se dificultan.

—¿Nos repetiríais el tipo de armamento que manejarán, o así? —preguntó el mariscal Rom, con un inconfundible acento norteño.

Aranor se volvió a mirar a Ruric.

—¿Maestro de armas?

—Hachas, martillos de combate y ballestas —intervino Ruric—; ésas son las armas que vi. También llevan mallas de color negro y, algunos, escudos.

—¡Bah! —volvió a exclamar Einrich—. Una lanza enarbolada desde lo alto de un caballo lanzado al galope perfora fácilmente escudos y mallas.

Pero su actitud se hizo más cautelosa.

—Ahora bien, las ballestas son otro cantar.

—Tal como lo hemos planeado, Einrich, nuestros arqueros se las entenderán con ellos. —La voz del Reachmariscal Richter tenía un tono bajo, pero sus palabras parecían forradas de acero.

—Mirad, señor —susurró el mariscal Boer—. Parece que hay movimiento en la madriguera del tejón.

A lo lejos, por un postigo lateral abierto a cierta altura en la piedra de Kachar, vieron aparecer un grupo de enanos que descendieron por un estrecho tramo de escaleras talladas en la roca hasta el antepatio de granito, enarbolando sus armas, y tomaron posiciones ante las grandes puertas de hierro, como guardia de honor.

—Creo que desean parlamentar, señor —dijo Ruric, entre dientes.

—Sí, probablemente tienes razón, maestro de armas —respondió Aranor—. Di a Reynor que venga, porque ha llegado el momento de hablar a esos enemigos codiciosos.

La patrulla de exploradores enanos regresó por una puerta secreta a las salas de Kachar. Siguiendo la laberíntica serie de túneles, marcharon a toda prisa a la cámara de la Guerra. Allí, alineados en torno a una mesa circular, los esperaban los capitanes en jefe de la hueste de los chåkka, presididos por el DelfSeñor Baran y el príncipe Thork, que se sentaba a su lado.

—Hemos contado casi cinco mil ladrones, señor Baran —habló el jefe de los exploradores, un enano joven de barba negra vestido con el uniforme de cuero moteado que les hacía a él y a sus compañeros prácticamente invisibles, tanto en medio de los bosques como en las laderas rocosas.

—Llevan lanzas, arcos, sables y cuchillos largos. Algunos tienen escudos, exactamente iguales al que llevaba Elgo el Burlón. —Se produjo un entrechocar de metales al removerse incómodos los chåkka a la mención de aquel nombre—. Todos llevan arneses de hierro. Todos van montados.

»Han acampado en el bosque de Plata, en la ladera este, aquí —el explorador trazó un tosco círculo en uno de los mapas desplegados sobre la mesa—; y han puesto centinelas para guardar sus flancos.

—Estás seguro de su número, Dakan. —El comentario de Thork era una afirmación, y no una pregunta.

—Sí, príncipe Thork. —Las palabras de Dakan no admitían la menor duda—. Los contamos cuando atravesaban el paso, volvimos a hacerlo cuando salieron, y los seguimos hasta su propio campamento.

Thork dio un gruñido de asentimiento, y se volvió a Baran.

—Son cinco mil, y nosotros tan sólo tres mil.

—Así es —replicó Baran—, pero por más que seamos tres mil o dos mil, o sólo mil, barreremos a esos bandidos. Todavía recuperaremos lo que en justicia es nuestro.

Alrededor de la mesa se oyeron murmullos de asentimiento.

Baran carraspeó como si se dispusiera a decir algo más, pero en ese momento entró en la sala un guerrero vestido con la cota de malla negra, y sus firmes pasos hicieron resonar el suelo mientras se dirigía con determinación hasta el lugar donde estaba sentado Baran, y decía unas palabras al oído del DelfSeñor. Baran se puso en pie.

—Un jinete coronado y un portaestandarte se acercan a la puerta. Parece que vienen a parlamentar. La danza de la Muerte ha empezado.

Baran salió de la sala con Thork a su lado, mientras a sus espaldas los guerreros se apresuraban a seguirlos en medio del estruendo de sus mallas de hierro.

Los guardianes de la puerta de los enanos se mantenían firmes delante del gran portal de hierro mientras observaban a los dos jinetes que ascendían por el valle: uno montado en un corcel de color rojo llama, y tocado con una corona; el otro cabalgando en un corcel gris y enarbolando una bandera, un caballo blanco rampante sobre campo verde. Cuando estaban ya cerca de la puerta, el portaestandarte sopló en un cuerno negro un breve toque imperioso. A alguna distancia de la puerta, detuvieron sus corceles y de nuevo el cuerno dejó escapar la misma nota imperiosa.

En aquel momento, el DelfSeñor Baran y el príncipe Thork salían por la poterna y descendían las estrechas escaleras. Cruzaron el antepatio y observaron con atención a los jinetes que esperaban en el valle, debajo de ellos.

Baran se volvió a Thork.

—Bajaré allí y hablaré con ese rey jinete, para ver qué es lo que pretende.

—Déjame llevar tu estandarte, Baran —rogó Thork—; no me fío de esos hombres.

—No, Thork —respondió Baran—. Tampoco yo me fío de ellos, pero si algo me sucediera, tú serás el próximo DelfSeñor. No podemos ponernos los dos en peligro al mismo tiempo, hermano.

—Baran, el riesgo no es tan grande —insistió Thork—. Mira, el portaestandarte no va armado, como es costumbre entre quienes desean negociar. Parece que vienen a parlamentar.

—¡Bah! —La voz de Baran parecía un ladrido—. No puedes defender dos posturas contrarias, Thork: declaras primero que no te fías de ellos, y un instante después mantienes que sus intenciones son honorables y el peligro es muy remoto. No, hermano, saldré yo, y Bolk será mi portaestandarte.

Baran se volvió al pelirrojo capitán en jefe de la guardia y le hizo una seña; Bolk dejó entonces sus armas y enarboló la bandera de combate de Kachar, unas hachas de plata cruzadas sobre campo negro. Y los dos caminaron valle abajo, el capitán Bolk desarmado y portando el estandarte, y el DelfSeñor Baran armado con un hacha colgada a su espalda.

Aranor y Reynor esperaban a caballo, más o menos a media distancia entre las dos paredes rocosas del valle, y vieron aproximarse a los dos enanos. Los dos harlingar habían evitado el camino que conducía a la puerta y deliberadamente habían cabalgado

por el centro del valle, para examinar mejor el previsible campo de batalla. Habían ascendido por el valle alargado, cuyas paredes parecían estrecharse a cada paso de los caballos. Así pasaron delante de la piedra del Reino, en cuya superficie oscura aparecían profundamente incisos los extraños glifos de los enanos. Y cabalgaron por el valle cubierto de hierba, en cuyo centro corría un arroyo cristalino. Dejaron atrás un amplio círculo de tierra quemada, un lugar en el que debía de haber ardido una gran pira no mucho tiempo atrás aunque los dos jinetes ignoraban a qué podía deberse aquel fenómeno. Siguieron ascendiendo por el valle, y durante todo el rato sus ojos se fijaron en el terreno por el que pasaban, valorando su disposición para la batalla, buscando posibles obstáculos para los caballos, y pozos o zanjas ocultos. Finalmente se detuvieron, un poco más allá del alcance de las ballestas, y Reynor hizo sonar en su cuerno el toque a parlamentar. Ahora los enanos habían respondido porque dos descendían a pie por el valle, y uno de ellos enarbolaba un estandarte plateado que ondeaba a impulsos de la fresca brisa.

La pareja de enanos se detuvo delante de los vanadurin montados, unos seis o siete metros más arriba, y Baran descolgó su hacha y dejó descansar su afilado cabezal en el suelo, apoyándose en el mango.

—Mi señor Aranor —anunció Reynor—, éste es el emisario Baran, el mismo que planteó la ofensiva reclamación sobre el tesoro abandonado.

—¿Ofensiva...? —prorrumpió el capitán Bolk—. Este es el rey Baran, DelfSeñor de Kachar, superviviente a la falsa traición de los jinetes, hijo del fallecido Brak. Y ahora, ¿quién es el ladrón coronado que está delante de nosotros?

La faz de Reynor se puso escarlata de ira, y habría saltado del caballo de no haber sido por la orden de Aranor.

—¡Quieto!

Luego Aranor se volvió hacia Baran, y sus palabras respondieron la pregunta de Bolk, pero dejando claro que se dirigía al DelfSeñor, y a nadie más.

—Este así llamado ladrón es Aranor, rey de Jord, padre del fallecido Elgo, príncipe de Jord, Condenación de Sleeth, Libertador de Piedra Negra y legítimo propietario además de efectivo poseedor del botín de Sleeth.

Ahora fue Baran quien apretó rabioso los puños contra el mango del hacha, hasta que sus nudillos quedaron blancos.

—No podéis devolver el honor a un ladrón simplemente dándole el título de Libertador o de Condenación de Sleeth, porque sea cual sea el nombre con que lo adornéis, seguirá siendo un ladrón. Si queréis darle su verdadero nombre, llamadlo el Falso Elgo, o Elgo el Burlón.

Baran alzó una mano para cortar las duras palabras que acudían a los labios de Aranor, y continuó:

—¡Espera! Si deseas restaurar el honor de vuestra nación, devuélvenos lo que en justicia es nuestro, porque entonces, y sólo entonces, podréis proclamar que sois otra cosa que una nación de ladrones.

—Enano codicioso —el tono de voz de Aranor era bajo y peligroso—, si quieres el tesoro que abandonasteis y que mi hijo y sus camaradas supieron conquistar, tendrás que arrancarlo de nuestras manos. Y si por algún procedimiento conseguís arrebatárnoslo (algo inconcebible incluso en las fantasías más desbocadas de una imaginación calenturienta), entonces todas las naciones de Mithgar os cubrirán de desprecio, porque será vuestro por derecho de conquista, por la fuerza bruta, sea cual sea el nombre que queráis darle. Porque bajo ningún concepto esas riquezas pueden considerarse propiedad vuestra, y no lo han sido desde hace muchos siglos.

»Pero también yo deseo daros un consejo, y lo ofrezco por más que no os veo en disposición de escuchar: si en el futuro queréis conservar vuestro oro, luchad por él en lugar de correr a esconderos y abandonar toda reclamación sobre él; y nunca, nunca,

dejéis que vuestra codicia mediatice la justicia, porque así sólo conseguiréis que el justo os aniquile por completo.

A medida que hablaba Aranor, la faz de Baran se oscurecía más y más de ira.

—Hablas en nombre de lo que llamas la verdad y la justicia, pero veo colocado a tu derecha a una persona que viola la bandera gris, oh poderoso rey de Jord —gruñó el DelfSeñor, con los ojos clavados en los de Aranor; y el dardo envenenado dio en el blanco, porque Reynor bajó la vista y no se atrevía a mirar de frente al enano—. Pero no me sorprende ver en tu compañía a ese violador, porque no me cabe duda de que todos los jinetes están cortados por el mismo patrón defectuoso.

«¡Escúchame! Hablas como si lo adquirido con nuestro trabajo fuera de tu propiedad por el simple hecho de que se lo quitasteis a un dragón ladrón. Pero el que unos ladrones roben a otros ladrones no cambia el hecho de que la propiedad jamás recaerá en el último ladrón que se ha apoderado de ella.

—Por Adon, enano —explotó Aranor—, ¡no somos ladrones que robamos a otro ladrón! Somos guerreros que dimos muerte a un monstruo y nos adueñamos por derecho de conquista de lo que vosotros habíais abandonado siglos atrás. Es vuestra codicia por el oro lo que os hace esgrimir argumentos tan insensatos. Vosotros seríais los ladrones. Pero, maldita sea, si queréis ese tesoro, ¡tendréis que pasar por encima del cadáver del último de los nuestros para haceros con él!

—¡Así es, jinete, así es! —El rostro de Baran estaba negro de ira—. Eso es precisamente lo que nos proponemos hacer. ¡Aquí mismo! —Levantó el hacha, y clavó con violencia la punta metálica del cabezal en el suelo, a sus pies—. ¡Ahora mismo!

Los dientes de Aranor rechinaron de rabia.

—Así será. —Y su mirada iracunda se dirigió al cielo—. Pero no ahora mismo, enano, sino mañana al amanecer.

La respuesta de Baran se abrió paso por entre sus dientes apretados, al tiempo que arrancaba el hacha del suelo.

—Cuando llegue el daun de mañana.

Y mientras los enanos daban media vuelta y remontaban el camino hasta las negras puertas de hierro de Kachar, los hombres hicieron girar a sus caballos y galoparon valle abajo, en busca del bosque plateado asentado en la lejana ladera.

—Elegí combatir al amanecer porque tendrán el Sol de frente —la mirada sombría de Aranor recorrió los rostros de sus comandantes—, y eso anulará la ventaja de combatirnos desde la altura.

Era de noche, y estaban agrupados en torno a una mesita de campaña, con un plano del valle delante de ellos, iluminado por una linterna. Durante el día, los exploradores habían recorrido el campo de batalla, y el plano representaba cada centímetro del valle, haciendo constar todas sus características: los montículos y las hondonadas; las prominencias del terreno; las corrientes de agua, incluidos los más diminutos arroyuelos; las rocas de gran tamaño; los lugares de la ladera de la montaña donde podrían apostarse ventajosamente los arqueros; los tramos en los que los caballos habrían de avanzar con mayor lentitud, y aquellos otros en los que podrían galopar libremente; y otras circunstancias útiles para la batalla. Los exploradores vanadurin habían anotado todos aquellos pormenores.

Y ahora, el rey y sus comandantes estudiaban cuidadosamente el plano, y señalaban dónde podía adquirirse o perderse la ventaja, según fueran las acciones del enemigo al que se enfrentaban. A lo largo de la noche trazaron planes, discutieron estrategias y tácticas e intentaron anticipar cada posible movimiento, tanto de las tropas propias como de las enemigas; y alrededor de ellos los guerreros acampados esperaban, y columnillas de humo se elevaban de sus pequeños fuegos de campamento, meros puntos de luz en la oscuridad. Encerrados en corrales improvisados, los caballos estaban silenciosos, rumiando su forraje, y de tanto en tanto soltaban alguna coz y un suave relincho. La Luna

brillaba en lo alto del cielo. Y a lo largo del perímetro del campamento, los centinelas paseaban alerta, atisbando por entre las copas plateadas de los árboles. Por último, únicamente tres centinelas siguieron despiertos, porque todos los demás habían sucumbido al cansancio, y muchos hombres se removían sin cesar en sus sacos, agitados por sus sueños sombríos relativos a la batalla inminente.

En la fortaleza de los enanos de Kachar ocurría exactamente lo mismo.

Cuando el alba se extendió por la tierra, en la ladera occidental de la montaña se abrieron de par en par las grandes puertas de Kachar, y por ellas salieron los guerreros enanos en lo que parecía una columna interminable. Marcharon cuesta abajo, delante de las puertas, y se desplegaron por la zona norte del valle, marcando con firmeza el paso sobre el suelo herboso. Negras eran sus cotas de malla, sus martillos y hachas relucían, y la luz del Sol brillaba en sus cinturones. Al frente marchaban los ballesteros, aferrando sus complicadas ballestas, con los dardos dispuestos en aljabas de cuero endurecido. Y en vanguardia marchaba el DelfSeñor Baran, junto a un estandarte negro con dos hachas de plata cruzadas que proclamaba el lugar ocupado por el rey de los enanos.

Desde la ladera que dominaba el fondo del valle, Aranor estaba inmóvil sobre los lomos de Llama, y observaba. Tenía a su diestra a Reynor, que enarbolaba la bandera de combate. A derecha e izquierda los flanqueaban los comandantes de los harlingar. Y detrás, en largas filas, se alineaban Jos vanadurin, con sus pendones ondeando al viento: la hueste de Jord.

—Mi señor —dijo Vaeran—, están formando un cuadro, con la reserva en el centro. Calculo que deben de ser unos dos mil. El flanco que tiene el Sol de frente se apoya en la ladera rocosa; será difícil, tal vez imposible, desbordarlos por ese sector.

Vaeran hablaba de lo que parecía un antiguo corrimiento de tierras, que habían rodado desde las cumbres de la montaña hasta el fondo del valle, dejando un rastro de grandes peñascos dispersos que un caballo lanzado al galope no conseguiría sortear. Los enanos aprovechaban ahora aquella masa rocosa para resguardar su flanco expuesto al Sol, con lo que anulaban la estrategia de Aranor basada en un ataque desde la posición del Sol, para que su brillante luz los cegara.

—En ese caso, mi señor —prorrumpió el vozarrón de Einrich—, sugiero que los arrollemos con un ataque frontal.

—Hay un detalle, Aranor. —La firme voz de Gannor cortó el aire—. Están tomando posiciones en el punto más estrecho del valle; pero fijaos en su flanco izquierdo; queda un tanto desguarnecido. Creo que con una ligera sonrisa de la Fortuna podemos enviar allí una brigada y abrir hueco.

—Entonces seremos nosotros quienes ataquemos con el Sol de frente —observó Richter—, pero me parece un buen plan, porque podremos romper su cuadro. Os pido que encarguéis a mi brigada esa tarea.

—Así se hará —ordenó el rey Aranor—. Richter avanzará por la izquierda, y los rodeará para atacar su flanco. Einrich, por el centro, hará una carga frontal. Vaeran irá por la izquierda, entre los dos. Y el Hrosmariscal Gannor atacará por la derecha.

—Y vos, mi señor —preguntó Vaeran—, ¿dónde os colocaréis?

—En el mismo centro, Reachmariscal —respondió Aranor—, con la brigada de Einrich.

—¡Ja! —tronó Einrich, y su carcajada hizo retemblar toda su enorme estructura—. Vamos a hacer que esos enanos sedientos de oro canten una canción muy diferente, mi rey.

—En eso confío, Einrich —respondió Aranor—. Ahora, comandantes, informad del plan de batalla a vuestros capitanes. -Y empuñando su cuerno de toro negro, se puso en pie—. Cabalgaremos cuando yo dé la señal.

Los enanos seguían evolucionando para colocarse en posición pero finalmente formaron el cuadro. Ahora se limitaban a pequeños movimientos, en el lugar que había sido asignado a cada uno.

Aun así, Aranor esperaba.

Por fin, la llamada del cuerno resonó en el valle, despertando ecos en las paredes rocosas del cañón: ¡Roo! ¡Roo! El timbre correspondía a un cuerno de los enanos: Baran anunciaba que esperaba el ataque.

Aranor se llevó a los labios el cuerno de toro negro, y tocó la llamada de los vanadurin: ¡A-ran! [¡Alerta!]

Detrás de él, se agitó el bosque de lanzas de la hueste. Los briosos corceles, como si entendieran el significado de aquel toque o sintieran la tensión de sus jinetes, se encabitaron y recularon, nerviosos o tal vez impacientes por lanzarse a la carrera.

También Llama golpeó el suelo con sus cascos, y caracoleó a izquierda y derecha. Firme en la silla, Aranor alzó de nuevo su cuerno: ¡Taaa! ¡Taaa! [¡Adelante, al paso!]

Y la hueste de Jord avanzó lentamente ladera abajo, como una enorme y poderosa marea viva.

Descendieron al estrecho valle, y entonces: ¡Ta-ta! ¡Ta-ta! [¡Al trote! ¡Al trote!], el paso se avivó.

La hueste avanzaba poderosa, y la tierra temblaba ahora bajo los cascos. ¡Ta-ti-ta! ¡Ta-ti-ta! [¡A medio galope! ¡A medio galope!]

Estaban más y más cerca; las dos fuerzas enfrentadas podían ya verse las caras. ¡Ta-ra! ¡Ta-ra! [¡Al galope! ¡Al galope!]

La tierra retumbaba a su paso, y las lanzas descendieron para cargar. Entonces Aranor sopló con fuerza su cuerno, y el toque fue repetido por toda la hueste: ¡Rou! ¡Rou! ¡Rou! La antigua llamada a la carga se extendió por todo el valle, y fue repetido en cientos de ecos por los riscos verticales. Los caballos avanzaron cuesta arriba, lanzados a toda velocidad, las patas convertidas en un torbellino volante que hacía desaparecer el suelo tras él; y el mundo entero parecía temblar. El Sol arrancaba destellos malignos de las puntas de acero de las lanzas, que se movían hacia adelante portadoras de la Muerte para el enemigo.

En vanguardia de la hueste de los enanos, Baran observaba con atención la avalancha irresistible que se precipitaba encima de sus guerreros.

—¡Ahora, mi señor! —gritó el corneta, pero Baran esperó aún un instante, hasta sentir que la tierra temblaba bajo sus pies. Y en ese momento, por fin, gritó una orden, y la trompeta dorada tocó. De súbito, los viotes lanzados por las ballestas oscurecieron el cielo, y en todo el frente se alzaron picas ocultas hasta ese momento, con las conteras de sus astiles bien hincadas en el suelo, y sus bárbaras hojas alzadas amenazadoras al frente.

Los harlingar fueron a estrellarse contra aquella mortal andanada de viotes y la cortante barrera de acero.

Los jinetes tiraron de las riendas e intentaron retroceder al darse cuenta del obstáculo, pero se vieron arrollados por los que venían detrás. Los caballos quedaban empalados en las picas rematadas en puntas de acero y sólidamente arriostradas en el suelo, y caían entre relinchos de agonía. Más y más corceles llegaban al galope e iban a estrellarse en el muro de hierro de los enanos, y jinetes y monturas parecían juntos, desgarrados por los crueles colmillos de la guerra.

Aun así, más harlingar corrían a estrellarse contra el cuadro de los enanos, y los caballos saltaban la barrera frontal y caían entre las filas de los châkka, y las lanzas de los vanadurin penetraban en los pechos cubiertos de malla negra de los componentes del pueblo de la barba partida.

Desbordando por el ala izquierda la formación de los enanos, Richter condujo la brigada del Reach Este, en un movimiento envolvente, a presionar por el flanco, como la otra pinza de una tenaza dispuesta a aplastar una nuez testaruda. Pero tan pronto como la legión de los harlingar completó su movimiento y chocó contra las filas de los enanos,

por las grandes puertas de hierro situadas detrás apareció a la carrera un segundo ejército de châkka, conducido por un enano que blandía un escudo de piel de dragón que centelleaba como un arco iris, y empuñaba en la mano derecha un martillo de combate acerado.

Thork había llegado. Y con él, cargó un millar de guerreros, que cayeron sobre la retaguardia de la brigada de Richter; tal y como los enanos habían planeado, los harlingar cayeron en la astuta trampa tendida por los châkka, y ahora eran los hombres quienes se veían atrapados entre las pinzas de una tenaza, rodeados por delante y por detrás por las afiladas puntas de acero de la legión de los enanos. Los vanadurin caían entre gritos de agonía, pero también morían muchos châkka.

Las picas se quebraban, se hacían añicos las lanzas. El hierro chocaba contra el hierro, el acero se oponía al acero. Los sables tajaban y las hachas caían. Los martillos aplastaban músculos y huesos. Las flechas silbaban al volar lanzadas por los arcos, y los mortales virote se hundían con un golpe sordo en la carne vulnerable. Los caballos coceaban y pisoteaban los cuerpos de los enemigos caídos con sus cascos letales. Muchos corceles eran derribados, suelo y sus jinetes pasados a cuchillo, y los montadores caían en el instante siguiente, segados por las hojas relampagueantes de los sables.

La sangre vertida había teñido de rojo la tierra.

En el asalto inicial, Einrich cayó lanzado por el virote de una ballesta, y su cuerpo macizo quedó reducido a una masa informe bajo los cascos de los corceles de su propia brigada lanzada a la carga. Pero Aranor sobrevivió porque otro guerrero fue a ensartarse en la pica dirigida contra el rey mientras que Llama, el gran Llama, el garañón rojo de las verdes riberas del Skymere, con un relincho furioso se elevó por encima de las cabezas de los enanos que formaban la primera fila de la defensa, y se precipitó en el interior del cuadro, dejando al señor de Jord atrapado en medio de sus enemigos. Pero, mientras Aranor golpeaba y se debatía furioso para intentar volver con los suyos, Reynor, con Ruric y un puñado de hombres, consiguió abrir brecha en el cuadro y situarse codo con codo junto a su rey; y el pequeño grupo se las arregló para crear un círculo impenetrable de acero y abrirse paso hasta escapar de la ira de los châkka, aunque no todos consiguieron salir sanos y salvos del perímetro defensivo de los enanos; más de uno cayó de la silla para no levantarse más, bajo los furiosos golpes de los guerreros enemigos.

Todo era estrépito y furia, ruido de metal, gritos de rabia y gemidos de agonía. Tajos, estocadas, golpes y mazazos, cuerpos atravesados, desgarrados o Aplastados, violencia y confusión, en un caos mortal de hombres, caballos, enanos y helados aceros.

Libre al fin, Aranor galopó por entre la lluvia de proyectiles lanzados por las ballestas hasta un montículo próximo. Tras él Ruric, Reynor y otros que habían sobrevivido al combate en el interior del cuadro. De súbito, el veloz corcel de Reynor tropezó y se derrumbó debajo de él, con la cabeza atravesada por un virote. Reynor se vino al suelo, y a duras penas consiguió evitar quedar atrapado bajo el cuerpo del caballo muerto. Aturdido, el joven intentaba ponerse en pie cuando Ruric, que venía detrás, le llamó por su nombre. Reynor miró a su alrededor y vio que el maestro de armas, que se acercaba al galope, retenía a su caballo y tendía el brazo, doblado por el codo, para coger a su paso al jinete caído. Cuando Ruric pasó a su lado, Reynor enganchó su brazo en el del maestro de armas y saltó; Ruric levantó e hizo girar en el aire al joven, de modo que Reynor se encontró montado sobre la grupa de Pedernal, detrás de la silla. Y con su doble carga, el corcel galopó hasta situarse más allá del alcance de las ballestas y llegar al montículo donde estaba ya el rey. Desde allí, observaron el caos y la violencia que se agitaban en el campo de batalla.

No había ninguna apariencia de orden entre los vanadurin y en cambio el maltrecho cuadro de los enanos se mantenía firme, a pesar de todo. Además, la brigada de Richter

estaba claramente copada, y podía verse brillar un escudo irisado entre los enemigos que la rodeaban.

—Reynor, toca a retirada —ordenó Aranor, con voz llena de amargura. Y nadie protestó su decisión, porque era evidente que los enanos habían llevado la mejor parte en la batalla de aquel día. Reynor se llevó a los labios el cuerno de toro negro y tocó lo que se le había ordenado: ¡Han, ta-ru! ¡Han, ta-ru! [¡Retirada! ¡Retirada!] Todos los que lo oyeron repitieron el toque, y Richter organizó una carga de su brigada a lo largo de uno de los lados del cuadro, proyectando toda la fuerza que aún le quedaba contra el sector más débil de la tenaza de acero del enemigo; así pudo galopar por la ladera, abajo hacia la libertad. Rompiendo el cerco en medio de una espesa lluvia de flechas, los maltrechos supervivientes consiguieron por fin reunirse con el resto del ejército.

Y cuando los harlingar se retiraron, malparados y desanimados, pudieron escuchar a sus espaldas las burlas de los enanos vencedores.

En el centro del valle, las aguas del arroyo corrían tintas en sangre, como una cinta escarlata que envolviera aquel campo de muerte.

—Estaba en todas partes —dijo Richter—, el maldito enano del escudo irisado y el terrible martillo... Considero que es su guerrero más poderoso. Él solo puede atribuirse la muerte de muchos de los nuestros, y por dos veces lo vi encajar un impacto directo en su escudo reluciente, sin el menor efecto.

—Es la piel de dragón que trajo Elgo —gruñó Ruric.

—Con o sin piel de dragón —respondió Richter—, el guerrero que blandía ese relampagueante martillo de acero y el escudo irisado era una pesadilla.

—Pero no invencible, Richter, como parece sugerir. —Quien hablaba era Vaeran—. No, no es invencible. Y si queremos aplastar a esos enanos sedientos de oro, entonces opino que habremos de ingeniárnoslas para matarlo a él, y eliminar también a su rey.

—Tal vez lo mejor sea un combate singular entre Baran y yo —Aranor removía las brasas del fuego encendido delante de ellos con una rama larga chamuscada—. Y en cuanto al que lleva el escudo que descompone la luz, debe de tratarse de un paladín, o quizá de una persona de la familia real, porque no cabe pensar que un talismán semejante esté en manos de otra persona.

Aranor permaneció pensativo por unos instantes.

—¡Rach! Fuimos unos estúpidos al caer en la trampa que nos tendieron en el flanco. Y también debíamos haber previsto que tendrían picas esperándonos. Pero en nuestra imperdonable arrogancia, nos lanzamos contra ellos, en lugar de pensar.

—Sencillamente, lo que ocurre es que hemos descubierto algo que tendríamos que haber sabido désele el principio, señor —comentó Vaeran—; que estamos frente a un enemigo astuto. Pero hacedme caso: la próxima vez que entablemos batalla, seremos nosotros los vencedores.

—¿Pero cómo vamos a romper ese cuadro, Vaeran? —La pregunta de Aranor flotaba también en las mentes de los demás comandantes.

—En primer lugar, hemos de resolver el problema de las ballestas y las picas —respondió Vaeran—. Propongo lo siguiente: situarnos en el límite del alcance de sus virotas, y lanzar sobre ellos una lluvia de flechas; eso debería dejar fuera de combate a sus ballesteros. Y también las picas, si nuestra puntería es buena.

—¡Garn! No me gusta ese plan, Vaeran —gruñó Aranor—. No encaja en mi carácter quedarme atrás y lanzar flechas contra esos codiciosos. Preferiría partirles en dos el corazón de un solo golpe.

—Sí, señor —respondió Vaeran, mientras el resplandor de las llamas realzaba los firmes rasgos de sus facciones—. También a mí me gustaría irrumpir en medio de ese enemigo glotón, pero ya hemos comprobado hoy que eso no puede hacerse.

A regañadientes, Aranor asintió.

—Supongo que, una vez que las ballestas y las picas queden inservibles, nos lanzaremos a la carga/ para destrozar ese cuadro.

Antes de que Vaeran pudiera responder, apareció Reynor en el círculo de luz creado por el fuego.

—Señor, tengo la lista.

Todos guardaron silencio, porque la lista a la que se refería Reynor era la de los muertos y heridos.

—Habla —ordenó Aranor, preparándose mentalmente para lo peor.

—Hemos perdido algo más de setecientos hombres, mi señor —la voz de Reynor era triste—, y casi trescientos más padecen heridas que les impiden seguir combatiendo. Además, novecientos caballos han muerto, la mayor parte en la batalla y el resto rematados para acabar con sus sufrimientos.

Un silencio atónito reinó en torno al fuego de campamento.

—Por Adon, mil hombres y mil caballos. —Aranor hablaba en voz baja, como para sí mismo—. Y todo por culpa de la codicia de los enanos.

—¿Qué sabes del enemigo, Reynor? —inquirió Vaeran—. ¿Cuántas bajas se calculan de su lado?

—Los curanderos no han regresado aún del campo, mariscal Vaeran —respondió Reynor—. Cuando vuelvan, lo sabremos.

En el campo de batalla, los curanderos de los harlingar y de los chåkka se movían por entre los muertos y los heridos, administrando hierbas y remedios, vendando llagas y heridas sangrantes, entablillando miembros rotos y retirando a los muertos y a los heridos más graves. En ocasiones, un vanadurin pasaba a pocos pasos de un chåk, ocupado cada cual de los suyos e ignorando al otro. Y las literas pasaban en todas direcciones, llevando a las bajas a sus respectivos hospitales improvisados.

Al mismo tiempo que se dedicaba a su trabajo, cada bando llevaba la cuenta de los enemigos caídos. Pero los harlingar también observaron algo más: cuando el crepúsculo invadió la tierra, salieron de las puertas de Kachar más curanderos, llevando linternas fosforescentes que emitían una suave luz verdeazul; pero no pudieron asegurar que los recién llegados fueran enanos, porque cada uno de ellos iba protegido por una escolta de guerreros, y de vez en cuando podía oírse un lamento exhalado por una voz muy suave.

Al día siguiente se acordó una tregua para que cada bando pudiera enterrar a sus muertos.

Los harlingar colocaron a los caídos bajo túmulos cubiertos de césped, en el extremo más alejado del valle, pero, según su costumbre, no hicieron ninguna ceremonia funeral, porque estaban en guerra y el duelo llegaría más tarde. También se quitaron a los corceles muertos las sillas, las bridas y las lorigas, pero los cadáveres de los animales quedaron en el campo, en el lugar donde cayeron. Finalmente, una caravana de carros que transportaba a los heridos partió en ese día hacia el paso de Kaagor para desde allí regresar a Jord; los heridos menos graves conducían a los demás, acompañados por un reducido equipo de curanderos.

En el valle, delante de las puertas de hierro de Kachar, los chåkka colocaron a sus muertos en grandes piras, y durante todo el día ardió con un fulgor intenso la llama prendida en los túmulos, y una columna de humo negro ascendió al cielo. De nuevo pudo escucharse un doloroso canto de lamentación después de la puesta del Sol.

El segundo día de combates, los harlingar intentaron llevar a cabo el plan sugerido dos noches antes. Pero fue prácticamente ineficaz, porque los enanos se habían anticipado a la iniciativa de los harlingar, y salieron por la puerta para ser distribuidos entre las filas grandes paveses o escudos que protegían todo el cuerpo, apoyados en el suelo, y de ese modo los chåkka consiguieron protegerse de las flechas de los vanadurin. Aranor no tuvo más remedio que rechinar los dientes al oír las voces burlonas de los enanos en el valle.

Por fin, los hombres de Jord efectuaron una nueva carga, y en esta ocasión concentraron su fuerza principal en el frente del cuadro enemigo. En esta ocasión los enanos cedieron, y hubieron de retirarse poco a poco a lugar seguro, detrás de la puerta de hierro. Cada palmo del terreno cedido les costó muy caro a los harlingar, el precio de una batalla encarnizada.

Y cuando la gran puerta se cerró con estruendo, y la batalla concluyó, fueron los harlingar quienes se burlaron de sus enemigos, aunque bien magra fue la victoria que se adjudicaron.

De nuevo se concertó una tregua para retirar las bajas. Y los harlingar enterraron a sus muertos sin ceremonias de duelo, mientras que los chåkka quemaban a los suyos y los lloraban. Fue entonces cuando Aranor comprendió qué era lo que antes le había intrigado: el gran círculo de tierra quemada de la cabecera del valle cerca de la puerta de Kachar, que vio la primera vez que subió a parlamentar, señalaba el lugar de una pira funeral, erigida para los emisarios muertos..., o tal vez para Brak, el rey de los enanos.

El tercer día señalado para el combate, se desplegaron en el campo unos tres mil cuatrocientos harlingar, frente a unos dos mil cien chåkka. Pero la batalla nunca llegó a librarse.

25

Un dragón despierta
Inicios de verano, 3E1602
[Este año]

Cuando por fin despertó Kalgalath el Negro de sus ardientes sueños, se encontró en su guarida familiar. El negro basalto rodeaba al gran wurm: muchos dirían que la roca estaba caliente, pero no un dragón del Fuego. Aun así, la piedra quemaba al tacto, y el aire olía a azufre porque la guarida de Kalgalath estaba situada en el interior de una montaña de fuego, extinguida muchos eones atrás. Y muy por debajo de la cueva que le servía de morada, se agitaba la roca fundida de una inmensa caldera volcánica hirviente, y el calor despedido por ella se filtraba a través de las hendeduras abiertas en la insegura base del enorme cono rocoso.

Pero nada de todo ello ocupaba la atención de Kalgalath el Negro; por el contrario, el primer pensamiento que tuvo al despertar fue: «Sleeth ha muerto».

El dragón se desperezó, desenrollando su enorme mole; asentó en el suelo sus poderosas patas, y luego avanzó poco a poco, deslizándose por las grandes grietas formadas en aquella roca negra como el ébano. Se movió por el laberinto, trepando por la roca hasta llegar a la entrada de su guarida, en la ladera exterior de la montaña.

Desplegó sus sentidos para sondear el paisaje que le rodeaba y, después de verificar que se encontraba solo, salió a la luz del día sin temer la luz del Sol, porque Kalgalath era un dragón del Fuego, y, la Prohibición de Adon no le afectaba. Y cuando el gran dragón apareció en la alta cornisa rocosa, brillaba como el ébano o como la noche, porque sus escamas tenían el color del azabache.

A su alrededor se alzaban hacia el cielo los picachos cubiertos de nieve de las montañas del Murallón Sombrío, vestidos todavía con su manto invernal por más que la primavera tardía florecía ya en las llanuras. El Sol de la mañana paseaba su luz entre los riscos, en lo alto unas ligeras nubecillas de vapor sulfuroso ascendían de los bordes del cráter hueco que se hundía en el interior de la montaña formando la gran tapadera de basalto que constituía el techo de la guarida de Kalgalath en el interior de la montaña de fuego extinguida.

El dragón extendió sus poderosas alas en el aire gélido, hasta alcanzar su máxima envergadura, y las plegó parcialmente hacia atrás al tiempo que avanzaba hasta el borde

de la cornisa y se detenía allí. Delante de él, el murallón rocoso caía a pico sobre la ladera en sombra de la montaña, que seguía descendiendo en una pendiente abrupta y rocosa. Detrás de él, la roca ascendía en vertical hacia el borde del cráter, situado muy arriba. Pero Kalgath no se detuvo a admirar la grandeza del espectáculo que le rodeaba; su mente estaba ocupada en asuntos de muy distinta naturaleza.

Sus grandes músculos se flexionaron, y con un rugido que resonó y repercutió una y otra vez entre los riscos helados, provocando avalanchas de nieve y rocas en aquellas alturas desiertas, Kalgath el Negro se lanzó al aire, batiendo sus inmensas alas musculosas para elevarse en el cielo cerúleo.

Y cuando estaba a mucha altura por encima de los hoscos picachos del Murallón Sombrío, enderezó el vuelo al oeste, batiendo con fuerza sus amplias alas oscuras, y proyectó toda su maligna negrura maciza sobre el corazón de Jord.

26

El largo viaje al este
Mediados y final del otoño, 3E1602
[Presente]

¡Oh! —exclamó Elyn en voz baja, y Thork se volvió y siguió con los ojos la dirección de su mirada, al otro lado del río, hacia el bosque de los Lobos. Pero el enano no vio otra cosa que árboles con hojas que temblaban movidas por el suave céfiro, porque el Mago-lobo y los draega ya habían desaparecido. Volviéndose hacia la doncella guerrera, Thork le guiñó un ojo.

—Me pareció ver... —empezó a decir ella, y luego calló.

Cabalaron hacia el este, legua tras legua, sin decir una palabra, y el silencio creaba un muro frío e incómodo entre ellos. Incluso cuando se detenían a comer y alimentar a sus monturas, a descansar y a cuidar de sus restantes necesidades, sólo se hablaban con monosílabos. Los dos estaban aún resentidos, sintiéndose a un tiempo traicionados y traidores, porque hasta la misma mañana de aquel día no había descubierto cada uno de ellos que el otro andaba en busca del Kammerling —el Martillo de la Rabia, el Martillo de Adon—, porque ninguna otra arma podría conseguir lo que era necesario hacer. Y los dos sabían muy bien que cuando aquella misión imprescindible, vital, se cumpliera, el arma podría ser utilizada en la lucha que enfrentaba a sus dos pueblos. Y así, lamentaban haberse conocido nunca, a pesar de lo que habían llegado a sentir el uno por el otro, y ahora únicamente deseaban estar solos. Pero también les había dicho el Mago-lobo que ni el uno ni el otro por separado podían tener esperanza de adueñarse del talismán de poder, porque el destino y las profecías regían la suerte de objetos como aquél, y la profecía relativa al Kammerling decía que se necesitaban dos personas —la que se oculta, la que guía— y que tanto Elyn como Thork habrían de desempeñar un papel, a pesar de ser enemigos, y a pesar de... otras cosas. Y así, no obstante el silencio tenso que se interponía entre ellos, los dos proseguían la marcha hacia el este, porque en el este se encontraba el objeto que perseguían.

Todo el día cabalaron así, y cuando empezó a caer la noche acamparon junto a unos pinos, a orillas de un río rumoroso que fluía por un terreno despejado. Thork encendió un pequeño fuego, mientras Elyn frotaba los lomos tanto de Viento como de Cavador, empleando para ello puñados de la larga hierba que crecía en las laderas de las colinas, y después almohazaba a ambos animales.

Cuando los dos guerreros se sentaron a comer con prisas, el Sol desapareció detrás del horizonte, y la oscuridad empezó a avanzar reptando por la superficie de la tierra. Al acabar su comida, Thork se puso en pie, se lavó las manos en el río y tomó sus armas. Montó la ballesta y colocó en la caja un virote, dejó el hacha al alcance de la mano, y

puso su escudo cubierto de piel de dragón y su martillo de combate metálico donde pudiera encontrarlos con facilidad. Luego, volviéndose a Elyn, rompió finalmente el silencio:

—Ahora comprobaremos si en efecto esa pepita de plata nos protege, porque la oscuridad se nos echa encima, y si Andrak azuza el mal contra nosotros, no tardaremos en saberlo.

También Elyn se había preparado para combatir, con arco y flechas, sable y cuchillo largo al alcance de la mano, pero parecía preocupada por otra cosa. Por fin se puso en pie al otro lado de la hoguera, y dijo lo que tenía en la mente:

—Thork, hay secretos que se interponen entre nosotros y que son otros tantos obstáculos en el camino que aún debemos recorrer. Es tiempo de descubrirlos si vamos a seguir adelante juntos, como el Mago-lobo dijo que habíamos de hacer.

»Hemos luchado juntos, codo con codo y en ocasiones espalda contra espalda, frente a las fuerzas de la oscuridad. Hemos luchado incluso cuando parecía que no nos quedaba ninguna posibilidad de sobrevivir. He recibido heridas que iban destinadas a ti, y tú has hecho lo mismo por mí. No podía pedir un camarada mejor.

»Sé que un enemigo común nos acosa a los dos, sin importarle nuestras propias opciones, pero tú contradices todo lo que yo pensaba de tu raza, y no alcanzo a comprender cómo puede ser así.

»Las semanas pasadas me he preguntado cómo podías ser tal como eres: honorable, resuelto, lleno de cualidades. —Elyn hizo una pausa, mirando, no a Thork, sino sus propias manos. Cuando continuó, lo hizo en voz muy baja, apenas más que un susurro—: Y me interrogo por tus atenciones hacia mí, una compañera (¡no, una enemiga!) encontrada en el camino. Porque sigue existiendo algo que se interpone entre nosotros: una guerra entre nuestros dos pueblos.

»Cuando emprendí esta búsqueda, mi idea era utilizar el Kammerling contra tu raza al concluir mi misión. Y tú has admitido lo mismo respecto de los míos. Ahora bien, no puedo compartir contigo una misión en la que el objeto que busco podrá, tal vez, volverse contra mí y contra mi pueblo. —La voz de Elyn reflejaba emoción, dolor y el recuerdo de muchos acontecimientos presentes en su memoria—. Ya hemos sido, ya he sido yo personalmente perjudicada gravemente por tu gente, y no querría que eso volviera a ocurrir.

»Pero mi destino parece ligado de alguna manera al tuyo.

»Y ahora nos dirigimos hacia un peligro incalculable, y es preciso eliminar todo tipo de duda antes de enfrentarnos a la prueba final.

»Hasta ahora he evitado cuidadosamente hacer preguntas, y me he limitado a pisar terreno firme en lo que se refería a nuestras relaciones. Pero ha llegado el momento en que es forzoso que confesemos lo que es verdad y lo que no, porque de otra manera me será imposible continuar adelante.

Miró a Thork a los ojos por primera vez desde que había empezado a hablar, pero ahora fue él quien no pudo sostener su mirada y la bajó para contemplar pensativo el fuego. Aun así, sacudió afirmativamente la cabeza dos veces, con movimientos cortos y bruscos.

—¿Quién eres? —La voz de Elyn temblaba, y parecía al borde de las lágrimas porque sabía que, cuando él contestara, no habría vuelta atrás posible. Pero nada podía haberla preparado para la respuesta que él le dio.

Mirándola directamente a los ojos, Thork contestó, con palabras lentas y medidas que sonaron como el redoble a duelo de las campanas de un funeral:

—Soy Thork, hijo de Brak y hermano de Baran, el DelfSeñor de Kachar.

A medida que escuchaba, crecían el asombro y el horror de Elyn, y cuando él hubo pronunciado la última palabra, sin advertencia previa ella se abalanzó sobre él con los ojos arrasados en lágrimas, golpeándole con sus puños.

—¡Asesinos! ¡Criminales! ¡Vosotros matasteis a mi hermano! ¡Habéis matado a mi hermano! ¡A mi gemelo!

Sus puños golpearon a Thork con ira, pero él apenas se defendió cubriéndose con los brazos y apartando a un lado el rostro. Finalmente la atrajo hacia él en un fuerte abrazo. Por un momento ella luchó, pero luego lo rodeó con sus propios brazos y, por segunda vez en su vida, lloró como un niño perdido y toda su furia se desvaneció, sin dejar más que un rastro de desolación.

Y Thork la sostuvo y la consoló, a pesar de que ahora sabía ya quién era ella: Elyn, hija del rey de Jord Aranor, y hermana de Elgo, Condenación de Sleeth, Matador de Brak, ladrón. Y una expresión de intensa angustia se dibujaba en el rostro de Thork.

Al día siguiente continuaron su cabalgada hacia el este, y de nuevo hablaron poco, porque cada uno de ellos tenía mucho en que pensar. Unas dos horas después de haber levantado el campo, en su segundo descanso de la mañana, Elyn rompió finalmente el silencio entre ellos, al divisar un halcón rojo que volaba en círculos en el cielo azul.

—Ala Roja —murmuró, siguiendo el vuelo con la mirada.

—¿Eh? —gruñó Thork, mirando a su alrededor.

—He dicho Ala Roja —repitió Elyn, y la mirada de Thork siguió la dirección de su brazo extendido—. Es igual que mi halcón, Ala Roja, que crié desde que era un polluelo.

Se detuvieron y observaron el método de caza de la rapaz; de tanto en tanto el Sol se reflejaba en las alas extendidas, y el cielo se iluminaba con un relámpago cobrizo.

—Parecen tus trenzas rojas, princesa —dijo Thork absorto, sin darse cuenta de que había hablado en voz alta.

—¿Mis trenzas? —Elyn se volvió a mirar al enano, pero los ojos de él evitaron encontrarse con los suyos.

—El altivo halcón, señora —dijo Thork por fin—. Brilla como si fuera de oro rojo, lo mismo que tu cabello. Un símbolo muy adecuado de tu estirpe, un lazo de unión entre el cazador rojo del los cielos y la cazadora pelirroja de las llanuras.

Elyn desvió la mirada, y su corazón se disparó sin motivo. El halcón rojo trazaba, círculos más y más altos, hasta no ser más que una pequeña mancha en el cielo, que despedía de tanto en tanto un destello cobrizo.

Siguieron cabalgando, y se detuvieron a almorzar junto a un arroyo claro que corría a través de una verde pradera. Mientras Thork encendía un pequeño fuego, Elyn tomó su honda y se dirigió a una hondonada, para regresar al poco rato con un solo conejo colgado de su cinturón.

—Poca cosa, Thork —refunfuñó—. Me temo que no abunda la caza por estos contornos.

—Algún día, señora, tienes que enseñarme a manejar ese tira-piedras tuyo —dijo Thork, que se hizo cargo del conejo y sacó una daga de la bota. Thork se apartó a un lado y empezó a desollar el animal y a prepararlo para el espetón.

—No son piedras, Thork —respondió Elyn—, aunque en caso de apuro también sirven. —Hurgó en la bolsa de su cinturón y extrajo una pequeña bala de plomo—. Esto es lo que tira, guerrero: las balas de la honda.

Thork dispuso el conejo sobre el fuego y se lavó las manos ensangrentadas en el arroyo. Luego se aproximó a Elyn, tomó la bala de metal de sus manos y le dio varias vueltas entre los dedos.

—Chod —dijo—. Nosotros llamamos chod a este metal gris. Es muy común, funde con facilidad y es muy maleable. Pero el trabajo del chod resulta peligroso. Produce una especie de envenenamiento lento. Por lo general, nosotros los châkka evitamos utilizarlo. —Thork tendió de nuevo la bala a Elyn—. El acero sería mucho mejor.

Mientras los caballos ramoneaban la hierba, Elyn y Thork se sentaron a vigilar el asado del conejo, y se turnaron en dar vueltas al espetón colocado encima de las llamas.

—Parece que el talismán que nos dio el Mago-lobo nos ha servido de protección contra Andrak y sus enviados —observó Elyn, rompiendo el silencio—. Al menos nada nos asalta ya en la oscuridad. Nada excepto los recuerdos... y los sueños.

Thork se limitó a dar vueltas al espetón, sin contestar.

Elyn acarició el talismán que colgaba de la correa sujeta a su cuello.

—Tú entiendes de metales, Thork. ¿Qué es esta aleación?

Thork se volvió a mirar, y luego se acercó un poco más, al tiempo que el asombro agrandaba sus ojos.

—¡Silvestrella! Esto es silvestrella. —Y reverentemente se inclinó a tocar la pepita—. Vosotros lo llamáis silverón, y no es otra cosa que el metal especial que el propio Adon colocó en Mithgar. No me extraña que tenga propiedades mágicas.

—¿Es tan raro como me han dicho? —Elyn tiró de la correa hasta el límite, y miró la pepita con nuevos ojos—. Pensaba que era de plata común, pero ya veo que no lo es.

—Sí, es raro y no tiene precio —respondió Thork—. Sólo se sabe que exista en algunos lugares de Mithgar, y se busca cada gramo con ahínco, porque su valor es inmenso.

Elyn inclinó a un lado la cabeza, y cambió de tema repentinamente.

—Thork, ¿qué quiso decir el Mago-lobo con aquella frase de que, siendo un châk, no puedes perder tu propio rastro?

Thork se recostó de nuevo en sus talones y miró largamente el fuego, hasta el punto de que Elyn creyó que no quería contestar. Pero entonces, como si acabara de ajustar su mente a algún aspecto de su relación mutua, habló por fin.

—Nosotros los châkka tenemos un don especial que Adon nos concedió: dondequiera que vayamos, a cualquier lugar al que viajemos por tierra, sea a pie o montando un poni, en una carreta o en cualquier otro medio de transporte, el camino que hemos seguido cobra vida en nuestro interior, y podemos seguir nuestras propias huellas sin error. Hay un antiguo dicho châk que lo expresa así: «Puedo no saber adonde voy, pero siempre sabré dónde he estado». Y es cierto, porque podemos con toda facilidad recorrer de nuevo el camino que hemos seguido en una ocasión anterior, aunque fuera en la mayor oscuridad, con los ojos vendados, sin importar hacerlo hacia adelante o hacia atrás, porque siempre podemos reseguir un camino por el que viajamos en alguna ocasión. Sin ese don, no podríamos vivir en esos laberintos subterráneos.

Sin decir más, Thork sacó el conejo del fuego y lo partió en dos, dando a Elyn una de las mitades.

Cabalgaron durante el resto del día y acamparon en otro lugar protegido por un bosquecillo cuando la noche se les echó encima. Cuando se hizo oscuro y Elyn hubo extendido su saco de dormir, antes de tenderse en él dirigió una mirada a través del fuego a su compañero.

—Thork, cuando te golpeé anoche, no fue a ti a quien atacaba, sino a tu linaje. Ya ves, amaba muchísimo a mi hermano.

Un prolongado silencio cayó sobre ambos, roto finalmente por Thork.

—Como yo amaba a mi padre.

Dichas esas palabras, Thork bajó la capucha sobre su cabeza y se alejó más allá del alcance de la luz del ruego, perdiéndose entre las sombras.

Las lágrimas brotaron de los ojos de Elyn, pero no supo con certeza si lloraba por ella misma o bien por Thork.

Todo el día siguiente cabalgaron en silencio, absorto cada cual en sus propios pensamientos. El cielo se había cubierto con una espesa capa de nubes, y un viento frío soplaba con fuerza, presagiando el invierno que se avecinaba. El príncipe châk y la princesa humana se envolvieron en sus mantos y siguieron su camino. Al llegar la noche, empezó a caer una lluvia helada, y los dos pasaron una noche desastrosa bajo las

goteras de un cobertizo construido apresuradamente por Thork con ramas de tojo y de pino.

En algún momento de la noche cesó la llovizna helada, y por la mañana, cuando el Sol aparecía en el horizonte, los dos comieron en silencio. El aire matinal era frío, húmedo e incómodo, y el relente parecía penetrar hasta la médula de los huesos. Con un gemido, Elyn se puso en pie.

—Ay de mí, daría cualquier cosa por una buena taza de té caliente.

Después de revolver un rato en su equipaje, Thork le tendió un paquete de color castaño.

—Señora, si puedes encender fuego con esta leña húmeda, los dos beberemos té.

—¡Ja! —bromeó Elyn, al tiempo que arrebatava el paquete a Thork—. Me impones tareas imposibles, ¿no es eso? Pero ¡espera! Después de todo, quizá encontremos la manera.

Y con una risa ahogada, la princesa rebuscó entre sus propios bártulos y sacó una pequeña linterna. Después de abrir el cierre metálico, separó de la base el tubo de la lámpara, de paredes cuadradas de bronce y cristal; y con su ayuda, en un santiamén obtuvo una llama viva. Thork, entretanto, tenía ya dispuesto un pote de agua que suspendió sobre la llama.

Después de un rato, agachados junto a los leños que ardían, los dos sorbían el té caliente y espeso, paladeando con avidez el olor, el sabor y el calor de la bebida. Y mientras saboreaban su victoria conjunta sobre la naturaleza, miraban el panorama despejado que se desplegaba ante ellos en dirección este, porque allí, en algún lugar oculto situado más allá del horizonte, se encontraba su objetivo. Durante un rato siguieron sentados en silencio, pero finalmente Elyn dijo:

—Thork, tengo que decirte una cosa. Hasta hace dos días, nunca se me había ocurrido que otras personas habían perdido a sus seres queridos en la guerra entre nuestros dos pueblos. Oh, lo sabía si quieres, pero nunca lo había sentido. Lo único que pensaba era que yo había perdido a personas a las que amaba. No me había detenido a pensar que, cuando murió Elgo, también cayó Brak. Y me negaba a admitir que, en la guerra, los dos bandos sufrieron bajas. Pero no me siento preparada para juzgar sobre la bondad o maldad de las muertes ocurridas entre nosotros..., todavía no. Por esta razón, te propongo lo siguiente: durante el día de hoy, mientras cabalgamos hacia el este, yo intentaré apreciar la justicia de vuestra reclamación del tesoro, y tú harás lo mismo con respecto a mi punto de vista.

Mientras Elyn hablaba, cuando mencionó la muerte de Brak, Thork se había cubierto la cabeza con la capucha, una señal de duelo entre los chákka. Y cuando ella le pidió que considerara el punto de vista jordio sobre la propiedad del tesoro, Thork se removió incómodo, como si se le pidiera hacer algo contrario a su naturaleza. Desvió la mirada y la dejó perdida en el horizonte de aquel terreno llano y abierto, como si buscara allí alguna clase de respuesta.

—¿Thork? —La voz de Elyn era suave.

El enano se volvió y clavó la mirada en los estanques color esmeralda de los ojos de ella, mientras que los suyos propios se escondían en la sombra de la capucha baja sobre la cabeza. En lo hondo de aquellas profundidades de un verde intenso le pareció hallar finalmente una respuesta, y su incomodidad se desvaneció en la inmensa claridad de la mirada de Elyn.

—Sí —accedió—. Pensaré en ello.

A lo largo de las semanas siguientes prosiguieron su lento viaje al este, y el paisaje que los rodeaba fue cambiando, de modo que después de las llanuras abiertas aparecieron colinas bajas, macizos de árboles y prados que poco a poco se transformaron en bosques y valles estrechos. Encontraron en su camino dos pequeñas aldeas, y de tanto en tanto pasaban junto a la cabaña de un leñador o alguna granja aislada. Y cuando llegaban a

uno de esos lugares, Elyn pudo darse cuenta de que, mientras llevaba puesta la pepita de silverón, nadie la veía a ella, y tampoco a Thork. Se quitó el amuleto únicamente el tiempo preciso para obtener el permiso para dormir en un pajar, o para reponer sus víveres, o para alquilar una habitación en una posada y poder descansar por algún tiempo, pero de inmediato volvía a ponerse la piedra. Y a todos los que pudieron verlos durante su viaje les pareció raro que un enano y una humana fueran compañeros de viaje, aunque pocos llegaron a expresar ese pensamiento en voz alta. Más extraño todavía era el hecho de que la mujer fuera armada hasta los dientes, y que el enano llevara un escudo cubierto por un paño sin ningún blasón ni divisa. Los dos viajaban con las armas y armaduras de los guerreros. Pero las personas que los vieron no hicieron preguntas, porque las monedas de cobre que recibieron de los dos compraban su reserva al mismo tiempo que los alimentos, el refugio bajo techado, el grano para las monturas y otras cosas. Por lo demás, la pareja siempre solicitaba información sobre la dirección de la Montaña Negra, de la que se decía que era una morada de magos. Y la respuesta era siempre la misma: una vaga indicación hacia el este, acompañada de las palabras «... en algún lugar de las montañas por donde sale el Sol, según he oído decir».

Todos los que los vieron advirtieron que los dos parecían enfrascados en una profunda discusión, y que de vez en cuando discrepaban de forma airada, aunque sin gritos. En la primera aldea a la que llegaron, un leñador sentado a una mesa vecina explicó el tema de la conversación al posadero, al ser preguntado por éste, que había oído una parte, pero sin encontrarle el menor sentido.

—De'nemigos d'enanos, hablaba él. Dice que quien riñe con un enano tié'nemigo pa' toa la vía. Dice que los enanos se vengan tarde o temprano, es su manera 'e ser. Y un fulano que se dice Sleeth era su 'nemigo 'e siempre, eso era, y lo será hasta que los propios luceros se mueran, eso dice.

—Vaya, eso sí que es una novedad —respondió el posadero, tan maravillado que los ojos se le salían de las órbitas—. Sleeth es un dragón, según dicen. Bueno, ¿y él dijo algo más, o le contestó ella alguna cosa?

—¡Toma! Al poco ella va y habla de una tierra que lleva más de mil quinientos años abandona, eso dice. Aun así, le pa'ece que, si los enanos nunca 'ejan 'e buscar venganza, pué' ser que no hayan acabao con el Sleeth.

«Estonce' él dice que si los hombres encuentran que mil quinientos años son tanto y tanto tiempo, no le extraña que se hagan una idea tan rara 'e la dilliencia, o algo así. Dice que mil quinientos años no son más que cuatro o cinco vidas de châk, pero en cambio hacen veinte vidas humanas; son quince generaciones de enanos, pero sesenta o setenta de hombres. ¡Vaya! ¿No te hace eso ro'ar la ca'eza?»

«Estonce' ella dice algo en vo' baja que no pue'o oír, y es cuando él la 'garra por la muñeca como una fiera, y dice: «¡Kalgalth el Negro! ¿Kalgalth el Negro se lo llevó?»

»Bueno, ella da un tirón pa' soltarse y menea la ca'eza pa'ecir sí, y mira si alguien la ha visto. Yo simulo estar comiendo mi guiso y no enterarme 'e na, pero ellos se levantan y se van, y ya no pue'o oír na más.

—Sleeth y también Kalgalth el Negro. —El posadero dejó escapar un largo silbido—. Esto es lo más fuerte que he oído en mi vida. ¡Dos dragones, dos! ¡Vaya! ¿Qué asuntos pueden tener un enano y una mujer guerrera con un solo dragón, y menos aún con dos?

—Es raro, ¡vaya que sí! —susurró el leñador, mirando con sigilo a su alrededor—. Me levanté a seguirlos, pá ver ande se metían, ¡y ya no estaban en ninguna parte! ¡Desaparecíos como por arte de magia!

Y con estas palabras, tanto el posadero como el leñador trazaron en el aire signos de protección.

Tales eran las historias que se murmuraban al paso de Elyn y de Thork. Allí donde se encontraba con otras personas, aquella pareja desigual de guerreros que buscaba la

Montaña de los Magos, hablaba de dragones, de venganzas y de muertes, y aparecía y desaparecía de improviso, no dejaba de provocar un rastro de miradas atónitas.

Ningún enemigo los atacó en el curso de aquel largo viaje, porque el talismán que llevaba Elyn los guardaba, tal y como les había anunciado el Mago-lobo.

Y cuanto más avanzaban hacia el este, tanto más extraños eran los nativos que encontraban y las lenguas habladas por ellos, más peculiares los acentos, y más les costaba hacerse entender y comprender a su vez las palabras que les dirigían, aun en los casos en que se trataba de dialectos de la lengua común. También iba variando poco a poco el color de la piel de los habitantes, primero de un tono pardo oscuro y luego con matices amarillentos. Finalmente, los dos llegaron a una región en la que no podían entenderse en ninguna lengua y habían de comunicarse por señas. Aun así, con una pluma, tinta y un pedazo de pergamino, Thork esbozó el dibujo de una montaña de color oscuro, ennegreciéndola hasta que parecía de ébano. Y después de señalar el dibujo y de hacer gestos, mostrando las palmas de las manos como para preguntar, recibieron como respuesta vagas indicaciones que apuntaban invariablemente al este.

Había pasado ya casi toda la estación del otoño, las últimas galas de los árboles y los prados se marchitaban ya, y los dos seguían viajando hacia el este, alimentándose con las piezas cobradas por la honda de Elyn, o por su arco, o por la habilidad de Thork con su ballesta, a la que se sumaban los víveres proporcionados por leñadores, granjeros y en raras ocasiones algún posadero o, más infrecuente todavía, el mercado de una aldea. Lo que más los preocupaba; era el grano para sus monturas, pero consiguieron suplementar la hierba fresca del camino con avena, mijo o cebada obtenidos de los dispersos habitantes de aquel país. Cuanto más al este viajaban, las noches se hacían más frías, y los dos se abrigaron con las ropas de invierno que llevaban en sus equipajes respectivos. También Viento y Cavador estaban preparados para aquel frío creciente, porque su pelaje se había transformado gradualmente en una espesa capa lanosa.

Poco a poco, la llanura había dado paso a una serie de colinas arboladas, y ahora también ese paisaje empezó a variar; el terreno ascendía de forma continuada, y el arbolado era cada vez más escaso. Finalmente, un día alcanzaron la cima de un montículo desierto y vieron ante ellos, a lo lejos, el perfil dentado de una cadena de montañas oscuras con las cumbres nevadas que se alzaban imponentes hacia el cielo desde el terreno progresivamente más abrupto que les servía de base.

Viajaron durante todo el día, y también el siguiente, y las montañas parecían tan remotas como la primera vez que las vieron. Pero Thork aseguró a Elyn que estaban ya muy cerca.

Y al tercer día, mientras Elyn aguardaba, protegida bajo unas rocas del desapacible viento del norte, Thork trepó a lo alto de un peñasco que coronaba una de las montañas por las que pasaban, y vio los cuatro picos juntos de que le había hablado el Mago-lobo: como los dedos de una mano, según la expresión del magus. Y cuando los hubo visto, pudo divisar también, al sur del dedo más meridional, otro pico que parecía el pulgar. Llamó a Elyn y señaló en aquella dirección; desde ese momento marcharon en dirección nordeste, en busca del paso situado entre el pulgar y el anular.

Al día siguiente, y de forma casi súbita, se encontraron ascendiendo por un desfiladero entre enormes riscos grisáceos que se alzaban a izquierda y derecha, grandes bloques rocosos perpendiculares, inmensos macizos sombríos rematados en picos gigantescos que parecían vigilar desde remotas alturas su avance, en tanto que los torrentes de montaña se precipitaban furiosos por entre las peñas y saltaban aullando los desniveles formando cascadas espumeantes, libres al fin de la piedra que los aprisionaba; pero aquellos chorros cristalinos volaban unas decenas de metros tan sólo, para golpear de nuevo la piedra testaruda y seguir su frenética carrera, ahora más abajo, siempre en busca de un escape liberador.

Siempre ascendiendo por aquella tierra abrupta, de áridos roquedos desiertos y torrentes salvajes, avanzaban a paso lento el caballo y el poni, conducidos a pie por Elyn y Thork, en el aire fino y gélido. Y cuando coronaron el paso montañoso, vieron ante ellos un panorama de innumerables picos que se alineaban y se sucedían unos a otros hasta perderse en un horizonte invisible.

Pero, hacia el nordeste, una cresta se alzaba por encima de las demás, negra como la noche.

FIN